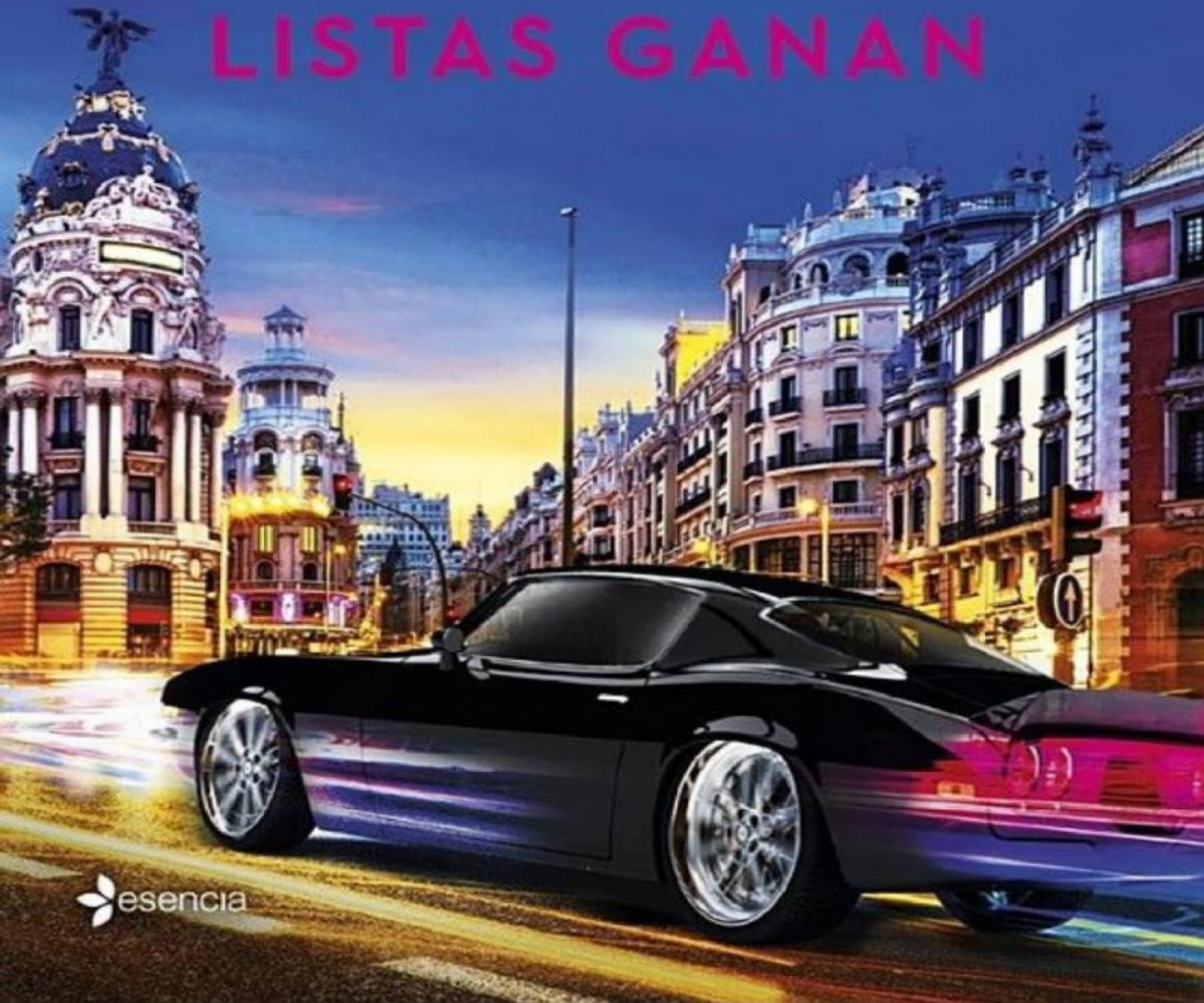
CRISTINA PRADA

LOS CHICOS MALOS APUESTAN, LAS CHICAS LISTAS GANAN



esencia

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
Epílogo
Referencias de las canciones
Biografía
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Me llamo Daniela y soy una chica normal y corriente. Tengo amigas de las buenas y un novio, Hernán. Hernán tiene una exmujer, Andrea, y Andrea tiene un novio, Rico León. Y Rico León no es un chico corriente. Es guapo, con un culito pollo de escándalo y una innata capacidad para estar mezquinamente atractivo sin esforzarse. Categoría de Rico León en los libros: chico malo.

Nos conocemos por culpa del desgraciado de su hermano Hugo, por mi mejor amiga, Sandra, y porque nos odiamos. Él ha dado por hecho que soy la típica niña mimada a la que solo le interesan los zapatos. Yo, que es un bruto al que Dios solo le dio el don del sexo. Sin embargo, lo que creemos acerca de una persona y lo que sentimos por ella pueden ser cosas completamente diferentes.

LOS CHICOS MALOS APUESTAN, LAS CHICAS LISTAS GANAN

Cristina Prada

Esencia/Planeta

Porque nadie puede decirnos cómo queremos ser.

1

Daniela

Vivo en Madrid y me encanta; sus calles, su ruido, su olor y su creatividad. Me fascina que siempre haya una exposición que ver, que se pueda comer *ramen* y *dumplings* y bocatas de calamares, que nadie te mire mal por beberte una cerveza sentada en un escalón y que siempre haya un grupo increíble de cualquier tipo de música al que descubrir en cualquier bar de mala muerte.

Adoro cruzar la ciudad en metro para encontrarme con mis amigas Sandrita y Keti en nuestro bar preferido, en el centro de Malasaña. Podría mudarme aquí, pero tengo mis motivos para no hacerlo y, aunque son de peso, no me pesan —casi me sale un pareado—; nunca lo han hecho.

Soy una chica normal y corriente, pero una chica normal y corriente de verdad, no como suelen serlo en los libros. No soy un dulce animalito del bosque que no gusta al sexo opuesto, pero que basta con que el prota se fije en ella para que todos a su alrededor se den cuenta de que está buenísima. Tampoco soy la otra clase de chica de las novelas: guapa, extraordinariamente inteligente, rica y carismática que encuentra a un hombre guapo, extraordinariamente inteligente, aún más rico y carismático. Tengo el pelo castaño, los ojos marrones, no sé lo que mido, pero no soy alta, y sé lo que peso, pero paso de contarlo aquí. Diré que no soy un ángel de Victoria's Secret, pero tampoco tengo problemas para encontrar ropa de mi talla, aunque de vez en cuando me cuesta que me cierren los vaqueros (gracias por eso, señor que inventó los Donettes). Soy una chica normal, como tú. ¡Ah!, y no soy virgen. ¿Por qué en los libros románticos todas son vírgenes o con una experiencia sexual limitada a tres personas? Para tratarse de novelas que se explayan con el uso de la palabra *follar*, dejan mucho en manos del talento natural.

Mi trabajo es otra historia. Estudié muchísimo y me esforcé aún más pensando que el día que pusiera un pie en las oficinas de Matlock Media, la sede española de la mayor empresa de comunicación corporativa de Europa, sería como cruzar las puertas de un sueño, pero me equivoqué. Me usan como si fuera una asistente y nadie tiene el más mínimo interés en escuchar mis ideas, y no es que me considere la mente más brillante del hemisferio norte, pero les vendrían bien oírlas o pronto dejarán de ser la sede de la mayor empresa de comunicación corporativa de Europa para convertirse en la sede más anquilosada en el pasado del planeta.

—Lo que les molesta a los pleistocénicos de tus jefes es que alguien de veintiséis años les haga ver lo que no funciona —conviene Keti, sentada, como yo, en uno de los taburetes de la barra de nuestro bar favorito, El Fly.

—Lo que de verdad les encabrona es que lo haga una mujer —sentencia Sandrita, a mi otro lado.

—Ahí le has dado —interviene Furia Furibunda, con su pelo a lo afro y sus gafas de pasta, señalándola con la mano con la que sostiene el trapo con el que está secando los vasos detrás de la barra—. Yo soy camarera, empresaria, *drag queen*, artista y de Albacete. Tengo muchas aristas y muchas complejidades, y eso los hombres no son capaces de verlo.

—Lo de Albacete sobraba, maricón —la regaña Mayúscula, *drag queen* como ella.

—¿Ahora hay que ser de Madrid capital para tener *glamour*? —replica—. Pues yo soy de Albacete y le rezo todas las noches a la virgen del Carmen y tengo más estilo en una plataforma que todos los pijos del barrio de Salamanca en sus dos Reebok blancas —concluye su arrebato sindicalista de la moda.

Sandrita, Keti y yo rompemos en aplausos. Tiene toda la razón. Y sé de lo que hablo. He vivido toda mi vida en La Finca, el barrio más pijo de toda la ciudad, y hay mucho esnob suelto que se cree que por vivir donde vive automáticamente pertenece a otro escalafón de la sociedad, como si de repente estuviéramos en la India en pleno sistema de castas.

—Lo que tienes que hacer es montar una revolución en plena oficina y dejarlos alucinados —apunta Sandrita—, como en esos anuncios en los que el prota pierde los papeles, se sube a su mesa de oficinista estresado y monta un escándalo.

Achina los ojos sobre mí para ganar en fuerza dramática mientras le da un sorbo a su botellín de cerveza Mahou.

Sonrío. Sandrita es exactamente como parece que es. Valiente y desinhibida, dos palabras cargadas de poder. Es la vocalista de un grupo de *indie rock* y sus canciones siempre hablan de ser libres y romper todas las fronteras que cualquiera pretenda imponerte.

—Tú imagínate que eres Paquita Salas —continúa muy seria Keti, alzando las dos manos para meterme en situación, mencionando al singular personaje de la serie de los Javis en Netflix—, luchando porque tu representada consiga ese papel en «El secreto de Puente Viejo» y échales la bronca a todos.

—Paquita Salas es una revolucionaria —apunta Mayúscula.

—Y lo es llevando trajes de falda chaqueta al estilo de la reina de Inglaterra, que tiene mucho más mérito —apostilla Furia.

Yo las miro a todas y me tomo unos segundos para meditar y asentir.

—Básicamente, lo que queréis es que monte el pollo —simplifico.

—Sí —responden sin dudar las cuatro a la vez.

—Antes roba todo el material de oficina que puedas —me recomienda Sandrita—, por si te echan.

La señalo.

—Bien visto —afirmo, más que nada porque tendría todas las papeletas de acabar en la calle si me atreviese a hacerlo. Esa idea me deprime. Necesito el trabajo y, sobre todo, luché mucho

para conseguirlo.

—Ey —llama mi atención Furia, poniendo su mano sobre la mía, que descansa en la barra—, si no saben ver lo que vales, es que son idiotas, y una persona tan válida como tú no puede trabajar rodeada de imbéciles. Dios es sabio y nos pone a cada uno en un lugar por un motivo; de nosotros depende encontrarlo.

Arrugo el ceño.

—Acabas de contradecirte —replico—. Si Dios es sabio y me puso en ese curro, no debería largarme, ¿no?

—A lo mejor te puso ahí para demostrarte lo valiente que eres —contraataca enarcando las cejas.

La miro y poco a poco una sonrisa va apoderándose de mis labios. Esa idea me gusta mucho más.

—¡Por los curros de mierda! —grita Sandrita, levantándose sobre el apoyo para los pies del taburete y alzando su botellín—. Por todas las oportunidades que te dan cuando los mandas a tomar por culo. Siempre hay que ver el lado positivo de las cosas.

Todas alzamos nuestras cervezas, las chocamos, las apoyamos sobre la barra y bebemos, en ese escrupuloso orden. Dos minutos después, estamos riéndonos por cualquier estupidez. Ésa es la clave de la vida, sonreír y ver siempre el lado bueno de las cosas, y si es con amigas y una cerveza fresquita, mejor.

Pasada una hora, las chicas se marchan. Sandrita tiene ensayo y Keti ha quedado con su novio para dar una vuelta antes de que ella empiece el turno en su restaurante. Sí, Keti tiene un pequeño gastrobar en La Latina y no podríamos estar más orgullosas de ella. La edición neoyorkina de *Time Out* la incluyó en su lista de «Sitios que no te debes perder en la vida urbana de Madrid» en su último número.

Otra hora más tarde voy a hacerlo yo. Hernán, algo así como mi novio, es complicado de explicar, me ha llamado para salir esta noche y tomarnos algo.

Estoy cruzándome el bolso sobre mi camiseta de Los Ramones cuando la puerta de El Fly se abre de par en par y Keti entra llorando como una Magdalena.

—Pero ¿qué...?

—Me ha dejado —responde hipando y tirándose en mis brazos antes siquiera de dejarme terminar la frase.

¡Es un hijo de puta!

—Me ha dejado —repite Keti, un poco más tranquila después de llorar durante cuarenta minutos, sorberse los mocos y, acto seguido, romper en llanto de nuevo y hundir la cabeza en la barra—. Me ha dejado por una de las chicas que trabaja para mí.

Mayúscula deja, discreta, dos botellines junto a nosotras y, tras mirar a Keti con ternura, se marcha para darnos intimidad.

—No me lo puedo creer —se lamenta—. ¿Tú te lo puedes creer?

Yo suelto un profundo suspiro y pienso seriamente en decirle que, esperarlo, francamente se lo esperaba todo Madrid. Blas, su señor novio, a partir de ahora el finado, es un gilipollas de tomo y lomo, guapísimo, pero un capullo integral. Pasaba de Keti y ya en el cumpleaños de ella (sí, señor, de ella) le hizo ojitos a esa camarera, quien, si de mí dependiera, se pasaría el resto de la vida fregando baños sin guantes.

Aunque, siendo justos, también tendría que decirle a Keti que, precisamente porque esto se veía venir, Sandrita y yo le advertimos muchas veces que tenía que abrir los ojos y darse cuenta de cómo era él y que, si quería seguir dándose alegrías al cuerpo con semejante maromo, perfecto, pero que no se enganchara, porque iba a acabar pasándolo muy mal. Keti siempre lo disculpaba hábilmente y, cuando ya no podía hacer más apología del cabronazo, sentenciaba el tema diciéndonos que no lo entendíamos. Ahora mismo se merece que se lo recuerde y que añada «que esto te sirva para aprender, atontada», pero quiero a esta atontada como si fuera mi hermana y, si lo que toca en este momento es prestarle mi hombro, llorar al finado y beber hasta caer rendidas, aquí me tiene. Siempre va a tenerme.

—Lo siento mucho —le digo.

—Hacíamos una pareja tan bonita —gimotea entre hipidos, abriendo los ojos.

—Preciosa —me obligo a decir, mascullando mentalmente letra a letra—, como de cuento.

—Y es tan guapo.

Asiento, dándole luego un trago a mi Mahou helada.

—Y folla... No te haces una idea de cómo folla.

—Creo que te estás regodeando —apunto.

—Y era el mejor hombre del mundo.

Hasta aquí hemos llegado.

—¡Era un gilipollas integral! —replico, haciendo sonar luego los labios como en un relincho de caballo—. De los que no hay dudas, vamos. Te trataba fatal, Keti. Has salido ganando. ¿Qué digo? Te ha tocado el Euromillones —añado haciendo hincapié en cada palabra—. ¿Y sabes lo que vamos a hacer? Nos vamos a plantar en el centro comercial Xanadú, nos vamos a comprar dos modelitos y vamos a maquillarnos y a ponernos guapísimas y nos vamos a ir a cenar, a beber y a bailar, y no tiene por qué ser en ese orden, porque hoy, tú, querida amiga, has esquivado un balazo —sentencio señalándola.

Uno que se llamaba «divorciada a los treinta, con dos hijos, una hipoteca y un monovolumen con la ITV sin pasar».

Keti me mira durante largos segundos, sopesando cada frase de mi discurso.

—Dani —Daniela Suárez, para ser más exactos.

—¿Sí? —respondo.

—Eres la mejor amiga del mundo.

Sonrío. Espero que, si hacen una encuesta sobre eso, no le pregunten al finado.

—Vámonos —la animo a que me imite bajándome de mi taburete de un salto—. Tenemos

mucho que hacer.

—¿Tú no habías quedado con tu novio? —me recuerda Furia Furibunda, llevándose una mano a la cadera.

Frunzo el entrecejo y los labios, toda mi expresión en general. ¡Mierda, lo había olvidado!

La miro y ella cabecea, recriminándome mi despiste.

—¿Se puede saber por qué no rompes ya con él? —me espeta Furia.

Voy a contestar, pero en el fondo no sé qué decir. ¿Recordáis que os expliqué que era complicado? Pues lo es, y mucho. Hernán es buena gente, o casi, como todos en realidad, supongo. Es guapo y tiene un buen trabajo. No es el colmo del romanticismo, de la sorpresa ni de la diversión, pero estoy convencida de que no lo es porque yo no soy la chica adecuada para él y creo que Hernán también lo sabe. ¿Podríamos dejarlo y ninguno de los dos sufriría? Sí. ¿Deberíamos hacerlo? Con toda probabilidad, sí también, pero estamos en ese momento en el que los dos hemos decidido tácitamente que es agradable tener a alguien para ir al cine y para que te caliente la camita. Además, él tiene treinta y tres y está divorciado. Yo, veintiséis. A estas edades se supone que ya deberíamos haber encontrado a la persona adecuada. Quizá seamos la media naranja del otro y no lo estemos enfocando bien... ¿Entendéis? Complicado.

—Yo... —Me encojo de hombros.

—Yo, ¿qué? —me presiona.

—Yo, nada —me quejo—. Lo que pase entre Hernán y yo es entre Hernán y yo. A los dos nos vale esto.

—Eso no le vale a nadie —me riñe.

—Pues entonces ya estás tardando en rezarle a la virgen del Carmen para que me encuentre un hombre como Dios manda —le rebato impertinente.

Ella mueve la mano dándome por imposible, como siempre en realidad. A mi lado, oigo un sollozo y, una milésima de segundo después, Keti está llorando de nuevo en mi hombro.

—Nada de llorar —la arengo, ayudándola a levantar de nuevo y cogiéndola de los brazos—. Centro comercial, guapas y fiesta. Hernán va a llevarnos a bailar.

—¿Y no te importa cargar conmigo? —inquiere con la voz más triste del universo.

Yo la miro y mi expresión, sin planearlo, se llena de ternura. ¿Acaso tengo una mísera oportunidad de decir que sí? Me está mirando con esos enormes ojos azules, los más tristes del universo también.

—Eres mi amiga —sentencio con una sonrisa—. Cargo contigo encantada.

Mi gesto se contagia en sus labios; algo débil, pero ahí está. Mi sonrisa se ensancha y la empujo hacia la puerta. *Ciao*, finado.

***

Nos vamos de compras y nos atrincheramos en la casa de Keti, en Lavapiés, para prepararnos.

Con la música de Dua Lipa a todo volumen, terminamos de maquillarnos y subimos nuestros pies y, por ende, nuestros vestidos a unos tacones de infarto.

Primero saldremos a cenar y después nos encontraremos con Hernán en El circo. Nunca he estado en ese local y tendremos que coger un taxi para llegar, pero Mayúscula y Furia llevan una semana trabajando allí como camareras. Mientras su local en Malasaña termina de despegar, necesitan otros ingresos. Quieren ver a Keti y animarla con un par de cócteles y buena música.

—¿Dónde demonios estamos? —inquiere Keti.

Giro sobre mis talones, mirando a mi alrededor con una sonrisa.

—No tengo ni la más remota idea, pero es una pasada —respondo sin poder parar de observarlo absolutamente todo.

Dejé de preguntarme dónde íbamos cuando el taxista se pasó la décimo novena salida de la M40. Hemos acabado en pleno extrarradio, en algo que parece una fábrica abandonada abarrotada de gente. Diminutas luces del neón más brillante atestan el techo, formando una especie de telaraña gigante, que continúa en las barandillas de hormigón del piso superior. Hay dos pistas de baile; una alberga un escenario increíble y, la de la planta inferior está rodeada de una verja metálica.

Todo es gris y azul metalizado y todo también está lleno de claroscuros, luces brillantes y rincones peligrosos y sobreestimulantes para cualquier imaginación.

—Ahí están —digo señalando la barra en cuanto entra en mi campo de visión y, con ella, nuestras amigas.

Keti asiente y empezamos a caminar entremezclándonos con la concurrencia. La música se detiene y unas baquetas cortan el ambiente; a continuación, una guitarra. Me giro hacia el escenario y abro la boca sorprendidísima. Los Vaccines. ¡Los Vaccines! Uno de los mejores grupos *indie* del panorama europeo está cantando *If you wanna*.

—Es alucinante —convengo con una sonrisa.

—¿Verdad que sí?

Me vuelvo hacia la voz con los labios fruncidos, ocultando mi sonrisa para jugar un poco. Es Hernán.

—Un gran descubrimiento —apunto divertida.

Él alza la mirada y sus ojos verdes se pierden en los *leds*.

—El extrarradio es peculiar —sentencia al fin—. Supongo que mejor esto que una antigua fábrica llena de yonquis.

—Vaya —respondo irónica y también un poco molesta—. Eso ha sido un poco prejuicioso, ¿no te parece?

No es que sea fan de las afueras, ni siquiera que pase mucho tiempo en ellas, pero, dar por hecho que algo se llenará de yonquis sólo porque no esté en pleno Paseo de la Castellana, me parece un poco exagerado y, ya de paso, clasista, una actitud que siempre he odiado.

Hernán me mira sin comprender nada.

—Es un barrio como cualquier otro —concluyo mi alegato.

—Es Vallecas —contesta como si con esas dos palabras lo explicara todo. Su cara de aversión y su mirada de «has perdido un tornillo, ¿o qué?» hacen el resto.

—¿Y? —contraataco.

Siempre he vivido en La Finca. Mi padre es un alto cargo diplomático y ya estaba dedicado a ello cuando nací, así que nunca me ha faltado de nada. Sin embargo, no por eso, nunca, jamás, he pensado que el lugar donde vives te convierte en mejor o peor persona.

—¿Hernán?

Él frunce el entrecejo un segundo antes de girarse un poco sorprendido y un poco violento hacia la voz que lo llama. Yo también lo hago. Es una mujer alta, de su edad, delgada y francamente guapa, con ondas en su pelo castaño y unas kilométricas pestañas.

—¿Qué haces aquí? —inquiere con una sonrisa.

—Hemos venido a tomar algo y escuchar un poco de música.

El plural le hace buscar junto a Hernán y encontrarme. Me barre con la mirada y finalmente me dedica una sonrisa que definiría como taimada.

—¿No nos presentas?

Hernán tarda un segundo de más, pero acaba sonriendo.

—Sí, claro que sí —contesta veloz, rodeándome la cintura con el brazo para acercarme a él—. Andrea, ella es Daniela, mi novia.

Un hombre alto y moreno se detiene a la espalda de la mujer. Está hablando con alguien y no consigo verle la cara. Es delgado, pero los vaqueros oscuros y la camisa blanca remangada dejan intuir unos músculos armónicos y tonificados debajo, amén de unos interesantes antebrazos.

—Daniela —continúa Hernán. Aún sin dejarme ver su rostro, el hombre coloca su mano sobre la cintura de ella. Sus dedos son grandes y masculinos y avanzan posesivos sobre su piel—, ésta es Andrea, mi exmujer.

¡Joder!

Dos palabras y vuelvo a la realidad de golpe. ¡Su exmujer!

Supongo que la sorpresa debe de dibujarse en mi rostro y supongo también que ella debe de malinterpretarla como resquemor o algo parecido, porque esa sonrisa sibilina vuelve. No sabe hasta qué punto se equivoca. Lo bueno de una relación cómoda es que, si alguien viene y te roba al objeto de tu afecto, no resulta demasiado duro. Dicho esto, no voy a dejar que esta mujer, por muy guapa y alta que sea —jo, hay que ver qué alta es—, piense que me intimida lo más mínimo.

—Hola —digo con una sonrisa, avanzando un paso para darle dos besos.

Andrea se pone tensa, pero acepta el gesto.

—Encantada —pronuncia un pelín a regañadientes.

—Lo mismo digo —respondo.

Pero, curiosamente, ella ya no me mira a mí; tiene la mirada fija en mi novio.

—Hernán, quiero que conozcas a alguien —lo informa. Vuelve a sonreír como las malas de las telenovelas y, apoyando una mano en la de él sobre su piel, echa la cabeza hacia atrás sin levantar los ojos de su exmarido—. Cielo —llama al hombre a su espalda.

Él se gira y... joder, joder, ¡joder!

—Te presento a mi exmarido, Hernán. Hernán, él es mi novio, Rico León.

Rico León.

No puede ser verdad.

2

Rico

12 HORAS ANTES

Vivo en Madrid y lo odio; por eso concreto: vivo en Vallecas, en el barrio por excelencia. Soy del extrarradio y no necesito absolutamente nada de fuera de él.

Salgo de la ducha, me seco y me pongo los vaqueros. Resoplo mientras abandono el baño, abrochándome los botones de los tejanos. ¿Cómo puede ser que siga muerto de sueño incluso después de ducharme?

—¡Suso! —lo llamo asomándome a su habitación—. ¡Arriba!

Mi hermano, de once años, se revuelve en la cama y gruñe algo que ni siquiera entiendo.

Madrid está sobrevalorado: demasiados coches, demasiado humo y demasiada gente convencidísima de que pertenece a una generación innovadora y maravillosa por comer lo que los chinos ya comían hace doscientos años o cortarse el pelo como, con toda franqueza, nadie debería cortarse el pelo.

Avanzo por el pasillo, entro en el diminuto y ruinoso cuarto de la lavadora y pillo una camiseta cualquiera de la secadora; la puerta se atasca y tengo que cerrarla con fuerza. No la culpo, debe de ser la secadora más vieja del mundo.

Sacudo la prenda regresando al pasillo y me la pongo. En el momento en el que saco la cabeza, la habitación de mi hermana Aitana entra en mi campo de visión.

—De eso nada —le advierto en cuanto la veo.

—Rico —se queja lastimera, alargando las vocales de mi nombre—. Ahora se llevan así.

—Me importa una mierda —replico—. Tienes diecisiete años y vas a bajarte la falda del uniforme hasta la rodilla, que es para lo que fue fabricada.

Se cruza de brazos y me mira desafiándome.

—Cumpliré dieciocho en dos días —me recuerda.

Eso me importa todavía menos.

Enarco las cejas, dejándole cristalinamente claro que no hay ninguna posibilidad de que se salga con la suya.

—No es justo —claudica, estirando los brazos de nuevo junto a sus costados y alejándose al otro extremo del dormitorio, malhumorada.

Mejor enfadada que vestida como en un videoclip de Bad Bunny.

—¡Suso! —grito antes de enfilar las escaleras—. ¡Levántate de una vez!

Vivo con mis hermanos en lo que el Gobierno llamó, a finales de los setenta, casas de sustentación familiar, es decir, una vivienda social que se cae a pedazos y que nadie se molesta en arreglar desde principios de los ochenta. Pensaron que, haciendo pequeñas unifamiliares en pleno barrio, lo convertirían en algo así como una sucursal de La Moraleja. Supongo que nadie les explicó que las casas son ideales para hacer contrabando de tabaco o montar negocios ilegales.

Llego hasta la cocina y sonrío al ver a Mati, ya vestida con su uniforme, subida a una silla que usa a modo de banqueta para sacar el zumo de la nevera.

—Buenos días, peque —la saludo yendo hasta ella.

Le doy un beso en el pelo y el *brik* de zumo de naranja.

—Buenos días, Rico.

Se baja del asiento y lo empuja hasta colocarlo en su sitio.

—¿Tostadas o cereales? —le pregunto, sirviéndome una taza de café.

—Tostadas —responde, trepando de nuevo, ahora a un viejo taburete que está al otro lado de la barra de la cocina.

—Marchando.

Mati sirve dos vasos de zumo. Saco el paquete de pan de molde y se lo paso, ella lo abre con sus manitas y saca dos rebanadas, que coloca sobre el tostador.

—Mermelada de melocotón para ti y de fresa para mí —me informa.

Se bebe un trago enorme. El diámetro del vaso, aproximadamente, le ocupa media cara, así que, para cuando termina, tiene toda la boca manchada de zumo. Yo, apoyado en el mueble, no puedo evitar sonreír. Tiene seis años y es la cosa más adorable que he visto en mi vida. De pronto pienso en Aitana y esa maldita falda. Las hermanas pequeñas deberían quedarse con seis años para siempre.

De un paso, apoyo los codos sobre la encimera y me inclino hasta que mi mirada queda a la misma altura que la de ella.

—No crezcas nunca —le pido.

Ella asiente enérgica.

—Prometido —sentencia sin lugar a dudas.

Sonrío otra vez. Es la mejor.

No os confundáis, mi barrio me encanta. Tengo todo lo que quiero y aquí soy el puto rey del mambo. Lo de llevar a mis hermanos a una escuela privada es para que tengan un futuro diferente. No soy ningún gilipollas y, por mucho que yo me haya acostumbrado a la vida que llevo aquí, quiero algo mejor para ellos.

—¡Buenos días! —oigo desde la puerta principal. Es Héctor—. ¿Qué pasa, familia? —saluda por segunda vez, irrumpiendo en la cocina.

—Buenos días, Héctor —lo saluda Mati.

—Buenos días, preciosidad —responde—. ¿Cuántos años tienes ya? —inquiere divertido,

achinando los ojos para fingir observarla mejor—. ¿Treinta y dos?

Ella rompe a reír y se lleva la mano a la frente.

—No —contesta aún entre carcajadas—. Tengo seis.

—¿Seguro?

—Sí.

—¿Seguro?

—Sí —pronuncia antes de romper a reír de nuevo.

—Pues has crecido mucho.

—Pues ya no puedo crecer más —replica muy seria—. Se lo he prometido a Rico.

Mi sonrisa se ensancha. Ésa es mi chica.

Héctor me mira con el ceño fruncido, pero, tras unos segundos, decide pasar del tema. Mejor, no pensaba explicarle nada.

—¿Cómo se presenta el día, Rico?

Sólo Héctor y mi familia me llaman Rico. Para todos los demás soy León.

—¿Puedes dejar de estar tan increíblemente contento? —me quejo, incorporándome—. Es muy temprano, ten la decencia de estar de mal humor.

Intenta mantenerse serio, pero, sea lo que sea en lo que está pensando, con toda probabilidad algo con lencería y gemidos, le traiciona y vuelve a sonreír.

—No puedo —se excusa en absoluto arrepentido, a punto de la risa.

Lo observo. Lleva la ropa de ayer. Viene de echar un polvo, de ahí esa radiante felicidad.

—¿Susana?

Niega con la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—Vicky —sentencia.

¿Vicky? ¿En serio? Pongo los ojos en blanco y me giro para coger las tostadas y untar la mantequilla.

—Sé que para ti es muy fácil, porque, con esa pinta de bajabragas, todas caen rendidas a tus pies —protesta dando un paso hacia mí—, pero los pobres mortales tenemos que conformarnos con las oportunidades que nos brinda la vida.

—No te tires el rollo. Tú no te vas con Vicky porque sea tu única oportunidad, te vas con ella porque te pone como una moto.

Él abre la boca dispuesto a rebatirme, pero acaba asintiendo y otra vez esa sonrisilla se le escapa. Lo conozco como si lo hubiese parido.

—Y empiezo a pensar que, que tenga un novio con malas pulgas y uno noventa que vive en el gimnasio y te puede partir la cara en cualquier momento, es lo que más te pone de todo.

—¿Qué sería la vida sin peligro?

—Vas a acabar en un agujero —me burlo.

—No —replica con la cabeza en mi nevera—, porque sé que tú siempre me vas a defender. Para algo soy tu mejor amigo... —saca una manzana y le da un bocado— y el único que tienes —

añade al recapacitar sobre sus propias palabras.

Un amago de sonrisa arisca y sarcástica se escapa de mis labios.

—Tengo suficiente contigo —sentencio—. El cupo de capullos cubierto.

Héctor me enseña el dedo corazón y yo le lanzo un beso.

—Buenos días —gruñe malhumorada Aitana entrando en la cocina.

—Buenos días—responde Héctor—. Estás de muy buen humor —comenta sólo para torturarla. Le encanta hacerlo.

—Si tienes casa, ¿por qué nunca estás en ella? —replica hostil, sentándose en una de las desvencijadas sillas de la cocina.

—Porque es más divertido estar aquí —contesta sin ningún remordimiento—. ¿Ya has hecho los deberes?

—No me trates como a una cría —y ella pica siempre—, y vete a la mierda.

Héctor suelta un silbido burlón.

—Esa boca —la reprendo.

Mi amigo sonríe, encantado por estar sacándola de sus casillas, y mi hermana se muerde la lengua, fulminándolo con la mirada. Es la historia de todas las mañanas.

Aitana se sirve unos cereales. Mi móvil comienza a sonar. Miro a mi alrededor siguiendo el sonido, hasta que lo encuentro bajo un par de revistas. Observo la hora en la pantalla antes de contestar. Las ocho y media.

—¡Suso! —grito hacia las escaleras—. ¡Joder! ¡Baja ya!

—¡Voy! —responde desde arriba—. ¡No encuentro mi libro de matemáticas!

Llevo mi vista hasta Aitana con la esperanza de que ella sepa dónde está, pero se encoge de hombros, molesta. Ahora mismo prefiere verme arder que ayudarme.

—A lo mejor ha vuelto a venderlo —me recuerda Mati.

—No, porque sabe que, si vuelve a venderlo, yo lo vendo a él a un circo ambulante —replico rebuscando en la cocina. El móvil sigue sonando. Me asomo al salón y lo veo en la mesita de centro—. ¡Está aquí!

—Vale —contesta pasando veloz a mi lado con la mochila abierta colgada de un hombro, de la que no paran de caérsele cosas.

Lo observo y cabeceo. Es mi hermano y lo quiero, pero es un puto desastre.

—¿Diga? —descuelgo al fin.

—Por fin —protesta mi hermano Hugo al otro lado, quien por cierto debería estar ya aquí para llevarse a los críos al colegio.

—¿Dónde estás?

—Esta mañana no puedo ir a casa...

—Me importa una mierda —prácticamente lo interrumpo—. Tienes quince minutos para llegar.

—Estoy en el centro —se queja como si tuviera trece años en lugar de veintiocho.

—Otra cosa que no es problema mío.

Cuelgo y me meto el móvil en el bolsillo de atrás de los vaqueros.

—Peque, termínate el desayuno y lávate los dientes. Hugo está a punto de llegar —le digo y ella asiente. Oteo la estancia al tiempo que saco un táper de la nevera, lo dejo sobre la encimera, saco dos tarteras del armario y las abro—. Suso, ¿has hecho los deberes?

—Casi —responde abriendo el libro sobre la mesa.

Me cago en... Resoplo y cuento mentalmente hasta diez.

—Aitana —la llamo, en una clara sustitución de «ayúdalo».

—Paso —replica.

Dejo caer un montón de zanahorias y apio lavados y cortados en cada tartera y añado almendras a una de ellas.

—Aitana, por favor —repito más vehemente, cerrando el armarito, volviendo al frigo, sacando dos zumos y dejándolos junto a los desayunos preparados.

Pone los ojos en blanco, suelta un bufido, pero finalmente coge el libro y lo gira hacia ella dispuesta a hacerle los deberes. Sonrío. Sabía que no podría estar mucho tiempo enfadada conmigo.

—Esto no puede ser —se queja Hugo entrando en la cocina.

Han pasado cinco minutos desde su llamada. Estoy sentado en la encimera, tomándome el segundo café del día y controlando el frente.

—Creí que estabas en el centro —le recuerdo socarrón. Sabía que no lo estaba.

Mi hermano aprieta los labios, molesto, pero no dice nada más.

—No puedo llevar todos los días a estos críos al colegio. Tengo una vida, ¿sabes? —protesta —. Y debería vivir en el centro, no tener que ir hasta él desde este barrio de mierda.

Al terminar, se alisa la corbata sobre su camisa para profundizar en el hecho de que no se siente parte de nada de esto. No sabe hasta qué punto me importa poco.

Le dedico mi sonrisa más fría y más desdeñosa.

—Se me olvidaba que tu vida es tan dura —replico burlón.

—¿Por qué no pueden ir solos?

—Porque está a quince minutos en coche.

—Yo a su edad iba solo.

—A ti te llevaba yo —le refresco la memoria, bajándome de la encimera de un salto y dando un paso hacia él—. Y tú vas a llevarlos a ellos porque son tus hermanos y es lo que te toca. Si quieres, cambiamos. Yo me voy a vivir a un apartamento y vengo a acompañarlos al colegio y tú te quedas aquí y te encargas de todo, todos los putos días.

Hugo me mantiene la mirada, pero la presión le puede y acaba agachando la cabeza.

—¿No? —lo reto—. Lo imaginaba.

Quiero a Hugo, es mi hermano, pero a veces se comporta como un crío de mierda. Nunca se ha ocupado de nada y he tenido que resolverle los problemas demasiadas veces. Desde hace

mucho, cuando nuestros queridísimos padres decidieron que no iban a cambiar su estilo de vida por nosotros, he tenido que encargarme de todo. No me importa. Haría cualquier cosa por mis hermanos, pero no voy a permitir que se presente aquí y me monte una escenita porque su única responsabilidad le parece un mundo.

—¡Vamos! —llamo a los chicos—. Tenemos que irnos.

Me subo al mueble del fregadero y, agarrándome al tendedero, me descuelgo hasta sacar medio cuerpo por la ventana para apagar la vieja caldera. Mientras, Héctor ayuda a Mati a ponerse la mochila y Aitana se asegura de que Suso lo lleve todo.

Cojo las llaves camino de la salida y abro la puerta. Héctor se queda frente a mí y los dos presenciamos cómo salen todos mis hermanos para, a continuación, hacerlo nosotros.

—¡He tenido una revelación! —grita Bosco frente a todos, alzando las manos en mitad de los siete escalones que separan el ajado porche, de nuestra ajada casa, de la descuidada acera.

Yo lo observo y contengo un resoplido. ¿En serio? ¿Ahora? Tengo prisa, joder.

—Tenemos que hacer algo por cambiar esta sociedad —continúa, haciendo hincapié en cada palabra, sintiéndola—. Tenemos que hacer algo por mejorar, por crecer, por creer los unos en los otros. ¡Y tenemos que hacerlo fabricando nuestra propia cerveza!

Y entonces se cae cual saco de patatas y aterriza en la acera, borracho como una cuba. Todos lo contemplamos un segundo y, sin más, reemprendemos la marcha. Al pasar junto a él, Mati le acaricia el pelo, le da un beso en la cabeza y continúa caminando. Yo me inclino un momento, me aseguro de que respira poniéndole el índice y el corazón en el cuello, en un gesto de lo más rutinario, huele a whisky desde aquí, y, al sentir su pulso, reemprendo la marcha.

Héctor me pasa un cigarrillo y me lo enciendo.

—Qué descanses, Bosco —me despido girándome un instante, sin dejar de caminar.

Mi padre gruñe algo parecido a un «gracias» y sigue durmiendo el pedo.

Me pregunto cuándo van a nombrarlo progenitor del año.

Mati y Suso se montan en el coche de Hugo, pero Aitana continúa andando.

—Viene una amiga a recogerme —me explica sin ni siquiera volverse ni dejar de avanzar.

Achino los ojos. Me la está colando.

—Gira a la derecha —le pido a Héctor en cuanto entramos en su viejo Polo.

Él asiente y seguimos el camino que ha tomado mi hermana. Al doblar por la primera calle que nos da la oportunidad, no tardo en maldecir entre dientes y verla a punto de subirse a la moto del gilipollas de Yonny Ruso.

Cuando ve el coche, Aitana vuelve a resoplar y se separa de Yonny. Él la mira confuso, pero no tiene por qué preocuparse, ya estoy yo aquí para resolverle las dudas.

—¿Qué haces? —demanda extrañado.

—¿Qué haces tú? —pronuncio a su espalda.

Mi voz lo tensa; mejor. Para cuando se vuelve y me encuentra frente a él, ya está muerto de miedo; mucho mejor.

—Hola, León.

—¿Sabes qué hora es? —murmuro amenazadoramente suave.

Él asiente un número casi ridículo de veces.

—Las nueve menos diez —balbucea.

—¿Y sabes camino de dónde tendría que estar ya mi hermana?

—Del instituto.

Le dedico una intimidante sonrisa y doy un paso hacia él.

—Creo que puedes hacerlo mucho mejor —siseo.

—Yo... yo... —tartamudea—, no puedo venir a verte cuando tengas clase, Aitana. No quiero entretenerte.

Le mantengo la mirada, haciendo que el miedo lo recorra de pies a cabeza. La verdad es que ni siquiera sé por qué no le parto la cara en este preciso instante. No estudia. No trabaja. No tiene ni un maldito oficio y, por supuesto, ni un mísero beneficio. ¿Por qué no puede elegir mejor? No digo que tenga que salir con un ingeniero de la NASA, pero, por lo menos, podría ser uno al que no me entren ganas de atropellar cada vez que lo veo.

—Aitana, sube al coche —le ordeno.

—Rico —refunfuña.

—Ahora —gruño.

Ella me mira francamente mal, pero echa a andar y se monta en la parte trasera del Volkswagen de Héctor.

Le echo una última mirada a este futuro vago profesional y me meto en el Polo.

Héctor arranca y, por el espejo retrovisor, puedo ver cómo el capullo de Yonny Ruso suelta todo el aire de sus pulmones cuando nos ve alejarnos.

—Aitanita —la pincha Héctor—, ¿dónde has encontrado a ese partido tan increíble?, ¿en la gala de los premios Nobel?, ¿en un festival de cine independiente?

—Yonny es un tío increíble —replica hostil, cruzada de brazos—, aunque a ti no tengo por qué darte explicaciones, gilipollas.

—Esa boca —la reprendo.

Héctor, con una sonrisilla de lo más impertinente en los labios, finge que las palabras de mi hermana le han parecido de lo más amenazantes.

—Y tú no seas gilipollas —la defiendo.

De reojo, lo miro y no puedo evitar que su sonrisa se contagie en mis labios. Mi hermana tiene que empezar a elegir mejor, por el amor de Dios.

La llevamos hasta el instituto y Héctor me deja en el curro antes de marcharse a casa, un apartamento de mala muerte cerca de la mía. Mi amigo es escritor y se pasa las mañanas enteras fumando y escuchando música de Pink Floyd delante de su portátil.

—Buenos días —digo al aire entrando en el taller.

Capto algunos gruñidos como respuesta, la mayoría de bocas cuyas respectivas cabezas no

han salido de los motores que revisan.

Camino hasta el Audi que está arreglando mi abuelo. Lo observo un par de segundos sin que repare en mí. Me acerco hasta una de las cajoneras rojas de metal y cojo una llave inglesa de dos pulgadas y media.

Mi abuelo murmura entre dientes, malhumorado.

—Necesito otra maldita llave, ésta no sirve —protesta.

Sonrío, regreso a su lado y le tiendo la herramienta. Al verla, se sorprende y saca la cabeza del capó. Cuando me encuentra, sonríe.

—Esto ha sido una fanfarronada —me recrimina divertido, mostrándome la llave.

—Llevo viéndote trabajar en este taller desde que tengo cinco años —le recuerdo, quitándome la cazadora y dejándola sobre la mesa donde revisamos las facturas— y arreglando coches contigo desde los dieciséis.

Cojo las bujías que dejé preparadas anoche y rodeo el Audi para alcanzar el otro lado del capó.

Mi abuelo asiente un par de veces.

—Es decir, que llevas molestándome desde los cinco años y complicándome el trabajo desde los dieciséis —sentencia.

Nos miramos un segundo y los dos sonreímos justo antes de ponernos con el trabajo. Los siguientes minutos los pasamos en silencio, cada uno concentrado en lo que hacen sus manos.

—Esta mañana, mientras abría el taller, he visto a Hugo ir hacia casa con cara de pocos amigos. ¿Está cumpliendo?

—Está cumpliendo —contesto, y me ahorro cómo le he obligado a cumplir.

—Eres demasiado permisivo con él.

A veces se me olvida que yo lo conozco muy bien, pero él a mí también.

Me encojo de hombros, eludiendo la respuesta. Tiene razón, pero Hugo y yo no lo pasamos bien de críos; supongo que se lo debo.

—La que me trae de cabeza es Aitana —me quejo para cambiar de tema.

—Aitanita es una buena chica —me rebate mi abuelo—. Estudia, es responsable y te ayuda con los pequeños.

Ahora también tiene razón, pero eso no me impide sonreír socarrón.

—¿Quién está siendo permisivo ahora? —demando con el mismo humor de mi gesto en la voz.

Mi abuelo finge no oírme. Aitana tiene el nombre de mi madre y es igual que ella en todos los sentidos; es como ver una maldita fotografía. Mi abuelo adoraba a mi madre; siempre dice que ni siquiera entiende cómo su hijo, Bosco, la convenció para casarse con él, aunque se alegraba porque nunca podría haber encontrado una mujer mejor. Todo se fue a la mierda cuando mi madre, que estaba enamorada de mi padre como una idiota, entendió que la única manera de

estar cerca de él era perderse con él y acabaron en la barra de un bar. El amor, ya se sabe, nunca trae nada bueno para nadie.

—¿Y tu padre?

Aprieto la correa del ventilador y cedo un poco más los ajustes del carburador. Los Audi clásicos siempre acaban fallando aquí.

—Borracho en la entrada de casa —respondo sin darle la más mínima importancia, y es que, cuando algo pasa cada mañana, automáticamente dejar de ser relevante.

Mi abuelo hace una mueca de disgusto.

—¿Por qué no se morirá de una vez?

No respondo. Sé que no lo dice en serio. Bosco es su hijo y uno no puede dejar de querer a un hijo, aunque sea un borracho malnacido incapaz de cuidar de sus críos de ninguna manera y tampoco le preocupe lo más mínimo si comen, tienen ropa o un techo.

—Ya sabes lo que dicen, bicho malo... —bromeo.

—Todavía me sorprende que te lo tomes así.

—¿Y qué quieres que haga?

Llevo cuidando de mis hermanos desde que tengo dieciséis años; él lleva pasando de nosotros desde... siempre. Estoy acostumbrado.

Lo piensa un instante.

—No lo sé —refunfuña al fin—, pero no es sano. ¿Por qué no vas a un terapeuta de esos?

Sonrío de nuevo.

—Estoy hablando en serio —farfulla—. Tienes que liberar tensiones.

—No te preocupes. Yo ya libero tensiones.

Muchas, y me lo paso de cine. Sonrío otra vez. La verdad es que me lo paso realmente bien.

—Contigo y esa sonrisita no se puede tener una conversación —protesta por enésima vez.

—Deja de quejarte, Mati dice que eres un gruñón —lo pincho.

Mi abuelo alza la cabeza y apoya las dos manos en el borde de la carrocería para acabar soltando un bufido.

—¿Ves? Lo que yo te diga. Ni siquiera eres capaz de charlar en serio.

Levanto la mirada del motor y lo observo un segundo justo antes de volver a concentrarme en la correa de distribución. Lo conozco. Sé que lo que quiere decir no tiene nada que ver con ir o no a un psicólogo.

—¿Qué pasa? —le pregunto.

No me ando con rodeos. Los rodeos son una estupidez.

Mi abuelo guarda silencio un puñado de segundos.

—Estoy preocupado, hijo —dice al fin—. Lo que haces... sé que te da mucho dinero, pero es demasiado peligroso.

No necesita especificar más. Sé perfectamente a qué se refiere y también sé cuáles son sus reticencias, el porqué de ese miedo.

—Necesito la pasta.

—Aitana y los pequeños no tienen por qué ir a esos colegios tan caros.

—¿Y qué hacemos entonces? —replico—. Dejo que se queden aquí y que acaben como acaban todos los del barrio. Ellos son mejores, abuelo, y se merecen una vida mejor.

—A ti no te ha ido mal en el barrio —contraataca.

—Yo soy diferente —sentencio. El barrio es mío, pero no ha sido fácil llegar hasta donde estoy. Demasiadas peleas y demasiado de todo lo demás—. Y tampoco es lo que quiero para ellos.

Por muy bien que me vaya y por mucho dinero que gane, no quiero eso para Hugo ni para Aitana ni para Suso ni para Mati.

—¿Por qué no me quedo solo en el taller y te buscas otro trabajo?

—¿Y dejar que te encargues tú de todo? Es demasiado trabajo y lo sabes.

—Pues deja que te pague un sueldo.

—No —replico, y no dejo espacio para las dudas—. Ya nos ayudaste bastante cuando era un crío. El dinero que ganas es para ti.

—Pues al menos deja de pagarme las facturas. No soy ningún viejo acabado, puedo apañármelas.

Veo cómo resopla y vuelve al motor, y otra vez no puedo evitar sonreír. Es un auténtico gruñón, pero también muy sabio... y sabe que en esta conversación tiene todas las de perder. Pienso ocuparme de él siempre.

A las ocho cerramos el taller. Héctor me recoge y nos alejamos un par de calles para tomarnos una cerveza helada.

—¿Qué plan tenemos para esta noche?

Yo resoplo con la mirada perdida en la plaza. El restaurante chino se ha rendido y ha empezado a hacer patatas bravas; el olor mezclado con el de los rollitos de primavera es casi brutal. Puede matarte y revivirte en cuestión de segundos.

—Ninguno —respondo al fin.

—¡Vamos! —se queja mi amigo—. Es la primera vez que no tenemos ningún asunto el sábado por la noche desde hace más de un mes. Tenemos que salir a emborracharnos.

Ya sé qué contestar a su propuesta: no me interesa, pero en lugar de eso lo miro sin decir nada. Los discursos sobre vivir como si nos hubiéramos escapado de una novela norteamericana de los sesenta son su debilidad. Voy a darle el gusto.

—Tenemos treinta años. Muy pronto cometeremos la estupidez de casarnos y tener críos y entonces se acabaron los sábados para nosotros, todos. —Hace hincapié en la última palabra, melodramático—. Disfrutemos ahora que aún podemos.

Enarca las cejas esperando mi reacción; mi reacción completamente positiva y entregada, por supuesto.

—No voy a salir —respondo con una sonrisilla justo antes de darle un trago a mi cerveza.

Tiene razón, pero, joder, que la tenga y dársela son dos conceptos diferentes.

—Rico —protesta estirando las vocales de mi nombre—. Salgamos de juerga por ahí.

—No.

—Llamo a Vicky y le digo que se traiga a una amiga.

—Ni de coña.

—Entonces, vamos a El circo.

Entrecierro los ojos con la mirada puesta sobre Héctor. Ese plan no suena del todo mal: un par de gintónics, un poco de música y liberar tensiones.

En ese momento mi móvil comienza a sonar en el bolsillo de mis vaqueros. Miro la pantalla. Es Andrea. Hablando de liberar tensiones...

Héctor se asoma por encima de la mesa y lee su nombre.

—Andrea —pronuncia socarrón—. Tu novia te echa de menos.

—No es mi novia —le dejo claro veloz.

—¿Ah, no?

—Salimos juntos —le especifico, y no estoy mintiendo. No hay más y no va a haberlo.

—Qué bonito eufemismo. Eres tan romántico que me entran ganas de comértela.

Refunfuño y él ríe encantado por haberme fastidiado. El cabrón es el hetero al que menos le preocupa bromear con su sexualidad que he visto en mi vida.

Pongo los ojos en blanco, diciéndole sin palabras que me tiene hasta los huevos, y descuelgo. La suave voz de Andrea ocupa de inmediato la línea.

—Hola, ¿tienes plan para esta noche?

Suelto un suspiro de satisfacción a la vez que me dejo caer en el respaldo de la silla. Me gusta que sea tan directa. Los jueguecitos, el tener que rondar a una chica durante días como si fuera una maldita prueba olímpica, no va conmigo.

—Voy a El circo. Te recojo a las doce —respondo.

Héctor sonríe encantado. Se ha salido con la suya.

—Perfecto.

Cuelgo y vuelvo a perder la mirada en la plaza mientras mi amigo, pletórico, empieza a canturrear sobre lo bien que lo vamos a pasar. Para mí es algo más mecánico: beber, follar y despejar la mente. Por eso me gusta Andrea. Ella también lo tiene claro y no me pide más.

***

Voy a recoger a Andrea, a su casa en un barrio del centro, y a las doce y media estamos cruzando las puertas de El circo, una fábrica abandonada del barrio reconvertida en el club de moda. No está nada mal y desde el principio ha logrado ser el epicentro de los asuntos del extrarradio.

Vamos hasta la barra y nos pedimos una copa.

—Aquí tiene, señor León —me informa una de las *drag queen* que han empezado a trabajar de camareras, dejando un gintónic frente a mí.

Juro que me ha dicho su nombre, pero no me acuerdo.

—Gracias, encanto.

—Mayúscula —me recuerda.

Sonrío fugaz y algo frío, mi sonrisa, y me giro.

—¿Bailamos? —me pide Andrea.

Niego con la cabeza. Bailar no forma parte del trato.

—Hazlo tú.

Ella sonríe desafiante y le mantengo la mirada y el gesto sin problemas. Al cabo de unos segundos, la forma en la que me observa se vuelve pizpireta, como si hubiese llegado a la errónea conclusión de que quiero que juguemos, que me provoque desde la pista de baile. Nada más lejos de la realidad; cuando quiera follármela, lo sabrá... Mientras tanto, prefiero que esté entretenida y me deje en paz.

Andrea se aleja unos metros, hasta mezclarse con la enorme cantidad de gente que baila en la pista, y yo le doy un trago a mi copa. De espaldas a la barra, apoyo los codos en ella y alzo la cabeza, perdiendo la mirada en el millar de lucecitas que cubren el techo. A veces creo que mi abuelo tiene razón y debería parar un poco con todo. Estoy cansado, joder, aunque, con toda probabilidad, la palabra más adecuada sería *hastiado*.

A estas alturas, todo debería ser más fácil, ¿no?

Resoplo.

—Lo que necesitas es echar un polvo —me digo.

Darle vueltas a lo que nunca va a cambiar, no vale para nada.

Me incorporo y busco a Andrea con la mirada. Sigue en el centro de la pista, pero ya no baila; está hablando con un tío y una chica a la que no consigo verle la cara. Serán compañeros de trabajo, amigos... me importa una mierda.

Me dirijo hacia ella dispuesto a llevármela a los lavabos.

—León —me saluda Lucas cuando apenas estoy a un paso de Andrea—. Tengo algo para ti.

—¿Cuándo?

—El viernes, en un par de semanas.

Tomo a Andrea de la cintura. Cuanto antes sepa para qué estoy aquí, mejor.

—¿El setenta por ciento?

—Sesenta y cinco —repone.

Lo pienso un instante. Hace mucho que me puse el límite de sesenta. Si no, hacer esto ni siquiera merece la pena.

Asiento y él capta el mensaje. Parece que ya tengo plan para dentro de dos semanas.

Andrea coloca su mano en la mía y se aprieta contra mí.

—Cielo —me llama.

Me giro. El hombre no me interesa lo más mínimo, pero la chica... Joder, la chica es algo completamente diferente.

—Te presento a mi exmarido, Hernán. Hernán, él es mi novio, Rico León.

La odio. Odio a Daniela Suárez.

3

Daniela

No me lo puedo creer. ¡Es que no puedo! ¿Qué hace él aquí? ¿Qué posibilidades había de que me lo encontrara en esta maldita fábrica reconvertida en discoteca? ¡Universo, hablo en serio! ¡Quiero un número!

Rico León. Treinta y dos años. El pelo oscuro y desordenado, como si no le supusiese un problema peinarse o no. La nariz grande y masculina, el rostro anguloso y los ojos de un marrón chocolate cabalgando desbocado hasta el negro más intenso. Guapo a rabiar.

Me barre con la mirada cargado de hostilidad y yo no entiendo nada. ¿Está enfadado? ¡¿Encima tiene el valor de estar cabreado, después de todo lo que pasó?! Me cruzo de brazos, demostrando la misma furia. Madrid tiene, ¿cuántos?, ¿tres millones de habitantes? ¿Por qué he tenido que cruzarme con el más cabrón de todos ellos?

Lo cierto es que ni siquiera comprendo por qué sigo aún aquí. No quiero respirar el mismo aire que él.

—Voy a pedir una copa —le pongo de excusa a Hernán y, antes siquiera de que pueda responder, estoy camino de la barra.

Me he alejado unos metros cuando noto unos dedos agarrar mi muñeca sin ninguna amabilidad y obligarme a darme media vuelta.

—¿Qué haces aquí? —inquiere Rico León, todavía más malhumorado en cuanto nos deja frente a frente.

Yo me suelto sin dudar, sin tardar un solo segundo de más.

—No se te ocurra volver a tocarme —le advierto apuntándolo con el índice.

Rico León aprieta los labios hasta convertirlos en una fina línea.

—¿Qué haces aquí? —repite, demostrándome que no se ha molestado en dedicarme la suficiente atención como para escucharme.

Soy una chica más bien impulsiva, lo reconozco, pero, cuando se trata de él, de cualquier capullo presuntuoso, en realidad, esa cualidad parece multiplicarse por mil, y el problema aquí es que Rico León es el rey de los cabronazos.

—Contéstame —ruge.

Doy un paso hacia él. Su mirada se intensifica sobre la mía y se llena con un poco más de rabia.

—Te importa una mierda —respondo con la sonrisa más impertinente y satisfecha que he

esbozado en todos los días de mi vida.

Giro sobre mis tacones y reemprendo el camino hasta la barra.

—Hola, cielo —me saluda Furia—. ¿Estás bien? —inquiere una milésima de segundo después. Supongo que mi cara debe de decirlo todo.

La miro dispuesta a contestar, pero, antes de que pueda controlarlo, un resoplido rabioso y nervioso se escapa de mis labios. ¿Qué hace aquí? ¿Por qué hemos tenido que coincidir?

—¿Dónde te crees que vas?

Su voz rasga el ambiente a mi espalda y yo lo maldigo mentalmente una docena de veces al tiempo que me giro, preparada para seguir la batalla.

—Sé que debe resultarte muy complicado prestarle atención a otra persona que no seas tú —continúa mordaz, arrogante y desdeñoso—, pero concéntrate y seguro que lo consigues.

Maldito gilipollas.

—Estaba pidiéndome una copa —contesto señalando vagamente la barra—. No es que te sobre, pero apuesto a que tienes suficiente intelecto como para comprenderlo.

Aprieta la mandíbula un poco más.

—Dime de una puta vez qué haces aquí.

Me odia. Lo sé. La forma en la que me mira no deja dudas al respecto. Por eso yo también lo odio a él.

—He venido a bailar y, desde luego, no ha sido idea mía acabar en el último rincón del extrarradio.

Rico León esboza el amago de una dura sonrisa.

—Me sorprende que sepas lo que es el extrarradio —replica—. ¿Han abierto una tienda de zapatos de niñatas malcriadas aquí y no me he enterado?

—Se me está cayendo el mito —contraataco insolente—. Creí que eras el rey de este agujero y tenías controladísimo todo lo que pasaba aquí, incluidas las tiendas. Te diría que le preguntaras a alguna de las descerebradas a las que te tiras, pero ¿saben lo que es un zapato?

Sonrío falsa, enseñándole todos los dientes.

—Daniela Suárez preocupándose por otras personas —repone melodramático, llevándose un mano al corazón, con una sonrisilla que hace que me entren ganas de estrangularlo—, creía que me moría sin verlo.

—Es que, si se acuestan contigo, merecen que alguien se interese por ellas.

—¿Por qué? ¿Quieres coger número?

—No, quiero montarles una oenegé, como a los damnificados de un terremoto.

Furia y Mayúscula nos observan desde el otro lado de la barra, mirándonos alternativamente como si estuviesen presenciando un partido de tenis y cada réplica fuera un raquetazo.

Rico León da un paso hacia mí. Es muy alto y tengo que alzar la cabeza para mantenerle la mirada. Seguro que usa esos ojos increíbles que no se merece y ese cuerpo de infarto, que por justicia divina no debería tener, para hacer que las mujeres caigan a sus pies.

—Cuando me las follo —sentencia en un susurro, casi un rugido—, hago que sientan que la tierra se mueve. No lo dudes.

Trago saliva. No sé si han sido las palabras que ha usado, su mirada, su voz o una extraña combinación de todas, pero mi cuerpo se sacude y se enciende... y es un error.

—Dos frases hiladas, te felicito —contraataco, cruzándome de brazos.

Rico León me observa el siguiente par de segundos y otra vez una dura sonrisa toma sus labios, diciéndome sin necesidad de usar una mísera letra que tiene claro lo que ha despertado en mí. Se equivoca y pienso demostrárselo.

—No me impresionas —añado manteniéndole la mirada, tratando de que mi cuerpo se olvide de una maldita vez de lo cerca que está el suyo— porque *a)* no soy ninguna estúpida a la que le ciega que seas el rey del mambo al sur de la M40, y *b)* jamás me fijaría en un capullo arrogante como tú, que al final no es más que un bruto al que sólo le interesan los coches.

Sus ojos grandes y oscuros, casi infinitos, siguen sobre los míos. Puedo notar cómo su cuerpo va tensándose, cómo se coloca un poco más al borde de una ira inconmensurable, casi infinita también.

—¿Qué estás haciendo aquí? —vuelve a preguntar.

—No te importa.

—En eso te equivocas, malcriada. Éste es mi barrio.

—Y no tengo ningún interés en él.

Otra vez un duelo de miradas en toda regla. Creo que ahora mismo ninguno de los dos oye siquiera la música.

—Solucionado, entonces —sentencia malhumorado—. Porque no te quiero aquí.

—Desde luego que está solucionado, porque ésta es la última vez que nos vemos.

Me giro hacia la barra, en teoría en busca de mi copa, pero lo cierto es que necesito alejarme de él un segundo para digerir toda esta rabia. Sin embargo, siento cómo sus ojos vuelven a recorrerme de arriba abajo, cómo mi cuerpo asimila esa invasión. ¿Qué me pasa? Es la última persona que quiero que me haga sentir así.

—Ya nos hemos dicho todo lo que nos teníamos que decir —le recuerdo sin volverme para mirarlo—, así que ya estás sobrando, Rico León.

Su reacción no se hace esperar, juraría que nunca lo hace. Da un nuevo paso en mi dirección, dejando su pecho demasiado cerca de mi espalda. Se inclina sobre mí; su olor lo envuelve todo y sus labios casi tocan el lóbulo de mi oreja.

—Si vuelvo a verte por aquí, malcriada —susurra—, te juro por Dios que no respondo.

Da una bocanada de aire que calienta mi piel y, sin más, se marcha.

Las dos lecturas de esa frase chocan dentro de mí con la fuerza de un ciclón y empiezo a estar enfadada conmigo tanto como lo estoy con él.

—¿A qué ha venido eso? —pregunta Furia con su traje de lentejuelas azul eléctrico y ella misma al borde del colapso.

La miro, pero rápidamente bajo la cabeza tratando de recuperar un estado zen, cosa bastante complicada, a decir verdad, teniendo en cuenta que no lo he tenido en ningún momento de mi vida. A veces queremos lo que es imposible que encontremos y otras estamos al borde de desear errores como un castillo que no iban a traernos más que problemas en todos los sentidos. ¿En qué demonios estaba pensado para permitir que me afectara así? Locura mental transitoria, sin duda alguna.

—Es Rico León —respondo a regañadientes.

—Ya lo sabemos —repone Mayúsculas—, por eso te lo preguntamos. Es el rey del extrarradio, nena.

—Y el hermano de Hugo —añado... «y otra maldita cosa».

—¿Qué? —inquieren al unísono, igual de sorprendidas—. No puede ser —sentencia Mayúscula.

—Te aseguro que lo tengo clarísimo —argumento—. Mismo apellido, misma calaña.

Hugo es, sin pizca de duda, el mayor error de mi vida. Empezamos a salir hace dos años y duramos uno. Estaba enamorada de él como una idiota, hasta tal punto que no fui capaz de ver que él no me quería a mí, aunque en mi defensa diré que no fui a la única a la que engañó. Mis padres, las chicas, todos estaban encantados con él y no paraban de repetirme la suerte que tenía de haber encontrado a un chico guapo, generoso y con ganas de prosperar en la vida. Guapo, sí; farsante y malnacido clasista, también. Y en cuanto a lo de prosperar... supongo que el barrio en el que vivo y el dinero de mi familia le pareció un camino ideal para empezar a hacerlo.

Me engañó hasta decir basta. Lo perdoné la primera, pero, con la segunda, descubrí que, si todas las mujeres con las que me había sido infiel se cogían de la mano, podrían dar la vuelta a toda la Comunidad de Madrid.

Lo dejé y creo que nunca he llorado más.

—Y si Hugo es un León —pregunta Furia, realmente interesada—, ¿por qué nunca nos lo dijo?

—Supongo que no quiso que supiésemos que procede de este barrio.

—Si es que los peores pijos son los que se hacen, no los que nacen —sentencia Furia, a lo que Mayúscula asiente con vehemencia.

—Ya nada de eso importa —replico hundiendo la barbilla en mis brazos cruzados sobre la barra.

Recordar al imbécil de Hugo no es mi actividad favorita y, después de un encontronazo con Rico, mucho menos. Mientras salimos, Hugo nunca mencionó gran cosa de su familia y por supuesto nunca, jamás, vinimos al extrarradio. Sin embargo, coincidí con Rico alguna que otra vez. Después de que rompiera con su hermano, sólo nos vimos en una ocasión y fue la que más me dolió de todas.

—No te hundas —me pide Mayúscula.

—No me importa —le dejo claro. Ni lo más mínimo.

Rico León no me importa.

—No te hundas —insiste.

—No lo hago —repongo incorporándome.

No sé qué ha dado por supuesto que pasa, pero se equivoca. Hace mucho tiempo que superé lo de Hugo.

—¿Dónde está Keti? —inquiero mirando a mi alrededor.

—Buena estrategia para cambiar de tema —apunta Mayúscula irónica, sirviendo tres chupitos para una chica apostada en la barra junto a mí.

—¿Ahora nos va el rollo de la sinceridad absoluta? —le pregunta Furia.

—La sinceridad está sobrevalorada —contesta Mayúscula.

—No digas eso delante de alguien a quien han puesto los cuernos —la riñe Furia—. Tacto.

Yo suelto un profundo suspiro, observándolas.

—No me importa, en serio —repito por enésima vez—. Hugo está más que superado... Cabrón —lo llamo con saña, remarcando cada sílaba— ya *su-pe-ra-do.*

Las tres nos miramos y rompemos a reír. Que haya pasado página no significa que vaya a perder una ocasión para insultarlo.

Voy a volver a preguntar por Keti cuando la música se detiene de golpe, casi como si el sistema de sonido se hubiese desintegrado, y de pronto una nueva canción empieza a sonar todavía más alto. El inmenso local estalla en vítores y aplausos. Todos parecen revolucionarse y corren hasta la pista de baile del piso inferior o bien a asomarse a las barandillas de metal desde donde ésta puede verse.

Las chicas y yo nos miramos y, sin dudar, nos dirigimos también hacia una de las barandas.

La música adquiere letra al tiempo que las luces se tiñen de azules y rosas, iluminando el escenario. Todo el mundo está sumido en un nervioso silencio, expectante... y entonces un grupo de tres chicos aparecen bailando con el primer paso que dan en él y todo el local vuelve a estallar en aplausos eufóricos.

La canción se vuelve más rápida y sus movimientos, vertiginosos. Ya no hay tres bailarines, ahora al menos son una decena, chicos y chicas, perfectamente sincronizados.

—¡Son alucinantes! —grita una joven a nuestro lado sin levantar la vista de ellos.

Furia, Mayúscula y yo tenemos la misma idea.

—Danos más detalles —le pide la primera a la chica—. Son unos gogós muy modernos, ¿o qué?

Ésta frunce el ceño, como si las palabras que acaba de oír fueran, cuando menos, totalmente inverosímiles. Nos examina un par de segundos y, al fin, sonríe, dando por hecho que es la primera vez que los vemos (o que somos soberanamente idiotas, nunca se sabe).

—Son un grupo de baile —nos explica con un marcado acento argentino—. El circo tiene el torneo de baile más cool de toda la ciudad. Dentro de la competición, éstos son algo así como la realeza. El *top*.

Asentimos y devolvemos la vista a la pista justo a tiempo de ver cómo uno de ellos se sube a los hombros de otro y salta hacia atrás haciendo un mortal increíble, mientras una chica se mueve en el centro, robando todas las miradas. Baila como lo hace Justin Timberlake en sus videoclips. Es realmente buena.

Pero la verdad es que no me apetece quedarme. Echo un vistazo de nuevo a mi alrededor y por fin localizo a Keti, charlando muy animada con un hombre muy guapo. Sonrío. Es justo lo que mi queridísima amiga necesitaba.

—Me voy a casa —anuncio.

—No —gimotea Furia.

Yo asiento.

—Está decidido —sentencio, y me gano un puchero de las dos.

Esta noche tenía como único objetivo que Keti se distrajese y ese chico moreno con una camiseta de Black Sabbath tiene todos los visos de conseguirlo.

—Nos vemos mañana. Cuidad de Keti —les recuerdo entrecerrando los ojos con una sonrisa y apuntándolas con el índice.

—No lo dudes —contesta Mayúscula.

Nos dedicamos una última ronda de sonrisas y me encamino hacia la puerta de la fábrica. En cuanto mis pies tocan el asfalto de una calle cualquiera al norte de Vallecas, saco mi teléfono del bolso. Me pido un Uber y le mando un mensaje a Hernán informándole de que me marcho a casa.

Mientras camino, no puedo evitar pensar que no debería haberme afectado tanto el encontrarme con Rico León, pero es complicado. Recordarlo a él es recordar a Hugo y muchos errores, pero lo que más me molesta es que no soy capaz de entender por qué está tan enfadado conmigo. Fue su hermano el que me dejó hecha polvo.

Me ajusto mi perfecto de cuero negro sobre mi vestido entallado negro con estampados naranjas y morados.

También odio la imagen que tiene de mí, todos esos «malcriada» y el insinuar que sólo sé preocuparme por mí misma. Yo no soy así, aunque haya quien lo dé por hecho por el barrio en el que vivo o a lo que se dedican mis padres. Eso no me marca ni me identifica ni me define. Soy consciente de que lo único que debería importarme es que la gente que me conoce y me quiere sabe cómo soy, pero no puedo evitar que me fastidie que Rico haya decidido quedarse con esa visión de mí y asuma que es totalmente cierta.

No debería sorprenderme. Lo dejó muy claro la última vez que nos vimos.

Resoplo pensando justamente en aquella conversación. Rico consiguió que incluso me sintiese todavía más estúpida por haber acabado casada con él.

—Supongo que para eso sirven los exmaridos —murmuro para mí.

Un ruido.

Un golpe.

Los ojos se me cierran.
Me han atropellado.

4

Daniela

Quiero abrir los ojos, pero no puedo.

Concentro todas mis energías en esa tarea y por fin lo consigo. Un hombre sale del cuarto. La puerta se cierra a su paso. No reconozco la estancia. El sol entra a raudales, haciendo relucir las paredes blancas, muy blancas. Todo es... aséptico.

—¿Dónde estoy? —murmuro con la boca pastosa.

—Estás en el hospital —responde Furia.

Miro a mi alrededor un segundo de más para asimilar que es una habitación de una clínica. También necesito un segundo de más para ubicar a Furia. Sigue siendo ella, pero va vestida de David, con unos vaqueros y una camiseta, sin peluca ni plataformas ni maquillaje; «su propio gusano anónimo», como le gusta llamarlo.

—Me pareció más apropiado ser David. Es un hospital, no quiero andar provocando desmayos —añade con una sonrisa.

Me fijo en sus uñas pintadas de un perfecto azul celeste, el único detalle que sigue siendo de Furia, y, aunque sea una tontería, me siento reconfortada.

Intento devolverle la sonrisa, pero soy incapaz. Estoy agotada.

—¿Por qué estoy tan cansada? —Otra vez apenas soy capaz de susurrar.

—Es de lo más normal. Te atropelló un coche. Llevas dos días inconsciente.

¡¿Qué?!

La sorpresa reactiva mi cuerpo, aunque sólo un segundo, y la profunda debilidad vuelva a inundarlo todo.

—¿Qué? No me jodas —me lamento, llevándome una mano a la frente.

—Fue al salir de El circo, un par de calles más arriba. ¿Recuerdas algo?

Trato de hacer memoria, pero me es absolutamente imposible. Miro a mi alrededor otra vez, algo aturdida. ¿Me atropellaron? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿Quién?

En un sillón algo destartalado, junto a la ventana, están durmiendo Keti y Mayúscula, sólo que ésta también ha optado por ser Jaime, su *alter ego*.

—Llevan aquí desde que te trajeron hace dos días —me informa Furia, y sé que ese «llevan», en realidad, es un «llevamos». No sé qué haría sin ellas—. Llamamos a tus padres. Están haciendo todo lo posible por regresar.

Asiento. Mi padre es el embajador español en Kenia y, junto a mi madre, están liderando una

misión diplomática en el Cuerno de África, en Eritrea. No es algo que se pueda dejar de la noche a la mañana.

—Tu madre llama cada hora —continúa contando, metiéndome un mechón de pelo tras la oreja—. Están muy preocupados.

Asiento de nuevo. Que no vea a mis padres todo lo que me gustaría no significa que no tenga clarísimo cuánto me quieren. Son los mejores.

De pronto caigo en la cuenta de algo.

—¿Quién está...?

—Sandrita se está encargando de todo —me interrumpe Furia con una nueva sonrisa. Parece que esperaba a que dijera algo justo sobre este tema justo ahora. Supongo que resulta obvio—. Además, está allí Dolores, al pie del cañón. Dice que no podrá descansar hasta que te vea sana y salva.

—Dani —murmura Keti adormilada, sorprendida y encantada.

Su voz despierta a Mayúscula y las dos se acercan.

—¿Qué tal estás?

—Creo que... bien —respondo mirando mi propio cuerpo.

Me duele absolutamente todo, pero sé que no tengo nada roto.

—Le estaba diciendo que Sandrita está con Pablo —les explica Furia.

—Es más lindo —interviene Mayúscula—. La primera noche me quedé con él hasta que llegó Sandrita. Me hizo un millón de preguntas —me explica, alzando suavemente la mano—. Mi preferida fue si no era peligroso llevar unas pestañas postizas tan tupidas.

Las cuatro sonreímos. Puedo imaginarme perfectamente a mi hermano Pablo haciendo esa pregunta.

—Hernán debe de haberse marchado al trabajo, ¿no? —Trato de evitarlo, pero los ojos se me cierran. Suelto un largo bostezo—. Lo he visto salir.

El silencio se hace en la habitación. Lo normal, supongo, pero algo me dice que hay algo más y me esfuerzo sobremanera en volver a abrir los ojos.

—¿Qué pasa?

—El chico que se ha marchado cuando te has despertado no era Hernán —me explica Mayúscula—. Quiero decir que Hernán ha estado aquí y eso, pero no era él.

—¿Y quién era?

Las tres se miran y, a continuación, a cualquier otro lugar; cualquiera menos a mí.

—Chicas —las apremio. Estoy empezando a ponerme nerviosa.

—Era Rico León.

Otra vez ¡¿qué?! Las observo sin saber qué contestar. No es posible.

—La medicación me tiene que estar afectando...

—Fue él quien te encontró y quien te trajo al hospital —interviene Keti—. Avisó a Furia y se quedó contigo hasta que llegamos. Ha venido cada mañana.

Estoy boquiabierta. Literalmente. Quiero decir algo, pero la verdad es que no tengo ni la más remota idea del qué. ¿Rico León me salvó? ¿Se preocupó por mí? ¿Ha seguido haciéndolo?

—Yo...

—No tienes ni puñetera idea de qué decir —me interrumpe, certera, Mayúscula.

Abro la boca dispuesta a seguir con mi frase o por lo menos a replicarle, pero es que tiene razón. Claudico, cierro los morritos y asiento.

Las tres asienten también.

—Es que no puedo creérmelo —certifico al fin—. Rico León me odia. En El circo discutimos.

—Fuimos testigos —me recuerda Furia.

Trato de analizar la situación.

—Me odia —repito, porque no sé qué otra cosa añadir. ¡Estoy alucinando!

—Pues quizá deberías prepararte lo que vas a decir la próxima vez que lo veas, porque te toca ir a agradecérselo.

Voy a reunir las pocas fuerzas que me quedan para gritar un sonoro «ni de coña», pero es que tiene razón. Las miro y las tres asienten de nuevo. Joder. Joder. Joder.

—Joder —murmuro tapándome los ojos con las palmas de las manos.

Voy a tener que ser amable con Rico León.

¡Joder!

***

Los diez días siguientes tengo que quedarme ingresada en el hospital. Me hacen algo así como un millón de radiografías, TAC y análisis de sangre. Un coche oscuro de gran cilindrada, según los testigos, me golpeó, lanzándome un par de metros hacia delante, y luego se dio a la fuga, sin asistirme, pero, por fortuna, no me he roto ningún hueso ni he sufrido ningún daño de gravedad, más que una contusión en la muñeca y muchas, muchísimas, magulladuras.

Las chicas no se separan de mí. Sandrita trae a Pablo todas las tardes. La primera incluso vino Dolores, la asistenta de nuestra casa desde que puedo recordar. Hernán ha venido a verme todos los días y he convencido a mis padres de que no es necesario que dejen la misión diplomática y regresen a Madrid. A cambio, he tenido que aceptar que hablemos por Skype todas las noches.

No he vuelto a saber nada de Rico León.

Cuando por fin me dan el alta, estoy pletórica. Estoy deseando regresar a casa y recuperar mi día a día. Incluso tengo ganas de volver a mi horrible trabajo; definitivamente la medicación debe de estar afectándome. No obstante, hay algo que sí o sí debo hacer... y, la verdad, no quiero. Por eso, después de pasarme por casa para darme una ducha y cambiarme de ropa, me voy a hacer una visita a las chicas, a su piso de Lavapiés.

—¿Qué tal me queda? —me pregunta Mayúscula colocándose frente a mí, extendiendo los brazos para dejarme ver su minivestido de lentejuelas rojas y volantes en toda su expresión.

—Estás increíble —respondo sin dudar.

—Pero ¿increíble como para parar el tráfico, literalmente?

Su pregunta me pilla fuera de juego, pero me recompongo rápido y pienso mi respuesta.

—¿Llevarás plataformas?

—Creo que el golpe te está afectando a la cabeza —me riñe—. ¡Pues claro! —sentencia.

—Pues entonces, Mayúscula —contesto ceremoniosa—, pararás el tráfico.

Ella da una palmada, feliz, y me sonríe de oreja a oreja.

Me alegra que esté tan contenta. No ha parado de hablar de esta noche durante la última semana.

—Vendrás a verme, ¿verdad?

Tuerzo los labios, ya que mi primera respuesta es que no. Eso que la tiene exultante es un nuevo trabajo, sólo por esta noche, pero será en Vallecas, en el barrio. Y no sé si estaré de ánimos para pisar el territorio de Rico León dos veces en un solo día. Sin embargo, es mi amiga, así que no puedo negarme.

—Cuenta conmigo.

Ella sonríe y se gira para decidir qué pintalabios ponerse de entre los cuarenta que tiene esparcidos sobre la mesa. En ese momento Keti sale del baño y la canción *Ya no quiero na*', de Lola Indigo, inunda todo el piso. Le encanta cantarla a voz en grito mientras se ducha.

—¿Todavía estás aquí? —inquiere.

Se sienta, aún en toalla y empapada, en uno de los sillones y se enciende un cigarrillo.

Yo me encojo de hombros, fingiendo que no he oído su pregunta.

Mayúscula la ve y aprieta los labios.

—Es piel —le recuerda con esa mezcla de benevolencia y amenaza que imprimen las madres a las palabras.

—Pero mala —responde Keti.

Tan pronto como ha terminado su respuesta, un bolsazo, más concretamente de un *clutch* en forma de capote, aterriza en su hombro.

—Pero qué cansada estoy ya de todo —se queja Furia, la dueña del *clutch* y el bolsazo, sentándose en el brazo del mismo sillón—. Dame un cigarro —le pide a Keti—. Me estoy dejando el lomo en ese bar. Como no remonte, dejo de rezarle a la virgen del Carmen y me paso a la de Lourdes.

Las cenizas de la primera calada caen sobre el sillón, lo que hace que Mayúscula vuelva a apretar los labios.

—Es piel —se queja otra vez.

—Pero mala —contesta Furia muy digna.

Mayúscula resopla incomprendida y Keti y yo no podemos evitar sonreír.

—¿Y tú qué haces todavía aquí? —demanda Furia al reparar en mí—. No tendrías que estar...

—Sé dónde tendría que estar —la interrumpo—, no hace falta que me lo recuerdes.

—Un poco sí —replica—, que llevas dos horas en mi sofá, perdiendo el tiempo.

Tuerzo los labios de nuevo. Tiene razón.

—Es sólo que pienso en ir a verlo y... —Ni siquiera sé cómo terminar la frase. Hace que la sangre me hierva—. Es un bruto y un engreído y se comporta como si fuera la responsable de todos los males de la humanidad.

¡A mí ni siquiera me cae mal! Mi odio es una reacción de defensa al suyo.

—Te salvó —intercede Mayúscula—, aunque todo lo demás sea verdad...

—Es verdad —protesto.

Ella enarca las cejas, diciéndome sin palabras que ahora debo escuchar.

—Te toca darle las gracias —termina la frase.

La miro enfurruñada. Sé que también tiene razón y creo que, ahora mismo, incluso me cae un poco mal por ello.

—Rico León está como un tren —suelta de pronto Keti.

Me giro hacia ella, boquiabierta. ¿Acaso está confraternizando con el enemigo? Ella suelta una sonrisilla como respuesta, incapaz de hacer otra cosa.

—Keti —me quejo.

Mi amiga alza las manos en señal de tregua, pero no puede evitar que esa sonrisilla encantada sólo con imaginarlo siga ahí.

—Es que... —empieza a decir, pero se rinde, como si no pudiese poner sus argumentos en palabras—, ¿lo visteis en El circo? ¡Es una puta locura!

Ahí está el problema de todas las mujeres: lo que tiene Rico León es un atractivo animal, primario e instintivo, y eso ni se puede comprar ni te lo pueden enseñar en la mejor agencia de modelos del planeta.

—Es mirarlo —continúa Mayúscula— y automáticamente imaginártelo empujando encima de ti.

Las chicas asienten y yo me revuelvo, incómoda, en el sofá.

—No me lo puedo creer —vuelvo a replicar—. Ten amigas para esto —me lamento.

—¿Tú le has visto los brazos? —contraataca Furia—. Son dos cañones. El día que Ikea se decida a vender ejemplares del *Kamasutra,* lo ponen de modelo en la sección *bädda in mot väggen*.

Las tres la miramos con el ceño fruncido.

—Es empotrar contra la pared, en sueco —contesta como si no tuviese ninguna importancia.

—¿Y tú desde cuando sabes hablar sueco, maricón? —le pregunta Mayúscula.

—Desde que me enteré de que el dueño de Ikea vive en España y está soltero. Hay que estar preparada. —Asiente a sus propias palabras.

—Qué sabia eres, Furia —le digo divertida.

Ella se lleva la mano al pecho.

—Sabia, no, pragmática. A mí hay trenes en esta vida que, si se me ponen delante, no se me

escapan.

Después de asentir de nuevo, no nos queda más remedio que echarnos a reír. Furia acabará dominando el mundo. Es sólo cuestión de tiempo.

***

Cojo un taxi y cruzo Madrid de oeste a este hasta llegar a Vallecas, al barrio. Siempre me ha sorprendido cómo las televisiones y los medios de comunicación suelen describirlo: un gueto, un nido de la droga, aquejado de marginación social y degradación sociolaboral... Creo que, al final, sólo son palabras y ninguno de los que las han pronunciado se ha preocupado en venir aquí. Yo sólo veo gente, personas, tratando de enfrentarse al día a día, como sin duda hacemos todos... felices, tristes o contentos, dependiendo precisamente de ese día, y en eso realmente también somos todos iguales. Sería genial que nadie se dedicara a poner etiquetas.

La casa de Rico está en el centro de la Villa de Vallecas, a unas calles de cualquier punto estratégico del barrio, en una llena de casitas, cada una con un pequeño jardín. Supongo que, a principios de los setenta, cuando el ayuntamiento las construyó, imaginó que pequeñas viviendas unifamiliares modernizarían la barriada, pero ahora se han quedado destartaladas y completamente fuera de lugar en una isla de edificios de hormigón.

Cruzo la acera y alcanzo el pequeño camino que lleva hasta las escaleras del porche. ¿Por qué Hugo nunca me trajo aquí? Sé que es una pregunta bastante estúpida y que, en cualquier caso, ya tiene respuesta: no quería que viese de dónde venía, pero no puedo evitar pensarlo justo ahora.

Tomo aire y finalmente llamo a la puerta con los nudillos. Tengo que dar otra bocanada para no resoplar. ¿Qué demonios hago aquí? Eso también soy incapaz de no cuestionármelo.

—¡Voy! —gritan desde el interior.

Debería darme media vuelta y marcharme. Ahora mismo. Recuerdo cómo me trató la última vez que nos vimos aquí. Se suponía que sólo firmaríamos los papeles del divorcio y ya está. No entiendo cómo todo acabo descontrolándose tanto.

La puerta se abre y Rico León, en vaqueros y con una estúpidamente sexy camiseta de tirantes blanca, da un paso hacia el exterior. Sus ojos, de ese marrón tan profundo y mezquino al mismo tiempo, me recorren de arriba abajo a la vez que, lleno de arrogancia e insolencia, se deja caer hasta apoyar la espalda en el marco de la puerta y se cruza de brazos. Rico León en toda su expresión.

Las chicas tienen razón. El muy desgraciado está buenísimo.

—¿Qué? —gruñe.

Entorno la mirada, saliendo de mi ensoñación.

—«Hola, Daniela» —replico agravando mi tono de voz, imitando el suyo—. «Hola, Rico. ¿Qué tal estás?» —continúo, haciendo las dos voces y llevando a cabo una hipotética conversación—. «Perfectamente, gracias. ¿Y tú?» «Muy bien. Supongo que te he pillado

trabajando y por eso no has podido perder el tiempo en ponerte una mísera camiseta» —sentencio impertinente.

Rico me mantiene la mirada sin el más mínimo atisbo de arrepentimiento.

—¿Has terminado? —inquiere.

—¿Vas a empezar?

Vuelve a mantenerme la mirada, dejándome claro que no tiene ningún problema en hacerlo, aunque es evidente que no necesita especificármelo. Lo conozco poco, pero lo suficiente, y sé de sobra que Rico es un neandertal con la valentía de enfrentarse a cualquier circunstancia.

El inicio de una sonrisa tan dura y tan arisca como él asoma a sus labios.

Por mi parte, espero una reacción en él. Pequeñas palabras logran grandes gestos. Quizá he conseguido un mínimo cambio. Amabilidad, ¿tal vez?

—¿Qué? —repite exactamente igual que la primera vez.

Resoplo, armándome de paciencia. No va a ponérmelo fácil. Debí imaginármelo.

—No he venido aquí por gusto —puntualizo.

—¿Ah, no? —replica, riéndose claramente de mí—. ¿Y por qué lo has hecho?

Lo miro tratando de reordenar mis palabras y básicamente las ganas de enseñarle el dedo corazón y largarme de inmediato. Qué estúpido y qué arrogante y qué creído... ¡y qué todo! ¿Y por qué no se pone una camiseta decente para abrir la condenada puerta?

—Furia me contó que me atropellaron.

Algo parece cambiar en su mirada, pero lo disimula rápido. Si no fuera una auténtica locura, diría que también fue un mal trago para él... ¿es eso posible?

—Lo sé.

—También me explicó que tú me encontraste y me llevaste al hospital.

Rico deja escapar todo el aire de sus pulmones, como si estuviese cansado de escucharme.

—¿Vas a contarme algo que no sepa?

—Tal vez, si cierras esa bocaza, pueda terminar de decir lo que quiero decir.

Tomándome por sorpresa, se incorpora de pronto. Su uno ochenta y su cuerpo perfilado por el trabajo duro hecho con sus propias manos dejan ante mí una anatomía de escándalo, marcada exactamente donde una anatomía debe estarlo para ser de cine. Sus brazos me llaman poderosamente la atención y, de repente, me los imagino sosteniendo su cuerpo sobre el mío, en una cama... ¡Oh, venga ya! Furia, te odio.

¡Todo es culpa de la maldita camiseta!

Se pasa la punta de la lengua por los dientes sin dejar de observarme y, finalmente, esboza una sonrisa llena del mismo desdén.

—¿Vienes a agradecérmelo? —demanda burlón, a punto de echarse a reír.

Aprieto los dientes. Es un capullo. «Modales, Dani, piensa en modales, pero no te imagines golpeándole con ellos en la cara.»

—Vengo porque soy una persona adulta y tengo modales, justo las dos cosas que a ti te faltan.

Rico vuelve a cruzarse de brazos.

—Estoy confuso —finge, y otra vez suena desdeñoso y burlón—. ¿Ésta es la manera que tenéis las niñas ricas malcriadas de dar las gracias?

—Yo no soy ninguna malcriada.

¡Si lo fuera, no estaría aquí!

—Permíteme que lo dude.

—Tú no me conoces.

—Los zapatos, la ropa, tu actitud... —enumera señalándome vagamente, apenas moviendo la mano—. Te conozco lo suficiente como para saber —continúa diciendo, inclinándose sobre mí sin descruzar los brazos, sin abandonar esa pose de perdonavidas— que no tengo ningún interés en hacerlo más.

Su olor me sacude. Huele a limpio y a algo fresco a galope entre suavizante, gel y *aftershave*. Huele como imaginas que lo hace el modelo de uno de esos anuncios de colonia con el que no puedes dejar de fantasear.

Le mantengo la mirada y esa misma corriente eléctrica que sentí cuando discutimos en El circo vuelve, arrasándolo todo. Mi respiración se está acelerando. Mi cuerpo se está encendiendo. Y Rico León es el último hombre sobre la faz de la tierra por el que quiero sentir eso.

Él no se aparta, ni un mero centímetro, complicándomelo todo mucho más, y su mirada sin domesticar vuelve a recorrerme de pies a cabeza.

Mecanismo de defensa, salta de una maldita vez. Eres un maldito kamikaze.

—Eres demasiado presuntuoso como para darte cuenta de que te equivocas. Aunque no me extraña, no soy un coche, así que no entro dentro de tus *vastos* conocimientos —pronuncio irónica y desafiante al mismo tiempo.

Rico tuerce los labios, sólo un momento, y vuelve a dejarse caer sobre el marco.

—Puede ser —contesta—, pero sabes lo que sí tengo clarísimo: cómo se lo hiciste pasar a mi hermano Hugo.

Suelto una risotada de lo más sardónica. No puede estar hablando en serio.

—¿Y se puede saber qué fue lo que le hice a Hugo?

Pierde su mirada al frente, a la calle, y su expresión se recrudece; eso también dura sólo un instante.

—¿Necesitas que te refresquen la memoria? —sentencia, aunque sea una pregunta, al tiempo que vuelve a clavar sus ojos en mí.

—Por supuesto que no. Lo que ocurrió con tu hermano me dejó hecha polvo y...

—Sé lo que pasó. No necesito oírlo otra vez.

Vuelvo a resoplar y de nuevo es un gesto de pura impotencia y mucha rabia.

—Y eres tan inteligente que puedes juzgar a las personas con sólo una parte de la historia —me quejo.

Rico finge no oírme y otra vez posa sus ojos en la calle.

—Malcriada —me interrumpe de nuevo—, ¿vas a seguir agradeciéndomelo mucho más? Tengo cosas que hacer.

—Eres un gilipollas —siseo dando un paso hacia él, con los puños apretados junto a los costados.

—De nada —replica sin un gramo de arrepentimiento, con esa misma media sonrisa de perdonavidas.

¡Lo odio!

Giro sobre mis pasos y me alejo, conteniéndome por no estrangularlo. No me puedo creer que haya sido tan estúpida de venir a agradecerle nada.

Con la rabia recorriéndome de pies a cabeza, me vuelvo, sólo para echarle una maldición gitana mientras me largo o algo parecido. Rico todavía sigue ahí de pie, en la puerta, observándome. Completamente en contra de mi voluntad, esa mecha estúpida y kamikaze vuelve a prenderse. Creo que por eso me sentí tan incómoda oyendo hablar de él a las chicas. Despierta algo en mí que no puedo controlar... y lo odio todavía más por ello.

Ya a una distancia de media decena de calles, en busca de un taxi, en mitad de mi monumental enfado, mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla y resoplo para tranquilizarme antes de contestar. Es Hernán.

—Hola, cariño —me saluda.

—Hola —respondo todavía un poco aturdida.

Sigo muy cabreada.

—¿Qué te pasa?

—Nada —murmuro, aunque creo que casi lo gruño.

—¿Podrías hacerme un favor?

Mi respuesta inmediata es «no». Ya lo he dicho, estoy muy enfadada, pero casi en el mismo momento recuerdo que el centro de mi ira es Rico León, y Hernán no es Rico.

«Ya te gustaría.»

Entorno la mirada; mi voz de la conciencia es la mala de «La casa de las flores».

—Claro. Dime qué tengo que hacer —respondo, e incluso me siento un poco culpable por mi primera contestación mental.

—Estoy arreglando unos asuntos, algo acerca de una casita que compré con mi exmujer en un pueblecito de Valencia, en la costa. Me hace falta la copia simple de las escrituras que tiene Andrea. Iría yo mismo a buscarla, pero está loca y no quiero verla.

Me parece absurdo que no sepan comportarse como adultos y tener un mínimo de contacto civilizado, pero, teniendo en cuenta cómo han ido los últimos veinte minutos de mi vida, no seré yo quien enarbole esa bandera.

—¿Dónde tengo que ir?

—A La Vaguada, al centro comercial. Te estará esperando en la primera planta, junto a ese

puestecito de *cupcakes*.

—Está bien —respondo tratando de que no se note que en el fondo no me apetece lo más mínimo—. Estaré allí en media hora.

—Genial —contesta satisfecho—. Eres la mejor.

Cuelga y miro a mi alrededor, tratando de acelerar eso de encontrar un taxi, una parada de autobús o una de metro. De pronto recuerdo por qué estoy exactamente aquí y la sangre vuelve a hervirme hasta hacerme patalear en el suelo. ¡Maldita sea!

—Maldita sea —gruño en voz alta.

¿Qué habilidad innata tiene Rico León para ponerme de los nervios?

«Quizá la ganara automáticamente al convertirse en exmarido.» Sonrío por mi propia broma, pero me riño al instante.

—No ha tenido gracia, idiota —me reprocho.

«¡Y deja de hablar sola!»

***

Como prometí, tardo una media hora en llegar al centro comercial en pleno barrio de El Pilar y entro siguiendo a la marabunta de personas dispuestas a abarrotarlo. No muy lejos de aquí hay un japonés que prepara una tempura de helado de vicio; en cuanto termine con este asunto, pienso comerme cuatro. Será mi recompensa.

Llego al pequeño vestíbulo en el que hemos quedado, justo frente a la tienda de Springfield. Miro mi reloj de pulsera. Treinta minutos exactos. Me gusta ser puntual. No hay rastro de Andrea. Sólo la he visto una vez, pero la recuerdo sin problemas, enganchada a Rico como si fuera a caerse de un precipicio. Es una mujer muy elegante y también sé que tiene la edad de Hernán... Por tanto, un año mayor que él. ¿Así es como le gustan las mujeres? ¿Elegantes, con éxito y mayores?

Cabeceo para sacarme esas ideas de la cabeza —no me importa qué ni cómo le guste a Rico León nada— y me obligo a concentrarme en los escaparates de las tiendas. Giro sobre mis talones y uno de los aparadores, con un precioso vestido, llama de inmediato mi atención. Doy un paso hacia el cristal. El traje, entallado y de un vivo color amarillo, queda a mi altura y el juego de luces hace que, en el reflejo, parezca que lo llevo puesto. Me pongo de puntillas, imitando llevar unos tacones, y me recojo la coleta en un moño con la mano. Este vestido pide a gritos llevarlo con el cuello despejado.

Podría regalárselo a Keti. Sonrío. Seguro que así la animaría del hecho de que el idiota de Blas la haya dejado tirada.

—No puede ser verdad, joder.

Su voz atraviesa el ambiente y despierta ese resorte en el centro de mi cuerpo. Me giro veloz. Eso mismo digo yo: no puede ser, pero sí es y Rico León está frente a mí, con los mismos

vaqueros y una camiseta gris sustituyendo la blanca de calendario de bomberos.

Lleva a una niña de la mano. Debe de tener unos seis años. Es rubia, con los ojos enormes y unos bonitos pasadores violeta en el pelo. Tiene que ser su hermana pequeña. Es una de las pocas cosas de las que hablaba Hugo relacionadas con su familia.

Él deja escapar todo el aire de sus pulmones sin levantar su mirada de mí y yo me cruzo de brazos, manteniéndosela. Durante los siguientes segundos, nos quedamos observándonos, incapaces de aceptar que nos tengamos que enfrentar tan rápido en un segundo asalto. Universo, ¿a qué estás jugando? Rico León tiene que estar fuera de mi vida.

—Has dicho una palabrota —le afea la cría, devolviéndonos a los dos a la realidad.

—No es cierto —miente como un bellaco.

—Sí —contraataca ella. Le falta una de las paletas—. Has dicho esa palabra que empieza por jota, la que le gusta tanto a nuestra vecina cuando está en su habitación por las noches.

Suelto una sonrisilla y Rico deja de observarme, incómodo, y se centra en la niña.

—Tienes razón —la frena—. Lo siento.

Ella asiente y él, en mitad de toda esta situación, le sonríe con ternura. El gesto me pilla por sorpresa. Nunca lo había visto sonreír así y es una sonrisa preciosa.

—¿Qué haces aquí? —demanda Rico, reparando de nuevo en mí.

Salgo de mi ensoñación.

—¿Ésa es tu pregunta favorita? —replico socarrona.

Rico endurece la mandíbula. ¿Por qué parece todavía más enfadado?

—Contéstame.

—Tienes que ser amable —interviene la pequeña—. Miss Abernathy siempre dice que debemos usar las palabras *por favor* y *gracias* y empezar todas las frases con una sonrisa.

La escucho y asiento, disfrutando de cada apunte que hace y, más que nada, de cómo Rico se está tensando cada vez más, conteniéndose por no estallar.

—Tienes mucha razón —le digo inclinándome para que estemos a la misma altura.

—Muchas gracias —responde ella con una sonrisa—. Soy Mati León. ¿Tú cómo te llamas?

—Daniela Suárez.

—Encantada de conocerte —continúa.

Sonrío a la vez que me incorporo. Es lindísima.

—Lo mismo digo.

—¿Ves? —pronuncia la pequeña levantando la vista hacia su hermano—. Así es cómo se hace.

—Exacto, Rico —sentencio satisfechísima—. Así es cómo se hace.

Rico León me fulmina con la mirada, pero yo le enseño mi sonrisa. Me lo estoy pasando de cine.

Su respuesta no se hace esperar: resopla y vuelve a tomar el control de la situación.

—¿Qué...? —empieza a decir, pero Mati le tira de la mano. Rico traga saliva—. Daniela,

¿podrías decirme qué haces aquí? —rectifica a regañadientes.

Miro a la niña.

—¿Crees que ha sido lo suficientemente amable? —le pregunto.

Ella lo piensa un instante.

—Quizá falte un «por favor».

Finjo sopesar sus palabras.

Rico lanza un nuevo bufido, esta vez breve y arisco, entremezclado con una sardónica sonrisa aún más fugaz.

—Eso estaría bien —decido justo al verle hacer eso.

Me asesina con la mirada, pero la cría vuelve a tirarle de la mano y yo tengo que contenerme para no romper a reír aquí mismo.

—Por favor —gruñe entre dientes.

La niña asiente complacida y la imito. Podría seguir pinchando a Rico el resto del día, puede que incluso de la semana, pero Mati es adorable. Merece ver que los modales sirven para algo.

—Hernán me ha pedido que recoja unos papeles. Estoy esperando a Andrea.

Rico suelta un profundo suspiro.

—Yo estoy esperando a Hernán para darle unos papeles.

No dice nada más, da un par de pasos en mi dirección y me entrega una carpeta. La cojo. Nuestros dedos casi se rozan, pero no es eso lo que electrifica mi cuerpo, sino la promesa de que podrían hacerlo... como esa sensación de ver el agua cuando estás muerta de sed justo antes de beberla.

Levanto la cabeza y los increíbles ojos de Rico León ya están preparados para atrapar los míos. ¿Acaso él ha sentido lo mismo? La respuesta no tarda en llegar y, sin decir nada más, se aparta.

—Parece que somos los mensajeros —comento, e involuntariamente mi voz suena divertida.

Sus ojos siguen sobre los míos y por un momento siento algo parecido a la distensión. Es... raro. La sensación se propaga veloz por mi cuerpo. Sigue siendo él, pero un poco de la rabia parece haberse diluido y dejar espacio para algo diferente.

—Rico, ¿podemos irnos ya, por favor?

La voz de Mati nos devuelve una vez más a la realidad. Doy un suave respingo y dejo de mirar a Rico. Él cabecea, sólo un segundo, y mira a su hermana pequeña.

—Tengo que comprarme unos zapatos —le recuerda—. Los necesito para el cole.

—Iremos en cuanto termine, a esa tienda de la planta de abajo.

—Esa tienda es de bebés —lo interrumpe—. Yo necesito unos zapatos funcionales —añade trabándose con la última palabra.

Rico resopla frustrado. Esta niña le está ganando claramente la batalla.

—Peque...

—¿Dónde está Aitana? ¿Por qué no he podido venir con ella?

—Aitana tenía que estudiar. Terminará tarde.

—La esperaré.

—No puedes esperarla —trata de hacérselo entender, llenándose de paciencia—. No sabes a qué hora acabará.

—La esperaré —sentencia testaruda.

—Mati...

—Por favor —le corta y, con ese mágico poder de los niños, cambia instantáneamente la tozudez por ternura y pone los ojos como ese gatito de los dibujos animados. Imposible mantenerse al margen.

—Puedo acompañarla yo —me ofrezco.

—¿Qué? —pregunta incrédulo.

—Sí —responde ella veloz.

—Ni de coña —deja clarísimo.

—Rico —gimotea la cría.

La frustración de Rico parece crecer por momentos y mi sonrisa regresa.

—Puedo llevarte yo —le propone.

—No, no creo que puedas —intervengo un pelín, sólo un pelín, impertinente.

—Está claro que no —sentencia la propia Mati.

Él cabecea exasperado con un «no» en la punta de la lengua, pero incapaz de decírselo a su hermanita. De repente, me sorprendo sonriendo y no es porque me esté riendo de él, es porque me despierta ternura. Es un neandertal y un cabronazo, pero está en mitad de un centro comercial lleno hasta la bandera, tratando de lidiar con una niña de seis años sin perder la paciencia, sin enfadarse, sin querer negarle nada.

Rico se pasa la palma de la mano por la cara y se acuclilla para tener a la pequeña de frente.

—¿Tantas ganas tienes de comprarte esos zapatos? —le pregunta.

Ella asiente con un puchero en los labios.

Rico observa unos segundos más a la chiquilla hasta que finalmente resopla y, de reojo, lleva su mirada hasta mí.

—No lo hago por ti, lo hago por ella —le dejo claro, y otra vez no puedo evitar que mi voz suene divertida.

Él entorna sus ojos sobre mí como única contestación. Es evidente que ahora mismo no soy su persona favorita.

—Ten cuidado —le dice a Mati, que asiente y sonríe de oreja a oreja, entusiasmada—. Nos veremos dentro de una hora —le recuerda sacándose la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros y dándole a la niña dos billetes de cincuenta—. No te separes de Daniela. Se le dan muy bien los zapatos, pero no tiene idea de mucho más.

Pongo los ojos en blanco por su descripción. Me conoce tan bien que me siento incluso intimidada, ironía modo *on*.

—No te preocupes —responde ella—. No me moveré de su lado y nos veremos dentro de una hora —repite.

Rico asiente, se incorpora y coge a la cría de la mano. Por un instante parece mirar a cualquier lugar, pensativo, hasta que finalmente avanza un par de pasos hacia mí.

—Ten cuidado —me advierte Rico.

—¿Vas a soltarme todo el discurso? —replico—. Porque yo no tengo muchas ganas de verte dentro de una hora.

Tuerzo los labios impertinente y una sonrisa igual que mi gesto acaba acomodándose en mis labios. Rico mueve la mano para cederme la de su hermana. Como pasó con los papeles, la posibilidad de que vayamos a tocarnos, a rozarnos, aunque sólo sea una milésima de segundo, enciende mi cuerpo de golpe. Sin embargo, antes de que exista siquiera esa mera oportunidad, Rico suelta a Mati. Frunzo el ceño, decepcionada, sólo un momento, un gesto casi imperceptible, pero que no le pasa desapercibido. Lo sé porque, cuando nuestras miradas vuelven a encontrarse, otra vez el inicio de esa media sonrisa está en su perfecta boca.

Decido concentrarme en la niña para escapar de esta situación. La cojo de la mano y le sonrío sincera. Ella se despide de su hermano y vamos a echar a andar, pero, entonces, tomándome por sorpresa, Rico se inclina sobre mí. Su aliento calienta mi piel y el vello se me eriza.

—Mientes muy mal, malcriada —susurra.

Su voz atraviesa mi cuerpo y arrincona todas mis defensas en un lugar muy concreto. Tiene una voz increíble.

Rico se incorpora, le guiña un ojo a Mati, ganándose una sonrisa como respuesta, y sin más se aleja un paso, quedándose ahí, parado, arrogante, como si quisiese demostrarme sin palabras el control que acaba de tomar de la situación.

Yo lo observo sin saber qué responder, cómo recuperar el habla, en realidad. Tardo un poco más de lo que me gustaría y, en ese tiempo, me llamo imbécil una docena de veces. ¡Es Rico León! ¡No puede parecerme sexy Rico León!

—¿Vamos? —le pregunto a la niña, obligándome a arrancar.

Ella asiente y reanudamos la marcha hacia las escaleras mecánicas. Ya nos hemos distanciado unos metros, pero aún puedo sentir su mirada salvaje sobre mí. No puedo contenerme, me giro sin dejar de caminar y sus increíbles ojos oscuros vuelven a atrapar con contundencia los míos. La palabra *sexy* parece dibujarse sobre él en letras de neón. Mala idea. Muy mala idea. ¿Cuántas veces voy a tener que repetírmelo?

Me vuelvo y me concentro en andar y alejarme de él.

***

Una hora después —con total franqueza, he pensado en retrasarme sólo para hacerlo sufrir, pero mi puntualidad ha podido conmigo—, estamos regresando a la planta superior.

—¡Rico! —grita Mati en cuanto lo ve, exactamente donde nos despedimos—. Me he comprado tres zapatos y un bolso.

Rico se agacha para recibirla, la coge en brazos y se incorpora con ella. Es obvio que están muy unidos.

—Quiere decir tres pares —le explico.

—¿Y el bolso?

Me encojo de hombros.

—¿A que no te sorprende? —bromeo acerca de la imagen que tiene de mí. Intento sonar socarrona, pero siento una desagradable punzada en el estómago. Nunca me ha importado cómo me ven los demás, pero ahora mismo siento que esa premisa no funciona.

Él no responde, sólo me observa, y yo tengo la incómoda necesidad de llenar este silencio con palabras.

—Amaia Kids ha sacado una línea de bolsos infantiles inspirada en los cuadros de Pissarro.

—¿Quién es Pissarro? —pregunta con el ceño fruncido.

—Un pintor impresionista francés —respondo.

Rico deja escapar el inicio de una breve y mordaz sonrisa, en el fondo un gesto duro y arisco.

—¿A que a ti no te sorprende eso?

Le devuelvo ese amago de sonrisa, pero en mí también queda forzado y un extraño silencio se adueña del espacio entre los dos. Si no fuera la mayor de las locuras, diría que a él también le afecta cómo lo vea.

—¿Cuánto te ha costado? —demanda.

—¿El qué? —pregunto aturdida, todavía trato de entender qué han significado los segundos anteriores entre los dos.

—El bolso. Es imposible que haya sido suficiente con el dinero que le he dado a Mati.

De inmediato entiendo a qué se refiere.

—No te preocupes. Es un regalo.

Rico se tensa un poco, como si la situación le gustase algo menos.

—Ya, pero no —replica tan arrogante como desdeñoso—. ¿Cuánto es?

—No tiene importancia. —Mi tono empieza a sonar beligerante, resultado directo de que estoy comenzando a enfadarme de nuevo.

—No dudo que para ti el dinero no la tiene.

De una patada, a la casilla de salida, a la de una niña mimada y caprichosa.

—Veinte euros —respondo manteniéndole la mirada.

No me conoce. No sabe cómo soy.

Rico se saca la cartera del bolsillo trasero de los vaqueros, toma un billete y me lo entrega. Yo tardo un segundo de más en alzar la mano y cogerlo y, con toda franqueza, cuando lo hago sólo quiero tirárselo a la cara. ¿Por qué siempre tiene que ser así?

—Despídete —le pide a su hermanita, echando a andar.

—Adiós, Dani —pronuncia con una sonrisa.

Le devuelvo la sonrisa y esta vez lucho para que parezca sincera.

—Adiós, cariño.

Mi apelativo dirigido a la pequeña parece coger por sorpresa a Rico, que por un instante se queda clavado al suelo, antes de seguir caminando.

Yo aparto la mirada y lucho por poner mi mente en otra cosa. No lo consigo.

Resoplo y echo a andar a regañadientes.

—Voy a tener que hartarme de tempura de helado —me digo.

5

Rico

Camille Pissarro, pintor impresionista francés de finales del XIX, principios del XX. Sé perfectamente quién cojones es, porque, a diferencia de lo que ella ha dado por hecho, no soy ningún bruto ignorante y no tendría que haber fingido lo contrario, pero hubo algo en la manera en la que me miró cuando ella misma se dibujó como una niña rica adicta a las compras que me afectó y, sencillamente, pensé que, si los dos nos presentábamos fieles a los arquetipos a los que se supone que pertenecemos, repitiendo clichés, ella se sentiría un poco mejor.

Miro incómodo hacia ambos lados, buscando una respuesta que obviamente no hallaré en ninguno de los escaparates, porque en ninguno de ellos está escrito en letras doradas por qué me ha importado que se sintiese mal. Es una malcriada que se cree el centro del universo y que sólo le presta atención a su propio ombligo. Supongo que, el hecho de que por una mísera décima de segundo le haya preocupado ser así, me ha dejado tan alucinado que mi cerebro ha decidido dejar de funcionar. Lo más seguro es que ahora esté comprándose zapatos y laca de uñas.

Salimos al garaje del centro comercial y busco la zona E12, donde aparqué.

Hugo y ella estuvieron juntos un año y todavía recuerdo lo mal que lo pasó cuando ella lo dejó. Pasó semanas sin levantar cabeza y la princesita de La Finca no le hizo ni una sola llamada. Se cansó del chico de extrarradio y no quiso mirar atrás. En esos malditos barrios todos son iguales.

—Rico —me llama Mati, tirando de mi mano.

Al bajar la vista hasta ella comprendo que no debe de ser la primera vez que me llama.

—¿Qué? —inquiero algo aturdido y también algo enfadado, aunque no con Mati, por supuesto.

—¿Podemos irnos ya? —pregunta cansada.

De pronto me doy cuenta de que he estado caminando sin sentido y he ido en dirección opuesta a la zona del parking que buscaba. Resoplo y cabeceo. Se acabó.

—Iremos al taller, ¿vale? —le digo a mi hermana mientras espero a que se ponga el cinturón de seguridad.

—¿Tienes que trabajar?

—Debo tenerlo todo listo para esta noche.

Es importante. Los porcentajes, al final, se han quedado en un sesenta y tres. Si todo sale bien, con el dinero que sacaré me aseguraré poder pagar todas las facturas de los próximos dos meses.

No puedo permitirme fallar.

El anclaje se engancha, la pequeña se acomoda en su sillón y se aparta el pelo de la cara.

—Ya estoy.

Sonrío y meto primera. Ahora toca estar concentrado en una única cosa.

***

En cuanto ponemos un pie en el taller, Mati sale disparada hacia el desvencijado escritorio de mi abuelo. Abre el último cajón y saca uno de los cuentos que siempre guardo allí para ella. Se sienta en el enorme (y también algo ajado) sillón y se pone a leer.

No puedo evitar contemplarla un par de segundos. Sólo espero estar cuidando bien de ella y de Suso; haberlo hecho bien con Aitana y también con Hugo.

—¿Dónde está el viejo? —demanda Héctor entrando en el taller, abriendo una chocolatina.

—¿Tú no tendrías que estar escribiendo?

—La inspiración no llega —responde sin más, con la boca llena de dulce.

Cojo un par de herramientas y me acerco a mi coche, a mi Mustang.

—Hola, preciosidad —saluda a Mati.

—Hola, Héctor —responde desde detrás de su libro.

Mi amigo frunce los labios, divertido, y da un paso hacia ella.

—¿Estás leyendo?

—Sí —contesta satisfecha—. Leer es lo más divertido del mundo.

Vuelvo a sonreír sin levantar la vista del motor. Adoro a esta cría.

—¿Y si te cambio el libro por mi otra barrita de Kinder Bueno?

Mati baja el libro y lo observa unos concienzudos segundos, hasta que finalmente le propone:

—Dame la barrita y leeré en voz alta para ti.

Mi sonrisa se ensancha como la de Héctor.

—Un día voy a comerte a besos —la amenaza.

Ella sonríe encantada y sobra decir que él le da la chocolatina sin pedir nada a cambio.

Mi amigo deambula un poco por el taller hasta que, de un salto, se sienta en una de las partes traseras de uno de los coches y continúa mirándolo todo como si fuera la primera vez que está aquí. Siempre hace lo mismo. Da igual en qué lugar estemos. Supongo que es su superpoder de escritor.

—No me has dicho dónde está tu abuelo —me recuerda.

—Me ha contado que tenía un par de recados que hacer. Ha abierto Tomás.

Héctor asiente.

—¿Cómo llevas lo de esta noche? —pregunta frotándose las manos, con la misma sonrisita que seguro que usa para bajarle las bragas a las chicas—. ¿Estás nervioso?

—No —replico adusto—, y deja de sonreír así... No tienes público.

—Tú eres mi público —contraataca—. No disimules.

No me molesto en contestarle, ni siquiera en levantar la vista del motor.

—Si estás celoso por lo mío con Vicky, no te preocupes, ella no significa para mí tanto como mi mecánico favorito.

Estoy a punto de sonreír, pero disimulo a tiempo. Lo último que necesita es que le den más cuerda.

—Si no fueras tan arisco —continúa—, te compraría flores y esas cosas, pero es que no te las mereces.

Cabronazo.

No puedo más y acabo sonriendo.

—¡Ahí está! —suelta orgulloso, señalándome—. Soy un puto crack. He hecho sonreír a Rico León.

—Cállate —me quejo divertido, pero es una batalla perdida. Sigue vanagloriándose.

—Rico —me llama Aitana entrando en el taller. Aún lleva el uniforme del instituto—, necesito los cincuenta euros.

Saco la cabeza del capó y me limpio las manos con un trapo blanco. Nunca he sabido cómo demonios lo hace mi abuelo, pero siempre consigue que estén impolutos.

—¿Qué tal un «hola, Rico, ¿qué tal estás?, ¿cómo te ha ido el día»?

Tan pronto como termino la frase, todo mi cuerpo se tensa y de inmediato una imagen perfecta de Daniela en mi puerta, con ese vestidito, pidiéndome que tuviera modales, inunda cada rincón de mi mente.

Aitana resopla exagerada, devolviéndome a la realidad, y yo cabeceo tratando de huir de esa imagen en concreto.

—Es para la visita al Jardín Botánico. El plazo para pagarla termina mañana.

Me meto la mano en el bolsillo de atrás de los vaqueros y saco un billete de cincuenta. Se lo tiendo, pero, cuando va a agarrarlo, aparto la mano.

—Antes tenemos que hablar.

Ella vuelve a soltar un resoplido al tiempo que pone los ojos en blanco.

—Aitana —la reprendo.

Sólo una palabra y ya sabe que no estoy bromeando. Mejor.

—¿De qué?

—¿Qué pasa con Yonny Ruso?

Está a punto de fruncir el ceño, como si mi pregunta la hubiese sorprendido, y automáticamente me doy cuenta de que aquí hay algo que tengo que saber.

—Con Yonny no pasa nada.

—¿Seguro? —insisto.

—Y tan segura —suelta Héctor, impertinente.

Aitana se vuelve y lo fulmina con la mirada, lo que hace que la sonrisa de mi amigo crezca

hasta el infinito.

—Cállate, Héctor, o te juro por Dios...

—Oh, oh, oh —replica él, bajándose de un salto y caminando hasta nosotros, dejándole claro lo amenazante que le parece y, por supuesto, sin dejar de sonreír—, qué dura eres.

—Capullo.

—Una León auténtica —sentencia burlón.

—Parad de una vez —me quejo—. Y no hables así —le recuerdo a Aitana—. ¿Qué pasa?

Ella me mira durante un puñado de segundos y finalmente se cruza de brazos.

—No pasa nada.

Le mantengo la mirada y enarco las cejas.

—Acabas de perder tu oportunidad —le dejo claro—. ¿Qué pasa? —le pregunto a Héctor.

Ella gimotea y mi amigo saca pecho. Le encanta torturarla, ¿recordáis?

—Nuestra Aitanita ni siquiera se acordaba del pobre Yonny Ruso porque ahora le gusta Adrián Costa.

—¿Quién coño es ése?

No lo conozco y ya me pone de mal humor.

—¿Lo dudas? —replica Héctor—. Un gilipollas.

Genial. Joder.

—No es ningún gilipollas.

—Mira cómo lo defiende —la pincha, socarrón.

Aitana lo asesina con la mirada.

—Te vas a enterar —le advierte.

Él se humedece el labio inferior sin dejar de sonreír.

—Lo estoy deseando.

Mi hermana da un enérgico pisotón absolutamente frustrada y, tratando de reconducir la conversación, se gira hacia mí.

—No es ningún... —entorno la mirada—. No es eso que ha dicho este imbécil, ¿vale?

La sonrisa de Héctor se ensancha.

Yo la miro esperando a que continúe. Tiene poco tiempo para explicarse, porque pienso buscar a ese Adrián Costa y darle una paliza.

—Es un buen tío —añade.

—¿Qué hace? —pregunto sin mucha simpatía; es el equivalente de hermano mayor del «¿estudias o trabajas?».

—Va al instituto público —responde veloz—. Es su último año. Acaba de cumplir dieciocho.

La ira homicida se calma mínimamente; por lo menos está estudiando.

—Es uno de los bailarines de El circo —comenta Héctor.

Aitana gime exasperada.

—¿Puedes callarte? —le pide sin ninguna amabilidad.

Sabe, igual que lo sabe mi amigo, si no no lo habría dicho, que eso juega claramente en su contra. Me gusta El circo, pero no para que mi hermana se líe con uno de los «aspirante a nada» que bailan allí por las noches.

Pierdo la mirada a mi derecha y me rasco la nuca tratando de encontrar la mejor decisión.

—Yo voy a El circo —se apresura a recalcar Aitana antes de que yo diga cualquier cosa.

—Y no me hace la más mínima gracia —le recuerdo.

Si la dejo ir es porque me persiguió durante días para que lo hiciera, porque en el fondo no estoy chalado o, al menos, no del todo, y entiendo que necesita salir y divertirse y, sobre todo, porque allí todos me conocen, desde los dueños a las camareras o el portero pasando por el setenta por ciento de la clientela, y la tengo controladísima.

—¿Por qué no puedes buscarte un chico normal? —le hago ver.

Un buen chico, que estudie y que se muera de miedo con oír mi nombre.

—Claro —repone irónica—, porque nosotros somos muy normales.

Apoyo una palma de la mano en la carrocería del coche y suelto un resoplido. No voy a negar que en eso estemos de acuerdo, pero...

—Tienes razón, pero, disfuncional o no, somos una familia y eres mi hermana. No voy a dejar que salgas con el primer gilipollas que te lo proponga.

Ahora es ella la que sabe que tengo razón y agacha la cabeza porque no quiere tener que admitirlo.

—¿Vas a prohibirme ir a El circo? —pregunta con la boca pequeña.

¿Y que acabe en cualquier discoteca del centro de la ciudad sin que yo lo sepa? No, gracias.

—No.

Aitana sonríe encantada.

—Pero —continúo, alzando el índice. Ella asiente y se muerde el labio inferior para intentar contener el gesto. Sabe que se ha salido con la suya—, si se pasa lo más mínimo, tiene los días contados.

Mi hermana pone los ojos en blanco, pero no puede dejar de sonreír. Le doy el billete de cincuenta para la excursión. Me meto la mano en el bolsillo y saco otros trescientos.

—Coge las facturas que hay en el escritorio y págalas en el cajero.

Ella pilla el dinero y se lo guarda veloz en la mochila.

—El abuelo va a enfadarse.

Lo tengo clarísimo.

—Me las apañaré.

Asiente, obedece y se marcha del taller.

—Quiero saber quién es —le comento a Héctor mientras observo cómo Aitana se aleja.

—Haré unas llamadas.

Se saca el teléfono del bolsillo de los vaqueros y empieza a marcar.

Si va a estar con mi hermana, quiero saber hasta su número de zapatos.

—Miss Abernathy dice que espiar a los demás está mal —me recuerda mi particular Pepito Grillo bajando su libro de *Toy Story*.

Yo tuerzo los labios de vuelta al coche.

—Miss Abernathy no tiene que pensar en Adrián Costa —le recuerdo.

¿Por qué tengo que tener una hermana que acaba de cumplir dieciocho años? ¿Por qué no pudo pasar de los seis a los cuarenta y dos?

Del taller nos marchamos a casa. Les cocino la cena a Mati y a Suso, me peleo con ellos para que se coman los malditos guisantes y los dejo fregando los platos. Mientras espero a que llegue Hugo, me doy una ducha y me preparo para esta noche. No he vuelto a pensar en Daniela. Mejor.

—¿Ha llegado ya Hugo? —inquiero bajando de nuevo a la cocina, abrochándome el reloj de pulsera.

Suso niega con la boca llena de helado.

—Dije un poco —le recuerdo sabiendo que con toda probabilidad se ha zampado medio bote del Ben & Jerry's.

—Dijiste helado —me corrige.

—¿Dónde está Mati?

—Leyendo —responde.

Me asomo al salón camino de la diminuta barra de la cocina y la veo sentada en el sillón con el mismo cuento que leía en el taller entre las manos, su pijama lleno de unicornios y oliendo a colonia de bebés desde aquí.

Cuando me giro, vuelvo a toparme con Suso, con la boca llena de chocolate y al que tendré que obligar a ducharse porque no lo considera necesario. La próxima vez que una mujer me diga que somos iguales, pienso tener un ataque de risa. No somos iguales, sois mucho mejores.

Se mete en la boca una cucharada más grande que su cabeza y sonríe satisfecho. No le sale el helado por la nariz de milagro.

—¿Tú no lees? —inquiero socarrón.

—Yo como helado.

Vuelve a sonreír y no tengo más remedio que hacerlo con él. Es un cafre.

Tras unos minutos, miro otra vez mi reloj.

—¿Dónde demonios se ha metido Hugo?

Resoplo y me saco el móvil del bolsillo de atrás de los vaqueros. Lo llamo. No contesta. En ese preciso instante suena la puerta principal. Mi humor mejora pensando que es él, pero me equivoco.

—Hola, hijos —nos saluda Bosco entrando en la cocina.

—¿Qué te ha pasado? —inquiere Suso.

Entiendo la pregunta. Tiene un aspecto horrible: la camiseta hecha jirones, los vaqueros, rotos, y está lleno de algo que no sé si es polvo o tierra. Yo también preguntaría, pero es que no es la primera vez que lo veo así.

—Tengo otra lección de vida para vosotros... —responde abriendo el frigorífico y rebuscando en él—. Esto no es zumo de naranja —se interrumpe observando el bote de Sunny de mandarina. Tras pensarlo un par de segundos, se encoge de hombros y se incorpora con él—. Digamos que no es buena idea que aceptéis apuestas que incluyan ardillas —nos explica abriendo uno a uno todos los armaritos de la cocina—. Son muy rápidas.

Suso lo observa y finalmente asiente. Otro gran apunte sobre la vida de Bosco León.

—Rico, hijo —se gira hacia mí.

Sé de sobra lo que va a pedirme y la respuesta es no.

—¿No tenemos vodka en esta humilde morada? —pregunta.

Me encojo de hombros y, ¿para qué negarlo?, lo hago desdeñoso, burlón y muy impertinente.

—Vas a tener que conformarte con lo que no es zumo de naranja —sentencio, y acto seguido decido no dedicarle un segundo más—. ¿Dónde coño se ha metido Hugo?

Vuelvo a mirar el reloj. Vuelvo a llamarlo. Vuelve a no contestar.

—¿Aitana se ha marchado ya? —le pregunto a Suso.

—Sí, cenaba con sus amigas antes de irse a El circo.

—Joder —gruño.

—¿Necesitas a alguien que cuide de los pequeños? —inquiere Bosco dando un paso hacia mí —. Yo puedo hacerlo... —me mira esperanzado y sé que hay algo más— por cincuenta euros.

Con Bosco siempre lo hay.

—No, gracias —replico dirigiéndome a la puerta trasera—. Estarían más seguros con el asesino de las películas de Halloween.

—¡Ey! —se queja Bosco siguiéndome—. Puede que no esté en mi mejor momento, pero antes de que tú decidieras hacerte cargo de tus hermanos...

—¿Decidiera?, qué bonito eufemismo. —Bajo los escalones y cruzo mi jardín en dirección a la casa de mi vecina—. Nos habías abandonado en una gasolinera. No me quedó otra.

—En mi defensa diré —contesta siguiéndome— que era una de esas gasolineras que tienen supermercado y os compré un refresco a cada uno, pero no quiero vanagloriarme —añade agitando las manos—. Puedo cuidar de Suso y la pequeña Mati.

Ambos nos detenemos en el porche de la casa contigua. Bosco me observa esperando una contestación, como si hubiera alguna posibilidad de que dijera que sí.

—Yo te cuidé a ti, mucho tiempo.

—Ya, sí —replico llamando—; mejor no hablemos de eso.

—Hola, Rico —me saluda Natalia, mi vecina.

—¿Puedes cuidar de Suso y de Mati? Ya han cenado.

Ella sonríe y asiente.

—Termino unas cosas aquí y voy para allá.

Ahora el que sonríe soy yo.

—Me salvas la vida —le digo dirigiéndome de nuevo a casa. Bosco me sigue.

—Me debes una, León.

Natalia es un poco más mayor que yo y, como casi todos por aquí, tiene una historia triste que contar. Sin embargo, también como la mayoría de gente en el barrio, ha aprendido a valerse por sí misma y a encontrar su lugar en el mundo, aunque sea éste (nadie dijo que tuviera que ser un lugar bonito).

—¿Vas a dejarlos con una desconocida antes que conmigo, con vuestro propio padre? —contraataca indignado, siguiéndome otra vez.

Me giro un segundo antes de acceder de nuevo a la cocina por la puerta de atrás.

—¿Con una mujer responsable que no bebe hasta caer rendida, al contrario que mi propio padre? —replico burlón—. ¿Dónde firmo?

Rescato las llaves de la barra y me dirijo al salón. Le doy un beso a Suso y otro a Mati, que se cuelga de mi cuello y no me suelta hasta que le doy un abrazo.

—Natalia vendrá a cuidaros. Estará aquí en cinco minutos.

Los dos asienten. Son los mejores.

Salgo de la casa retocándome los dobleces de la camisa vaquera.

—Estoy dolido —continúa diciendo Bosco. Debe de querer mucho esos cincuenta euros—. Cuidé de ti y de Hugo.

—Y, gracias a eso, si tuviera más tiempo libre y no me pareciera una mariconada, estaría traumatizado.

Me perdió en un centro comercial, dos veces, el mismo centro comercial y el mismo día. Me animó a saltar desde el tejado a la piscina cuando tenía ocho años y me rompí el brazo por dos sitios. Faltaba a clase cada dos por tres y me hacía fingir cosas, como que era mudo o sordo, para conseguir más dinero de la beneficencia, y eso es sólo un pequeño apunte. Con seis años se me quedó atascada la mano en una máquina de *vending* porque él me obligó a meterla para robar patatas fritas y chocolatinas porque, en mitad de los colocones de maría, le daba por comer. Según él, mi mano era más pequeña y cabría sin problemas. Frente a los bomberos, contó la historia al revés y, cuando uno de ellos me dejó quedarme con una bolsa de Cheetos y una Milkybar, en cuanto se marcharon, se las comió él.

—Si aquí no se me trata con respeto —suelta en medio de nuestro destartalado jardín—, me marcho al bar.

Gira sobre sus viejas botas y echa a andar.

—Sí, ya deben de echarte de menos.

Me meto en el coche y dejo que el motor ruja bajo mis pies un par de veces. Estoy tenso. Joder, estoy cabreado. Y no tiene nada que ver con Bosco. ¿Dónde demonios se ha metido Hugo? A veces creo que el abuelo tiene razón y soy demasiado permisivo con él.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me obligo a controlarme, hasta el más mínimo conato de pensamiento. Esta noche es demasiado importante y, si quiero que todo salga como debe salir, tengo que estar concentrado.

Enciendo el reproductor y *Familiar*, de Liam Payne y J. Balvin, empieza a sonar a todo volumen.

Llego a El circo en cuestión de minutos. La música de mi coche se mezcla con *Electricity*, de Silk City y Dua Lipa, retumbando en la vieja fábrica. Está a rebosar. Saludo a Nicolai, el portero, y entro. La canción retumba en mis oídos, la luz a medio camino entre el blanco y el azul lo vuelve todo casi irreal. Poco a poco, milésima de segundo a milésima de segundo, voy haciéndome con la situación, dejando que mi cuerpo se impregne y se empape de lo que significa esta noche, de lo que significan todas las noches como ésta, en realidad. Sé que es peligroso, que podría acabar en la cárcel o algo peor, pero esas ideas ahora pertenecen al mundo del otro lado de la neblina, fuera de El circo, de la calle, del extrarradio. El premio es sólo para los valientes y juro por Dios que pienso llevármelo.

—Ey, León —me llama Lucas, acercándose.

En estas noches, más que nunca, soy León y éste es mi reino.

—¿Todo listo? —demando con la distante dureza saturando mi voz.

—Sí. ¿Vienes detrás conmigo?

Niego con la cabeza.

—Tengo que solucionar algo primero. Sólo necesito un minuto.

Lucas asiente, chocamos las manos y se dirige a la parte de atrás del inmenso local.

Sólo tengo que echar un vistazo para ver a Héctor en la barra.

—Ya estás aquí —dice con una sonrisa al verme.

—¿Has visto a Hugo?

Lo piensa un instante.

—No. Debe de estar con alguna chica.

—Donde tendría que estar es en mi casa, cuidando de los críos.

Mi amigo enarca las cejas.

—Adrián Costa.

Asiente.

—Aitana dijo la verdad. Va al instituto y piensa ir a la universidad. Sus padres son del barrio; él trabaja en una fábrica en el polígono Marconi y ella es cajera en un supermercado de la villa. Está en la pista. —Me señala la zona con un golpe de cabeza.

Me acerco a la barandilla. No tardo en ver a Aitana con sus amigos. No me cuesta mucho localizarlo a él. Se la está comiendo con los ojos. La tensión está a punto de romperse, pero el control gana la batalla.

—Dile a Nicolai que, cada vez que ese gilipollas esté aquí, quiero saberlo.

—Buen plan —sentencia Héctor metiéndose las manos en los bolsillos.

Me humedezco el labio inferior con la vista aún en ese niñato. Confío en Aitana, por eso no voy a meterme... todavía.

—Vámonos —pronuncio, y los dos echamos a andar.

Atravesamos el local y accedemos a la parte trasera. Nos cruzamos con un par de chicas. Ellas sonríen e incluso hacen ademán de acercarse, pero ahora mismo no me interesan lo más mínimo.

Salimos a la calle y el aire parece cambiar. Todo parece cambiar. La tensión de mi cuerpo se recrudece, pero así es como tiene que ser. Es concentración y es control.

Héctor y Lucas intercambian una mirada.

Doy un paso más.

Alzo la cabeza.

No puede ser, joder.

—¡Empieza el espectáculo! —grita Lucas usando las palmas de sus manos como megáfono, subido al techo de su Camaro azul.

No puede ser que Daniela esté en la maldita carrera de coches ilegal que tengo que ganar.

6

Daniela

—¿Eres la chica que baja la bandera? —inquiero entusiasmada.

—La bandera, no —me corrige Mayúscula—, el pañuelo, cariño. Y, para la ocasión —anuncia misteriosa—, he elegido éste.

Saca de su diminuta riñonera de lentejuelas un pañuelo rojo intenso y lo extiende ante nosotras. Jugando con la luz, aparecen pequeñas motitas naranja fuego y algunos rastros de amarillo y violeta.

—¿Es una llamarada? —demando divertida, pero también atónita. ¿Dónde consigue esa clase de complementos?

—Por supuesto —sentencia orgullosa, guardándoselo de nuevo.

Miro a mi alrededor y algo parecido a un escalofrío me recorre el cuerpo. Todo esto es muy emocionante y peligroso a la vez. ¡Son carreras de coche ilegales! Nunca, jamás, había estado en una. Me siento como una figurante de *Fast and Furious*.

—¡Empieza el espectáculo! —grita un chico negro subido al techo de un Camaro.

Todos comienzan a aplaudir y vitorear y varios chicos se acercan a los coches. No entiendo mucho de motores ni nada por el estilo, pero hay un Mustang negro alucinante, como esos que usaba Steven McQueen en sus pelis. Es imposible verlo y no quedarte unos segundos de más embobada.

—Es una pasada —murmura Keti a mi lado.

Voy a girarme para decir que sí, que lo es, cuando noto unos dedos rodear mi muñeca y tirar de mí sin ninguna amabilidad, alejándome unos metros. Mentiría si dijera que no sé quién. Mi cuerpo lo sabe.

—Me estoy cansando de preguntarte qué haces aquí, malcriada —sisea molesto, deteniéndose y volviéndose para que estemos frente a frente.

Esos rasgos de escándalo encogen mi estómago de golpe, pero me sobrepongo rápido. Nos ha colocado al lado del Mustang negro y mi mente, veloz, ata cabos: es su coche. Va a correr esta carrera.

—Pues deja de hacerlo —replico sin amilanarme.

¡Maldita sea! ¡Ya estoy enfadada! Y mi plan no era estarlo, ni siquiera con él. Siendo justas, atinadas y sinceras, nunca he estado molesta con él. Sólo reacciono a que él esté tan cabreado conmigo, ¡porque ni siquiera entiendo qué motivos tiene!

—Te dejé muy claro que no quería que aparecieras más por aquí —ruge con un tono de voz increíblemente suave e increíblemente amenazante al mismo tiempo.

—Si no quiere que nadie entre en sus dominios, majestad, tendría que vallarlos, rey del extrarradio.

Creo que nunca había pronunciado unas palabras con tanto desdén e impertinencia.

—Lárgate, malcriada. Estoy hablando en serio.

Hay algo en su voz, no sé qué es, que me dice que realmente quiere que me vaya... y no estoy hablando de un odio exacerbado, hablo de que de verdad necesita no tenerme cerca... y eso, pillándome completamente por sorpresa, me duele y ni siquiera entiendo dónde, cómo ni por qué.

—¡La carrera será ciega! —grita el mismo chico subido al mismo coche.

Rico tuerce los labios apenas una milésima de segundo.

Varias chicas se acercan a los vehículos que van a correr y cada una se sienta en el lugar del copiloto. Miro a mi alrededor una vez más. ¿Por qué me detesta de esta manera? Esa idea brilla en mi mente una y otra vez, como si estuviera fabricada con luces de discoteca. ¿Por qué me odia? ¡No le he hecho absolutamente nada! No lo pienso, y está claro que debería hacerlo porque, antes de que la idea cristalice en mi mente, rodeo el capó, abro y me monto en la plaza del copiloto.

El sonido de la puerta al cerrarse se entremezcla con el de unos tacones deteniéndose frente al Mustang. Una chica rubia y muy guapa me mira con una sorpresa que, rápidamente, va transformándose en unas clarísimas ganas de sacarme de este coche con sus propias manos (y algún que otro tirón de pelo).

Rico lanza un juramento entre dientes, observándome a través de la luna delantera. Rodea el vehículo con esas masculinas y seguras zancadas y, apoyando la mano en el techo, se inclina hasta que me tiene frente a él gracias a la ventanilla abierta.

—Baja —brama.

—No.

—Malcriada, bájate de ahí.

No sé qué demonios pretendo demostrar, creo que la cosa ni siquiera va de eso, o, al menos, no sólo va de eso. Rico León es un maldito neandertal, con cero amabilidad, que no sabe hilar más de dos frases seguidas. ¿Quiere que nos asesinemos cada vez que el destino decida colocarnos en el mismo lugar? Por mí, perfecto, pero esta noche no pienso salir de este coche porque, quiera o no, va a tener que soportarme cerca.

Rico me fulmina con la mirada un número indefinido de segundos mientras yo sigo con los brazos cruzados y la vista al frente.

—Joder —sisea, y da hasta miedo.

Rodea el Mustang para tomar asiento al tiempo que se pasa las manos por el pelo.

Otra vez el sonido de una puerta al cerrarse marca la diferencia, en esta ocasión para, por un

pequeño y codicioso instante, aislarnos del mundo. No habíamos compartido un espacio tan ínfimo desde que volvimos a encontrarnos y nunca habíamos estado así de cerca, y esas dos premisas, justo ahora, parecen tener muchísimo valor.

—Ponte el cinturón —me ordena.

Obedezco y engancho el cinto en el anclaje. Sin embargo, Rico resopla muy molesto, incluso frustrado, como si mi movimiento lo hubiese enfadado todavía más.

—¿Crees que vamos a ir a dar una vuelta al centro comercial? —me recrimina.

Ágil, se mueve en su asiento inclinándose sobre mí. Saca dos arneses de mi espalda y me los coloca, como los pilotos de los rallies, y después uno más cruzando mi cintura. Con cada gesto, está más cerca, e involuntariamente mis ojos vuelan a sus antebrazos bajo su camisa remangada, a su pelo oscuro y revuelto... y todo se complica más cuando ese olor a limpio y a masculinidad pura invade mis fosas nasales.

La situación, la carrera... Empiezo a estar nerviosa. Tira del último cinto, atrincherándome contra el sillón. Otra vez en contra de mi voluntad, un suave gemido se escapa de mis labios. El sonido parece recorrer el aire más rápido que su propia velocidad y Rico alza la mirada. Nuestros ojos se encuentran y, por un momento, nos quedamos así, mirándonos. Es sexy, es peligroso, tiene el control.

—¡Pilotos! —grita el mismo chico.

Rico tarda un segundo de más en apartarse y volver a su asiento.

Miro a las personas a nuestro alrededor. Ignoro a Keti y a Furia, que me miran como si me hubiese vuelto loca. No va a pasarme nada. Trato de relajarme.

—Así es cómo mantienes a tu familia, ¿verdad? Con las carreras —pregunto.

Hugo me contó que sus hermanos iban a un colegio de pago muy bueno y muy caro. Fue una de las pocas cosas que me dijo acerca de su familia.

—Sí —responde escueto.

—¿Y tu padre?

—En el bar. Siempre está en el bar —contesta malhumorado, pero tengo la sensación de que no es algo que le afecte.

—¿Y tu madre?

Soy consciente de que estoy tensando la cuerda y que esto no se parece ni remotamente a una conversación amistosa, pero necesito saber algo más de él para intentar entenderlo.

—Murió hace seis años.

Mayúscula camina hasta colocarse en el centro de la carretera.

—Lo siento.

—No tienes por qué. Si estuviera viva, estaría en el bar con él.

Su respuesta me hace mirarlo. Él tiene la vista clavada en la calzada, con una mano en el volante y la otra en el cambio de marchas. No son nueve palabras aleatorias, dicen mucho de su

historia. Verlo en el centro comercial con Mati no fue una casualidad. Él se encarga de sus hermanos, cuida de ellos.

—¡En sus marcas! —grita Mayúscula—. ¡Listos!

—Rico...

—Basta, malcriada, tú y yo no vamos a ser amigos.

—¡Ya!

El motor ruge, creo que incluso relincha, y salimos disparados. En cuestión de segundos, dejamos atrás la explanada trasera de El circo y enfilamos una de las calles principales del barrio. Tenemos coches a la derecha y a la izquierda, pero eso no parece ser un problema para Rico, que conduce lleno de habilidad.

La carretera es suya.

Tratan de adelantarnos, pero les corta el paso. Tira del freno de mano y gira derrapando, haciendo chirriar las ruedas. Cierro los ojos y me agarro a los cinturones que rodean mis hombros. Tengo la respiración echa un caos.

Me obligo a volver a abrirlos. Volvemos a girar. Las calles ya no son anchas ni principales y Vallecas se convierte en un circuito improvisado.

Un BMW trata de cruzarse en nuestro camino, Rico da un volantazo, se sube a la acera y vuelve a girar, tomando otra de las calles. Acelera y enfilamos el callejón a una velocidad de vértigo. ¡Es increíble!

En cada cruce puede verse la estela del coche alemán en la calle paralela. Uno, dos, tres cruces. Rico acelera y, en el cuarto, con un arriesgado volantazo, vuelve a la calle anterior, adelantando al BMW y recuperando el primer puesto.

¡UAU!

Miro hacia atrás alucinada, pero Rico ni siquiera se ha despeinado. Está perfectamente concentrado. Control. Control. Control.

No sé cuánto más avanzamos cuando Rico detiene el coche en seco. Frunzo el ceño, confusa. ¿Ya se ha acabado la carrera? Voy a preguntarlo cuando tres hombres se acercan al vehículo y, rapidísimos, tapan los espejos retrovisores exteriores, así como el central interior, con trapos negros y cinta americana.

—Súbete —me ordena Rico.

Lo miro aún más extrañada.

—Que me suba, ¿a dónde?

—A mi regazo —responde desanclando su cinturón, inclinándose sobre mí y desabrochando los míos en cuestión de segundos.

—¿Has dicho a tu regazo? Ni de coña.

—Es una carrera ciega. Eso significa que la chica se pone a horcajadas en el regazo del piloto, de frente a él, y le indica por dónde vienen los coches. Tú eres los espejos.

Lo miro, lo entiendo... pero no puedo hacerlo. ¡Por muchas razones! ¡Vamos a estamparnos

en la siguiente curva!

El BMW se detiene a nuestra espalda.

Desbordando sensualidad, masculinidad y seguridad, Rico desliza el brazo por mi asiento y se inclina sobre mí. Sus ojos atrapan los míos y ese halo de puro atractivo, casi animal, brilla con fuerza.

—No pienso perder esta carrera por tu culpa —me deja clarísimo—, así que muévete y ponte encima de mí, muy cerca.

Mentiría si dijera que lo hago por la carrera. Algo estalla en mi interior, o justamente se reconstruye. Me incorporo sobre mi asiento y, con sus manos flanqueando mis movimientos, me coloco sobre él, con una rodilla a cada lado. Su mirada vuelve a atrapar de inmediato la mía y las luces de las farolas dibujan su rostro, sus labios, embadurnándolo con la palabra *indomable*.

Algo en su mirada cambia; también cae rendido, también se levanta en armas mientras sus manos se agarran a mis caderas.

—Más cerca —susurra con la voz más peligrosa, más ronca, estrechándome contra él, acoplándome.

Trago saliva. La adrenalina, húmeda y caliente, satura hasta el último centímetro de mis venas.

—¿Sabes lo que estamos haciendo? —pregunto en un murmuro, y quiero pensar que lo hago sobre la carrera, pero lo cierto es que no tengo la más mínima idea.

—Lo tengo jodidamente claro —sentencia sin apartar sus ojos de mí.

Mete la primera marcha y el motor ruge bajo sus pies. Rico me agarra de la nuca, escondiendo sus dedos en mi pelo, y gira un poco la cabeza. Sus labios y su cálido aliento bañan mi mejilla, el lóbulo de mi oreja.

—Mantén los ojos abiertos, malcriada —susurra con esa voz hecha para derretir.

Y el deseo se une a la adrenalina.

El BMW pasa flechado a nuestro lado y nosotros salimos disparados tras él.

Estoy todavía más nerviosa. ¡Esto es una auténtica locura! Rico conduce más rápido, tratando de alcanzar al primero.

—Derecha —pronuncia con una seguridad pasmosa.

Estoy a punto del infarto, pero mi cerebro procesa la información y, tímida, levanto la cabeza y miro por la luna trasera. No viene nadie.

—Nada.

Rico gira sin disminuir la velocidad un solo kilómetro, con el Mustang revolucionándose bajo sus pies. Tomamos la calle, avanza, acelera, ¡corre!

—Derecha —repite.

Vuelvo a mirar. Hay un coche. No reconozco la marca.

—Hay uno.

—¿A cuánto?

¡¿Cómo demonios pretende que lo sepa?!

—No lo sé.

Acelera. Esquiva a un Toyota que nada tiene que ver con la carrera. Más gasolina. Más deprisa.

—Concéntrate —me ordena.

Miro de nuevo. Pienso. Pienso. Pienso.

—Malcriada —me presiona.

—Lo estoy intentando. —Me fijo en la calle. ¡Lo tengo!—. A dos portales.

No estoy segura, pero juraría que la comisura de sus labios se curva hacia arriba.

Giramos de nuevo. La velocidad parece adquirir sonido propio, a guitarras eléctricas, teclados distorsionados, millones de notas musicales entrelazándose, como en una canción de Calvin Harris.

—Izquierda.

—Un coche, a un portal.

—Joder —gruñe.

Pero no duda. Frena en seco y comienza a moverse marcha atrás. ¡Marcha atrás!

—¡¿Te has vuelto loco?!

—Habla.

¡Maldita sea!

Me asomo. Necesito un segundo, pero sé que no lo tengo.

—Derecha, coche, ya.

Rico da un volantazo y lo esquiva.

—Izquierda, un portal.

Tengo la boca seca. El corazón me late con fuerza. ¡Nunca había experimentado algo así!

—Izquierda, ¡ya!

Me escondo en su cuello, pero él sigue inmune a todo. Vuelve a usar el freno de mano y hace derrapar el vehículo para tomar una estrecha bocacalle.

—Joder —murmuro casi sin aire, aún contra su piel.

Y, precisamente, estar contra su piel me hace sentir reconfortada, como si algo dentro de mí tuviese cristalino que no tiene por qué preocuparse, que con él siempre estaré a salvo.

Reúno valor. Vuelvo a asomarme y veo a los coches pasar hechos bolas de luz uno tras otro por la calle que acabamos de dejar.

—Vamos en sentido contrario —trato de advertirle.

—Sé lo que hago.

Vuelve a girar. Cada vez más rápido. Toma una calle a la derecha. Revoluciona el coche al máximo. Estamos a punto de volar. Velocidad pura. Emoción pura.

Veo el BMW venir de frente.

Y todo pasa a cámara lenta.

Rico tira del freno de mano, da un volantazo. El coche gira ciento ochenta grados sobre sí mismo. Coloca su mano en mi nuca, estrechándome contra su cuerpo, protegiéndome. Suelta el freno. Acelera. Todos los coches quedan a nuestra espalda. Enfila la calle. ¡Vamos primeros! ¡Ha sido increíble!

—Derecha.

Levanto la cabeza con una sonrisa de oreja a oreja. ¡Nunca había vivido nada tan emocionante!

El BMW entra en mi campo de visión, pero está lejos. Ya nada podría alcanzarnos.

—Un coche, a cuatro jodidos portales —digo, y no puedo evitar, tampoco quiero, que mi voz suene pletórica.

Rico toma la calle. Acelera, atravesamos la principal del barrio y llegamos de nuevo a la explanada de El circo con el motor rugiendo como un animal salvaje bajo sus pies.

—¡Y otra vez el ganador es León! —grita el chico, provocando que todos rompan en aplausos —. ¡El puto rey del extrarradio!

Rico detiene el Mustang dejando atrás, a varios metros, a todo el gentío que no para de chillar su nombre. Cuando noto que ya no nos movemos, pienso que la tensión se marchará como vino, pero no es así; algo, alguien, la está llamando a gritos, consiguiendo que mi cuerpo se sienta igual de febril, de vivo y excitado.

Levanto la cabeza y sus ojos ya me esperan. Ninguno de los dos dice nada, pero ninguno de los dos se mueve.

—Lo has hecho muy bien, malcriada —susurra, y su voz vuelve a sonar ronca, trémula.

Doy una bocanada de aire sin desunir nuestros ojos. Mi respiración está agitada, convulsa, exactamente como la suya.

—Tú lo has hecho mejor —logro decir.

Recuerdo vagamente la idea de pensar, pensar en quién es, en lo poco que me conviene, pero ahora mismo podría esforzarme todo cuanto quisiera que jamás lo conseguiría. Todo es más instintivo, más primitivo, más sensual.

Su mano vuelve a anclarse a mi cadera, a dibujar la intención de bajar un poco más. Su nombre se diluye en la punta de la lengua y mi mano se hace más posesiva en su hombro. Me gusta la palabra *acoplarse*. Me gusta cómo suena entre los dos.

—¿Por qué lo has hecho? —me pregunta.

—¡León!

El ruido llega hasta nosotros. La gente rodea el coche y lo toca. Pronuncian su nombre una y otra vez.

Es el golpe de realidad que necesitamos ambos. Me bajo de su regazo y él se yergue en su asiento. Nos miramos. Sé que espera una respuesta, pero no puedo decirle que quería obligarlo a tenerme cerca porque me dolió que me necesitara lejos. Es demasiado complicado.

Los dos bajamos del vehículo, pero yo no me detengo y echo a andar.

—¡Malcriada! —me llama entre la treintena de personas que gritan su nombre.

No me paro y él no viene a buscarme. Rico León no es de los hombres que corren tras una chica. Sin embargo, una indisimulable sonrisa se apodera de mis labios. Ha estado bien hacer algo más que discutir.

***

Después de la carrera, también conocida como el momento más emocionante de mi vida, regresé a casa y me metí en la cama. Intenté dormir, pero fue un absoluto desastre; estaba frenética y, en cierto modo, feliz. Cada vez que cerraba los ojos, veía aquel BMW.

Lo complicado ha venido esta mañana, cuando, con sólo un par de horas de sueño, he tenido que levantarme y venir a la oficina, también conocida como el lugar más aburrido sobre la faz de la tierra.

—¿Has encargado el desayuno para la reunión? —me pregunta uno de los ejecutivos.

—Sí —respondo desganada. No estudié cinco años para hacerlo, pero sí he llamado al Starbucks de Gran Vía con la calle San Bernardo y he encargado siete *smoothies* y *muffins* de chocolate para todos.

Él asiente pendiente de su tablet.

—Cuando llegue —continúa—, llévalo a la sala de conferencias y después ponte con el correo.

Sí, señor, justo mi trabajo soñado.

Me levanto y me dirijo a los ascensores para ahorrarle algo de camino al repartidor. Apenas me faltan unos pasos cuando mi móvil comienza a sonar. Miro la pantalla. No reconozco el número.

—¿Diga? —respondo con el ceño fruncido.

Los identificadores de llamada son los culpables de que contestemos asustados cada vez que no conocemos el número. Ni la peli *Scream* consiguió semejante hazaña.

—¿Señorita Suárez?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos del Liceo Europeo. Es por su hermano Pablo. —Automáticamente me tenso. ¿Qué ha pasado?—. Nos gustaría mantener esta conversación con sus padres, pero nos informaron de que estarían en misión diplomática en Eritrea y después regresarían a Kenia.

Asiento, y entonces me doy cuenta de que no puede verme.

—Sí, yo soy la persona responsable de mi hermano mientras están fuera. ¿Ha ocurrido algo?

—No, quédese tranquila en ese aspecto.

Doy una bocanada de aire de puro alivio, incluso sonrío.

—Sin embargo, me he visto en la obligación de llamarla para comunicarle que esta mañana ha habido un percance en clase de geografía. El profesor ha encargado un trabajo en grupo y su

hermano se ha negado, argumentando que él era capaz de hacerlo solo.

Tuerzo los labios. Está claro que esas palabras son de mi hermano Pablo.

Las puertas del ascensor se abren y aparece el repartidor. Le hago un gesto con la mano para indicarle que es a mí a quien busca.

—Como sabrá —añade—, en este centro valoramos enormemente la capacidad de trabajar en equipo y es de vital importancia que su hermano logre adaptarse.

—Lo entiendo —respondo. Le pago al chico y cojo la bandeja de *smoothies* con una mano y la bolsa con *muffins* con la otra—, y le puedo asegurar que Pablo hará ese trabajo en grupo.

El repartidor me da la vuelta, pero no sé con qué mano cogerla.

—Su hermano es muy inteligente. Sería una verdadera lástima que su expediente se viese manchado por una nimiedad como ésta.

¿Nimiedad? Creí que valoraban de enormemente la capacidad de trabajar en equipo.

Muevo la mano y cojo la vuelta, menos la propina, y el tíquet con dos dedos.

—Gracias —murmuro al repartidor—. No se preocupe —continúo hablando con la responsable del colegio, caminando de vuelta a mi mesa—. Está todo controlado.

—Señorita Suárez, si me permite la indiscreción, ¿cuántos años tiene?

Dejo la bolsa y la bandeja de cartón sobre mi escritorio y comienzo a prepararlo todo sobre la de metal con el logotipo de la empresa.

—Veintiséis.

No lo oigo, pero estoy segura de que ha habido un suspiro condescendiente al otro lado de la línea. Dejo lo que estaba haciendo y me yergo.

—¿Cuándo regresarán sus padres?

—Creo que eso no es de su incumbencia —respondo educada—. Yo soy responsable y le he asegurado que hará el trabajo. Me parece que es toda la información que necesita.

La mujer calla un segundo.

—Buenos días, señorita Suárez.

—Buenos días.

Cuelgo y achino los ojos sobre el teléfono. Mi hermano Pablo es mi responsabilidad y lo cierto es que nos apañamos muy bien. Mis padres lo saben y confían plenamente en mí. Creo que cada vez llevo peor que la gente se tome la libertad de juzgarme sin ni siquiera conocerme. Automáticamente resoplo y automáticamente pienso en coches a toda velocidad. Y es un comentario en general.

«Ja.»

Cállate.

***

Después del trabajo, me paso por una diminuta tienda de astronomía que hay cerca de la Plaza

Mayor. Necesito un pequeño soborno.

Me cuesta convencer a Pablo, pero acordamos que hará el trabajo en grupo, incluso si tiene razón y puede ocuparse solo. A cambio, prometo acompañarlo a donde sea que quede con sus compañeros para hacerlo y... una réplica a escala de Saturno.

Después de cenar y tras asegurarme de que mi hermano está dormido y convencer a Dolores de que deje de planchar y haga lo mismo, estoy sentada en mi cama, bicheando en mi ordenador, cuando mi móvil comienza a sonar. Imagino que serán mis padres, pero otra vez es un número que no conozco.

—¿Diga? —respondo.

—Baja, malcriada.

Su voz atraviesa la línea de teléfono y despierta mi cuerpo como si fuésemos una nueva y extraña versión de *La bella durmiente*. Sonrío y me llevo el pulgar a los dientes. Si me está pidiendo que baje es porque ha venido hasta aquí.

—¿Qué quieres?

—Que bajes —responde desdeñoso—. Creí que ya lo había dicho.

—¿Y para qué?

—Esta noche hay otra carrera ciega. Ayer no fuiste tan torpe como pensé que serías...

—Dijiste que lo había hecho muy bien —le recuerdo orgullosa.

—Y tú dijiste que yo mejor —me recuerda él a mí, con un punto de malicia—. No deberías tirarte al agua sin saber cómo de fría está.

Touché... Es un cabronazo.

—Quiero que la corras conmigo. —A cada palabra que dice, unas divertidas burbujitas van creciendo en la boca de mi estómago—. Baja.

Sin embargo...

—¿Sabes? —dejo en el aire, insolente y socarrona—. No ha habido ni un «por favor» ni un «gracias», ni siquiera un «hola, Daniela». Miss Abernathy no estaría nada contenta contigo. Creo que puedes hacerlo mucho mejor.

Sin darle oportunidad a contestar, cuelgo. Mi sonrisa se ensancha y, guiada por las propias burbujitas, corro a la ventana. No tardo en verlo al otro lado del muro de piedra, junto a su Mustang negro. Lleva unos vaqueros y una camisa remangada; dos cosas de lo más sencillas que, por alguna extraña perturbación cósmica, a él le sientan de miedo.

Puedo ver cómo observa su *smartphone* sin poder creerse lo que acaba de pasar y finalmente cabecea. Mi sonrisa crece; las burbujitas también.

Mi móvil vuelve a sonar.

—¿Diga? —respondo fingiendo que no tengo ni la más remota idea de quién puede estar llamándome.

—¿Me has colgado el teléfono?

—Digamos que estoy haciendo un experimento. Quiero saber si es verdad eso que dicen de

que nunca es tarde para aprender modales.

—Malcriada —me reprende, pasándose la mano por el pelo y resoplando exasperado.

Esto es divertidísimo.

—Si quieres, puedo darte un pequeño ejemplo: «Buenas noches, Dani. Si no tienes planes para hoy, ¿querrías ir conmigo a la carrera de esta noche, por favor?»

Se hace el silencio al otro lado, sólo un segundo.

—Baja —me ordena.

—Definitivamente puedes hacerlo mucho mejor.

Otra vez cuelgo sin dejar que diga nada. Me muerdo el labio inferior con las burbujitas transformadas en mariposas y miro por la ventana. No hay rastro de Rico, pero su coche sigue ahí. Frunzo el ceño.

Me siento de nuevo en la cama, con las piernas cruzadas como en una clase de yoga, mirando el teléfono. «Suena, suena, suena», le ordeno telepáticamente. Apenas un par de minutos después, obedece.

—¿Diga? —respondo con retintín.

—¿Sabes? —contesta imitando mi propia palabra de antes—. Tampoco creo que a Miss Abernathy le pareciese muy educado colgarle a alguien el teléfono, dos veces.

—Todo es por la ciencia y tus modales.

—Mis modales, la ciencia y yo estamos de escándalo. Gracias por tu preocupación. ¿Estás vestida?

La pregunta me pilla fuera de juego.

—¿Qué?

No me da tiempo a decir nada más. La puerta se abre de un golpe y Rico entra en la habitación, se abalanza sobre mí y me coge de las caderas, cargándome sobre su hombro. Yo estallo en risas y pataleo, pero no tengo nada que hacer.

Rico desciende las escaleras, atraviesa el salón con el paso firme y esas perfectas, largas, zancadas, y nos saca al jardín. Abre la entrada de peatones junto a la verja principal.

—Desde dentro es mucho más fácil —comenta socarrón.

Eso me deja clarísimo que, para entrar, ha saltado el muro, pero ¿cómo demonios se las ha apañado para entrar en la casa? ¿Y por qué siempre olvido poner la alarma?

—Sube al coche —dice dejándome junto a él.

En cuanto me veo liberada, lo empujo, pero sigo sonriendo, así que tampoco tengo claro que le haya resultado muy intimidante.

—No, no voy a hacerlo.

—¿Qué quieres a cambio?

Su pregunta, otra vez, me pilla por sorpresa y mi respuesta, «seguir jugando así contigo un poco más», está a punto de escaparse de mis labios.

—¿Cuánto recibirás si ganas la carrera?

—El setenta y un por ciento de lo recaudado con las apuestas —me informa apoyándose en el vehículo y metiéndose las manos en los bolsillos—. Te ofrezco un cinco por ciento.

—No quiero dinero.

—Me lo imaginaba —responde socarrón, y lleva su vista a la imponente casa de mis padres.

Estoy a punto de decirle que no es mía, que es de ellos, que no quiero dinero porque sé que lo necesita para cuidar de sus hermanos, pero decido correr un pequeño y tupido velo.

—Si lo hago, me deberás una —pronuncio sin titubeos... y suena a triunfo. De cerca está aún más guapo.

Rico León me mira directamente a los ojos.

—No voy a darte una carta blanca.

Me encojo de hombros.

—Pues entonces tendrás que buscarte a otra para que corra contigo.

Giro sobre mis talones y me alejo, cerrando los ojos con fuerza y rezando porque el farol funcione. Quiero correr esa carrera más que nada en el mundo. Estoy sólo a dos pasos de la puerta. Di algo. Di algo. Di algo. Un paso. Estoy a punto de tragarme mis propias palabras.

—Malcriada —me llama.

Doy el suspiro mental más largo de la historia.

Ahora toca fingir una normalidad absoluta, rollo miles de chicos guapísimos me sacan de mi cama sobre su hombro cada noche para ofrecerme correr carreras de coche ilegales en las afueras.

—¿Sí? —respondo volviéndome.

—Te deberé un favor —contesta caminando hasta mí, dejando una estela de pura seguridad a su paso—. Sólo uno.

Con su última palabra está tan cerca que me cuesta pensar con claridad. ¿Cuándo se ha vuelto tan rematadamente atractivo?

—Podré cobrármelo cuando quiera y no podrás negarte —replico alzando la barbilla para que mi mirada se tope con la suya.

—Eso ha sonado muy a *El Padrino*, malcriada —contraataca burlón.

Está muy cerca y lo sabe, y sus ojos marrones como el chocolate fundido buscan los míos. Hay algo casi magnético en él, como si fuese imposible negarle nada y, para desgracia de todas las mujeres del planeta, eso también lo sabe.

—¿Qué piensas pedirme? —Su voz se modula en un susurro de fantasía erótica.

Mi mente y el deseo se alían y el placer toma la forma de su cuerpo avanzando sobre el mío, de sus manos ancladas sobre el colchón a ambos lados de mi cabeza, de su mirada controlando la mía, su piel mi piel... y de cómo sería sentirlo entre mis piernas, muy adentro...

—No lo sé —me obligo a responder casi en un tartamudeo.

Rico sonríe otra vez de esa manera que no me facilita en absoluto la vida y se inclina un poco más sobre mí.

—Pues yo creo que sí lo sabes —sentencia.

Abro la boca dispuesta a responder, pero, con toda franqueza, no tengo ni la más remota idea de qué decir, así que vuelvo a cerrarla.

Rico se incorpora y se dirige a la puerta del conductor.

—Dame... dame cinco minutos —comento señalando vagamente la casa a mi espalda—. Necesito coger mi bolso y un par de cosas.

—Tienes uno —responde con esa exquisita dureza.

En casa miro mi atuendo en el espejo principal: una camiseta, unos vaqueros y unas Converse. Debería cambiarme, ponerme algo más sexy, más de carrera ilegal, pero no tengo tiempo. Me suelto el pelo, echo la cabeza hacia abajo y trato de darle volumen con mis propias manos para, de nuevo frente al espejo, darme cuenta de que está hecho un desastre y volver a recogérmelo en una cola de caballo.

Pillo una chaqueta, le dejo una nota a Dolores en la cocina y salgo.

Rico me espera junto al Mustang, todavía con las manos en los bolsillos, como si me estuviera desafiando. No es la primera vez que tengo esa sensación. Con él creo que siempre ha sido así, incluso cuando era la novia de Hugo y no era más que una persona intermitente en su vida. Pone todas mis defensas en alerta, me deja en el límite de un millón de cosas por sentir y me gusta, me gusta muchísimo.

Corro hasta el coche apartando la mirada. Cuando ve que abro la puerta dispuesta a montarme, él también lo hace y, con el primer golpe de acelerador, la música lo inunda todo; *Girls like you*, de Maroon 5.

Avanzamos las calles en silencio, cambiando unos barrios por otros. No sé qué hacer con las manos, así que decido emplearlas en algo útil. Saco el *gloss* del bolso, bajo la visera y, utilizando el pequeño espejito, me pinto los labios.

Rico tiene la mirada fija en la calzada, pero puedo ver cómo las comisuras de sus labios se curvan suavemente en el inicio de una sonrisa.

—¿Qué? —pregunto divertida.

Su media sonrisa se vuelve un poco más dura y también un poco más sexy, ganando enteros de atractivo.

—Recuerdo la última vez que hiciste eso en este coche —dice sin más, con una mano en el volante, en una postura relajada y de febril control a la vez.

Frunzo el ceño, confusa, pero entonces mi propio brillo de labios entra en mi campo de visión y yo también recuerdo la última vez que hice precisamente eso en este coche.

—Fue el día de mi boda —murmuro.

Y los recuerdos se vuelven más nítidos, tienen más que decir y también duelen un poco más. Rico me recogió en casa. Todo había sido improvisado, así que sólo tuve tiempo de coger algo de ropa. Iba en vaqueros, ni siquiera un vestido, pero quise maquillarme; quería salir guapa en

unas fotos que supuse que estarían decorando el mueble principal del salón de mi futuro hogar el resto de mi vida, pero entonces me di cuenta de que había olvidado algo muy importante.

—No quisiste volver —pronuncio siguiendo el hilo de mis propios pensamientos.

Rico sigue con la mirada fija en la calzada. Sé que me ha oído, pero no dice nada.

Aquella noche fue la primera vez que vi a Rico enfadado. Entonces no supe entenderlo, pero era obvio que no me quería cerca.

—Las cosas han... —me freno a mí misma a punto de decir «cambiado», porque lo cierto es que no lo sé.

¿Han cambiado? ¿Aún detesta tenerme cerca y esto es sólo una tregua en pos de ganar una carrera? ¿Vamos a aprender a ser amigos?

Antes de que me dé cuenta, Rico se detiene en la explanada de El circo.

—¿Todavía me odias? —suelto de pronto.

Si es un «no», mejor saberlo ya, sonreír y pasar a la siguiente página, y si es un «sí», supongo que lo de la siguiente página sigue en pie, pero sé que ya no habrá sonrisas. No quiero que él me odie ni tampoco que siga pensando que soy una princesita malcriada de La Finca.

Durante los siguientes segundos sigue con la vista al frente, hasta que finalmente deja escapar todo el aire de sus pulmones y se gira despacio hacia mí. Su mirada me dice muchas cosas que podía intuir, como que no se esperaba esa pregunta, pero sólo una que da demasiado miedo: no quiere tener que contestarla.

—¿Por qué no dejamos las conversaciones profundas para otro momento, malcriada?

Una sonrisa fugaz y que no engaña a nadie se cuela en mis labios. Tengo dos cosas clarísimas: la primera, que, a pesar de que ha sonado desdeñoso y del «malcriada», sólo ha pretendido enfadarme para dejarnos a los dos en unas aguas en las que sabemos movernos; aunque suene raro, nuestra zona de confort. La segunda, que habría que ser rematadamente idiota para pensar que Rico León va a contestar a una pregunta si no es lo que quiere.

—No quieres tener que contestar, ¿verdad?

—Lo que no quiero es hacerte daño —sentencia, y me mira a los ojos tan de verdad que por un instante creo que va a cortarme la respiración.

Rompo el contacto visual, porque sencillamente ahora mismo no puedo mantenérselo, y suelto un resoplido a la vez que miro... no sé, la guantera. No quiere hacerme daño o, lo que es lo mismo, todavía me odia y no quiere tener que confirmármelo. Con total franqueza, me gustaría saber por qué, pero no tengo ánimos para seguir preguntando.

—Estamos aquí por la carrera, lo pillo —le digo.

El silencio se hace en el coche y el inicio de *IDGAF*, de Dua Lipa, comienza a sonar. Alzo la cabeza. Nuestras miradas se entrelazan al instante. El silencio sigue ahí, pero, de pronto, deja de pesar. Siento que está a punto de abrir la boca y decir algo.

—Yo no lo habría expresado mejor, malcriada —sentencia, y sale del Mustang.

Maldita sea, sé que no era eso.

—Rico —lo llamo saliendo.

Pero él se aleja camino del resto de vehículos aparcados, gente y luces, con ese andar que deja demasiado claro que sabe demasiado bien lo que quiere. Sé que me ha oído, pero no se vuelve ni se detiene.

—¡Cariño! —busca mi atención Furia, corriendo hasta mí—. Qué bien que hayas venido. ¿Preparada para tu segunda carrera?

Observo a Rico con su amigo Héctor y el chico que ayer gritaba las instrucciones de la carrera desde el techo de un Camaro azul. No iba a decirme eso. Estoy segura.

—Preparada —me obligo a contestar.

Mayúscula volverá a ser la chica del pañuelo, así que no tarda en aparecer con unas plataformas impresionantes llenas de llamaradas y muy nerviosa por ostentar semejante honor por dos veces consecutivas.

—Damas y caballeros —dice el mismo chico subido al mismo coche. Una chica le hace una reverencia, contagiada por su grandilocuencia, y él se la devuelve con una sonrisa enorme—, ocupen sus mejores asientos, porque el espectáculo va a comenzar. ¡Bienvenidos a El circo!

Todos empiezan a aplaudir y, tras despedirme de Furia y Mayúscula, me dirijo hacia el Mustang de Rico. Estoy a punto de subirme cuando veo a una mujer acercarse a él; es la misma que se quedó de piedra, y también algo enfadada, cuando me vio ocupar su lugar en la carrera.

Le dice algo a Rico y él le responde, pero muy escueto. Por mucho que agudizo el oído, no logro escuchar qué hablan. Ella le pone la mano en el pecho. ¿A qué ha venido eso? Dice algo. Él sonríe. Responde. Y finalmente echa a andar hacia mí, quiero decir hacia el coche... y yo me sorprendo cerrando los puños con fuerza junto a mi costado. ¿Por qué?

Antes de que Rico alce la cabeza y me vea parada y observándolo, me monto veloz en el vehículo. Él no tarda en hacerlo.

—Ponte el cinturón —gruñe en cuanto ocupa el puesto tras el volante.

No digo nada, pero obedezco. Prefiero ser yo quien se atrinchere en el asiento. Rico me observa, sin perder un ínfimo detalle de lo que hago y por qué lo hago. No he debido hacerlo demasiado mal, porque no ha protestado.

Sé que debería seguir en silencio, pero la curiosidad me puede.

—¿Quién era esa chica?

—¿Qué chica?

Giro la cabeza y lo miro con una perfecta expresión de «a otro perro con ese hueso».

—Lo sabes de sobra —le dejo claro.

—Y si lo preguntas es porque en el fondo tú también lo sabes, así que ¿qué es lo que quieres preguntar de verdad, malcriada?

No ha dejado de mirar al frente para decirlo y eso no hace sino convertir cada una de esas palabras en otra especie de desafío. No voy a amilanarme.

—Tienes razón, he sido demasiado discreta —convengo con él—. ¿Andrea sabe que te

acuestas con ella?

Reconozco que sueno más beligerante de lo que pretendía.

Una sonrisa de lo más impertinente se cuela en los labios de Rico.

—Yo no me acuesto con ella. No me voy a la cama con la primera que se me pone por delante y eso, Andrea, lo tiene claro.

Ha sonado arrogante, ha sonado sexy y ha sonado exactamente como quería sonar.

—Andrea tiene que estar encantada de estar con alguien como tú —comento sardónica.

—Andrea no sabe lo que quiere desde que dejó a Hernán.

—¿Y eso en qué posición te deja a ti?

Rico se gira hacia mí y toda su seguridad lo hace con él.

—En la que quiero estar —sentencia.

Oficialmente lo ha conseguido: acaba de sonar todavía más presuntuoso (y, para mi desgracia, también más sexy).

—¿Y tú? —me reta de nuevo—. ¿Qué hay de ti y de Hernán?

—No es una relación de verdad —respondo, y me sorprendo a mí misma por haber sido tan sincera con él en un tema en el que me paso horas y horas a lo largo de cada día tratando de engañar a todos los demás—, pero también nos deja a los dos en la posición en la que queremos estar.

—¿No se comporta como tu caballero andante de brillante armadura? —Otra vez suena burlón, pero otra vez sé que ésa no es su verdadera intención.

—Ni siquiera creo que quiera el puesto.

Rico me mantiene la mirada, pero no dice nada, sólo me observa estudiándome, demostrándome lo atractivo que puede ser sólo siendo exactamente como es.

—Es decir, que, recapitulando —propongo, aunque no sé por qué no paro. Creo que necesito fastidiarlo de alguna manera para que se caiga de una vez de ese maldito pedestal o, quizá, simplemente para que lo que quede flotando entre los dos no sea la idea de que, en la actualidad, no hay por ahí ningún hombre dispuesto a partirse la cara por mí (es mi libre traducción de caballero andante)—, tienes la relación que quieres tener y no te vas a la cama con cualquiera.

—Para tocar a una mujer, necesito algo más que un calentón.

Una frase, sólo una, pero menuda frase.

—El rey del extrarradio tiene que estar enamorado.

—El rey del extrarradio es selectivo y no le vale cualquiera.

Asiento. He tratado de sonar irónica, puede que incluso un poco hiriente, pero sólo he conseguido el efecto contrario: ahora me parece aún más atractivo. No es un mujeriego y Dios sabe igual que yo que, con ese cuerpo y esa cara, bien podría serlo. Quería bajarlo del pedestal y, en lugar de eso, lo he hecho un poco más alto.

—¿Andrea te gusta?

—¿Siempre vamos a tener estas conversaciones sobre la vida y el amor antes de una carrera?

—demanda, evidentemente riéndose de mí—. Deberías estar en silencio, dejando que me concentre.

—Contéstame —le pido.

Y hay algo en esa palabra, puede que en todas las que ya hemos pronunciado, que lo llena todo de una perfecta intimidad.

—Ya te lo he dicho antes, malcriada —al llegar a mi apodo, su voz se vuelve más ronca—. Andrea me da lo que necesito y sabe lo que puede esperar de mí.

—Ella dijo que eras su novio.

El ruido a nuestro alrededor se evapora.

—Eso sólo lo hizo porque quería poner celoso al imbécil de Hernán.

—Imbécil —murmuro esa única palabra y mi voz también se agrava—, antes no dijiste eso.

—Puede que antes no me lo pareciera.

Otra vez es sólo una frase, pero ni mi cuerpo ni mi corazón la interpretan exclusivamente así.

—¡Pilotos! —grita el chico desde lo alto del Camaro—. ¡A sus puestos!

Rico, con su mirada aún sobre mí, agarra el volante con una mano y mete la primera marcha con la otra, pisando el acelerador y provocando un ruido ensordecedor. Aunque no debería, porque, con toda probabilidad, sólo es fruto de la adrenalina, de los nervios de la carrera, me siento muy cerca de él.

Mayúscula se coloca entre los coches y, con la lentitud y la clase de una bailarina del ballet nacional ruso, levanta el pañuelo.

—¡Corredores! —anuncia—. ¡Preparados! ¡Listos!

—Suerte —le digo.

—No la necesito —responde, envolviéndose con un halo de peligro, seguridad y puro atractivo.

—¡Ya!

Baja el pañuelo y salimos disparados, comiéndonos a bocados la carretera bajo las ruedas de su Ford Mustang Shelby de 1968.

Apenas nos hemos alejado unos metros de la explanada de El circo cuando Rico da un volantazo y, haciendo derrapar las ruedas sobre la calzada, toma la primera calle a la derecha, dejando atrás la calle principal del barrio y dándole la espalda a Vallecas para entrar en una de las vías exteriores que bordea el río. El BMW, el mismo de la otra carrera, nos sigue muy de cerca.

Los árboles, las farolas, pasan por mi ventanilla a una velocidad de vértigo, cortando el sonido.

Miro hacia atrás. El otro coche está cerca, muy cerca, demasiado cerca.

—¡Rico!

Mi grito se mezcla con el estruendo del BMW chocando con nosotros. Ha sido algo premeditado, no un accidente. Rico frena de golpe y nuestros cuerpos van por pura inercia hacia

delante, tensando los cinturones de seguridad.

—¿Estás bien? —pregunta girándose hacia mí, olvidando la carrera, incluso al malnacido que acaba de colisionar contra nosotros.

Antes de que pueda contestar, me toma de la mejilla y me obliga a mirarlo conteniendo toda su urgencia. Está preocupado, de verdad, y yo, a pesar de la carrera, de la velocidad, de acabar de chocar, me siento... protegida.

—¿Estás bien? —repite apartándome el pelo de la cara.

Asiento algo aturdida y no es por el impacto, es por verlo así conmigo.

—Sí —me obligo a decir.

—¿Estás segura?

Asiento de nuevo.

—¿Qué demonios ha pasado?

—Que ese cabrón me las va a pagar —sentencia sin asomo de dudas.

Acelera y nos incorporamos de nuevo a la carrera. Rico adelanta a los otros coches con una determinación increíble. No duda. No falla. Es alucinante.

Ya se ve el maldito BMW. Rico pisa el acelerador, el motor ruge y nos quedamos a tres competidores de distancia. Vamos rápido, muy rápido. Estamos adelantando a uno de ellos, pero, de pronto, el otro frena, flanqueándonos ambos. Rico tensa la mandíbula.

—Cuando te lo diga, agárrate —me ordena.

—¿Qué?

¿Qué pasa? ¿Qué demonios piensa hacer?

—Malcriada —grita, poniéndome alerta.

El corazón va a estallarme dentro del pecho.

Tiene la mirada fija en la carretera. Está tenso, enfadado.

Tiene el control.

—¡Ahora!

Me agarro con fuerza a mis propios arneses de seguridad. Los dos coches rivales dan un volantazo tratando de aplastarnos. Rico tira del freno de mano, deteniendo el Mustang una milésima de segundo y haciéndolo girar por la inercia trescientos sesenta grados mientras los otros dos vehículos se estrellan el uno contra el otro.

Los contemplo a unos metros, hechos polvo, con la boca seca y la sangre recorriendo veloz cada rincón de mi cuerpo.

Ahora lo miro a él. Quiero decir algo, pero no sé qué. Rico acelera. La leyenda crece.

Ya sólo tenemos delante al BMW. La velocidad parece crecer enteros cada vez que pisa el pedal. Callejeamos por unas vías angostas y peligrosas, accedemos a una especie de hangar y, cuando salimos de nuevo a cielo abierto, estamos dentro de los canales de la presa que reconducen el agua por el extrarradio. Obviamente, están vacíos, pero no tengo ni la más remota idea de a dónde vamos. ¡Esto ni siquiera es una carretera!

Alcanzamos al BMW. El otro piloto acelera y nos mantenemos al mismo nivel. Se comen los kilómetros. Rico no levanta los ojos de la calzada y, de repente, yo también lo veo, nuestro objetivo, y es imposible.

—Los dos no cabremos a la vez por esa salida —trato de hacerle entender.

Pero Rico no mueve un solo dedo, no hace un solo gesto. Tiene la vista clavada en el canal y va a jugárselas todas por entrar primero.

—¡Rico!

Ninguno de los dos frena.

—¡Rico, por favor!

¡Vamos a estrellarnos! ¡Está sólo a unos metros!

—¡Confía en mí!

Me tapo los ojos con las palmas de las manos. Un segundo, dos. El BMW frena en un aparatoso derrape. ¡Pasamos primero!

—¡Dios! —grito, y es algo catártico.

¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!

Un par de calles después, Rico se detiene y comprendo que ha llegado el momento de que la carrera pase a ser ciega. Como pasó ayer, tres chicos, a una velocidad de infarto, tapan todos los espejos retrovisores.

Yo suelto un resoplido para darme el valor que necesito y, antes de que Rico pueda decir una palabra, desanclo los cinturones de seguridad. Sólo tengo que convertir esta situación en algo mecánico. Sentarme a horcajadas sobre él, estar tan cerca, sentir su cálido aliento... tengo que verlo todo desde una óptica pragmática.

No lo aviso de que voy a encaramarme a su regazo ni pido permiso. Sólo se trata de la carrera. Sin embargo, da igual cuántas veces me lo repita, cuántas palabras use como *pragmático* o *mecánico*, porque, en el momento en el que lo siento debajo de mí, todas mis pretensiones se esfuman y mis bragas, sí, habéis leído bien, mis bragas, tienen la tentación de bajarse solitas y volar al bolsillo trasero de sus vaqueros.

Rico me barre con la mirada y a esta distancia tan ínfima es casi demoledor. Sus manos suben desde mis rodillas, perversamente despacio al llegar a mi culo y se anclan a mis caderas, haciéndome deslizar por sus Levi’s gastados hasta que quedamos perfecta, sensual y enloquecedoramente acoplados.

—Hasta el final, malcriada —susurra mirándome directamente a los ojos, con su aliento entremezclándose sexy, atractivo y canalla con el mío.

Asiento porque no tengo ni remota idea de qué otra cosa hacer. Rico me dedica una sonrisa a medio camino entre el Olimpo lleno de protagonistas de libros y la idea de derretirte despacio, muy despacio, mueve la palanca de marchas y arranca de nuevo.

Vamos primeros, pero nos siguen de cerca. El deseo y la adrenalina están combatiendo, tratando de hacerse con mi cuerpo. Si antes pensaba que el corazón iba a estallarme en el pecho,

estaba completamente equivocada, eso va a pasar justamente ahora.

Noto su cuerpo tensarse contra el mío y algo dentro de mí no para de gritarme que no tiene nada que ver con la carrera. Su mano deja el cambio de marchas, sólo un segundo, y repite el mismo viaje que hizo antes, adivinando mi rodilla, mi trasero, mi cadera.

No quiero pensar y debería, pero estamos en un coche a doscientos kilómetros por hora y sólo quiero sentir. Mi mano abandona el respaldo de su asiento y se desliza por su fuerte hombro hasta llegar a su pecho. Mis dedos se abren posesivos sobre él y siento el latir desbocado de su corazón bajo mi palma. Otra vez ese algo kamikaze y anhelante me grita que no es por la carrera. No quiero que sea por la carrera.

Gira. Las nuevas vistas llaman mi atención. Otra vez nos alejamos del centro del barrio, salimos de él y enfilamos la M30.

—¿Vamos a la autovía? —inquiero, y no puedo evitar sonar nerviosa. ¡Lo estoy! ¡Es demasiado peligroso! ¡Muy muy peligroso!

Rico no contesta, acelera y, dejando atrás un camión por unos míseros metros, se interna en una de las circunvalaciones principales de la ciudad.

Cierro los ojos y siento mi respiración acelerada, asustada.

—¡Esto es una locura!

Rico esquiva un coche.

—Esto son tres meses de facturas pagadas, Dani —replica, y por primera vez me llama por mi nombre—. ¿Estás conmigo o no?

—Sí.

No dudo y, por Dios, debería haber dudado. ¿Acaso me he vuelto rematadamente loca?

Su mano regresa a mi cadera y la aprieta con fuerza sólo un segundo, dejándome con ganas de mucho más.

—Izquierda.

Miro. No tardo en ver el BMW y dos coches más que nada tienen que ver con la carrera.

—Tres coches, carril central y derecho. —Joder, no hay portales. ¿Cómo puedo medir la distancia?

—Cuenta farolas —dice Rico como si fuese capaz de leerme la mente.

Me muerdo el labio inferior conteniendo una sonrisa, embriagada por esa conexión, y asiento.

Vuelvo a mirar.

—Tres.

Rico se mueve con maestría, rápido, pero esta circunvalación es una de la más transitadas del país. Los coches se suceden, los camiones... Quiero ser valiente, sé que lo soy, pero estoy llegando peligrosamente a mi límite. Me agarro con fuerza a su camisa en sus hombros, retorciéndola.

Rico pierde su mano en mi pelo, tomándome por la nuca, y me mueve escondiendo mi cara en su cuello.

—Ya casi está —susurra, y su voz suena diferente; por primera vez está intentando que me sienta mejor—. Eres muy valiente, malcriada.

Se inclina para pronunciar esas palabras y sus labios casi acarician la piel de mi mejilla. Sin saber cómo ni por qué, el alivio es inmediato y profundo y cálido y en mitad de esta locura me hace sentir bien.

Pero la sensación dura poco. Rico gira para deshacerse de un camión, topándose con un coche. Frena de golpe. La salida aparece. Un nuevo camión se la tapona.

—Izquierda.

Salgo de mi lugar feliz. El camión, gigantesco, está demasiado cerca.

—No podemos pasar.

—Sí, podemos. Cuenta.

—¡No podemos! ¡Está muy cerca!

—¡Cuenta! —brama.

¡Dios!

—¡Una farola!

Rico da un volantazo, el coche se desplaza prácticamente en paralelo y alcanzamos la salida rozando el guardarraíl por un lado y a punto de chocar con el camión por el otro.

Vuelvo a refugiarme en su cuello del puro susto. El Mustang continúa moviéndose. Rico deja escapar todo el aire de sus pulmones, pero ninguno de los dos dice nada.

Los vítores y los gritos me hacen entender que hemos llegamos a la explanada de El circo, ha vuelto a ganar, pero Rico no se detiene hasta un puñado de centenares de metros después.

—Malcriada —susurra con sus labios casi rozando mi oído.

Me incorporo, él no se aparta y de pronto estamos muy cerca.

Tengo el corazón embalado. Podríamos haber muerto. Ha sido peligroso y arriesgado. Sin embargo, la sensación que prevalece es la de que, si estiro las manos, podré tocarlo, podré volver a sentir su corazón bajo mi palma.

Sus ojos marrones, casi negros, atrapan los míos y todo se hace más grande, más claro, mejor. Rico alza las manos y acuna mi cara con ellas, escondiendo sus dedos en mi pelo. Es mío. Le pertenezco. Quiero pertenecerle.

—Pídeme que pare —susurra con la voz ronca, conteniendo demasiado deseo para ser real, muy cerca de mis labios.

Pero no se lo pido porque no quiero que lo haga. No quiero que pare por nada del mundo.

Rico estrella sus labios contra los míos y el beso nos transforma en pasión, en control, en audacia. Sus labios, su boca, sus dienten juegan conmigo, llevándome al límite, haciéndome sentir más que nunca.

Una de sus manos se desliza por mi cuerpo hasta agarrar posesiva mi cintura mientras la otra baja, sosteniéndome la barbilla. Atrapa mi labio inferior entre sus dientes y tira de él hasta hacerme gemir, hasta casi hacerme daño.

Sonríe satisfecho por mi reacción y vuelve a devorarme despacio, como si su talento para los coches y las carreras no fuera nada comparado con cómo sabe hacer que me derrita despacio.

Siento electricidad, mariposas.

Siento luz.

Está ofreciéndome un paraíso fabricado con el nombre de Rico León y su sabor.

Sin embargo, una idea irrumpe en mi cabeza sin que nadie la haya invitado. Esto sólo está ocurriendo por culpa de la adrenalina. Es algo catártico, como cuando yo misma grité antes. Acaba de ganar una carrera en la que podría haber muerto con una chica en el regazo. Sólo son impulsos y tensión, y después pensará en Hugo y se arrepentirá. ¡Por Dios, Hugo! Rico es su hermano. Por muy mal que acabara nuestra relación y, sobre todo, por culpa de quién acabara así, no puedo hacer esto. ¿En qué posición me dejaría?

—Para, por favor —murmuro contra su boca, y las palabras salen tan bajitas, con tan poca fuerza o convencimiento, que tengo la sensación de que las está pronunciando otra persona y no yo.

Rico se detiene. Su mano vuelve a mi mejilla y me acaricia con ternura.

—Dani —me llama con la voz trabajosa, buscando mi mirada, pero yo no dejo que la atrape.

—Tengo que irme —respondo veloz y, aún más rápido, bajo del coche.

Rico me sigue.

—Dani —vuelve a llamarme.

Echo a andar. Siento sus pasos detrás mientras pronuncia de nuevo mi nombre. Alzo la cabeza y veo al menos medio centenar de personas dirigirse, eufóricas, hacia nosotros.

—¡Dani, para!

Pero en lugar de obedecer, acelero el paso y rompo a correr, entremezclándome con la gente que sale a su encuentro. Él también lo hace, pero, tras unos metros, se detiene. A pesar del gentío, puedo oírlo lanzar un juramento entre dientes, mezclado con las primeras felicitaciones.

Tengo que salir de aquí.

No dejo de correr hasta que me alejo varias calles de El circo. Pillo un taxi y regreso a casa. En el camino, mando un whatsapp a las chicas para no preocuparlas y, cuando ya estoy en la seguridad de mi habitación, en pijama y descalza, mirando por la ventana sin posar la vista en ningún lugar, no puedo dejar de darle vueltas a lo que ha pasado. Mi móvil comienza a sonar, un número que no tengo guardado, pero no lo necesito; sé quién es, sé que es él, y no puedo responder. No tengo ni la más remota idea de qué decir.

***

A la mañana siguiente me levanto con el ánimo renovado y las ideas mucho más claras. La primera, imposible fingir que no está allí parpadeando con luces de neón, es que tengo que dejar a Hernán. Tengo veintiséis años, las relaciones cómodas no deberían ser una opción para mí y, si

tengo que estar sola, estaré sola. Puedo hacerlo. Grandes mujeres en la historia de la humanidad han vivido gran parte de sus vidas solas. Seré como Frida Kahlo o La Martirio.

Me pongo un bonito vestido, me subo a unos bonitos tacones y me maquillo, básicamente para que no parezca que me he pasado toda la noche pensando en carreras y besos —pero, Dios, qué beso— en vez de dormir.

***

—Hola —lo saludo entrando en la pequeña cafetería de la calle Corredera Baja de San Pablo donde solemos quedar. No está muy lejos de su apartamento.

—Hola, cariño —responde.

Se levanta tecleando frenético en su móvil, con la vista en la pantalla. En teoría, debería quedarme a su lado y esperar mi beso de bienvenida, pero, teniendo en cuenta lo que he venido a hacer, mejor aprovecho para dejar mi culo en el asiento.

Al terminar, levanta la cabeza y frunce el ceño al verme ya sentada.

—Es trabajo —se disculpa haciéndolo él también.

Me coge una mano y me da un beso en el reverso.

Hernán no es un mal tío, es sólo que... no es mi caballero andante, y no es que yo necesite uno, pero mola pensar que estaría dispuesto a matar un dragón por mí, una tiene su corazoncito.

—¿Podemos hablar? —pregunto inquieta.

—Claro —responde—. Para eso estamos aquí, ¿no? —bromea, y yo me siento terriblemente culpable.

Cabeceo. Tengo que hacerlo.

—Verás... Yo... —¿Cómo demonios se lo explico? ¿Y por qué demonios dudo? Estoy segura de que él lo tiene tan claro como yo—. Lo he estado pensando mucho y estoy segura de que tú también...

—¿Qué van a querer tomar? —demanda el camarero, deteniéndose junto a nuestra pequeña mesa de mármol y hierro forjado.

—¿Puede darnos un minuto? —le pido.

—Claro, ¿por qué no? Este trabajo es tan divertido que estoy deseando que los clientes me pidan un minuto para poder disfrutarlo con calma —contesta irónico mientras se aleja.

Lo miro sin poder creer lo que acaba de soltar. Vuelvo a cabecear y vuelvo a mi conversación. «¡No te distraigas!»

Miro a mi todavía novio, pero él ha vuelto a coger el teléfono.

—Hernán —lo llamo. Él asiente veloz y deja su móvil sobre la mesa. Sonríe. Sonrío, pero estoy segura de que no es para nada mi mejor sonrisa—, como te decía, le he dado muchas vueltas y creo que... —¡Qué difícil! Opto por un cambio de estrategia—. Cuando piensas en lo nuestro, tú también sabes que no tenemos una relación perfecta, ¿verdad?

Lo observo un puñado de largos segundos esperando a que conteste, pero finalmente resopla y se encoge de hombros, al tiempo que rescata su teléfono y lo desbloquea.

—Es trabajo —se disculpa de nuevo.

Genial. Ni siquiera me estaba escuchando.

—Hernán, es importante.

—Lo sé —contesta sin mirarme—. Te juro que lo sé.

Resoplo. Estoy empezando a agobiarme. Soy consciente de que podría tener más paciencia, pero es que estoy demasiado nerviosa.

—Hernán.

—Dame sólo un segundo.

—Es importante, por favor.

—Sólo un segundo más.

—Por favor.

—¿Han pensado ya qué tomarán? —regresa el camarero.

—No, aún no. Vamos a necesitar otros cinco minu...

—No —me interrumpe Hernán—, ¿por qué? Tráiganos dos cafés y *croissants* de mantequilla con chocolate.

—No, espere.

—¿Quiere desayunar otra cosa? —pregunta el empleado.

Contemplo a Hernán, que sigue concentrado en su teléfono. Me visualizo a mí misma cogiendo su BlackBerry y lanzándola por la ventana. ¡Tenemos que hablar! ¡Urgentemente!

—No, no quiero otra cosa para desayunar.

—La cocina no abre hasta las doce —nos informa el camarero con desgana.

—Tampoco quiero nada de la cocina.

Ya no estoy empezando a agobiarme, ahora estoy oficialmente agobiada.

—Entonces ¿qué quiere, señorita? —demanda hastiado.

—¡Quiero romper con él, pero no me está haciendo el más mínimo caso! —estallo.

—¿Qué? —pregunta el camarero.

Y, por supuesto, Hernán, que no había prestado atención a nada de lo que había dicho hasta este instante, esa frase la pilla al vuelo.

—¿Qué? —murmura él.

—¿Puedo robártela un momento? —Que no os engañen las palabras, no hay amabilidad en ninguna de ellas.

El siguiente «¿qué?» absolutamente sorprendido es el mío. ¿Qué está haciendo Rico aquí?

7

Daniela

Hernán asiente algo aturdido; vale, es un gran eufemismo, lo está flipando como pocas veces en su vida.

Rico me sujeta del brazo y me obliga a levantarme, arrastrándome fuera de la cafetería.

—¿Qué demonios estás haciendo...?

—No se te ocurra preguntarme qué hago aquí —siseo apuntándolo con el índice; ya os podéis imaginar lo intimidante que le parezco—. El que ha aparecido donde no le llaman ha sido tú.

Rico me fulmina con la mirada al tiempo que se lleva las manos a las caderas. Está muy cabreado, ¡y es el colmo! ¿Acaso me va siguiendo por todo Madrid para demostrarme lo enfadado que está?

—Has roto con Hernán —gruñe.

—Qué observador.

—Malcriada —me reprende, y no voy a negar que utiliza el tono exacto para que una ola de frío polar trepe por mi columna vertebral. ¡Odio que tenga ese poder, que lo tenga sobre mí! ¡Lo que quiero es que él y esa cara de modelo de anuncio de colonia desaparezcan!

—¿Qué quieres? —me quejo exasperada, alzando los brazos.

También odio no poder mantener la cabeza fría con él. Claramente juega en mi contra.

—Quiero que, por una jodida vez, utilices esa cabecita para algo más que para conjuntar los zapatos con la laca de uñas —me advierte—. Vas a dejarlo por un beso.

De pronto todas las piezas encajan y no puedo hacer otra cosa más que abrir la boca indignadísima. ¡Ha dado por hecho que he roto con Hernán por él...! Y puede que tenga razón, pero él no es nadie para suponerlo.

—Eres tan engreído —protesto torciendo los labios—. He dejado a Hernán porque nuestra relación no funciona, no porque esté perdidamente enamorada de ti.

Rico aprieta un poco más la mandíbula. Parece que, que sienta algo por él, le ha enfadado incluso en hipótesis. ¡Esto no para de mejorar!

—Vas a volver ahí dentro —me exige, y da un amenazador paso hacia mí. Su ropa, en la que no me había fijado antes, resulta que le queda como un maldito guante. El pelo, al que tampoco había prestado atención, está revuelto, sexy, perfecto, y de sus ojos prefiero no hablar, ya he cavado mi tumba demasiado hondo— y vas a decirle que todo ha sido un error y quieres estar con él.

Pero Rico León, aparte de ser guapísimo, activa algo dentro de mí que, con toda franqueza, creo que sólo vive para llevarle la contraria.

—Son mis decisiones —le recuerdo, dando también un paso hacia delante, dejándonos muy muy cerca.

—Son unas pésimas decisiones —ruge.

Su voz se agrava, mi respiración se acelera y el peligroso juego vuelve a empezar... el corazón retumbándome en los oídos, mi vientre tensándose deliciosamente, sus ojos oscureciéndose. Huele a peligro y a malas decisiones. Huele a desear algo con todas tus fuerzas.

—Tú no tienes nada que decir sobre ellas —replico.

Estoy completamente hechizada.

—Joder, malcriada —gruñe, y sus ojos dibujan mi cara y se centran en mis labios—, sólo fue un beso.

—Creo que fue mucho más que eso —respondo sin pensar.

Pero tampoco tengo tiempo de arrepentirme. Rico se abalanza sobre mí, me besa con fuerza y me lleva contra la fachada de la cafetería. Sus labios me devoran y sus manos vuelan por mi cuerpo.

La sorpresa, o el deseo, no lo sé, me deja casi inmovilizada, como si una parte de mí, supongo que la misma que me lleva de cabeza a correr carreras ilegales o subirme a su regazo, quiere disfrutar de lo cerca que está, de su cuerpo pegado al mío, de cómo está tomando todo lo que quiere, saturando cada terminación nerviosa de mi piel con la palabra *placer*.

Rico se separa despacio, pero no lo suficiente como para que pueda pensar en otra cosa.

—No rompas con él —me pide contra mi boca, y me doy cuenta de que no está ordenándomelo, ni siquiera es una advertencia. Lo necesita.

Trago saliva sintiendo cómo, cada vez que su cálido aliento se entremezcla con el mío, pierdo un poco más la razón.

—No puedo seguir con él —y, aunque no lo planeo, mi voz suena casi como una súplica.

—Joder —gruñe.

Y no sé si es una queja por mi respuesta o un último intento por contenerse, porque vuelve a besarme lleno de pasión, disfrutando de mis labios, haciendo que todo lo demás se difumine.

Sin embargo, por muy increíble que sea todo esto, no puedo hacerlo, no puedo hacerlo con Hernán en la cafetería esperando a que le explique a qué venía eso de romper con él. Además, ¿qué estamos haciendo? Hemos discutido, acaba de pedirme que no deje a mi novio.

—Rico —pronuncio con la respiración trabajosa contra sus labios, apartándome, y creo que nunca, nada, me había costado tanto.

Él parece entenderlo y se aleja un poco más.

—Márchate.

Alzo la cabeza y nuestras miradas se conectan al instante. Creo que no me equivoco si digo que él, ahora mismo, está tan confuso como yo.

No digo nada y regreso a la cafetería. Hernán está removiendo su café, pensativo. A unos pasos de la mesa, miro hacia el escaparate y me aseguro de lo que ya sabía: es imposible que nos haya visto desde donde está sentado.

—Hola —saludo deteniéndome frente a él; una absoluta estupidez, lo sé, pero es que tampoco se me ocurre otra cosa que decir.

Hernán levanta la cabeza y me observa un instante para volver a bajarla.

—Dani, ¿a qué ha venido eso? —pregunta.

Me encojo de hombros, sintiéndome como una rata miserable.

—¿De verdad te sorprende?

Otra vez me contempla un momento, hasta que finalmente deja escapar todo el aire de sus pulmones y con ese gesto su cuerpo se... relaja.

—La verdad es que no —responde, y una débil sonrisa se apodera de sus labios.

Hernán vuelve a mirarme por tercera vez y su sonrisa, sin que pueda hacer nada por controlarlo, se contagia en mis labios.

—Siéntate y desayuna —me pide con un gesto de cabeza—. Vamos a despedirnos como Dios manda, ¿no?

Mi sonrisa se ensancha y la suya también y en ese preciso segundo los dos nos damos cuenta de que acabamos de quitarnos un peso de encima. El inicio de una relación puede estar motivada por muchas cosas, pero si continúas en ella sólo puede haber un motivo: amor, y los dos tenemos demasiado claro que aquí nunca lo ha habido.

—Me cuesta decirle que no a ese *croissant* —bromeo—, pero creo que lo mejor es que me marche.

Hernán asiente. Me inclino sobre él y le doy un beso en la mejilla.

—Adiós —me despido.

—Adiós.

Repito el camino hacia la salida con el alivio de haber puesto fin a algo que debía acabarse, pero demasiado confusa. Rico ha venido hasta aquí sólo para asegurarse de que no le daba importancia a lo que pasó ayer, que no rompía con Hernán por él, ¡pero ha vuelto a besarme! ¿Cómo espera que interprete eso? Todo entre nosotros ya es lo suficientemente complicado. Ni siquiera sé por qué me odia, si lo hace aún, y encima está Hugo, una espada de Damocles que siempre va a estar pendiendo entre los dos.

Alcanzo la puerta y salgo. Rico sigue ahí. Su cuerpo llama al mío y todas las ideas, las buenas, las malas y las que me hacen suspirar por el beso que acaba de darme, brillan con fuerza. Me gusta, es una soberana estupidez negarlo por más tiempo, y creo que eso sólo hace más grande todos mis problemas.

Él me mira y en sus ojos oscuros puedo ver la misma confusión, la misma frustración, el mismo enfado. Si siente algo por mí, detesta sentirlo. Si yo recuerdo a Hugo, él lo hace mucho más.

—Siento no haber podido seguir con él —murmuro.

Y antes de que pueda decir o hacer algo, giro sobre mis talones y echo a andar. Rico León me gusta muchísimo, maldita sea, y ni siquiera sé cómo ha pasado.

***

—Tengo malas noticias —me lamento al aire, entrando en la casa de Keti, Mayúscula y Furia, en el centro de Lavapiés.

—¿Qué te ha pasado, cielo? —responde a gritos Furia desde la cocina.

—¿Estás cocinando? —demando encaminándome hasta allí.

No es que sea raro, de hecho, antes era de lo más habitual, pero desde que Furia y Mayúscula se concentraron en levantar su bar y Keti abrió su pequeño gastropub, donde nos deja comer gratis o alimentarnos con sobras, esta cocina ha entrado un poco en desuso.

—Marmitako —contesta.

Mayúscula, Keti y también Sandrita están sentadas alrededor de la diminuta mesa de la cocina, cada una con una Mahou helada en la mano. Mientras, Furia Furibunda, ataviada con un delantal de traje de flamenca (volantes incluidos), presta su atención y mimos a una enorme olla.

—Estoy aprendiendo a hacerlo —me explica Keti—. Quiero saber la receta tradicional paso a paso. He pensado en hacer wantón al vapor relleno de marmitako y reducción de remolacha. Va a ser alucinante —se relame y, a continuación, sonríe mientras le da un trago a su cerveza.

—Mi madre decía que lo más importante es remover y remover como una condenada. No es un plato fácil. Los marmitakos decentes se sudan —sentencia Furia, transformada en una señora de pueblecito apacible a las afueras de San Sebastián—. Como un hetero tratando de ligarse a una virgen, igual.

No quiero, pero no puedo evitar sonreír ante semejante comparación.

—Quieres dejar de hablar de comida —la riñe Mayúscula—. La pobre ha dicho que traía malas noticias. ¿Qué te ha pasado, nena?

—Toda la razón —la interrumpe Furia—. Ven y pasa a mi oficina —añade dando una palmada sobre la encimera.

Obedezco y me siento de un salto. El olor me marea y, acto seguido, hace que mi estómago se despierte. Huele a ajitos dorados y a salsa de tomate casera. «¡Concéntrate, por Dios!» Pero pasa que, cuando voy a soltarlo todo, de pronto, no sé si quiero hacerlo. La historia empieza así: «Rico León me besó», sigue con un contundente «he dejado a Hernán», para terminar con un «Rico León me volvió a besar». Por primera vez, no puedo priorizar la sencillez narrativa. Son tres frases muy claras y concisas, pero que esconden mucho más. ¿Por qué he dejado a Hernán, en realidad? ¿Por qué he dejado que Rico me besara? ¿Por qué me sentí tan bien mientras lo hizo?

Al ver que no me arranco, Sandrita levanta el índice y, a continuación, su culo sale de la silla

de un salto. Va hasta la nevera, coge una cerveza y me la tiende.

—Así es más fácil —conviene guiñándome un ojo.

Y automáticamente vuelvo a sonreír. Por eso sabía que debía venir aquí. No llevo más que unos minutos y ya he sonreído dos veces.

Ahora toca hablar. ¡Valor!

—He dejado a Hernán —suelto de un tirón.

Las cuatro me miran boquiabiertas, pero un segundo después empiezan a aplaudirme y vitorearme. Está claro que esa relación no convencía a nadie. Todas lo hacen menos Sandrita, que me observa perspicaz desde su silla de Ikea verde agua.

—¿Por qué? —pregunta.

Sólo dos palabras y el dedo en la llaga.

—Rico León me ha besado, dos veces. —Eso también lo suelto del tirón.

—¿Qué? —prácticamente gritan al unísono.

—¿Estamos hablando de Rico, el hermano de Hugo? —concreta Keti.

—León, ¿el rey del extrarradio? —interviene Furia.

—*The king of the outskirts*, nena —culturiza idiomáticamente la conversación Mayúscula.

—¿Alguna conoce a otro Rico León? —protesto.

—Explícate —me pide Sandrita.

—Ya —apunta Mayúscula.

—La primera vez fue después de la segunda carrera. Casi morimos en la autovía, habíamos ganado... —me defiendo—. Estuvo claramente motivado por el subidón de adrenalina del momento.

—Y porque está como un queso —puntualiza Furia.

Mayúscula la reprende con la mirada.

—A ver, que el discurso de «se nos fue la olla» está muy bien —se explica Furia—, pero al pan, pan y al vino, vino. Feo, no es. —Se encoge de hombros con los ojos cerrados para hacer más hincapié en sus palabras.

—Está como un tren —sentencia Sandrita con una sonrisita de lo más impertinente.

—Rollo peligroso y sexy —añade Keti—. Una mezcla brutal entre Ryan Gosling y Johnny de *Dirty Dancing*.

Furia da una palmada y la señala, diciéndole sin palabras que ha dado en el punto exacto.

Yo suelto un quejido de lo más lastimero.

—Muchas gracias —protesto de nuevo—. Me estáis ayudando mucho.

—Vale, vale —pone orden Sandrita—. Y el segundo, ¿cuándo fue?

Dudo.

—Hoy.

—¿Cuándo?

—Cuando estaba en la cafetería con Hernán.

Otra vez hay una ronda de «¿qué?» alarmados.

—Yo estaba en la mesa, tratando de explicarle a Hernán que era mejor que lo dejáramos. Él apareció de pronto, me cogió del brazo y me sacó de allí.

Ninguna dice nada y eso me preocupa. Levanto la mirada de mis propias manos y las descubro a todas contemplándome pasmadas. Me lo temía, lo que ha pasado es peor de lo que pensaba.

—¿Se marcó un «no voy a dejar que nadie te arrincone, Baby»? —demanda Keti, al borde del coma por romanticismo.

—¡No! —me apresuro a responder—. Sólo quería sacarme de allí para asegurarse de que no rompía con Hernán.

—Es decir, se marcó un «sí voy a dejar que este pringado te arrincone, Baby» —replica Sandrita.

La fulmino con la mirada. Pero ¿qué clase de amigas tengo?

«Las que te mereces. Si hubiera sido al revés, tú habrías hecho esa broma. Te ha encantado y lo sabes.»

Lo sé.

—Lo siento —se apresura a disculparse sin mucho arrepentimiento.

—¿Y cómo acabó besándote? —pregunta Mayúscula.

—No lo sé. Empezamos a discutir y me besó.

—¿Y acerca de qué discutíais?

—Del primer beso.

—Acabáramos —sentencia Furia, golpeándose el mandil con la palma de la mano.

—Vamos a ver —toma las riendas de la conversación Mayúscula—. ¿A ti te gusta Rico? Porque eso es lo primero que tendríamos que estar discutiendo.

Abro la boca dispuesta a contestar, pero ¿qué demonios digo? ¿Me gusta? Claro que sí, pero porque soy una soberana idiota que no es capaz de ver lo poco que me conviene ese bruto. Así que la cierro y la abro con la idea de soltar algo más en la línea de «no lo sé, puede. Es que está de escándalo», pero es que no quiero pegar una trola. ¿Qué sentido tienen las terapias si mientes cual bellaca?

Vuelvo a cerrarla. No sé qué contestar.

—Eso es un «sí» como un castillo —responde Mayúscula por mí.

—¿Y qué pasa con Hugo? —apunta sabia y dulcemente Keti.

Silencio sepulcral.

Todas en esta sala sabemos que Hugo me hizo daño y me engañó, pero también que lo quería muchísimo. Además, al menos tres de las que estamos aquí conocemos lo suficiente a Rico como para saber que su familia es lo primero. ¿En qué posición nos coloca cualquiera de estas dos premisas?

—Pues, en mi opinión, no pasa absolutamente nada —sentencia Sandrita—. Él fue el que se

pasó muchísimo y te cayeron unos cuernos que no se los saltaba un gitano en aeropatín. No tiene ningún derecho a quejarse y tú no tienes por qué pensar en cómo se lo tomará.

—No es tan sencillo, Sandrita —trato de hacerle entender.

De verdad que no lo es.

Furia asiente.

—Rico es superprotector con sus hermanos —le explica—. Se ocupa de ellos. A los pequeños prácticamente los ha criado. Para él va a contar muchísimo.

De pronto me siento muy culpable y el estómago se me cierra de golpe.

—Además es tu exmarido —vuelve a señalar Keti—. Es como raro, ¿no?

—Entrarían en las estadísticas de matrimonios que vuelven a intentarlo.

—Ja, ja —me río sarcástica—. Eso nunca debió pasar, así que no cuenta —me defiendo.

—Pero pasó —replica Sandrita, asintiendo otra vez con esa sonrisita— y ante notario y todo. Ese hombre dio fe del mayor error de tu vida —sentencia con la voz grave, imitando la de los tráileres de pelis de la Universal.

Todas empiezan a reírse y yo tuerzo el gesto tratando de disimular que deseo hacer lo mismo.

—¿Qué voy a hacer? —me quejo lastimera—. ¡Mi vida es un desastre!

—¡Drama! —grita Mayúscula, alzando la mano y usando el gesto de *Los juegos del hambre* de estirar tres dedos y sujetar el meñique con el pulgar. Es nuestra señal de que alguna de nosotras se está comportando como una *drama queen*. Normalmente lo usamos con Keti.

—¡Drama! —repiten Sandrita y Furia con el mismo gesto.

Las tres miran a Keti, esperando a que también lo haga, pero ella se encoge de hombros, inocente.

—Es que la entiendo —se disculpa—. Su vida sentimental es un poco desastre.

Mayúscula abre mucho los ojos para hacerle entender que no es el comentario más acertado y Sandrita le da un pellizco. Keti suelta un lastimoso «ay» y finalmente alza la mano.

¿Veis por qué tenemos que usar siempre este gesto con ella?

Las contemplo a las cuatro y ellas, inmisericordes, a mí. Hora de bajarse de la ola y apagar los grandes éxitos de Maná.

Me beso la punta de los dedos e imito el gesto de la famosa tetralogía.

—Drama —sentencio.

Todas asentimos.

—Lo que tienes que hacer es hablar con él —me recomienda Furia—. Primero, pensar qué es lo que quieres —se corrige— y después dejárselo claro.

—¿Y si no sé lo que quiero?

—Pues ahí está lo bueno de la vida —interviene Mayúscula con una sonrisa—, en descubrirlo.

El mismo ademán, pero más débil, se apodera de mis labios. Suena bien.

—No sé si es una buena idea tener lo que sea con Rico —me sincero—, suponiendo que él

quiera tener algo conmigo. No quería que dejara a Hernán y no tengo claro que no me odie.

—De ahí lo de descubrir —me recuerda Sandrita—. Tienes muchas cosas que averiguar. —La observo pensativa. No le falta razón—. Mira, a ti te gusta, eso es evidente, y no estás engañando a nadie. No te comportes como si estuvieras haciendo algo malo. Hugo se acabó, y por su culpa. Es historia. Y si Rico no lo entiende, es problema suyo.

—A lo mejor es tu segunda oportunidad para el amor —comenta Keti al borde del suspiro—. A veces pienso que yo podría tener otra con Blas.

Todas resoplamos sonoramente. Blas, el finado. Por el amor de Dios, no.

—Para Blas, la idea de un plan romántico es un King ahorro y una película pirateada en audio latino —le recuerda sabiamente Furia, volviendo a los fogones—. Has esquivado una bala, cielo.

***

Después de acabar con plato y medio de marmitako —estaba de muerte y a mí me encanta comer—, me vuelvo a casa teniendo mucho en lo que pensar. Dolores ha acompañado a mi hermano Pablo a visitar a nuestra tía Lucía al pequeño pueblecito de la sierra donde vive, así que, además, tengo toda la casa para hacerlo.

Antes de que me dé cuenta, estoy paseando por el jardín con los cascos puestos, escuchando música desde mi móvil. Suena *Fever*, de Carly Rae Jepsen. La brisa sopla caliente y húmeda, aun siendo de noche, y todo está suavemente iluminado por las luces de la piscina, sumiendo mi alrededor en un tenue y relajante inicio de oscuridad.

Sé que las chicas tienen razón, pero sigo sin tener claro si es una buena idea lo que sea que siento por Rico. No he mentido cuando he dicho que ni siquiera sabía si todavía me odiaba. Sea una estupidez o no, se lo deba o no, me importa que sea el hermano de Hugo y, además, lo peor de todo, lo que me he callado delante de mis amigas, es que sospecho que, si lo dejo, Rico podría hacerme mucho daño, mucho más que Hugo, mucho más que nunca, y me da demasiado miedo.

De golpe la canción se interrumpe y un número de móvil que no tengo guardado se ilumina en la pantalla. Sin embargo, sé quién es. Los primeros cinco segundos sólo observo el teléfono, pero tengo que dejar de huir. Así no voy a llegar a ninguna parte.

—¿Qué quieres, Rico? —respondo.

—¿Qué tal un «hola, ¿cómo estás?»? —replica irónico y malhumorado al mismo tiempo.

—Hoy no estoy con ánimo para enseñarte modales —contesto desanimada—. Miss Abernathy va a tener que hacer horas extras. Yo me rindo.

Daniela Suárez no se rinde, lo sé, pero es que, particularmente esta noche, Daniela Suárez está cansada de darle vueltas a todo. ¿Qué pasa si me odia? ¿Qué pasa si sólo soy un capricho para él? Da demasiado miedo, ¿recordáis?

Por un segundo, el silencio se hace al otro lado de la línea.

—Te tenía por muchas cosas, malcriada, pero no por una cobarde. —Su voz suena diferente.

—No me conoces tan bien como crees, a pesar de lo mucho que te empeñes en decir lo contrario.

Otra vez otro segundo; sólo uno.

—No sabes cómo me gustaría que tuvieras razón.

Racionalizo sus palabras y tengo la misma sensación que antes de montarme en el coche en la primera carrera. Rico no me ve como una niñata mimada que sólo se preocupa por ella y por los zapatos para fastidiarme o hacerme daño; realmente piensa que soy así: una descerebrada egoísta e inconsciente. Duele. Duele de verdad.

Puedo notar cómo los ojos se me llenan de lágrimas y aprieto los labios para contenerlas. No digo nada, pero tampoco soy capaz de colgar. En resumen: soy una idiota integral que se está colando por quien no debe.

—Ábreme —me ordena, y otra vez su voz suena diferente, impregnada de una suave urgencia y de un cristalino enfado, aunque, por primera vez desde que nos conocemos, estoy segura de que no es por mí.

—No.

—Si lo que quieres es que salte el muro, sólo tienes que pedirlo.

—Lo único que quiero es que te marches.

Rico deja escapar todo el aire de sus pulmones.

—Mientes muy mal, malcriada. Y tú y yo tenemos que hablar. Así es cómo arreglan las cosas los adultos —añade con esa presuntuosa condescendencia.

—Los adultos no saltan muros —le recuerdo condescendiente yo—, y podemos continuar hablando por teléfono.

—Eso depende del muro —replica— y creía que no querías seguir jugando.

Y por eso debería colgar, pero no puedo.

—Y no quiero —le dejo claro— y tampoco quiero verte.

Y no sé cuál de las dos es una mentira mayor.

Rico no responde. La llamada se corta y mi estómago se encoge de pronto. Sin embargo, no tengo tiempo de martirizarme, pues oigo un ruido, un rumor en realidad, y a continuación lo veo aterrizar, ágil, sobre el césped. Acaba de saltar el muro y no le ha supuesto el más mínimo problema.

Debería haberme sorprendido, incluso hacerme dar un respingo, pero una parte de mí sabía que lo haría. Rico León siempre cumple sus amenazas.

—Para ser un barrio tan increíblemente caro... —deja, burlón, en el aire.

—Se te ha dado muy bien saltar hacia un lado, ¿por qué no saltas hacia el otro? —protesto a la defensiva, echando a andar hacia la piscina.

—¿Se puede saber qué te pasa, malcriada? ¿Por qué estás tan enfadada?

Me freno en seco y suelto una carcajada de lo más irónica a la vez que me doy media vuelta para tenerlo de frente.

—¿Por qué lo estás tú el noventa por ciento del tiempo? —replico—. No quiero verte, Rico. Márchate.

Reanudo mi camino.

—Lo haré en cuanto aclaremos algo. ¿Por qué has dejado a Hernán?

—No es asunto tuyo —le recuerdo, sin girarme, sin ni siquiera detenerme.

—Cuando hables conmigo, malcriada, mírame a los ojos.

Su voz atraviesa el ambiente como el susurro amenazadoramente suave que ha sido y mis pies se quedan pegados al césped como si fuese cemento. Es una orden y me intimida, pero, al mismo tiempo, algo dentro de mí se enciende, una parte que ni siquiera sabía que tenía y que una vez más me hace pensar que esto es el mayor error de mi vida.

Me vuelvo despacio, como si mi cuerpo hubiese aprendido por su cuenta a obedecerlo. Frente a frente, separados por una decena de metros, el mundo fuera de este jardín parece dejar de sonar, evaporarse, y otros rumores toman el ambiente: los latidos de mi corazón, su respiración controlada. Sólo nos separan unos pasos, pero tengo la sensación de que, si intentara contarlos, se desharían bajo mis pies.

Trago saliva y dejo que sus preciosos ojos oscuros tomen los míos.

—Y cuando tú hables conmigo, rey del extrarradio —pronuncio su apodo con desdén—, asegúrate antes de que eso es lo que quiero, porque no soy ninguna de esas estúpidas que se tiran a tus pies.

Rico deja escapar todo el aire de sus pulmones sin levantar su mirada de la mía, tensando la mandíbula, dejando que la fuerza primaria de su cuerpo hable por él.

—¿Por qué has dejado a Hernán?

—Porque he querido hacerlo.

—Eso no es verdad y los dos lo sabemos —me desafía, caminando hasta quedarse a unos pocos, poquísimos, pasos de mí—. Si no, no me habrías pedido perdón al salir de la cafetería.

—¿Y tú por qué me esperabas allí?

—Porque quería asegurarme de que no cometías un error —sentencia.

No tiene dudas y, maldita sea, eso duele tanto como todo lo demás.

Giro sobre mis talones y echo a andar de nuevo hacia la piscina. Rico me concede esta especie de huida y me observa en silencio. Me acerco al borde y contemplo el agua, la luz que sale de ella.

—¿Tan claro tienes que sería un error?

La pregunta se escapa de mis labios antes de que pueda controlarla.

—No estamos hablando de eso —me interrumpe, y hay un tono de advertencia en su voz, como si no estuviese dispuesto a dejarme ir por ahí, pero es que, con toda probabilidad, ¡ése es el epicentro de toda esta condenada conversación!

—Contéstame —le pido girándome hacia él.

—No voy a hacerlo, malcriada —responde, y otra vez no hay una mísera duda.

Doy una larga bocanada de aire y devuelvo mi vista a la piscina. Otra prueba más por la que sé que me hará daño; por la que, en realidad, tiene razón y todo esto es un error. Quiero respuestas que él no va a darme. No somos compatibles a ningún nivel.

No quiero volver a sufrir. Hace mucho, desde que Hugo me partió el corazón, que tomé esa decisión, así que, por qué no ser práctica, consecuente, como queráis llamarlo... por qué no ser sincera y dar carpetazo a este capítulo de mi vida de una vez por todas.

—He dejado a Hernán porque esa historia no me vale —empiezo a decir—, porque no es lo que quiero en mi vida. No quiero algo que en el fondo no deseo, que sólo es cómodo, pero, sobre todo, he terminado con él porque no quería que volviera a besarme. —Mi estómago vuelve a encogerse y el corazón me late más deprisa; es como un huracán de sentimientos dentro de mí—. No soportaba la idea de ir a su apartamento, de dejar que me tocara, acostarme con él.

Rico no levanta sus ojos de mí. Otra vez deja escapar todo el aire de sus pulmones y el huracán de mi interior da otro giro y muchos otros sentimientos explotan dentro de mí.

—¿Y tú lo querías? —le espeto con rabia, dando un paso hacia él—. ¿Querías que me besara?, ¿que me tocara? ¿Querías que me acostara con él?

Su mirada se llena de demasiadas cosas. Hay enfado, odio, pero también hay deseo, hay ganas... todo resquebrajando su control.

De repente, cogiéndome por sorpresa, Rico me agarra de los hombros ¡y nos tira a los dos al agua!

—¡Joder! —grito cuando salgo a la superficie, apartándome el pelo de la cara—. ¿Me has tirado al agua para no tener que responder? —protesto, pero en realidad no sé por qué lo hago. ¡Está más que claro!

Rico se echa el pelo hacia atrás con las manos y se limita a observarme, sin decir nada, y eso hace que la sangre me hierva.

—¡Contéstame! —me quejo.

—He dejado a Andrea —suelta.

¿Qué?

Lo miro sin saber qué decir, tratando de armar el puzle en mi cabeza.

—¿Qué? —murmuro en un hilo de voz, sorprendida, atónita—. ¿Por qué?

Y otra vez aparece esa mirada peligrosa, dura, cargada de sentimientos. La mirada que me deja al borde de un abismo inmenso, desde el que sé que, si salto, ya no podré separarme de él.

—Yo qué coño sé —gruñe.

Se mueve hacia mí rápido y me besa con fuerza, poseyéndome.

No tardo más de una milésima de segundo en reaccionar. Quiero esto, lo quiero con todas mis fuerzas. Mi cuerpo responde, mi mente se pierde y mi corazón crece, late rápido, mejor.

Sus manos me estrechan contra él, abriéndose posesivas en la parte baja de mi espalda. Siento cada centímetro de su anatomía gritar mi nombre; sus labios, exigentes, dominarlo todo; sus

manos ceñirme con tanta fuerza, con tanto deseo, con casi desesperación, casi llegando a doler. Es deseo puro, excitación pura y la promesa de un placer sin fin.

Rico nos mueve hasta el borde de la piscina y me sienta en él. El movimiento nos separa apenas un segundo y nos une más en el siguiente. Se abre paso entre mis piernas y me levanta la falda empapada, despegándola de mi piel. Sus manos se encuentran con mis bragas y las rompe sin piedad. No piensa consentir que ningún pedazo de tela entrometido se cuele entre los dos.

Me mira, sólo un instante, y sus ojos brillan con fuerza, demostrándome, con la misma seguridad con la que se enfrenta a todo, que ya ahora sabe lo bien que lo voy a pasar.

Hunde su boca en mi sexo y lo recibo arqueando la espalda y echando la cabeza hacia atrás mientras un gemido largo y profundo, directo desde mis entrañas, me hace temblar febril. Nunca lo había deseado tanto. Nunca había querido más tan pronto. Nunca había entendido con un gemido que esto sería mejor que todo lo demás.

Me besa, me muerde, me chupa y sus dedos hacen magia.

Me dejo caer hacia atrás, completamente perdida, hundida en este mar de puro éxtasis que Rico está creando para mí.

—Por favor —murmuro, y ni siquiera sé qué pido.

Cierro los ojos, me retuerzo, pero Rico pasa su brazo por mi cintura, manteniéndome exactamente donde quiere. Calidez. Humedad. El calor de las noches de junio en Madrid se mezcla con la tibia penumbra, con el agua de la piscina, con ese hormigueo glotón en mis piernas, en mi vientre, con mi respiración agitada, con la sangre martilleándome en los oídos.

Rodea mi clítoris con sus dientes, tira de él; sus dedos se deslizan en mi interior. Calor. Calor. Siento más y más calor.

—Rico —gimo.

La ropa mojada se adhiere a mi cuerpo, mi pecho se vacía y se llena bajo ella. Llena, me siento llena de pequeños pedacitos de placer, de euforia.

Mis manos toman vida propia y se deslizan por mi cuerpo, acompasándose con él, con sus movimientos, con lo lejos que me está haciendo llegar.

—¡Rico! —grito.

No es calor. Es fuego. ¡Ardo! ¡Joder, ardo!

—¡Dios!

Un orgasmo me atraviesa de pies a cabeza, haciéndome vibrar, jadear, gritar, llevándoselo todo, dejándome vacía y dándome a cambio mucho más.

Me incorporo hasta quedar casi sentada en un movimiento que ni siquiera dirijo yo. Mi cuerpo ha tomado el control y quiere verlo. Otra vez nos sincronizamos sin ni siquiera pronunciar una sola palabra. Rico se yergue triunfal, con la mirada de un animal en los ojos.

Sale de la piscina sin esfuerzo y yo me arrastro hacia atrás al mismo tiempo que él avanza sobre mí, cubriendo mi cuerpo con el suyo, regalándome su roce furtivo, su olor.

Sus manos clavadas en el césped flanquean mi cabeza. Sus ojos oscuros y profundos vuelven

a dominarme. Su respiración acelerada calienta la mía y la convierte en suaves jadeos. Y sucede que mi fantasía se ha hecho realidad, que está encima de mí, haciendo que el atractivo le salga a borbotones por cada poro de su piel.

Ninguno de los dos dice nada. Nuestros cuerpos van a hablar aquí.

Mueve la mano y la desliza hasta mi costado, bajando despacio. Yo sigo hechizada por sus ojos. Sus dedos llegan a mi cintura y bajan un poco más.

Su mirada se hace más intensa sobre mí y tengo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no revolverme bajo él, como si sus ojos encendieran mi cuerpo, como si tuviera un maldito control remoto de todo mi deseo.

Su mano deja de acariciarme y un gemido decepcionado se escapa de mis labios. Rico sonríe, presuntuoso, sexy, duro y engreído. Ese gesto me hace sentir expuesta, incluso vulnerable. Ha hecho que me derrita y ahora estoy a su merced, y los miedos y las dudas vuelven. Alzo las manos dispuesta a quitármelo de encima, pero Rico lee mis intenciones, creo que antes incluso que yo misma, y atrapa mis muñecas, llevándolas contra el césped por encima de mi cabeza. Trato de soltarme, forcejeamos, pero él se inclina sobre mí y me besa, acallando todas y cada una de mis protestas.

—Voy a darte todo lo que quieras —sentencia contra mis labios, con la voz ronca e instintiva —, te lo juro.

Vuelve a atrapar mi mirada y, sin abrir los labios, pronuncio el «sí» más entregado del universo. Él lo sabe porque, en una mísera milésima de segundo, su respiración se acelera y en esa misma fracción de tiempo el agarre de sus manos se hace más posesivo.

Rico se recoloca entre mis piernas. Despacio, libera mis muñecas y sus manos abren veloces su cinturón, sus vaqueros, liberan una espectacular erección.

La toma con una mano con una seguridad pasmosa, la envuelve en una goma que saca del bolsillo trasero de sus tejanos y la guía hasta mi sexo. Trago saliva. Tengo la boca seca. Todo me da vueltas... Y entra de una maravillosa embestida dentro de mí.

—Dios —gimo, llenándome la boca de esa única palabra, arqueando la espalda, buscándolo.

—Joder —gruñe, dejándose caer, encontrándome.

Empieza a moverse y pierdo el maldito sentido de las cosas. Si alguien me preguntara si estoy flotando, le tendría que decir que sí, porque nunca había sentido nada remotamente parecido.

Rico se mueve con fuerza, con decisión, sabiendo la tierra que pisa, demostrando que nadie la pisa mejor. Sus caderas chocan contra las mías, abriéndome para él, llevándome más y más lejos con cada entrada, haciendo que mi cuerpo clame desesperado por él en cada salida.

Hay fuerza, hay deseo, hay las ganas de sentir a la otra persona hasta que el mundo deje de girar. Esto es follar. Esto es sentir hasta caer rendidos.

Me gira entre sus brazos sin ninguna delicadeza y vuelve a cubrir su cuerpo con el mío.

—Colócate sobre tus manos, ya —me ordena.

Obedezco y mi recompensa es grande; mi sexo vuelve a encontrarse con el suyo. Rico vuelve

a guiarlo con presteza y todo, el viaje más delicioso, vuelve a empezar.

Gimo. Grito. Supera el calor, la humedad. Supera el condenado fuego. No va a hacerme arder, ¡va hacerme explotar!

Su mano sube por mi estómago, entre mis pechos, y se ancla en mi cuello, obligándome a levantarme hasta que mi espalda se acopla a su pecho, hasta que mi nuca descansa en su hombro, dándole libre acceso a mi piel.

En esta postura la fricción se multiplica y sus manos vuelan por mi cuerpo, enseñándome cuánto puedo disfrutar. Sus dedos me acarician entre las piernas. Su boca juega con maestría con mi pecho y su mano aprieta mi cuello lo justo para que todo gire, para que el placer crezca, para que el fino hilo de dolor lo haga todo aún más intenso.

Me levanta. Me gira. Hace conmigo lo que quiere. No lo sé. Ahora lo tengo de frente, sentada en su regazo, con mis piernas albergando su cintura, con mis brazos rodeando su cuello, con mis dedos hundidos en su pelo, con sus manos clavadas en mi culo, estrechándome contra él, con sus caderas marcando el ritmo, con sus ojos muy cerca de los míos y sus labios aún más.

—Malcriada, vas a volverme loco —susurra contra mi boca—. Esto es demasiado bueno —sentencia llegando más lejos.

«Y tú eres mejor, y tú eres mejor...» No puedo pensar en otra cosa, como si fuera mi propio mantra, como si fuera todo lo que necesito para dejarme llevar.

Me tumba sobre el césped y el ritmo rápido se vuelve demencial; bombea dentro de mí a una velocidad de infarto y los otros polvos con los otros chicos desfilan por mis ojos y estallan esfumándose porque ya no tienen ningún valor.

—Rico —gimo inconexa—. Rico. Rico. Rico.

Y me agarro a él para no salir volando... pero fracaso.

Mi cuerpo estalla a su alrededor, enredado en cada letra de la palabra *orgasmo,* y se fragmenta en millones de pedazos llenos de millones de aristas de un placer casi infinito mientras él sigue moviéndose, llevándome más y más alto, haciéndolo conmigo, perdiéndose dentro de mí, gritando mi nombre.

El sexo de mi vida lleva el nombre de Rico León.

Se deja caer a mi lado y en los siguientes segundos sólo se oyen nuestras respiraciones entremezclándose con Madrid.

¿Qué hemos hecho? Si me preguntaran, incluso ahora mismo, en este momento, no podría decir si le caigo bien o no... y sigue estando Hugo, ¡y sigue siendo Rico! y, por si todo eso no fuera suficiente, ha sido el polvo más alucinante de todos los de mi vida. ¿Cómo demonios voy a encajar todo eso?

De pronto me falta el aire.

Estoy muy agobiada.

Me levanto de un salto demasiado torpe. Rico vuelve a abrocharse los pantalones con habilidad y se levanta grácil (nada que ver conmigo). Estoy a punto de quedarme

contemplándolo embobada como una idiota, así que, acelerada, me obligo a mirar a mi alrededor. Todo sin saber qué decir.

—Yo... yo... será mejor que entre. Tengo que... Tengo que... —Ni siquiera se me ocurre una excusa decente—. Será mejor que entre.

Rico me observa soltar toda la retahíla imperturbable.

—Será lo mejor —sentencia.

No hay una sola emoción en su voz o, quizá, la perfecta contención de muchas de ellas, no lo sé, y esa duda me hace alzar la cabeza y buscar su mirada.

Rico no titubea, nunca lo hace. Atrapa mis ojos con esa masculina seguridad impregnándolo todo y tengo la sensación de que podría mantenerme aquí, clavada, a su lado, el resto de mi vida si le dejara.

—Entra, malcriada —dice, y no sé si es una orden o una advertencia.

Consigo mandar por fin el ansiado impulso eléctrico a mis piernas y entro en casa sin mirar atrás. Subo a mi habitación prácticamente corriendo y, en cuanto la puerta encaja en el marco, me apoyo contra la madera. El corazón me late tan fuerte que va a salírseme del pecho.

Es un error. Es un error. Es un error.

***

A la mañana siguiente me levanto increíblemente temprano, incluso para ser lunes, y salgo a correr. Necesito hacer ejercicio. Se supone que es lo mejor cuando quieres despejar la mente, pero, teniendo en cuenta que no he corrido en mi vida y que mi forma física se acerca peligrosamente a la palabra *deplorable*, no aguanto más de tres calles antes de sentir que me arden las piernas, no puedo respirar y voy a vomitar y morirme, y no tiene por qué ser en ese orden.

Por suerte la calle de mi debacle deportivo es la misma que la de la panadería. Mi reino por un paquete de Donettes.

Estoy volviendo a casa, comiendo el cuarto donette, cuando mi móvil empieza a sonar. No tengo el número grabado, pero sé quién es. Siempre lo sé. Pienso seriamente en no contestar, pero me parece muy infantil y bastante estúpido, así que resoplo y me comporto como la adulta que soy.

—Hola, Rico.

—Tenemos que hablar.

Pongo los ojos en blanco. ¿Por qué tiene que ser siempre tan hosco?

—Me molestaría en decirte todo lo que está mal de esa frase, pero, no sé por qué, sospecho que caería en saco roto. —Suelto un profundo suspiro. Mejor ir al grano—. Me parece bien que hablemos, pero quiero que sea en un sitio público.

Lejos de piscinas, coches, fachadas de cafeterías. Un cosquilleo dulzón tensa los músculos de

mi vientre y una zona un poco más al sur. Es lo que le pasa a mi cuerpo kamikaze cada vez que pienso en él.

—Por una vez, estamos de acuerdo, malcriada. Ven a El circo. Esta noche, a las doce.

Asiento y entonces me doy cuenta de que no puede verme.

—Sí.

Un suave silencio se abre paso en la línea, ese tipo de silencio que va despertando tu cuerpo, como si estuvieras impaciente por algo y ni siquiera lo supieses.

—¿Estás bien? —pregunta al fin.

Me pilla por sorpresa y, aturdida, tengo que reordenar mis ideas. No ha sido una pregunta cómoda para él y por eso tiene más valor.

—He estado mejor —me sincero—, pero sí, estoy bien —rectifico veloz.

No sé si ha sido por orgullo propio o por pura cuestión de supervivencia, pero no puedo dejar que justo ahora se preocupe por mí.

—Vale —su voz vuelve a sonar diferente—. No llegues tarde —me recuerda y, antes de que pueda decir nada, cuelga.

Resoplo y observo el teléfono. Era la última persona de la que me esperaba esa pregunta. Las dudas vuelven. Menos mal que me quedan dos Donettes.

Entro en casa y me dirijo hacia la cocina. Ya huele a café. Dolores tiene que haberse levantado.

—Buenos días.

—Buenos días, mi hijita —responde con una sonrisa, a uno de los lados de la isla, cortando manzanas y plátanos. De pronto repara en mis dulces—. Eso no es un desayuno de verdad —me riñe, apuntándome con la fruta que tiene en la mano.

—La culpa es del desalmado que los fabrica —me defiendo—. Se le da demasiado bien.

¡Señor Panrico, arderás en el infierno!

Sonrío y, aunque no quiere, ella también lo hace. Mi broma ha surtido efecto.

En ese momento, Pablo cruza flechado la cocina en dirección a las escaleras.

—Buenos días, Dani —me saluda.

—Buenos días —respondo, aunque no sé si se me habrá oído.

¿Qué pasa?

—Lo han llamado unos chicos de su clase para invitarlo a ir con ellos al cine —me explica Dolores. Mi ceño fruncido debe de haberle enviado el mensaje de que necesitaba información—. Está feliz. Ha llamado a tus padres para contárselo.

Automáticamente sonrío y Dolores lo hace otra vez conmigo. Mi hermano Pablo tiene doce años y es un cielo, pero no se le da muy bien eso de tener amigos. Me alegro de que lo esté consiguiendo.

Me quedo con Dolores y la ayudo a hacer las tareas. Comemos los tres juntos en la cocina y después vemos una peli en el salón. Charlo con las chicas por Skype, ordeno mi cuarto, me pinto

las uñas, leo, hago galletas... Lo pilláis, ¿verdad? Estoy impaciente y no sé con qué entretenerme para dejar de mirar el reloj en intervalos de dos minutos, esperando a que den las doce. Otro gran error, supongo.

A las once y media, cojo mi chaqueta de cuero y me monto en un Uber y, a las doce menos cinco, estoy poniendo los pies en la explanada de El circo después de pasar más desvíos de la M40 que dedos tiene la mano. Si esto fuera «Juego de tronos», el barrio estaría en los confines de Poniente.

Con el primer paso que doy en el suelo de la vieja fábrica reconvertida, me reciben cientos de personas bailando con los ojos cerrados, sintiendo la música en cada rincón de su cuerpo. Los millones de lucecitas brillan en el techo. Es su cielo particular, uno lleno de *leds* blancas y azules y notas musicales.

Alzo la cabeza y miro a mi alrededor tratando de ubicarme y, entonces, sucede que algo me pide a gritos que lleve la vista hacia la barra. Obedezco y me encuentro con él, con el chico que, completamente en contra de mi voluntad, consigue hacerme suspirar cada vez que pienso en agua, piscinas, jardines o simplemente cada vez que algo, por muy furtivo que sea, roza mi piel.

Rico está de espaldas a la barra, con los dos codos apoyados en dicha superficie, suavemente recostado sobre ella. Su cabeza también está echada hacia atrás y su mirada, perdida en el techo.

Me pregunto en qué estará pensando. Nunca lo había visto así, pero sospecho que no es algo nuevo para él. Rico tiene muchas preocupaciones a cuestas, muchas personas que dependen de él. Siempre había oído eso de que la corona pesa, pero creo que no lo había comprendido hasta este momento.

Cuando me doy cuenta de que no sé cuánto tiempo llevo contemplándolo embobada, me obligo a reactivarme. Sin embargo, no puedo evitar estar nerviosa, mucho. Resoplo y me aliso la falda de mi vestido blanco.

—Querías venir y has venido —me digo en un murmuro—. Ahora no vale comportarse como una niña asustadiza.

Pero las últimas palabras se desvanecen en la punta de mis labios. Rico ha bajado la cabeza y sus ojos han atrapado los míos en mitad de la multitud, me han atrapado a mí. A veces creo que podría conseguir todo lo que quisiera de mí con esa mirada a medio camino entre la advertencia, el peligro y esa sensación casi animal de que Rico es puro instinto, de que nada ni nadie podrá quebrantar la fuerza que vive dentro de él.

Su mirada se vuelve más intensa y, despacio, me recorre de arriba abajo, abrasando cada centímetro de piel donde sus ojos se posan, desnudándome tan despacio que puede llegar a doler. Yo me muerdo el labio inferior y sólo puedo pensar en las ganas que tengo de que recorra la distancia que nos separa y me bese con pasión. Es excitación, es deseo... es que no importe absolutamente nada que haya cientos de personas compartiendo el mismo espacio; porque ellos van a cámara rápida y nosotros, a lenta; porque ellos son el blanco y negro y nosotros, el color; como si sonara la canción más increíble del mundo y sólo él y yo la oyésemos.

Echo a andar guiada por una fuerza más poderosa que la propia gravedad. Rico no levanta sus ojos de mí y tengo la sensación de que su mirada es una advertencia para cada hombre de este local.

La música cambia. La gente vitorea el nuevo tema y la pista se satura con más personas. Un grupo de chicas se acercan tan decididas como eufóricas hacia mí con el objetivo de llegar al otro extremo de la discoteca. De pronto estoy rodeada.

—Perdona —se disculpa una de ellas.

—No te preocupes —respondo con una amable sonrisa.

La chica me la devuelve de inmediato y, antes de decir nada más, me coge de la mano y tira de mí.

—Ven con nosotras —me ofrece haciéndonos avanzar unos pasos—. El grupo va a empezar a bailar. Son alucinantes.

Debe referirse al grupo de bailarines que vi con Mayúscula y Furia la primera noche que estuve en El circo.

—Gracias, pero no puedo —digo deteniéndome.

Seguro que bailan de cine, pero tengo demasiadas ganas de estar cerca de Rico... aunque no me atreva a decirlo en voz alta y no tenga claro hasta qué punto es una buena idea.

La chica se encoge de hombros sin perder la sonrisa. Me suelta y se marcha.

—¡Gracias de todas formas! —repito en un grito para hacerme oír por encima de la música, pero no creo que haya logrado mi objetivo.

Ya a solas, vuelvo a respirar hondo y las mariposas se revuelven de nuevo en mi estómago. Es hora de ir donde quiero ir. Miro a mi alrededor para ubicarme. Encuentro la barra sin problemas a una veintena de metros, pero no hay rastro de Rico. Giro sobre mí misma. Sigo sin verlo. En ese preciso instante, mi móvil comienza a sonar. Observo la pantalla y automáticamente frunzo el ceño. Es mi hermano Pablo. Son poco más de las doce. A esta hora debería estar ya en casa después de la peli. Quizá quiera contarme cómo le ha ido, aunque me resulta extraño; quedamos en salir mañana a desayunar para que me explique cómo le había ido, y mi hermano no suele saltarse las cosas programadas.

—Hola —contesto con cautela.

—Dani, ven, por favor.

Su voz suena entrecortada. Es obvio que está llorando. Todo mi cuerpo se tensa y mi preocupación se estrella contra el techo.

—¿Qué ha pasado?

¿Qué demonios ha pasado? Estaba feliz. Iba a salir con sus amigos.

—Ven —repite muy nervioso, prácticamente me interrumpe—. Por favor, Dani, ven.

Un sollozo atraviesa la línea y, en respuesta, aprieto el puño con rabia junto a mi costado y salgo disparada hacia la puerta.

—¿Dónde estás?

—En una discoteca que se llama Sidonia. —¡¿Qué?! Sólo tiene doce años, ¡¿cómo ha acabado allí?!—. Estoy encerrado en el baño.

—Pablo, no te preocupes, ¿vale? —le pido tratando de sonar serena y segura—. No te muevas. Voy para allá.

Cuelgo y camino deprisa, prácticamente corriendo, esquivando a decenas de personas que parecen multiplicarse por momentos. ¡Por Dios! ¿Cuánta gente hay aquí? Acelero el paso. La cabeza me va demasiado deprisa. Pienso si puedo enviar a alguien que llegue antes que yo. Mayúscula y Furia están trabajando aquí, Sandrita tenía concierto esta noche y Keti no saldrá hasta dentro de un par de horas del restaurante. Conozco la discoteca. Me exprimo el cerebro tratando de recordar si conozco a alguno de sus camareros. Nada. ¿Qué le ha ocurrido? ¿Por qué estaba llorando? ¡Necesito estar allí ya!

—Ey.

Esa única palabra, un amenazador susurro que se ha aliado con la música, como si también controlara las ondas sonoras para llegar hasta mí, es suficiente para que todo mi cuerpo lo reconozca.

Rico me agarra de la muñeca y me obliga a girarme sin ninguna delicadeza. En otras circunstancias me habría zafado veloz y habríamos iniciado una discusión por su falta de modales, pero ahora sólo puedo pensar en mi hermano.

—¿Vas a largarte otra vez? —me advierte molesto—. ¿Así es cómo te comportas como una adulta?

Por primera vez desde que nos conocemos, entiendo que esté enfadado y es cierto que tenemos que hablar, pero ahora mismo no puedo quedarme.

—Llévame al centro —le pido acelerada.

Será más rápido que pedir un Uber o buscar un taxi.

Un chico que he visto otras veces con Rico se acerca a nosotros.

—¿Qué? —replica incrédulo y aún más malhumorado—. Ni de coña.

—Rico —lo llama el chico—, Lucas te está buscando.

—¿Me llevas al centro? —le pregunto al desconocido, girándome hacia él.

¡No puedo perder más tiempo!

La mano de Rico aún rodea mi muñeca y, con mi última palabra, sus dedos se hacen más posesivos sobre mi piel, como si la posibilidad de que obtenga un «sí», incluso que lo haya buscado, lo hubiera vuelto loco.

El desconocido pronuncia un «¿qué?» confuso. Mira a Rico y éste aprieta la mandíbula con la vista clavada en mí. Sin decir una palabra, tira de mi mano y nos saca del local, haciéndome caminar más rápido de lo que puedo permitirme con estos tacones.

No me importa y, en cuanto veo su Mustang negro aparcado a unos metros, respiro un cero coma cero, cero, cero uno más aliviada. No me sentiré mejor de verdad hasta que mi hermano esté conmigo.

Sin embargo, cuando me suelto para alcanzar la puerta del copiloto, Rico se detiene en seco al otro lado. No abre. No sube. No hace nada.

—¿Qué pasa? —demanda hosco.

—Nada —respondo acelerada—. ¿Podemos irnos ya?

Rico me observa un puñado de segundos mientras mi inquietud crece y crece. Es demasiado listo como para no darse cuenta de que algo sucede y su enfado se trasforma en otra cosa.

—Malcriada, ¿qué está ocurriendo?

—Ya te he dicho que nada —protesto casi en un grito.

—Te juro por Dios que no pienso mover un solo dedo y tampoco —dice dando un amenazador paso hacia el coche y hacia mí— voy a permitir que lo hagas tú con el primer gilipollas que te dé la oportunidad hasta que me cuentes qué está pasando.

Sus palabras me hacen gemir, resoplar desesperada, pero Rico me mira inmisericorde, diciéndome sin palabras que no lo ponga a prueba. Finalmente suelto un largo suspiro antes de decir:

—Es mi hermano.

—¿Tu hermano? —pregunta confuso.

—Me ha llamado llorando. Tengo que ir a buscarlo a un local de Huertas —trato de acelerar la conversación—. Vámonos, por favor —suplico, y no me importa hacerlo, ni siquiera hacerlo delante de él. Pablo me necesita y eso es todo lo que me importa ahora mismo.

No sé si es por cómo pronunció esa última frase, por cómo muevo las manos angustiada, o quizá sea mi mirada o el tono de mi voz, pero no hay más preguntas. El cuerpo de Rico entra en una casi imperceptible tensión, como si se pusiese en guardia. Abre el coche, nos montanos, acelera y nos comemos los kilómetros sin pestañear.

Normalmente se tardarían más de veinte minutos en llegar de Vallecas al centro de Madrid; Rico consigue hacerlo en menos de diez.

—Es imposible que encuentres un sitio —le explico mirando la hilera de coches aparcados a ambos lados de la calzada y sin visos de que ninguno vaya a moverse en las próximas horas.

Pero, una vez más, parece que las normas no han sido escritas para él y detiene el vehículo junto a la acera. Lo miro extrañada, pero, al ver que se baja, no lo dudo y lo imito.

—Oíd —llama la atención de un grupo de chicos de unos dieciséis años que están bebiendo latas de cerveza sentados en un banco a unos metros—. ¿Queréis esto? —les pregunta, apoyado en el techo del Mustang, enseñándoles un billete de cincuenta euros entre el índice y el corazón.

Los jóvenes asienten entusiasmados.

—Pues aseguraos de que el coche sigue aquí cuando vuelva, intacto y sin una multa, y os los daré.

Todos vuelven a asentir y se acercan al vehículo dispuestos a protegerlo con sus propias vidas.

Sin dudar otra vez —él nunca duda, ¿recordáis?—, Rico echa a andar, atrapando mi mano con

el primer paso. Mi cuerpo se tensa por el contacto, pero, acto seguido, el deseo, las mariposas, la sensación de protección parecen tumbar esta fea maraña de preocupación por mi hermano, como si una vocecita, con una convicción absoluta, me dijese bajito que todo va a salir bien, que él va a ocuparse de que sea así. ¿En qué momento Rico se ha convertido en el héroe de mi cuento?

Por suerte, el portero no nos pone ningún impedimento y entramos sin problemas. La música suena alta y estridente y tengo la sensación de que retumba contra las paredes.

—¿Dónde está? —me pregunta.

Me pongo de puntillas y oteo el local.

—Allí —le señalo.

Rico enseguida entiende dónde quiero dirigirme. Acelera el ritmo y nos guía hábilmente entre la multitud.

A un paso del baño, me suelto de su mano e irrumpo en el aseo de caballeros.

—Éste es el de tíos—protesta un hombre mientras se lava las manos.

Por supuesto, hago caso omiso de su queja y voy flechada hasta los cubículos independientes.

—Pero ¿qué coño...?

—Fuera —lo interrumpe Rico, entrando con andares lentos y dejando caer su costado contra la pared, increíblemente amenazante y muy muy presuntuoso.

Ante esa actitud, cualquier cosa que el tipo fuera a decir prefiere callársela y salir sin más quejas.

—Pablo —llamo abriendo el primero de una hilera de cuatro.

Vacío.

—Pablo. Soy Dani —continúo.

Abro el segundo habitáculo. La puerta está atrancada. Me agacho, no se ven pies.

—Pablo —sueno nerviosa. ¡Lo estoy! ¡Necesito saber que está bien! No es como los demás niños—. Pablo.

Abro el tercero. No está.

—Aquí.

La voz llega desde el cuarto puesto y la puerta se abre despacio. Respiro aliviada y corro hasta allí.

—Hola, superhéroe —me esfuerzo sobremanera en que mi voz lo reconforte, aunque me es demasiado difícil al verlo sentado en el suelo, con la cara llena de lágrimas y la camisa manchada y rota en una manga.

Cabeceo, apenas el inicio del gesto. No puedo dejar que me vea nerviosa.

Entro en la diminuta estancia y me siento frente a él.

—¿Quieres contarme qué ha pasado?

Pablo asiente y se sorbe los mocos. Tiene las rodillas rodeadas con sus propios brazos, como si quisiera encogerse hasta hacerse invisible.

—Han sido Rubén y los otros chicos —me cuenta—. Cuando llegué al cine, me dijeron que

no iríamos, que había otros planes. No sabía cuáles eran hasta que llegamos aquí. Yo no quería entrar —añade veloz—. No me gusta mentir, no está bien, y ellos mintieron para entrar. Utilizaron carnés falsos. Es peligroso.

Mi hermano Pablo no es como los demás niños. Cuando tenía tres años lo diagnosticaron como autista con altas capacidades, más concretamente con el síndrome de Asperger. Es excepcionalmente inteligente, pero no tiene habilidades sociales y no es capaz de moverse en una zona gris, para él todo es blanco o negro; sin embargo, a pesar de eso, nunca he conocido a un niño más noble y bueno. Sólo necesita que le expliquen cómo nos sentimos porque él no es capaz de verlo por sí mismo, como si necesitara un manual de instrucciones, pero siempre está dispuesto a aprender. Nadie te abrazará más rápido si te ve llorando. Por eso es mi superhéroe.

—Me obligaron a entrar con ellos. Me dijeron que, si no lo hacía, sería un cobarde, y yo no quiero serlo.

Tuerzo los labios y una débil sonrisa se asoma en ellos. Aunque a veces le asuste un poco el mundo, sé que no es ningún cobarde.

—Querían beber, pero yo no quería. No tenemos la mayoría de edad. Beber también está mal y también es peligroso. Quería marcharme, pero se rieron de mí y me empujaron y me choqué con otro hombre. Le tiré la copa y se enfadó mucho. También me empujó, muy fuerte, y me tiró al suelo. Todos se rieron aún más. Creí que querían ser mis amigos.

Sé que no quiere, pero rompe a llorar de nuevo, escondiendo la cara entre sus brazos cruzados sobre sus rodillas, y a mí se me parte el corazón. No se lo merece. Es sólo un niño. Y lo que más me cabrea es que, quienes se lo han hecho pasar así de mal, han sido otros niños como él. ¿Cómo pueden llegar a ser tan crueles?

Le acuno la cabeza con las dos manos y le doy un beso en el pelo rubio ceniza, dejando mi cabeza sobre su coronilla.

—No te merecen —respondo—. No merecen que te esfuerces por ellos. Sé que ahora parece complicado, pero algún día vas a tener amigos de los buenos, de los de verdad, de los que no te van a hacer llorar.

Pablo se queda callado y levanta la cabeza, obligándome a hacer lo mismo.

—¿En serio lo piensas? —pregunta mirándome directamente a los ojos.

—Sí —contesto sin dudar—. Los amigos son como un tesoro, ¿sabes? Por eso a veces cuesta un poco más encontrarlos.

Mi hermano medita unos segundos mis palabras y finalmente sonríe. Creo que lo he convencido.

—¿Y les gustarán las mismas cosas que a mí?

Me encojo de hombros, divertida.

—Puede ser o puede que seáis muy diferentes. Eso no importa. A veces, incluso puede pasar que ni siquiera viváis en el mismo país o que tengáis que estar un tiempo sin veros, pero los amigos de verdad son para siempre.

—¿Cómo tú y las chicas?

Sonrío.

—Exacto.

Pablo suspira, pero sé que ya se encuentra mejor.

—Estás en el baño de los chicos —cae en la cuenta—. Eso no está socialmente aceptado, ¿no?

Me inclino para que estemos un poco más cerca y achino los ojos.

—Es una excepción —susurro—, pero tendremos que guardar el secreto.

Pablo me mira y asiente. Mi superhéroe es el niño más leal de la Vía Láctea.

—¿Quieres que nos vayamos a casa o necesitas estar aquí un poco más?

—Quiero irme a casa.

Asiento y me levanto. Al salir del cubículo, mi mirada se encuentra con la de Rico, que me dedica una tenue sonrisa llena de muchísima ternura. No sé por qué, pero me está mirando de una manera diferente, o quizá sean las mismas emociones de siempre, pero la palabra *contención* se haya borrado de ellas.

Pablo sale tras de mí y, al ver a Rico, abre los ojos como platos, asustado, pero de inmediato da un paso, colocándose delante de mí.

—Sé que es una chica y que éste es el baño de chicos, pero es mi hermana. Lo ha hecho por mí —me defiende—. Por favor, no llame a la policía.

Rico abre la boca sin saber qué decir; yo sonrío observando toda la situación y rodeo a Pablo para situarme frente a él.

—No, Dani. Te estoy protegiendo —me explica preocupadísimo.

Vuelvo a sonreír con dulzura.

—No tienes que preocuparte —le explico—. Él es mi... —¿Amigo?, ¿de verdad?, ¿y es eso lo que quiero que sea?, ¿el chico con el que me he acostado?, ¿el chico con el que quiero seguir acostándome?, ¿mi chico? Muchas palabras, pocas respuestas, kamikazes errores gramaticales—. Él es Rico León —sintetizo volviendo a la zona segura—. Me ha traído hasta aquí.

—En mi colegio hay tres León —responde Pablo llevando su vista hasta él—. Aitana, Jesús y Matilde.

—Son mis hermanos —responde Rico.

Frunzo el ceño, confusa. Ese colegio está bastante lejos de su barrio y es increíblemente caro.

—Aitana está en mi clase.

Ahora el que arruga la frente es Rico. No lo culpo. Pablo tiene doce años, pero lo adelantaron varios cursos, varias veces, y ahora ya cursa segundo de Bachillerato con chicos y chicas de diecisiete y dieciocho años. Rubén y esos mocosos malnacidos tienen su edad, son sus compañeros de clase originales.

—¿Ves? —digo mirando a Pablo—. Ya lo conoces y, además, Rico nos va a guardar el secreto.

—¿Lo prometes? —le pregunta.

Otra persona se limitaría a contestar que sí de puro trámite o simplemente pasaría del crío. Otra persona ni siquiera habría entrado, no se habría preocupado, puede que ni siquiera me hubiese acompañado, pero Rico está aquí, mirándolo a los ojos y tomándose sus palabras completamente en serio.

—Te lo prometo.

El niño lo estudia y finalmente asiente satisfecho mientras yo no puedo evitar sonreír sincera. Ha sido genial. Rico lo ha sido.

—¿Nos vamos? —pregunto.

—Necesito ir un segundo al baño —me pide—. ¿Podríais esperarme fuera?

Por un momento no sé qué contestar; lleva encerrado en este baño casi una hora, podría haberlo usado antes si lo necesitaba.

—Claro —respondo al fin—. Te esperamos en el pasillo.

Pablo asiente y Rico y yo salimos. Como prometo, nos detenemos en el pasillo. Los dos estamos en silencio y el ruido de la música y el de dos chicas riendo en el baño de mujeres se entremezcla a nuestro alrededor. No sé si es por ver a mi hermano bien, por saber que ya está a salvo o simplemente por la rabia que me corroe de querer plantarme en casa de ese Rubén y gritarle a sus padres todo lo que pienso de su hijo, pero de golpe los ojos se me llenan de lágrimas y todo mi cuerpo se tensa. Una resbala por mi mejilla y lucho, sin éxito, por contener un sollozo.

—Son unos cabrones —murmuro con la voz entrecortada, secándome las lágrimas que ya empiezan a brotar sin control.

Me giro nerviosa sin saber en qué agujero esconderme, porque no quiero de ninguna manera que Pablo salga y me vea así, pero Rico me agarra del brazo, frenándome, y me vuelve de nuevo hacia él.

—Lo has hecho muy bien —afirma.

Agacho la mirada y cabeceo, tampoco quiero que él me vea llorar y sólo he hecho lo que habría hecho cualquier persona, pero Rico no se rinde, toma mi cara entre sus manos y me obliga a levantarla. Yo no quiero, hace que me sienta bien y ni siquiera sé si eso es algo bueno o peligroso para mí, y le aparto las manos. Durante unos segundos forcejeamos hasta que, finalmente, me permito hacer lo que quiero hacer y dejo que me obligue a mirarlo, que sus manos se queden en mis mejillas.

—Malcriada, lo que has hecho ahí dentro ha sido increíble, has conseguido que se sintiese mejor.

Me mira a los ojos de verdad y de todas las emociones que veo en los suyos por primera vez ninguna es odio. Sólo hay cosas bonitas. Suelto un suspiro porque me siento abrumada por él, por lo que hay entre los dos, y dejo que me siga mirando, me dejo a mí misma jugar un poco más a esta locura que con toda probabilidad no acabará bien para mí.

Rico me enjuga las lágrimas con el pulgar y por instinto, por inercia, no lo sé, da un paso

hacia delante, dejándonos demasiado cerca.

—Rico —murmuro sin poder apartarme de él, sin poder dejar de perderme en los ojos más espectaculares que he visto jamás.

—¿Qué? —responde, porque no piensa concederme ninguna tregua y creo que tampoco la quiero.

Sus ojos bailan de los míos a mis labios, se inclina un poco más sobre mí. Me muerdo el labio inferior porque lo deseo, lo deseo más que a nada.

—Joder, Dani —gruñe con su aliento calentando el mío.

—Ya podemos irnos.

La voz de mi hermano me hace dar un respingo y de inmediato me separo de Rico, quien, aferrándose a su autocontrol, se pasa la mano por los labios y acaba deslizándola hasta su nuca.

—Sí, claro —respondo nerviosa.

Sonrío para intentar disimularlo y echamos a andar seguidos de Rico.

—Podemos coger un taxi —le digo cuando salimos de nuevo a la calle.

Me oye, pero no contesta y continúa caminando hacia el Mustang, que sigue intacto y sin ninguna multa.

Me quedo observando un segundo de más a Rico, viendo cómo se acerca a los chavales y cumple su promesa en forma de cincuenta euros, y me doy cuenta de que, a pesar de cómo creía que era, es listo, mucho, y, sobre todo, es un hombre de principios. Cumplir las promesas, darle valor a las cosas que realmente lo tienen, ser leal, sacrificarse por los demás... son cualidades que le suponemos a todas las personas, pero después, a la hora de la verdad, son pocas las que las tienen.

—Dani —me llama Pablo al ver que no me muevo y, por cómo me mira, me doy cuenta de que no es la primera vez que lo ha hecho.

Sonrío de nuevo, otra vez para escurrir el bulto, y los dos nos subimos en el coche. Le mando un mensaje a Dolores para explicarle lo que ha pasado —tenía tres llamadas perdidas suyas; seguro que estaba muy preocupada porque Pablo no hubiese regresado aún a casa— y le digo que ya vamos hacia allí.

Durante el trayecto ninguno de los tres habla. Dejamos que la música llene el silencio y así llegamos a La Finca.

—¿Me esperas dentro? —le pido a Pablo cuando Rico detiene el coche junto a la entrada de nuestra casa—. Tengo que hablar con Rico.

Mi hermano asiente y abre la puerta para salir.

—¿No te despides? —le recuerdo divertida.

—Oh, claro —responde girándose de nuevo hacia nosotros—. Muchas gracias por traernos, Rico. Diría encantado de conocerte, pero las circunstancias en las que ha pasado no me han gustado nada.

Sonrío y Rico disimula el mismo gesto.

—De nada, Pablo —responde amable.

—¿Lo he hecho bien? —me pregunta mi hermano.

—Genial.

El pequeño sonríe satisfecho y sale del Mustang. Lo observo hasta que llama y entra y, después, hasta que Dolores lo recibe con un abrazo enorme en la puerta principal. Cuando ésta se cierra, el silencio vuelve a hacerse patente en el interior del vehículo.

—Muchas gracias por lo que has hecho hoy por mí... y por él —le digo.

Me siento un poco avergonzada, como si de pronto tenerlo cerca me hiciera sentir tímida.

—No tienes que agradecérmelo.

Una de sus manos sostiene el volante. Por primera vez parece relajado. Esa idea me hace alzar la cabeza y mirarlo. Rico se da cuenta y de inmediato sus ojos buscan, encuentran y atrapan los míos. Seguimos siendo él y yo, pero también tengo la sensación de que somos una versión mejor.

—Mi hermano es muy importante para mí.

No es una explicación muy larga, pero cada palabra es cierta.

Rico asiente.

—Créeme que eso lo tengo claro.

Sonrío. Me gusta que le resulte obvio.

—Sé que tenemos mucho de qué hablar —y también soy consciente de que, quizá, sólo quizá, las cosas puedan ser diferentes, que podamos dejarnos llevar. ¿De verdad sería una locura tan enorme?

En esa precisa milésima de segundo, su cuerpo vuelve a entrar en tensión.

—Lo mejor es que no volvamos a vernos, malcriada —me interrumpe.

¿Qué?

8

Rico

Me observa como si no acabara de entender lo que he dicho y eso lo complica todo muchísimo más. Después de lo que ha pasado hoy, algo dentro de mí no para de gritarme que tiene una cara diferente, que no es la cría mimada, egoísta y caprichosa que creía que era o, al menos, no es sólo eso.

—¿Por qué? —pregunta al fin.

Me mira directamente a los ojos y, como cada jodida vez, tengo la sensación de que puede ver mucho más allá.

—Lo sabes tan bien como yo —me limito a responder.

No quiero hablar de todas las circunstancias que nos ponen a cada uno en dos puntos del tablero demasiado opuestos, ni de las cosas tan distintas a las que podemos permitirnos aspirar en la vida... y no quiero hablar de Hugo.

—Sé mis motivos, querría saber los tuyos —replica.

Nunca pensé que lo diría, pero me gusta que sea así, que no se calle, que luche, pero, por mucho que eso me vuelva loco de ella, eso no cambia las cosas y no quiero hacerle daño enumerándolas una a una.

—Somos demasiado diferentes, malcriada.

—Deja de llamarme así —protesta, y suena dolida, lo último que quería.

Eso me enfada y automáticamente me pone en guardia, porque Daniela me hace sentir cosas que no quiero sentir, como si fuera la única capaz de pulsar un botón en mi interior y mi autocontrol entrara en alerta al pensar que ella tiene todo ese poder sobre mí.

—No soy capaz de imaginarte en mi mundo —trato de hacerle entender—, de verte en el barrio, en mi casa.

No es más que una horrible verdad a medias. Desde que me marché de este jardín hace dos días, no he podido hacer otra cosa que imaginarla en cada condenado rincón de mi casa, en mi cama. Pero ¿cuánto tiempo tardaría en cansarse de que la caldera falle un día sí y otro también, de que el autobús tarde cuarenta minutos en aparecer o de las peleas de los vecinos? Sólo le estoy ahorrando lo que inevitablemente acabaría pasando.

Ella cabecea y pierde la mirada en la ventanilla, y yo me siento demasiado culpable.

—¿Acaso crees que yo encajaría en el tuyo? —pregunto, porque necesito que esta conversación vaya en las dos direcciones y se dé cuenta de que no soy compatible con su vida.

—Lo que creo es que, el que tiene más prejuicios de los dos, eres tú —sisea sin mirarme.

Ha sido como darme una bofetada sin usar las manos y, con toda probabilidad, tiene razón, pero sigue estando equivocada en todo lo demás. Su padre es diplomático, ha ido a los mejores colegios, está acostumbrada a una vida sin complicaciones. Mi padre, teniendo en cuenta la hora que es, estará tirado, borracho, en el suelo del bar y a mí me escolarizaron un año más tarde porque Bosco no recordaba la edad que tenía. Es una putada, pero no podemos elegir.

—Contéstame —la presiono, pero guarda silencio. Necesito que lo entienda. Necesito que comprenda que no funcionaría—. Joder, malcriada, responde.

—¡Tú me gustas, maldito idiota! —suelta con rabia girándose hacia mí, y sé que lo ha dicho en contra de su voluntad.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones sin levantar mis ojos de ella. Sólo es una inconsciente preciosa... joder, es mi inconsciente preciosa.

—Dani... —la llamo alzando la mano para acariciarle la mejilla.

—Déjame en paz. Ya has conseguido que te demuestre que estoy colada por ti —protesta saliendo del coche—. Soy una imbécil —se castiga.

—Dani —intento que vuelva, pero finge no oírme.

Gruño un juramento entre dientes y salgo tras ella. La cojo del brazo y la obligo a volverse justo cuando iba a meter la llave en la cerradura.

—¿Por qué no te largas? —sisea zafándose.

—¿Y tú por qué no puedes entender el maldito error que sería?

—¿Por qué? —protesta de nuevo—. ¿Por qué tienes que dar por hecho que saldrá mal?

—Porque, por mucho que quiera hundirme en ti cada minuto de cada hora de cada día, puedo ver lo diferentes que somos.

Mis palabras nos silencian a los dos. No he dicho nada que no sea verdad, las dos cosas lo son y ambas empiezan a doler. Pero entonces ella me mira como si la hubiera dejado al borde de un precipicio y todo se multiplica por mil.

Alzo la mano, me da igual que sea un error, y la poso en su mejilla, casi en su cuello. El contacto le hace contener un gemido y cada centímetro de mi condenado cuerpo se hace tan consciente de ella que casi no puedo respirar.

Un beso. Sólo uno. Sólo quiero despedirme de ella. Sólo quiero poder tocarla una vez más.

Mi mano se desliza por su nuca y me concedo lo único en lo que puedo pensar. La beso con ímpetu, sintiéndola, echándola ya de menos sin ni siquiera saberlo, disfrutando de su sabor. Ella gime contra mis labios y tengo que contenerme para no llevarla contra la pared y follármela aquí mismo.

La idea era un beso, pero esa idea ahora se ha quedado demasiado pequeña. Quiero más. Quiero volver a sentirla de todas las maneras posibles.

Pero entonces Daniela baja la cabeza, rompiendo el contacto.

—Si vas a irte, hazlo ya —me pide en un susurro.

Sé que no es lo que quiere, pero esto sólo me recuerda que es mucho más fuerte de lo que parece.

Mis manos siguen en su piel, su olor todavía me envuelve y el corazón me late con tanta fuerza que creo que va a partirme las putas costillas. Me obligo a dar un paso y a separarme de ella, pero es mucho más complicado de lo que parece.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y me inclino sobre ella buscando sus labios una última vez.

—Sé que crees que soy un cabrón —susurro contra su boca, rezando a Dios porque lo entienda—, pero no voy a meternos de cabeza en algo que nos hará desgraciados a los dos.

Sólo la estoy protegiendo... a ella, a mí, a Hugo.

Me paso las manos por el pelo y me monto en el coche sin mirar atrás. Si me vuelvo y la veo, no seré capaz de irme.

Llego a casa de un humor de perros, como si cada kilómetro que recorría hiciese más evidente que lo que quiero hacer y lo que he hecho no casan en absoluto.

Cierro de un portazo, camino por inercia hasta la mitad del salón y vuelvo a pasarme las manos por el pelo, tirando de él. Estoy incómodo, impaciente. Joder, estoy demasiado cabreado. ¿Cómo no puede ver que sería un fracaso absoluto, que no tenemos nada que ver? No se trata de que tenga más prejuicios. Sólo estoy procurando ahorrarnos lo inevitable; lo estoy haciendo por ella, por protegerla. Esa palabra otra vez. *Protegerla*. Con un quejido frustrado, me dejo caer en el sofá y echo la cabeza hacia atrás. *Protegerla*. ¿En qué momento me he convertido en un puto caballero andante? Ni siquiera estoy seguro de que en Vallecas haya de eso.

—Joder —gruño para mí, tapándome los ojos con el antebrazo.

***

—¡Suso! —grito golpeando la puerta del baño con la palma de la mano—. Sal de una vez o llegarás tarde al colegio.

Son las ocho y media, ¿qué demonios está haciendo ahí dentro?

Entro en el cuarto de la colada y tuerzo los labios al ver la ropa exactamente donde la dejé ayer, en el cesto sobre la lavadora, nada lavándose y mucho menos limpia.

—Hostias, Aitana —me quejo dirigiéndome a su habitación—. Tenías que hacer la colada.

—Lo siento —se disculpa, pero no parece muy arrepentida.

Por lo menos lleva la falda por debajo de las rodillas. Sin embargo, cuando voy a marcharme a tirar la puerta abajo y mandar a Suso a la cocina de una patada en el culo, algo me llama la atención en la cama de mi hermana. Ella también se da cuenta y se abalanza sobre el colchón, tratando de cogerlo antes de que lo atrape yo.

—Muy lenta.

Abro el diminuto estuche y creo que va a darme un infarto. ¡Son píldoras anticonceptivas!

—¿Qué coño es esto?

Pienso en internados, en tapiar la puerta de su habitación, en matar a ese gilipollas de Adrián Costa con mis propias manos.

Aitana sabe que la he pillado y está maldiciendo su suerte, la conozco muy bien, pero, en lugar de demostrarlo, se cruza de brazos toda dignidad.

—Ya tengo dieciocho años —protesta.

—Sí, y dos putos días. ¿Te estás acostando con ese gilipollas?

—No.

—Entonces ¿para qué necesitas las pastillas?

—Para prevenir ¿o es que no crees que ya somos suficientes en esta casa?

La señalo con el índice, haciendo un verdadero esfuerzo por no perder los papeles. Si lo que no quiere es quedarse embarazada, es porque obviamente ya está dejando que ese imbécil le ponga las manos encima, es algo *sine qua non* en esta ecuación, y por tanto acaba de mentirme a la cara.

—La mejor manera de prevenir es no irte a la cama con ningún gilipollas —la corrijo con la voz amenazadoramente suave—. Ayer fue un día de mierda y el de hoy no promete ser mejor, así que más le vale a Adrián Costa no darme ningún motivo, porque estoy deseando partirme la cara con alguien y te informo desde ya que acostarse con mi hermana es un motivo cojonudo.

—¿Puedo seguir tomándolas?

—¿Tú qué crees? —respondo malhumorado saliendo y, por supuesto, llevándome las pastillas conmigo.

Voy a matar a Adrián Costa. Puedo enterrarlo en el jardín de atrás. El problema de este barrio es que, cuando abres un hoyo, demasiada gente tiene algo que tirar dentro.

—¡Suso! —grito volviendo al baño.

La puerta se abre antes de que llegue. Mi hermano sale disparado y pasa a mi lado, demasiado rápido diría yo.

—Alto ahí —lo freno.

Me acerco y le paso la mano por el pelo. Lo tiene húmedo, pero cuando lo huelo no hay rastro de nada parecido a aroma de champú. ¡Sólo se ha mojado el pelo para despistarme!

—Dúchate.

—Rico —se queja como si lo estuviera condenando a trabajos forzados.

—O lo haces tú o te juro por Dios que te lavo a manguerazos en el jardín.

Protesta, pero vuelve al baño.

—Buenos días, Rico —me saluda Mati pasando junto a mí—. Hoy me he medido y sigo midiendo lo mismo que ayer. Tengo supercontrolado lo de no crecer —me informa satisfecha justo antes de agarrarse a la barandilla y empezar a bajar las escaleras.

—Gracias —respondo en un susurro.

Por lo menos me queda ella.

Puede que esté un poco más susceptible de lo que debería, pero la noche de ayer todavía rebota en mi mente. No soy capaz de sacarme a la malcriada de la cabeza. Sólo puedo pensar en su sabor, en su olor, en cómo se estremecía entre mis brazos. Sus labios... voy a volverme loco.

El resto del día es el mismo infierno que la mañana. Sin embargo, algo, que en realidad ya pensé en el baño de la discoteca, va tomando forma.

***

—¿Adónde vamos, amor mío? —inquiere Héctor tras el volante de su Polo para fastidiarme.

Finjo no haberlo oído y me monto.

—Tenemos que pasar por casa —le explico—. Hay que recoger a Suso.

Mi amigo asiente y nos ponemos en camino.

—¡Suso! —lo llamo desde el salón.

No tarda más de unos minutos en aparecer desde la cocina. Aún lleva puesto el uniforme del colegio.

—¿Conoces a Pablo Suárez? —pregunto cuando lo tengo a unos pasos.

—Sí, es el niño robot.

Frunzo el ceño.

—Por lo inteligente que es —añade—. Tiene sólo doce años y ya va al curso de Aitana.

—¿Y conoces a un tal Rubén? Antes iban a la misma clase.

Hace memoria.

—Sí.

—¿Y dónde podemos encontrarlo ahora?

—En las pistas del cole. Tiene entrenamiento de pádel por las tardes.

Una media sonrisa se cuela en mis labios.

—Vente conmigo —le digo haciéndole una señal con la cabeza.

Tardamos unos quince minutos en llegar. No hay padres merodeando por ahí y las pistas de pádel se ven desde el aparcamiento.

—¿Tienes claro lo que tienes que hacer? —le pregunto para asegurarme de que ha entendido el plan.

—Partirle la cara.

Cierro los ojos, desesperado, y Héctor, a mi lado, sonríe.

—Sé un poco más específico.

Suso lo piensa un poco.

—Ah, sí —dice cayendo al fin en la cuenta, después de dos minutos enteros—. Tengo que decirle que deje en paz a Pablo y que, si él o cualquiera de sus amigos vuelven a molestarlo, volveré a venir a verlo entrenar —sentencia con una sonrisita y el tono un pelín sádico, una extraña mezcla entre Daniel el Travieso y un camorrista napolitano.

—Perfecto.

—Y ya le doy unos cuantos soplamocos.

—La idea es asustarlo —trato de hacerle entender.

—Por experiencia, se asustan más si les das unos soplamocos.

¿Experiencia? Estoy tentado de preguntar, pero creo que prefiero no saberlo y, por supuesto, Héctor vuelve a sonreír.

—No tardaré —me asegura saliendo.

—No hace falta que vayas con la chaqueta del colegio —le recuerdo.

—Me gusta —replica deteniéndose junto a mi puerta—. Es como mi uniforme de trabajo.

Abro la boca dispuesto a decir algo, pero no tengo ni la más remota idea del qué y acabo observando cómo se dirige a la escuela.

—De mayor será narcotraficante o presidente del Gobierno —comenta Héctor pensativo.

—Creo que prefiero lo de narcotraficante —respondo con la mirada fija en mi hermano. Acaba de entrar.

—Contéstame una cosa: ¿por qué estamos haciendo esto?

—¿Sabes? A veces está bien estar callados —repongo arisco.

Héctor se encoge de hombros.

—Es sólo que me sorprende que estés tomando partido por un crío que no es nada tuyo.

Tuyo... Tuya... Mía. No son tres palabras al azar. La malcriada no es nada mío, pero hay algo dentro de mí que no es capaz de captar el mensaje. No soy ningún animal sin sentimientos... Pablo me dio pena, pero no estoy haciendo esto por él, lo estoy haciendo por ella. Quiero que se sienta mejor.

—Entonces es una suerte que no tenga que darte explicaciones —afirmo.

Lo que ocurra entre ella y yo es sólo nuestro.

—Eres tan duro —protesta burlón—, pero, no te preocupes, tengo más preguntas incómodas para entretenernos en lo que tu hermano hace de Michael Corleone con ese desgraciado.

Finjo no oírlo, un deporte que practico mucho y se me da de miedo.

—¿Qué hacías ayer con la exnovia de Hugo?

—Sigue sin ser tu problema.

—Creía que la odiabas, pero corres con ella y te la llevas a dar paseos en coche bajo la luz de la luna y me miras como si quisieses asesinarme porque ella me está dirigiendo la palabra.

Lo miro mal, muy mal. No quiero mantener esta conversación.

—Exactamente así —vuelve a mofarse.

Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones. Ahora mismo quiero echarlo del coche de una patada.

—No hay nada que contar, porque entre Daniela y yo no pasa nada.

—Te gusta.

—Eso es una estupidez —gruño, y me contengo para no revolverme incómodo en el asiento.

Una pista demasiado clara de que acaba de dar en el clavo—. Daniela no me gusta.

Héctor asiente y, por un momento, tengo la sensación de que mi vehemencia lo ha convencido.

—No estaría mal. No romperías una ley bíblica ni nada de eso por querer estar con la exnovia de tu hermano —contraataca.

Tendría que haberlo visto venir.

—Daniela no me gusta —miento de nuevo—. ¿Cuántas veces necesitas que te lo repita?

—Hasta que te lo creas —responde desafiante.

Joder. El dedo directo en la herida.

—Olvídame —siseo devolviendo mi vista a la luna delantera.

En ese momento Suso entra en la cancha de pádel y se acerca a un niño con el pelo castaño y pinta de tener dos guiones en el apellido. Habla con él. El tal Rubén le planta cara, pero Suso mira hacia el entrenador para asegurarse de que no le presta atención y le dice algo, juraría que susurrando, y el desgraciado se calla y lo mira con cara de susto. Suso añade un par de palabras más, lo tumba en el suelo de un puñetazo y sale de la cancha. Dos segundos después, el niño rompe a llorar magullado. Sonrío satisfecho. Se lo merecía.

—Ha llorado —nos cuenta Suso montándose de nuevo en el Polo—. Ha sido divertido.

—¿Qué demonios le has dicho? —le pregunto.

—Un mago no puede decirte sus trucos, pero, si tienes más asuntos que resolver, dímelo. Puedo ofrecerte tarifas flexibles.

Héctor rompe a reír y, sin querer, yo también lo hago. Es un auténtico cafre.

***

Al llegar a casa, desoigo todas las veces que Héctor me pide que cenemos algo y nos vayamos a El circo y, cuando me pregunta si quiero que me prepare un baño con velitas y me arrope, no tengo más remedio que mandarlo a la mierda.

Le doy de cenar a los pequeños, me aseguro de que Suso haga los deberes y los meto en la cama. Después de encargarme de los platos, subo y compruebo que estén dormidos. Entro en la habitación de Suso procurando no pisar nada y llego hasta la cama. Sonrío al verlo bocabajo en la litera de arriba, donde antes dormía Hugo, con el brazo colgando, destapado y en un sueño profundísimo. Lo arropo y me aseguro de que no se le descoyunte el hombro. A pesar de todo lo que nos ha pasado con Bosco y nuestra madre, Aitana, Suso y Mati están bien y son felices. Habría sido más que razonable que arrastraran algo así como media docena de traumas, pero ellos no. Me siento aliviado. Me da igual que a veces me pongan de los nervios, sólo quiero que estén bien.

Le revuelvo el pelo y le doy un beso en la nuca.

Estoy saliendo de la habitación cuando mi móvil suena avisándome de un mensaje entrante.

Lo abro y aprieto la mandíbula cuando veo la palabra *Malcriada* anunciando el hilo de conversación.

Gracias por lo que has hecho por mi hermano.

Doy una larga bocanada de aire, tratando de controlarme. Es como volver a tenerla cerca y sé exactamente lo que quiero decir, pero también que no puede ser.

No le des más importancia de la que tiene, malcriada.

Me llamo idiota una decena de veces por haber escrito eso y una veintena por no apagar el maldito teléfono.

Supuse que dirías eso. Buenas noches, Rico.

Tuerzo los labios y, las ganas de llamarla, de decirle que lo he hecho por ella, que sí quiero que le dé importancia, se multiplican. También las ganas de besarla, de tocarla, ¡joder!

A veces los superhéroes necesitan que les echen una mano
para combatir el crimen.

Oí cómo llamaba así a su hermano. Y aunque me esté comportando como un miserable egoísta, poniéndole las cosas más difíciles, quiero que entienda que ella es importante para mí. Lo necesito.

Daniela no responde al mensaje.

***

El resto de la semana es igual de horrible que el maravilloso martes. Mi humor sigue espectacular y empiezan a ocurrirme cosas que no me habían ocurrido en años, como equivocarme arreglando un coche, ganándome que incluso mi abuelo me mire perspicaz, pero es que no puedo evitarlo, hostia. Todo sería infinitamente más sencillo si pudiese sacarme a la malcriada de la cabeza cinco putos segundos, pero parece una misión imposible.

El viernes estoy que me subo por las paredes y está a punto de ser literal. Creo que ése es el único motivo por el que he aceptado salir con Héctor.

—Suso, haz los malditos deberes —lo advierto saliendo al salón—. Sé que tienes un examen.

—Es de lengua —se queja lastimero, caminando detrás de mí—. En mis planes de futuro no tengo previsto necesitar conjugar el verbo haber.

—¿Y cuáles son esos planes si puede saberse?

—Voy a ser contrabandista de tabaco, pero nada de marcas extrañas, contrabandearé con Marlboro o con Lucky Strike, y, en lugar de traerlos de Estados Unidos, montaré mi propia fábrica aquí, le daré un porcentaje al Estado, ya sabes, para que no se metan en mis cosas —añade muy serio, con las manos en los bolsillos. Llaman a la puerta principal— y, para cuando

los empresarios norteamericanos se enteren, habré ganado tanto dinero que podré darles una comisión. ¿A que es un negocio increíble? —plantea con una sonrisa.

Me giro hacia él con mi mano rodeando ya el pomo.

—Alucinante, ¿cómo es posible que no se le haya ocurrido antes a nadie? —inquiero irónico. Él sigue sonriendo, pero, cuando detecta mi sarcasmo, frunce el ceño contrariado; me gustaría decir que sabiendo por qué, pero no voy a pedirle peras al olmo—. Vete a estudiar —ordeno a la vez que abro, sin molestarme en mirar quién hay al otro lado, asegurándome de que Suso regresa a la cocina.

—Hola.

Esa voz.

9

Daniela

—¿Qué haces aquí? —inquiere con el ceño fruncido.

Una sonrisa se cuela en mis labios. Por suerte he tenido un puñado de segundos para observarlo como una idiota antes de que se volviera.

—¿Alguna vez vas a preguntarme otra cosa cuando nos encontremos?

Lo he echado de menos.

—Hola, Rico —lo saluda Pablo.

—Hola —responde.

Supongo que, si ya le resulta raro tenerme aquí, que haya venido con mi hermano sólo lo hace todo un poco más extraño.

—Tiene que hacer un trabajo con Aitana —le explico—. Quedaron en reunirse hoy.

En ese momento se oyen un par de pies bajar las escaleras y la hermana de Rico no tarda en aparecer.

—Hola, Pablo —lo saluda—. ¿Entras?

Él asiente y, como siempre, cruza el umbral con el pie derecho.

—Le prometí que lo acompañaría a hacer el trabajo antes de saber que se reunirían en tu casa —me disculpo, y no sé muy bien por qué lo hago, pero no quiero que piense que le he tendido una especie de emboscada ni nada parecido.

—No tienes que disculparte —responde.

Me mira a medio camino entre la sorpresa y la incredulidad, como si no fuese capaz de asimilar que estoy aquí. Una línea de algo que no sé si es frustración o enfado cruza sus ojos oscuros. Imagino que, después de la conversación que mantuvimos, era la última persona con la que quería encontrarse.

Me freno a mí misma. Ya llevo una semana torturándome, dándole vueltas y más vueltas a aquel momento junto a mi puerta, a todo lo que ha pasado desde que volvimos a encontrarnos en general.

—¿Puedo pasar?

Rico guarda silencio unos segundos que se me hacen eternos, pero finalmente asiente y se hace a un lado, apenas un paso. Yo avanzo uno y, sin que pueda hacer nada por evitarlo —parece que al universo le gusta ponerme las cosas complicadas—, de pronto estamos muy cerca. Otra vez. Como si ninguno de los dos hubiera aprendido nada.

Una chispa de deseo brota en sus ojos tan rápido como mi cuerpo responde al suyo; mi respiración se acelera suavemente y siento físicamente la electricidad entre los dos, pero no es una buena idea. Él cree que no podemos estar juntos y yo he llorado demasiado estas cuatro noches.

—Será mejor que entre —me obligo a decir y a echar a andar.

—Ven, trabajaremos en mi habitación —le propone Aitana a mi hermano, subiendo los primeros escalones.

Pablo mira con recelo al piso de arriba.

—Te quedarás, ¿verdad, Dani?

Asiento con una sonrisa para infundirle seguridad y observo cómo sube tras Aitana.

—No le gusta quedarse solo en lugares que no conoce —me explico girándome hacia Rico—, pero puedo esperarlo fuera —añado señalando vagamente la puerta.

—No digas tonterías —sentencia sin levantar sus ojos de mí.

Estamos separados por media decena de metros, pero toda esa electricidad sigue latente, tirando del uno contra el otro.

Me muerdo el labio inferior sin poder controlarme y lo recorro de arriba abajo. Es tan guapo que duele y hoy, por algún extraño y cruel motivo, lo está todavía más.

—¿Tienes carrera esta noche? —pregunto, porque necesito urgentemente que hablemos de algo.

—No, mañana —responde esforzándose en marcar una distancia entre los dos—. Hoy he quedado con Héctor.

Asiento. De pronto lo imagino en El circo, con su amigo, siendo el centro de atención de una veintena de chicas de su barrio, todas con sus mismas circunstancias, con las que podría tener una historia. Quizá alguna le guste. Quizá con ella sí quiera tener una relación. Tengo que contenerme para no gritar. No quiero que esté con ninguna otra chica.

—Seguro que lo pasas de cine —obligo a las palabras a pasar por el nudo de mi garganta—. Yo también he quedado con las amigas —miento, porque no quiero que dé por hecho que me quedaré en casa pensando en él, como por otra parte seguro que haré, y porque, obviamente, sin saberlo, acabo de volver de golpe a los quince años—. Espero pasármelo bien.

Su mirada cambia por completo y todo lo que le hace ser Rico León brilla con fuerza.

—Yo espero que no lo hagas —sentencia arrogante, diciéndome con la manera en la que me mira, por cómo su cuerpo entra en una suave y amenazadora sensación de guardia, que la idea de no dejar que ningún gilipollas se me acerque sigue en pie.

Esa frase, esas seis palabras, me calientan por dentro, como si llevara cuatro días muerta de frío y de repente alguien me abrazara con fuerza, pero también tengo la sensación de que vuelven a ponerme en el punto de partida.

—No tengo ni la más remota idea de qué contestar a eso —me sincero encogiéndome de hombros.

Él no dice nada, pero su mirada lo hace por él. El enfado, el deseo, el control, todo vuelve. Yo no quiero sentirme así, pero a veces tengo la sensación de que ni siquiera es algo que pueda decidir. Mi cuerpo lo ha elegido a él y mi corazón está a punto de hacer exactamente lo mismo.

—Malcriada —susurra o me advierte o me llama, no lo sé.

Por primera vez ni siquiera ese estúpido apodo me molesta, porque significa que, de alguna manera, volvemos a ser él y yo.

Quiero que me toque. Lo deseo. Lo necesito.

Rico da un paso hacia mí y las mariposas hacen triples mortales en mi estómago. Nuestras miradas siguen unidas y otra vez sus ojos se llenan de un sinfín de emociones. El aire se inunda del sabor de las promesas y del placer anticipado, pero entonces, con el segundo paso, Rico parece recuperar el control sobre sí mismo y continúa andando hacia la cocina.

—Siéntate —me pide sin detenerse y desaparece en la habitación contigua.

Obedezco y me siento en un sofá algo desvencijado, pero mucho más cómodo de lo que parece. Miro a mi alrededor y todo lo que veo es un poco viejo o no está en su mejor momento o sencillamente no guarda ninguna relación con todo lo demás, pero curiosamente esta colección de elementos sin sentido es bonita; tiene la magia de las cosas que conforman un hogar.

Rico regresa con dos Mahou heladas y me entrega una. La agradezco. Estamos a mediados de junio y, aunque la primera ola de calor afortunadamente ya se ha marchado, las temperaturas aún son muy altas. Además, estoy nerviosa, mucho.

—Gracias.

Él no responde de ninguna manera y, dándole un trago a su botellín, se sienta en el otro extremo del tresillo, dejándonos prudentemente separados.

Los segundos, de pronto, no parecen pasar o quizá hacerlo muy deprisa, no lo sé. Me recuerdo a mí misma enfadadísima con él, odiándolo, y ahora una llama se ha prendido en el fondo de mi cuerpo sólo porque está cerca. ¿Cómo pueden cambiar tan rápido las cosas?

Me observa con esos impenetrables ojos oscuros y todo vuelve a comenzar: el no saber en qué está pensando y morirme por averiguarlo; el sentirme inquieta, acelerada; el desearlo, sus manos, sus labios, todo de él.

—Estoy nerviosa —confieso, y creo que sólo lo hago para parar la línea de pensamientos que terminaba con un «lo deseo encima de mí».

«Sabía elección.»

Rico continúa contemplándome. Creo que ése es su superpoder, conseguir controlarlo todo con una sola mirada.

—¿Por qué?

—No lo sé.

Prefiero contestar eso a decir que es por él, porque en el fondo ni siquiera yo lo entiendo. No vamos a volver a tener nada; debería ser capaz de olvidarlo y seguir adelante con mi vida.

Unos pasos pequeños y acelerados irrumpen desde las escaleras, pero ninguno de los dos

aparta la mirada para prestar atención al sonido.

—Hola, Dani —me saluda Mati.

Los pasitos le pertenecían.

—Hola, Mati. ¿Qué tal estás? —le devuelvo el saludo con una sonrisa.

—Muy bien. Estoy leyendo este libro que me ha regalado Héctor.

Gira la novela que tiene entre sus manos y mi sonrisa se ensancha al comprobar que es *El libro de la selva*, de Kipling.

—Dice que todos los niños deberían leer a Kipling antes de ser demasiado mayores.

Asiento convencidísima.

—Son unas palabras muy sabias.

—Héctor es muy sabio —replica—. Lo dice muchas veces.

Asiente al menos en tres ocasiones para dar más enjundia a sus palabras y no puedo evitar volver a sonreír, como Rico, que observa toda la escena. Es una niña adorable.

—Tienes las uñas pintadas muy bonitas.

Por inercia me miro los dedos.

—Me las he pintado yo misma antes de venir y, ¿sabes qué? —entorno la mirada fingiendo hacer memoria, al mismo tiempo que abro mi pequeño bolso cruzado—, lo llevo aquí —anuncio sacando el bote de laca de uñas azul Splash of teal o, como a mí me gusta llamarlo, azul sirena —. ¿Quieres que te las pinte?

La niña sonríe de oreja a oreja, encantada. Yo me vuelvo despacio y miro a Rico divertida, esperando también su respuesta. Él me observa con una sonrisa pequeña pero también preciosa y sincera en los labios y finalmente asiente.

Mati arrastra un antiguo reposapiés de terciopelo azul en forma de cuadrado, debe de tener al menos cincuenta años, pero, como el resto de los muebles, encaja a la perfección, ofreciendo un bonito contraste, y se sienta en él, colocando sus manitas en mi regazo. Yo abro la laca de uñas.

—¿Qué tal te va en el cole? —le pregunto.

—Muy bien —responde—. El cole me gusta mucho. Es un sitio muy divertido y todos los días aprendo muchas cosas.

—Cuando tenía tu edad, también me gustaba mucho ir.

—¿Tú también ibas a clase de Miss Abernathy? —pregunta entusiasmada ante tal posibilidad.

—No, pero Miss Abernathy me cae muy bien. Sabe lo importante que son los modales.

Me giro hacia Rico sólo un segundo con la barbilla alzada, fingiéndome impertinente, pero, cuando nuestros ojos se cruzan, no puedo contenerme más y acabo sonriendo. Mi gesto se refleja en sus labios, otra vez de esa forma suave y perfecta, y el corazón comienza a latirme deprisa.

Sigo pintándole las uñas a Mati y seguimos charlando de su escuela y de lo que más le gusta en el mundo, leer. Rico no se ha movido del sillón, observándonos. No sé por qué, y quizá sea una auténtica locura, pero creo que le gusta vernos juntas.

—¿Ya? —pregunta impaciente.

Lleva esperando más de cinco minutos a que se le sequen.

Miro sus uñitas azules y sonrío.

—Ya —contesto guiñándole un ojo.

La niña se levanta de un salto y se dirige flechada hasta Rico.

—Mira —le pide entusiasmada, poniéndole las manos delante de la cara—. Son azules.

—¿Azules? ¿En serio? Eso es imposible —replica simulándose sorprendidísimo—. Déjame verlas más de cerca.

La coge de la cintura y la sube a su regazo, haciéndole cosquillas. La cría rompe a reír feliz y se deja hacer hasta quedar sentada en las rodillas de Rico. Él le toma sus pequeños deditos y los mira con detenimiento, como quien contempla una obra de arte.

—Son alucinantes —suelta al fin.

—El azul es mi color favorito —responde la pequeña.

—Eso ya lo sé.

Rico se inclina sobre ella y le dice algo al oído. Sus ojos vuelan hacia mí y su mirada indomable se vuelve traviesa, como si por un momento hubiese conseguido olvidarse de todo lo demás.

La niña asiente y se gira hacia mí.

—¿Cuál es tu color favorito, Dani? —me pregunta.

Tuerzo los labios, luchando por no sonreír; eso es lo que le ha dicho Rico. Mientras, me tomo mi tiempo para pensarlo.

—El rosa chicle.

Mati vuelve a asentir y se gira otra vez hacia su hermano.

—Ha dicho rosa chicle —le susurra poniendo la palma de su mano como barrera.

Rico finge, boquiabierto, que no me había oído.

—Muchas gracias —susurra de vuelta.

—Mati —la llamo.

Cuando me mira, me inclino hacia ella.

—¿Puedes preguntarle a Rico cuál es su color favorito? —susurro, aunque es obvio que todo aquel que ha querido oírme lo ha hecho.

—El de Rico es el azul, como el mío —susurra de vuelta—. Lo sé porque somos hermanos —añade asintiendo.

Sonrío.

—Gracias por la información. La guardaré como un tesoro —sentencio.

Mi mirada vuelve a encontrarse con la de Rico y no puedo evitar que mi gesto se ensanche. Verlo así con Mati es increíble. En el centro comercial ya me di cuenta de que estaban muy unidos. Es tierno y dulce con ella; está relajado, una cara que no deja ver muy a menudo.

—¿Puedo descansar? —inquiere un niño entrando al salón desde la cocina, arrastrando los pies y un libro de texto de lengua. Imagino que es su hermano Suso—. Ya he aprendido un

montón de tonterías que no van a servirme de nada.

Rico se gira hasta que entra en su campo de visión.

—¿Por qué no te he metido ya en un internado? —se lamenta.

Suso se encoge de hombros.

—¿Eso es un «sí»? —contraataca.

Sus palabras se entremezclan con el ruido de pasos bajando las escaleras. Pablo aparece a los pocos segundos, seguido de Aitana.

—¿Ya habéis terminado el trabajo? —le pregunta Rico a su hermana.

Ella asiente.

—Con Pablo es muy fácil. Sólo nos queda reunirnos en dos días para comprobar los datos meteorológicos.

—El trabajo es sobre las ciclogénesis y las corrientes cálidas y frías, y aplicarlo todo a nuestro entorno —explica mi hermano.

—Hola, niño robot —lo saluda Suso, y el apodo le hace fruncir el ceño a mi hermano, que ralentiza el paso en los últimos peldaños. De inmediato me pongo en guardia—. No es un insulto, es un halago —le aclara—, porque eres superlisto; podrías ganarle a un ordenador y todo eso.

—Es cierto que soy muy inteligente, pero no puedo asegurar que podría ganarle a un ordenador sin saber de qué ordenador se trata o qué tipo de competición, así que lo más adecuado sería que me llamases Pablo.

—Vale —responde Suso—. ¿Quieres jugar a la Xbox?

—Vale —contesta Pablo.

Los dos se acercan a la tele y se arrodillan frente a ella, y Suso lo enciende todo. Los miro y una sonrisa de alivio mezclada con otras cosas, como una burbujeante felicidad, se va apoderando de mis labios. Nunca había visto a Pablo socializar con tanta facilidad. ¡Es maravilloso!

Sin saber por qué —creo que, sencillamente, porque quiero compartirlo con él—, me giro hacia Rico y algo dentro de mí brilla al ver que ya me esperaba. Sonríe, algo tenue, pero lleno de fuerza. Me está diciendo sin palabras «no te preocupes, malcriada, todo está bien» y ese mismo algo dentro de mí se empeña en añadir «aquí estáis bien».

—Me voy a leer —anuncia Mati bajándose del regazo de su hermano.

—¿No juegas? —le pregunto señalando la tele, donde ya se ve a los Rabbids de la serie de dibujos animados correr de un lado a otro transformados en videojuego.

—Ya estoy guapa, así que ya puedo hacer lo que más me gusta —responde como si fuera obvio, dirigiéndose a las escaleras.

Los dos la observamos marcharse y, cuando desaparece en el piso de arriba, despacio, casi perezosos, ambos apartamos la vista, cruzándola un instante hasta concentrarla en cualquier otro lugar. De pronto el salón, a pesar de los chicos y la consola, entra en una extraña calma. Si fuera

un libro romántico, diría que una burbuja se construye a nuestro alrededor, pero lo cierto es que eso es lo que siento. Este viejo tresillo es una barca y va navegando lentamente por un lago enorme. Los cisnes se apartan a nuestro paso, moviendo las flores que hay sobre el agua. No hay ruidos, no hay problemas, sólo nosotros.

Algo me pide que alce la mirada y que la lleve hasta él y volvemos a encontrarnos. Me muerdo el labio inferior para no sonreír, pero el gesto me gana la batalla. Rico me contempla sin restricciones, dibujando mi rostro con sus preciosos ojos marrones.

Dejo caer la cabeza hasta apoyarla en el respaldo del sofá, girándola para tenerlo de frente; él mueve grácil su cuerpo y poco a poco estamos cada vez más cerca, aunque sin llegar a tocarnos, sin pronunciar una sola palabra.

—Es tarde. Creo que deberíamos marcharnos —susurro, pero no tengo ni la más remota idea de qué hora es, porque no sé cuánto tiempo llevamos así y, en realidad, tampoco me importa porque no quiero irme—. Además, has quedado con Héctor.

Y mi estómago se encoge de golpe porque no quiero que vaya.

—No voy a salir —responde sin dudar—. Ha habido un cambio de planes.

Su respuesta borra de repente la tensión de mi cuerpo, pero automáticamente frunzo el ceño. No le he visto mirar el teléfono ni una sola vez, ni tampoco atender ninguna llamada. ¿Cómo sabe que ha habido un cambio de planes? ¿Significa, entonces, que lo ha hecho por mí?, ¿que prefiere estar conmigo aquí?

—¿Y tú? —me pregunta.

—También ha habido un cambio de planes —contesto usando la misma mentira que él.

Rico se humedece el labio inferior en un gesto de lo más sexy y, sin mediar palabra, se levanta.

—¿Adónde vas? —pregunto sorprendida.

—A hacer la cena, malcriada —contesta dirigiéndose a la cocina, dejando que sus masculinas zancadas me hipnoticen—, y mueve el culo —añade desdeñoso y divertido sin volverse—, vas a ser mi pinche.

Sonrío y, ¿para qué negarlo?, obedezco y lo sigo hasta la otra estancia. Justo antes de cruzar el ínfimo pasillo, oigo a Suso y a mi hermano reír y me siento todavía mejor.

—A Pablo no le resulta fácil estar con otros niños —comento deteniéndome a unos pasos de Rico, que está de pie frente a la nevera abierta, estudiando lo que hay.

—Suso es un cafre —replica inclinándose para coger algunas verduras y una bandeja de carne —, pero tiene un corazón enorme.

Lo deja todo sobre la barra de la cocina y se gira hacia otro de los armarios. Ahora soy yo la que lo estudia a él, dándome cuenta de lo parecido que es a la descripción que él mismo acaba de pronunciar.

—¿De qué me encargo? —pregunto volviendo a la realidad.

—Pelar, cortar y lavar —me ordena girándose de nuevo y ofreciéndome un cuchillo.

Sin embargo, cuando lo cojo, no lo suelta.

—¿Puedo fiarme de ti con un cuchillo, en un espacio tan pequeño, conmigo? —demanda socarrón.

Tuerzo los labios.

—En realidad, no —contesto perversa—, pero, por suerte para ti, tengo hambre y eso es una prioridad. Por otra parte, ahora eres tú quien tiene el cuchillo. ¿Puedo fiarme de ti?

Rico se encoge de hombros de una forma casi imperceptible y muy muy desdeñosa.

—También tengo hambre —responde.

—Es decir, que he de suponer que, mientras tengas hambre, estaré a salvo.

—Eso depende de qué tenga hambre.

La frase suena incendiaria y sus ojos de caramelo fundido hacen el resto. Yo quiero decir algo, pero no soy capaz y acabo tragando saliva.

—Yo... yo... —tartamudeo—, cuando tengo hambre, como Donettes.

¿PERO-QUÉ-COÑO-ACABO-DE-DECIR?

Rico me mantiene la mirada y sus labios se curvan hacia arriba canallas, sexys y presuntuosos.

—Guardaré esa información como un tesoro —sentencia, imitando mis propias palabras.

Asiento porque no tengo ni la más remota idea de qué otra cosa hacer después de semejante confesión.

Rico decide apiadarse de mí, suelta el cuchillo y se vuelve de nuevo hacia los armarios.

Yo, notando cómo me arden las mejillas, me sitúo en la barra y comienzo a pelar berenjenas.

Llevamos más o menos diez minutos cocinando. El menú es sencillo: filetes de pollo marinados con berenjenas, tomates *cherry* y aceitunas negras, pero, poco a poco, va tomando una pinta increíble.

—No cenaré aquí —anuncia Aitana accediendo a la cocina por las escaleras que la comunican directamente con la planta de arriba—. He quedado para ir a El circo.

Rico rescata el trapo de cocina blanco que se había dejado sobre su hombro y se seca las manos.

—¿Con quién? —pregunta perspicaz.

—Con mis amigas.

—Y son... —deja en el aire.

Aitana lo fulmina con la mirada.

—Las mismas de siempre. Las que están enamoradas de ti —afirma con una sonrisa malvada.

Rico tensa la mandíbula. Imagino que no le hace la más mínima gracia tener a un puñado de adolescentes rondando por aquí o por El circo y suspirando por él.

De pronto cae en la cuenta de algo que parece molestarlo todavía más.

—¿No pensarás salir así vestida?

Aitana se mira a sí misma a la vez que yo lo hago y creo que ambas fruncimos el ceño al

mismo tiempo. Lleva una camiseta blanca con un estampado muy chulo en el centro y una minifalda de lentejuelas doradas. Está guapísima.

—No le pasa nada a mi ropa —dice mientras él sigue observándola.

—Esa falda es cortísima —replica Rico malhumorado.

Aitana abre la boca indignadísima.

—Pues yo creo que está muy guapa —intervengo.

Los dos me miran alucinados, creo que Rico aún más.

—Gracias —dice Aitana sorprendida y feliz.

—¿En serio? —me rebate Rico.

Vuelvo a contemplarla. Los colores combinan, le sientan bien a su tono de piel y la falda tiene un tamaño absolutamente normal.

—En serio —me reafirmo—. Se viste como se visten todas las chicas.

Aitana sonríe de oreja a oreja y Rico resopla todavía más malhumorado.

—Pero todas no son mi hermana.

—¿Ah? —replico impertinente y también divertida, porque, que se esté comportando así, en el fondo, me hace gracia y me resulta muy tierno—, así que de eso va todo esto, de proteger la honra de los León. Eres un neandertal —sentencio volviendo a mi tarea de cortar tomatitos diminutos.

—Puede, pero no va a salir vestida así.

—Tienes razón —contraataco—. Comprémosle un burka. Aitana, ¿por qué no miras en Amazon si los venden? Busca uno que lleve el sello de la Asociación de hermanos mayores —añado burlona. Ella disimula una sonrisa apretando los labios y yo sospecho que me estoy metiendo en un terreno peligroso, pero, ¡por el amor de Dios!, llevo razón. Tiene derecho a vestirse como quiera—. Quizá yo también debería comprarme uno —lo desafío girándome hacia él para que estemos frente a frente, enarcando las cejas.

Rico me mantiene la mirada, pero, tal vez por inercia o tal vez porque su autocontrol le falla, me recorre de arriba abajo. Mi cuerpo se reactiva, pero consigo mantenerlo a raya. Ahora mismo estoy tratando de demostrar una teoría. No puedo tirarme en sus brazos, por muy increíbles que éstos sean (y, santo cielo, ¡lo son!).

Finalmente resopla sonoramente y se separa un paso al tiempo que se pasa las manos por el pelo.

—¿Sabéis qué? —se queja—. No pienso luchar contra las dos, me dais demasiado trabajo.

Aitana da unas palmaditas, encantada por haberse salido con la suya, y yo sonrío satisfecha. Daniela Suárez, defensora de la moda y las minifaldas, ha ganado la batalla.

—Te quiero aquí a la una y media —la advierte.

—Rico —protesta quejumbrosa.

¿En serio? Eso es tempranísimo. Vaya, parece que también soy Daniela Suárez, defensora de las mejores canciones siempre suenan a partir de las dos.

Abro la boca dispuesta a empezar mi discurso, pero Rico me fulmina con la mirada, apuntándome con el índice.

—Ni una palabra —me amenaza.

Yo tuerzo los labios sopesando su advertencia y decido que calladita estoy más guapa.

—Está bien —claudica Aitana.

Antes de volver al piso de arriba, me busca con la mirada y sonríe de nuevo.

—Gracias —articula sin pronunciar sonido alguno, sólo moviendo los labios.

—De nada —respondo de igual forma.

Sube y la cocina se sume en un suave silencio sólo interrumpido por el chisporroteo de los ajos y las cebollas sofriéndose a fuego lento en la sartén.

—Ahora mismo te odio —dice Rico concentrado en los fogones.

—Bueno —respondo concentrada en lo que mis manos hacen—, creo que ya hasta lo echaba de menos.

Suelto una risilla, encantada con mi propia broma, pero el sonido se interrumpe cuando noto una palmada en el trasero, fuerte. ¡Acaba de darme un azote!

Me giro dispuesta a quejarme o a pedirle otro, en estos momentos no estoy muy segura, pero tampoco puedo hacerlo, porque, en un rápido movimiento, Rico se coloca frente a mí y posa sus manos en la barra, flanqueando mis caderas, acorralándome contra la encimera.

—Ni una palabra —repite, pero su voz suena más sensual, más ronca, más trémula.

Mi respiración vuelve a acelerarse y el corazón comienza a latirme tan salvaje que temo que él pueda oírlo.

—Rico —murmuro, y ni siquiera sé construir la frase que viene a continuación, porque mi cerebro, mi cuerpo, todo está a su merced.

—¿Qué? —pregunta torturador.

—No lo sé.

Se inclina un poco más sobre mí. Sus labios están demasiado cerca. Nuestras frentes casi se tocan. A esta ínfima distancia, su mirada atrapa la mía para perderse en mis labios y regresar hasta mis ojos.

—Pues yo creo que sí lo sabes —ruge o me advierte o me desafía. No lo sé. No sé si se está riendo de mí o si desea esto tanto como lo deseo yo—, pero hay un problema.

—¿Cuál? —susurro en un jadeo.

—Los neandertales somos muy rencorosos, malcriada —sentencia contra mi boca y, acto seguido, se separa. ¡Se separa!

¡No me lo puedo creer!

—Eres un malnacido —me quejo empujándolo para que termine de apartarse y pueda recuperar mi espacio personal.

Diligente, reemprendo mi tarea de cortar verduras.

Rico rompe a reír. Ahora es él el que está encantado con su propia broma.

El sonido me hace mirarlo de reojo, conteniéndome por no hacerlo de frente. Suena jovial y divertido y feliz y eso me llena por dentro.

Cuando percibo que da un paso hacia mí, clavo mi vista en los tomates, incluso alzo la barbilla, altanera. No pienso dejar que sepa que me tiene ganada.

Se inclina sobre mí.

—Incluso con un burka, seguirías siendo preciosa —me dice al oído.

Me muerdo el labio inferior con una sonrisa, luchando por no saltar en sus brazos, y siento cómo se aleja y vuelve a prestarle atención a la sartén. Si esto es lo que se siente viviendo un momento de libro romántico, quiero que mi vida la escriba Christina Lauren.

***

Terminamos de hacer la cena y Suso, Pablo, Mati, Rico y yo nos sentamos a la mesa de la cocina. Huele de maravilla, pero lo mejor es que no paramos de charlar y, antes de darnos cuenta, estamos muertos de risa por algo que cuenta Suso y después por algo que responde Pablo.

Aitana baja al salón para recoger su bolso y salir.

—Adiós —se despide.

—Adiós —respondemos casi al unísono desde la cocina.

Sin embargo, cuando tendríamos que haber oído la puerta principal, captamos unos pasos en nuestra dirección y Aitana entra en la cocina, se sirve un plato y se sienta junto a Mati.

—¿Creía que ibas a salir? —pregunta Rico, suspicaz.

Ella se encoge de hombros, restándole importancia.

—He cambiado de opinión.

Rico se queda mirándola, aunque ella ya no le presta atención, y finalmente sus labios se curvan hacia arriba, satisfechos, con una mezcla de alegría y alivio.

—Entonces ¿qué hiciste? —le pregunta curiosa Mati a Suso.

—Me sequé los pantalones y volví a casa —responde como si tal cosa y todos rompen a reír, incluida Aitana.

Los ojos de Rico se encuentran con los míos y yo también sonrío. Es genial estar todos juntos.

***

Después de cenar, nos vamos al salón y jugamos una belicosa partida del mentiroso, donde acabamos haciendo dos bandos, chicos contra chicas, y muriéndonos de risa cuando Aitana pilla a Suso con una montaña de cartas sobre la mesa y otro montón escondido debajo de ésta.

—¿De verdad existe el truco de contar hombros para ponerle el brazo por encima a una chica? —inquiero alucinada.

Hemos decidido ver una peli, *Animales fantásticos y dónde encontrarlos*; incluso hemos hecho palomitas.

—Estas chicas de barrio caro no se enteran de nada —se burla Rico.

—¿Ah, sí? —replico entrecerrando los ojos—, pues quiero ver semejante técnica infalible, rey del extrarradio.

Aitana suelta un silbido y, a continuación, una risilla malvada por la manera en la que pronuncio el mote de su hermano. Sí, he sido insolente, y sí, se lo merecía.

Rico me dedica su media sonrisa, esa con la que me tiemblan las piernas, pero aguanto el tipo, y se endereza sobre el sofá, dejando que su espalda descanse recta sobre la parte homónima del tresillo.

—La cosa va así: ¿alguna vez ha contado hombros, señorita Suárez?

—Tienes que decir que no —interviene Mati en un susurro, acercándose a mí.

—Gracias —le respondo viendo cómo vuelve al lado de Aitana.

—No, señor León —contesto ceremoniosa.

—Pues se hace así: uno —dice señalándose su hombro izquierdo—, dos —continúa con el derecho—, tres —añade tocando el mío izquierdo— y cuatro —concluye y, para tocar el mío derecho, me pasa el brazo por el hombro y lo deja allí.

Observo su brazo, boquiabierta, y después a él.

—Es el truco más malo del mundo —protesto, y los chicos estallan en risas.

—Puede ser —replica Rico, inclinándose sobre mí—, pero siempre funciona.

La peli empieza y todos, salvo nosotros, le prestan atención.

—¿Esta vez también va a funcionar, señor León? —mi voz suena dulce.

Los labios de Rico se inundan de esa tenue sonrisa que he descubierto cuánto me gusta.

—Estoy seguro de que sí, señorita Suárez —responde.

Y, ¿sabéis qué?, creo que yo también. Cómo me gustaría que no estuviéramos hablando sólo del modo en el que me abraza.

Me acomodo bajo su brazo y Rico me estrecha un poco más contra él.

***

Pasadas las doce y media —una partida a la Xbox, una cena, una partida de cartas y una peli después de que Pablo y Aitana terminaran el trabajo—, estoy saliendo de casa de Rico León con mi hermano.

—¿Estás segura de que regresaréis bien solos? —pregunta Rico—. Es tarde.

Unos cuantos pasos por detrás de Pablo, caminamos despacio la breve distancia de escaleras y acera desde su puerta hasta mi coche, aparcado frente a ella. Vamos el uno junto al otro, pero separados por unos prudentes metros de seguridad. Él, con las manos en los bolsillos; yo, abrazando mi cintura.

—Sí, estoy segura —respondo.

Rico tensa la mandíbula, pero finalmente asiente. También estoy segura de que no le hace la más mínima gracia que no le deje que nos lleve.

—Ha sido divertido —digo perdiendo mi vista hacia la casa, con una sonrisa.

—Ha estado bien.

Hemos llegado al coche. Ahora debería montarme, arrancar y marcharme. Mi hermano me espera junto a la puerta. Miro a Rico y sonrío al ver cómo el flequillo revuelto y oscuro le cae sobre la frente. No quiero irme, ésa es la verdad. Quiero decirle que podemos intentarlo, que saldrá bien, pero me da demasiado miedo que él vuelva a decir que no y que esta velada, en la que tengo la sensación de que por fin he vuelto a respirar, se torne triste.

—Buenas noches, Rico —me obligo a pronunciar.

Moverme y alejarme es más complicado, pero también consigo hacerlo. Sin embargo, apenas he hecho el ademán de girarme cuando Rico me frena agarrándome de la muñeca. De nuevo atrapa mi mirada y de un certero tirón me acerca a él. Mi pecho se hincha, acelerado bajo mi camiseta, chocando con su torso, y todo a mi alrededor vuelve a quedar en un segundo plano.

—Debería saber qué decir —susurra demasiado cerca—, pero no tengo ni una jodida idea.

Lo miro a los ojos y disfruto de tenerlo a esta distancia, notando la boca seca, la piel caliente, el corazón desbocado.

—Pues no digas nada —murmuro entregada.

Rico sonríe sexy y duro, incluso un poco cruel, pero, cuando sus labios están a punto de rozar los míos, me separo.

—Las malcriadas también somos muy rencorosas, ¿sabes?

Rico me mira como si no acabase de creer lo que acabo de decir y yo le dedico la sonrisa más impertinente que he puesto en todos los días de mi vida.

Me alejo unos pasos más, disfrutando de esta pequeña victoria, y aprovechó para recrearme un poco en que sea así de guapo. Además, después de quedarme sin beso, necesitaré algo a lo que aferrarme esta noche cuando me esté llamando estúpida por no haberme encadenado a su cama hoy, que he tenido la oportunidad.

—Buenas noches —me despido sin que la sonrisa me abandone, guiñándole un ojo.

Entro en el vehículo y, mientras arranco el motor de mi A1, Pablo también lo hace.

—Buenas noches —responde.

En sus ojos marrones cabalgan tantas emociones que soy incapaz de atrapar ninguna, pero veo una chispa brotar llena de deseo en el fondo de ellos. Estoy segura de que Rico León ya está urdiendo su venganza.

***

Ya a solas en mi habitación —en realidad, desde que salí de casa de Rico, o puede que incluso

antes, no lo sé—, no puedo dejar de sonreír. Es cierto que no hemos hablado de lo nuestro, que las palabras que dijo en mi puerta siguen ahí, pero también hemos estado juntos, a punto de besarnos, y no quiero plantearme cómo, ni cuánto, va a durar, sólo disfrutarlo.

***

La mañana del sábado la utilizo para darle forma a unas cuantas ideas que he tenido en el trabajo. Por supuesto, en la oficina, mi jefe ni siquiera quiso escucharlas, pero sé que son buenas y no voy a rendirme.

A eso de la una, cuando está sonando a todo volumen, desde los cascos de mi teléfono, *Unpredictable*, de Olly Murs y Louisa Johnson —la música me ayuda a concentrarme—, recibo un whatsapp de Mayúscula.

¿Comemos juntas?

Claro.

Te espero en el Peggy Sue's. Me apetece una hamburguesa enorme.

Sonrío, apago Spotify y me calzo mis deportivas.

Más o menos unos veinte minutos después, estoy pasando por delante del Kinépolis; el nuevo Peggy está prácticamente al lado.

—¿Cómo estás? —me pregunta Mayúscula con voz lastimera, levantándose y acercándose a mí con los brazos estirados para darme un abrazo en mitad del local.

No la culpo. Esta semana he estado más bien triste y, aunque he intentado que no se me notase, haber respondido las últimas cinco llamadas de FaceTime con la nariz roja y los ojos llorosos supongo que no ha ayudado.

—Estoy bien —respondo con una sonrisa, dejando que me abrace.

—¿Cómo que estás bien? —inquiere suspicaz, apartándose para poder verme la cara mientras contesto—. ¿Y eso?

—Pues yo...

—No habrás hecho lo que dijo Sandrita, ¿verdad? —me interrumpe, alarmada.

—¡No! —contesto al borde de la risa.

El plan de Sandrita consistía, y notad que no he usado la palabra *básicamente* porque éste era el plan puro y duro sin detalles adyacentes, en beber hasta caer rendidas, a poder ser con algo cuya borrachera te hiciera perder el sentido, como absenta, el licor ese chino con el lagarto muerto o anís del barato, y tener sexo indiscriminado con todo aquel que nos diese la oportunidad. Según mi queridísima amiga, beber y follar son las dos únicas cosas que nos reconducen a nuestro animal interior y, por tanto, a la felicidad. Yo creo firmemente que el suyo es una mezcla entre el rey Julien, de las pelis de *Madagascar*, y *Kung Fu Panda*.

Después del alivio por mi negativa, Mayúscula me mira esperando a que continúe.

—Yo... —pienso en explicarle todo lo que pasó ayer con Rico y que me muero porque llegue mañana y Pablo y Aitana tengan que verse otra vez para terminar el trabajo—. No lo sé, es sólo que estoy mejor —me rindo, ergo miento.

No me gusta tener secretos con las chicas, pero prefiero guardarme esto sólo para mí. No tengo ni la más remota idea de qué estamos haciendo, no sé cuánto va a durar, ni siquiera sé si se trata de una tregua que Rico decidió concedernos ayer y aún piensa que estar juntos, de la manera que sea, sería un error... y, mientras no pueda responder algunas de esas preguntas, lo que pase con él será mi pequeño secreto con el mundo.

Mi amiga me mira suspicaz, pero decide darme cancha.

Nos sentamos a la mesa que ya ocupaba Mayúscula, una al lado del ventanal. No necesito mirar la carta, ya sé lo que quiero —algo con mucho queso y mucho bacón—, así que echo un vistazo a mi alrededor.

—¿Por qué hemos quedado para comer tan temprano? —le pregunto; apenas son la una.

—Porque estaba cansada de dar vueltas —responde echándose su melena lisa rubio platino a un lado, con los ojos en la carta—. Furia ha ligado y me ha echado de casa esta mañana ¡a las ocho! No me ha dejado ni llevarme un *croissant* a la boca.

—Te ha *sexiliado* —concreto divertida.

Mayúscula asiente con los labios torcidos.

—Lo que hay que hacer por las amigas —se lamenta—. Por cierto —añade cayendo en la cuenta de algo—, hablando de eso: vuelvo a ser la chica de la bandera en la carrera de esta noche, ¿vendrás?

—Sí —respondo prácticamente antes de que termine la frase.

Ella vuelve a mirarme con esa mezcla de perspicacia a lo Jessica Fletcher y suspicacia tipo Colombo.

—Pensé que dirías que no, por Rico y todo eso.

Me encojo de hombros, esforzándome en disimular que no tiene la más mínima importancia.

—Tú lo has dicho —replico simulándome hastiada—, lo que una tiene que hacer por las amigas.

Mayúscula me mira y al final asiente al tiempo que me señala; que haya sido sexiliada, claramente ha jugado a mi favor en esta conversación. ¡Hay carrera esta noche!

***

Me paso la tarde decidiendo qué ponerme. ¡Estoy demasiado nerviosa! Como ya se ha convertido en una tradición, ceno algo rápido y, a las once y media, estoy montándome en un Uber camino del barrio; cada vez que lo digo me siento como si estuviera en una canción de J. Balvin.

Cuando el coche me deja en la explanada de El circo, no puedo evitar que un jadeo de

admiración se me escape. El submundo de carreras ilegales que tienen montado aquí es alucinante. Ya hay al menos un centenar de personas esperando a que empiece y una docena de coches espectaculares están aparcados, relucientes, como si fueran a posar para su propio catálogo. Sin embargo, el que resalta sobre todos los demás es el Mustang negro de Rico... y no se trata de que sea el más moderno, el más llamativo o el más caro, son simplemente las ideas de clase, atractivo y caballos salvajes asociadas a un coche.

—Hola —me saluda Mayúscula, acercándose a mí.

Sonrío y asiento con vehemencia al ver su modelito: un maravilloso traje de lentejuelas en tonos metálicos grises y azules. Además, lleva los ojos ahumados, el pelo cardado y, para rematar, unos taconazos de infarto.

—Estás que te sales.

Ella me hace un gesto con la mano, pidiéndome que no diga tonterías, pero no puede evitar sonreír de oreja a oreja.

—Tú sí que estás guapa.

Me encojo de hombros y, nerviosa, miro mi *look:* vestido negro ajustado, perfecto rojo y botas militares negras. Me he recogido el pelo en una coleta, dejándome el flequillo sobre la frente, y me he maquillado de una manera muy básica, salvo los labios, donde me la he jugado pintándomelos de rojo *pin-up.* Quería verme guapa para sentirme más segura de mí misma. Seguro que todas entendéis a lo que me refiero.

—¿Cuándo empieza la carrera?

Mayúscula mira a su alrededor.

—Supongo que en unos minutos.

Yo también echo un vistazo a la explanada, en teoría mirando donde Mayúscula lo hace; en la práctica... dejémoslo en que tengo un objetivo más concreto, pero no hay rastro de Rico.

Estoy muerta de sed, obra de mis propios nervios. Vuelvo a observar todo el tinglado. Realmente no me parece que la carrera vaya a empezar en los próximos minutos.

—Voy a entrar a buscar algo de beber —le digo.

—Furia está en la barra —me informa.

Asiento y me dirijo a la entrada principal, pero no puedo evitar resoplar al ver una cola inmensa. Estoy a punto de desistir cuando recuerdo que hay un acceso trasero, el mismo por el que Rico y su amigo salieron el día de la primera carrera. Doy un paso atrás para orientarme con respecto al gigantesco edificio y echo a andar, rodeándolo. No tardo en llegar a una especie de callejón. El murmullo de la gente que espera la carrera o entra en el local sigue en el ambiente, pero más lejano. Camino un par de metros más.

Más oscuridad.

Más silencio.

Y una mano rodea mi muñeca tirando de mí y empujándome contra la pared. Mi cuerpo se enciende de golpe, brilla, y cada centímetro de mí sabe que esos dedos, esa actitud, le pertenecen

a él.

Su cuerpo me estrecha contra la pared y sus manos vuelan por mis costados hasta mis caderas, dibujando mi piel y tornándola caliente, húmeda, febril.

—¿Crees que hay alguna posibilidad de que me concentre en la carrera viéndote así vestida, malcriada? —ruge clavando sus dedos en mi trasero y levantándome a pulso, encajándome en su cintura.

Yo reacciono con la respiración acelerada y la sangre martilleándome en los oídos, lo rodeo con las piernas y, en una milésima de segundo, estamos demasiado cerca como para seguir manteniendo la cordura.

—Vas a volverme completamente loco —susurra contra mi boca.

Me toca como si necesitara hacerlo tanto como necesita respirar. Su aliento calienta mis labios, mis mejillas, mi cuello. Hundo la cara en el suyo. Es como jugar a un juego que sabes que va a acabar antes de que puedas ganar, pero eso no te disuade, sólo hace que todos tus movimientos sean más desesperados, más rápidos, más hambrientos.

Mis manos temblorosas recorren su pecho y Rico reacciona moviendo las caderas, consiguiendo que la fricción me mande de una sola embestida al paraíso.

Echo la cabeza hacia atrás hasta chocar contra el muro, tratando de controlarme, pero no soy capaz y mis muslos se mueven, rozándose con las suyos, buscándolo.

Rico sonríe con malicia, me sujeta de la barbilla y me inmoviliza contra la pared a la vez que se queda muy cerca, con su pecho contra el mío, con sus caderas contra las mías, con su mano posesiva y visceral en mi trasero.

—Deséame suerte —me ordena contra mis labios con la voz entrecortada.

Está luchando por no perder el control y yo sólo quiero que lo haga.

—Creí que no la necesitabas —murmuro.

—Hay cosas que creía que no necesitaba, malcriada —sentencia mirándome a los ojos, permitiéndome casi sentir sus labios—, y estaba jodidamente equivocado.

Todo me da vueltas. «Por favor, bésame.»

—Suerte —logro pronunciar, haciendo uso de toda mi dispersa concentración.

Él sonríe sexy, canalla, tenue, duro, arrogante. Despacio, deja que mis pies regresen al suelo, se separa y, sin mirar atrás, se aleja de mí.

Me quedo contra la pared, observando cómo se marcha y tratando de recuperar el aliento, poner mi libido a raya y, de paso, que el mundo deje de tambalearse bajo mis pies.

—¿Estás bien? —me pregunta Mayúscula con el ceño fruncido al verme llegar—. Estás como... encendida.

Asiento tratando de concentrarme en ella, pero es imposible. Sonrío torpe y obligo a mi cerebro a idear una mentira mínimamente creíble; algo muy complicado por el estado de mi cuerpo, que se agrava cuando me doy cuenta de que Rico está apoyado, casi sentado, en el capo de su Mustang, con los brazos cruzados sobre el pecho y aún más guapo y macarra que hace

cinco condenados minutos. Está hablando con Héctor, pero sabe que estoy aquí. Lo tiene todo controlado.

—Sí... he intentado colarme —respondo—. Hay muchísima gente.

—Tendrías que haber usado la puerta de atrás —replica dándome una suave palmada con el reverso de la mano.

—¿Ah?, pero ¿hay una puerta de atrás? —comento nerviosa—. No, no lo sabía.

Rico lleva su mirada hasta mí, dejando de prestarle atención a su amigo, que continúa hablándole, y yo vuelvo a sentir ese calor inconmensurable, todo el deseo devorándome despacio. Entreabro los labios porque necesito darle una salida a todo lo que siento.

Él se mantiene imperturbable, indomable, pero puedo sentir cómo su cuerpo se tensa, cómo toda esa lucha por contenerse sigue ahí, y eso me parece atractivo y sexy y me hace sentir especial, porque significa que no puede elegir mantenerse alejado de mí.

—¡Extrarradio! —grita el mismo chico de color de siempre, subido al mismo Chevrolet azul —. ¡¿Estáis preparados para una carrera de verdad?!

La gente estalla en vítores y aplausos. Rico aparta la mirada y vuelve a centrarse en lo que sea que Héctor le está diciendo; chocan las manos como los pandilleros de las películas y su amigo se aleja. Ya solo, Rico pierde su mirada al frente; aún tiene los brazos cruzados y ese halo de atractivo y peligro que siempre lo acompaña parece hacerse un poco más grande.

Ladea la cabeza y sus ojos vuelven a atrapar los míos.

—¡Pilotos! —grita el chico sobre el coche—. ¡A sus puestos de combate!

Nos miramos un segundo más; ahora mismo quiero decirle muchas cosas: que volvamos a ese callejón, que podemos tener una oportunidad, que por favor tenga mucho cuidado.

Rico se levanta y, desbordando seguridad en sí mismo, rompe nuestro contacto visual y entra en el vehículo.

Los motores empiezan a rugir.

—Es mi momento —me avisa Mayúscula, entusiasmada, echando a andar hacia la porción de calzada delante de los coches.

Sonrío y la sigo con la mirada. Los faros la iluminan. Alza las manos. Estoy nerviosa. Sé que es el mejor, pero también sé que la carrera será tan peligrosa como las demás.

—¡Preparados! ¡Listos!...

Clavo mis ojos en el Mustang. Va a ganar esta carrera por sus hermanos.

—¡Ya!

Los coches aceleran y salen disparados bordeando a Mayúscula. Todos rompen en aplausos y yo también. Va a ganar. No tengo una mísera duda.

—¿Qué tal lo he hecho? —me pregunta mi amiga.

—Has estado genial —contesto con una sonrisa—. La mejor chica del pañuelo que he visto nunca.

—Muchas gracias.

El chico del Camaro se baja y rodea el propio vehículo hasta el maletero, donde una chica y otro hombre algo más joven tienen abiertos dos portátiles. Estoy segura de que, desde esos ordenadores, y con algún sistema de vigilancia, controlan que los pilotos lleguen hasta el punto indicado y regresen sin coger ningún atajo.

—¿Cuánto suele durar una carrera? —le pregunto a Mayúscula.

Las veces que la he corrido no he tenido ningún sentido del transcurso del tiempo. No sé si hemos corrido diez minutos o dos horas enteras.

—Unos veinte minutos.

Resoplo. No quiero esperar tanto. En ese mismo momento, Héctor, el amigo de Rico, entra en mi campo de visión. Tiene una tablet en las manos. Quizá él también esté siguiendo la carrera desde ese dispositivo.

Decidida, voy en su dirección.

—Hola —lo saludo deteniéndome frente a él—. Eres Héctor, ¿verdad?

Levanta la cabeza del iPad y me observa. Un segundo después, sonríe.

—Y tú eres Daniela, la exnovia de Hugo y la chica que le pide a los chicos que la lleven al centro.

Su sonrisa se ensancha y yo abro la boca dispuesta a decirle que era una emergencia, porque, obviamente, no suelo ir por ahí pidiéndole a cualquier tío que me encuentro que haga de taxista para mí.

—Estaba bromeando —me interrumpe—. Deduzco que debió de ser algo importante.

Es muy guapo y parece muy simpático. Es una de esas personas que te caen bien al instante.

—Lo fue.

Él vuelve a sonreír.

—¿En qué puedo ayudarte?

—Me preguntaba si estabas siguiendo la carrera con la tablet.

Héctor mira hacia el aparato por inercia.

—Sí. Cada coche lleva un localizador para que puedan controlarlos —me explica, señalando vagamente los ordenadores sobre el maletero del Chevrolet—. Yo sigo el de Rico.

Justo lo que quería oír.

—¿Te importa si la veo contigo?

—No, claro que no.

Héctor se desliza un poco sobre el maletero del coche gris marengo en el que está sentado y me acomodo a su lado. Reactiva la pantalla y un mapa de la zona de Vallecas aparece frente a nosotros. Una luz parpadea en una de las calles.

—Ése es Rico —me aclara, y yo asiento.

Durante los siguientes diez minutos vemos la luz moverse sin descanso, pero sin previo aviso se detiene a unas ocho calles de aquí. Automáticamente miro a Héctor.

—No te preocupes —dice rotundo—, puedo haber perdido la señal.

Teclea veloz en la pestaña de ajustes del programa, pero, cuando el mapa se refresca, el punto sigue en el mismo sitio.

Héctor se baja de un salto y camina hasta el Chevrolet. El chico de color lo sigue con la mirada y semblante serio y parecen tener una conversación telepática.

—Céntrate en el coche de Rico —le ordena a la chica.

Héctor y yo nos acercamos a los ordenadores y vemos el mismo mapa... con la luz azul fija en el mismo sitio.

—Pasa a las cámaras de seguridad.

La chica teclea algo y el mapa pasa a ser imagen real. Me llevo la palma de la mano a la boca y contengo un gemido. No puede ser. No puede ser. El coche de Rico está atravesado en mitad de la calzada, con el frontal del copiloto hundido. Le han golpeado y, si el coche está detenido de esa manera, lo más probable es que esté herido o inconsciente.

—Tengo que ir a buscarlo —respondo haciéndome eco de lo único en lo que puedo pensar.

Sin dudarlo, echo a correr repasando el mapa en mi cabeza. Quizá necesite un médico, una ambulancia. Acelero el ritmo.

—¡Sube! —me grita Héctor deteniendo un coche frente a mí.

No hago preguntas y obedezco. Necesito estar con Rico ya.

Apenas hemos entrado en el entramado de calles del centro del barrio cuando nos cruzamos con media decena de coches a una velocidad de vértigo. Son los otros participantes de la carrera.

—Date prisa —pronuncio revolviéndome en mi asiento—. Más deprisa.

Héctor esquiva los coches como puede, pasamos un puñado de calles, giramos por otras tantas... ¡Por Dios! Se me está haciendo eterno. ¡Necesito verlo! ¡Necesito saber que está bien!

—¡Allí! —grito señalando el Mustang a través de la luna delantera.

Héctor aún no ha detenido el vehículo del todo cuando me bajo de un salto y corro hacia Rico. No tardo en descubrirlo en su asiento, inconsciente, con una brecha en la frente de la que mana sangre que le mancha la mejilla, el cuello y su camisa negra.

—¡Héctor, date prisa! —chillo desesperada.

Abro la puerta, pero no sé qué hacer. Su amigo llega hasta nosotros corriendo.

—Joder —sisea al verlo.

Con habilidad, se inclina sobre él y le coloca el índice y el corazón en el cuello.

—Respira —dice al cabo de unos segundos.

Y yo, que no había contemplado esa posibilidad, de golpe estoy ínfimamente más aliviada y muchísimo más nerviosa. ¡Dios! ¡Podría haber muerto!

Héctor intenta arrancar el coche, pero el motor no reacciona.

—Hay que sacarlo de aquí antes de que venga la policía —me indica desabrochándole el cinturón y asegurándose de que no caiga hacia delante y se golpee de nuevo.

—¿Estás loco? —protesto—. No podemos moverlo.

—Ayúdame a sacarlo —continúa, ignorando por completo mis palabras.

—¿Acaso no me has oído? —replico con más vehemencia—. Quizá necesite una ambulancia, un médico.

¡Es una locura! ¡Puede tener lesiones internas, una hemorragia!

—¡Héctor! —trato de frenarlo.

—¡Si la policía lo coge, acabará en la cárcel! —estalla.

¿Qué?

Abro la boca dispuesta a decir algo, pero ni siquiera sé el qué.

—Ya lo pillaron una vez corriendo una carrera ilegal cuando uno de los tíos que perdió lo denunció. Tiene antecedentes. Si lo detienen de nuevo, lo encerrarán y le quitarán a sus hermanos.

Las palabras de Héctor caen como un jarro de agua fría sobre mí y en ese segundo exacto algo toma el control en mi interior.

—Seguro que conoces a alguien que pueda comprobar que está bien, le cure la brecha y no haga preguntas. Llévalo allí —le ordeno—. Yo me quedaré aquí y diré que conducía yo.

—Dani, no...

—La policía encontrará el coche, comprobará la matrícula y sabrá que es de Rico. Lo buscarán, lo verán herido y descubrirán que conducía él. Necesitamos engañarlos.

Héctor me observa con la mandíbula apretada y las manos en las caderas. Odia mi plan, pero sabe que tengo razón. Les sería demasiado fácil llegar hasta Rico.

—Joder —masculla entre dientes al tiempo que se pasa la mano por el pelo—. Ten mucho cuidado y no digas nada. No pueden obligarte a hablar y, siendo tu primer delito, no tendrán más remedio que soltarte en unas horas.

Asiento.

Lo ayudo a sacarlo del coche y, con cuidado, lo llevamos hasta el vehículo en el que hemos venido. Rico murmura algo y se revuelve, pero no llega a despertarse. Cuando la puerta del copiloto encaja en su lugar, Héctor se vuelve de nuevo hacia mí.

—¿Estás segura de esto? —me pregunta.

Vuelvo a asentir. Es como el día de la carrera, con la adrenalina saturándolo todo, sólo que ahora los motivos son completamente diferentes.

—No va a pasarte nada.

—Lo sé —contesto, y miento, pero no me importa. Sé por qué estoy haciendo esto.

Una sirena de policía se oye a los lejos. Uno de los vecinos, seguramente asustado por el ruido, debe de haberlos llamado.

—Marchaos ya —lo apremio.

Héctor se monta en el coche y desaparece calle arriba. Yo hago lo mismo en el Mustang, ajusto el asiento a mi altura, me revuelvo el pelo y agarro con fuerza el volante. Unos segundos después, el ruido se hace más fuerte y las luces azules refulgen en mitad de la noche.

Estoy asustada, pero eso tampoco me importa.

10

Daniela

Nunca había estado en unos calabozos. No los imaginaba así, son... normales. Una habitación, con un banco. Si no fuera por los barrotes, podría ser una sala de espera. Supongo que ésa es la idea, que las rejas te impidan ver el bosque o, lo que es lo mismo, olvidar que estás aquí y por qué.

—Daniela Suárez —me llama un policía abriendo la celda—, puedes marcharte.

Asiento y me levanto. Firmo unos papeles en la planta de arriba y me recuerdan que deberé presentarme en el juzgado en quince días.

Me devuelven mis pertenencias y me dejan salir.

Cuando me veo en la puerta de la comisaría, libre, doy un largo suspiro, aunque no estaré tranquila del todo hasta que sepa que Rico está bien. Bajo los primeros escalones y, de inmediato, una voz llama mi atención. Es él.

Está al final de las escaleras de piedra gris que separan la acera de la comisaría de la policía nacional del distrito Madrid-Villa de Vallecas. Lleva la misma ropa, la camisa negra y los vaqueros gastados. Le han cosido la brecha, pero sigue teniendo pequeñas manchas de sangre seca en el cuello.

Desde aquí ya puedo notar lo cabreado que está, incluso lo acelerado y nervioso, aunque esa capa de amenazadora seguridad le haga disimularlo a la perfección.

—Debería haber salido ya —le exige al hombre que hay frente a él—. ¿Por qué coño tardan tanto?

Involuntariamente una suave sonrisa se apodera de mis labios, porque está bien y porque está preocupado por mí.

—Cálmate, León —le pide alzando suavemente las manos.

Sin embargo, esas dos palabras provocan el efecto contrario y el enfado de Rico sube un escalón más.

—No se te ocurra pedirme que me tranquilice —le advierte conteniendo en la voz el mismo sosiego que precede a la tormenta—. Entra ahí y tráemela o iré yo mismo a buscarla.

No creo que nadie pueda dudar que sería capaz de hacerlo, igual que estoy segura de que el otro tipo es un policía y que Rico cumplirá su amenaza, así que reemprendo mi camino.

—Y eso sería muy inteligente, ¿verdad, León? No soy gilipollas, sé que tú conducías el Mustang. Me las he apañado para que le den el caso al agente más novato e ingenuo que he

encontrado para que no se dé cuenta de lo mismo que me he dado cuenta yo, así que cálmate.

—Sácala.

—Hola —digo deteniéndome a unos escalones de distancia de los dos.

Mi única palabra le hace dirigir de inmediato su mirada hasta mí y tengo la sensación de que el alivio lo recorre de pies a cabeza en un solo segundo.

—Malcriada —susurra, y su voz suena diferente a todas las veces que ha pronunciado esa palabra antes.

Devora la distancia que nos separa y toma mi cara entre sus manos.

—¿Estás bien? —pregunta acelerado.

—Sí, estoy bien.

Parece no creerme y desliza sus manos por mi cuello, mis hombros, mis brazos, girándolos para asegurarse de que no tengo ningún rasguño.

La cálida sensación de sentirme protegida vuelve, inundándolo todo. Ni siquiera me importa haber acabado en el calabozo, el juicio o la multa. Lo he hecho por él y él estaba a punto de pelearse con una comisaría entera por mí.

—¿Y tú? —inquiero fijándome en su cicatriz. Le deben de haber puesto ocho puntos al menos.

—No es nada —dice restándole importancia.

—¿Cómo que no es nada? —replico—. Estabas inconsciente. ¿Qué fue lo que pasó?

—Intentaron sacarme de la carretera... y lo consiguieron —gruñe entre dientes.

—¿Y pueden hacer eso? —demando molesta. ¡Es juego sucio!—. ¿Qué pasa con las normas?

Rico me observa en silencio y sus ojos marrones se llenan de ternura y un suave punto de condescendencia. Sólo entonces me doy cuenta de lo que he dicho.

—Obviamente, en las carreras ilegales, no hay normas. Soy idiota —me riño.

—No —prácticamente me interrumpe acelerado, como si su enfado hubiese vuelto de golpe —, lo que eres es...

Rico se frena a sí mismo con su mirada todavía sobre la mía y todas las emociones se recrudecen, se mezclan con otras nuevas. Está cabreado, frustrado; siente impotencia, siente deseo, siente algo a lo que ni siquiera puedo ponerle nombre.

—¿Qué?

Quiero saberlo.

Pero puedo ver el segundo exacto en el que recupera su autocontrol y tengo claro que no va a contestarme.

—Vamos —dice cogiendo mi mano y tirando para que lo siga—, te llevo a casa. Necesitas descansar.

No protesto. Después de todo lo que ha pasado, sólo quiero sentirlo cerca. Me da igual que sólo tenga su mano contra la mía y un viaje en coche.

Nos dirigimos al Polo de Héctor. Rico me abre la puerta trasera y espera paciente a que me

monte. Su amigo está tras el volante.

Mi mirada se encuentra con la de Héctor a través del espejo retrovisor. Sonrío para indicarle que todo ha ido bien. Él me devuelve el gesto, pero no es muy efusivo. Rico sube también y entonces me doy cuenta de que Héctor tiene la nariz morada, con varios puntos de aproximación en ella, como si le hubiesen dado un golpe fortísimo.

—¿Qué te ha pasado? —pregunto echándome hacia delante.

—Que tengo que aprender a tener mejores ideas —gruñe arrancando el vehículo.

Rico lo observa de reojo y, a continuación, clava su mirada al frente y de ese puñado de gestos obtengo mi propia revelación. Casi le parte la nariz a su amigo por permitir que fingiera que la que conducía era yo. Me dejo caer sobre el asiento y una sonrisa se cuela en mis labios, aunque soy plenamente consciente de que es lo último que debería hacer. ¡Es un neandertal! Me muerdo el labio para dejar de sonreír. ¡Debería enfadarme con él, no sonreír! Pero ¿qué me pasa?

«Que estás encantada.»

Ninguno de los tres vuelve a pronunciar palabra, pero sé perfectamente lo que Rico está pensando. Odia haberme metido en este lío. Lo conozco lo suficiente como para saber que no es de esa clase de personas que permite que otros carguen con su culpa o sus responsabilidades.

Llegamos a mi casa en silencio y relativamente pronto. El tráfico se ha portado bien.

—Gracias por traerme —le digo a Héctor antes de bajar.

Él me hace un gesto con la mano quitándole importancia.

—Buenas noches, Dani —se despide.

—Buenas noches.

Salgo y camino despacio hasta la puerta mientras oigo cómo Rico también se baja y camina hasta mí.

—¿De verdad que estás bien? —pregunta deteniéndose a una distancia prudencial, demasiado prudencial.

Voy a contestar que sí, pero mi móvil comienza a sonar. Lo saco del bolso y frunzo el ceño al ver el nombre de mi padre iluminarse en la pantalla.

—Lo siento —me disculpo—, pero tengo que cogerlo. Están en Kenia y quizá les ha pasado algo.

Rico asiente al tiempo que descuelgo.

—¿Diga...?

—¿Dónde demonios estás, Daniela? —Mi padre suena más enfadado de lo que nunca lo había oído.

—A punto de entrar en casa. ¿Por qué? ¿Le ha ocurrido algo a Pablo?

Mis nervios crecen veloces devorándolo todo y, de pronto, pienso lo peor... que haya ocurrido algo y no hayan podido encontrarme, que esté enfermo...

Rico da un paso hacia mí, preocupado al oír mi frase.

—¿Pablo? —repite malhumorado—. Pregúntate mejor qué te está ocurriendo a ti. ¿Qué hacías

corriendo una carrera ilegal?

Cierro los ojos, mortificada. Se ha enterado. Debí imaginar que lo haría. La diplomacia, si algo te consigue, son contactos y, si eres tan previsor como mi padre, cuando pasas tanto tiempo fuera te aseguras de tenerlo todo supervisado dentro.

—Papá, ha sido una estupidez —trato de hacerle entender—. No estoy herida. Sólo han sido unas horas de calabozo.

Rico, pendiente de mi conversación, entiende de inmediato qué es lo que está pasando y todo su cuerpo se tensa. Al lío con la justicia tiene que sumarle el lío con mis padres. Sabe que los dos son por ayudarlo a él y lo detesta.

—¿Cómo puedes hablar así? ¿Qué te está pasando, Daniela?

—No me está pasando nada. No le des más importancia de la que tiene.

Sé que no es la mejor respuesta, pero no quiero mantener esta conversación delante de Rico.

—Primero el accidente de coche, ahora esto —contraataca—. Las dos cosas en el mismo barrio.

—No tiene importancia, de verdad. Por favor, créeme, papá.

—¿Desde cuándo frecuentas esos lugares?

—No lo sé.

—¿Qué quieres decir con que no lo sabes?

Que lo tengo perfectamente claro, pero no quiero seguir hablando de esto ahora porque el responsable de que haya pisado la explanada de El circo más de una vez está justo delante. Qué liberador sería poder decir lo que necesitamos decir en cada momento.

—Daniela —me presiona.

—Papá, por favor...

Me paso la mano por la frente; estoy comenzando a agobiarme.

—¡Contéstame!

—¡Vallecas es un lugar tan bueno como cualquier otro! —estallo.

Mi mirada se cruza con la de Rico y puedo ver cómo aprieta los dientes, cómo sus ojos se llenan de demasiadas cosas. Eso era lo último que quería, que se sintiera más culpable, que volviera a pensar esa estupidez de que somos demasiado diferentes porque vivimos en mundos completamente opuestos.

—Papá, por favor, ¿puedo llamarte luego? Estoy en la puerta de casa y no soy capaz de abrir.

—Tienes un minuto, Daniela —sentencia.

Asiento, aunque soy consciente de que no puede verme, y cuelgo.

—Rico, lo que he dicho...

—Deberías descansar —me interrumpe, y suena frío, distante.

Suelto un profundo suspiro y alzo las manos al tiempo que abro la boca dispuesta a decirle que no sea tan tonto, que no se quede con eso, pero Rico no me da opción. Se inclina sobre mí y,

cogiéndome de la nuca, me da un beso en la mejilla, muy cerca de mis labios. Un beso que dura más de lo necesario, que vuelve a hacer brillar mi piel, pero que también sabe a despedida.

Sin decir nada más, se separa y se dirige al Polo. Yo doy un paso hacia él, pero tampoco sé qué decir, ni siquiera si debería hacerlo. No tendría que importarle lo que piense mi padre, la calle en la que esté mi casa o la suya. Observo cómo sube al coche y después cómo se aleja y me doy cuenta de que, a pesar de todo, los dos hemos vuelto a perder.

La conversación con mi padre es horrible y larga. Intento explicarle que lo que ha sucedido ha ocurrido por un buen motivo, que no he perdido la cabeza, pero él no para de repetir que estoy haciendo las cosas mal, que no sé elegir. Sé que me equivoco cuando le digo que, si no sé elegir, al final es mi problema porque tengo veintiséis años y me siento como si midiera dos centímetros cuando él responde que, mientras siga bajo su techo, tendré que acatar sus normas.

Mi primera reacción es gritarle que me marcharé esta misma noche, pero, casi tan rápido como esa idea atraviesa mi cerebro, pienso en Pablo. No puedo dejarlo solo. Por mucho que Dolores sea genial y nos quiera, no es nuestra madre y yo no me alejaría de él por nada del mundo.

Me toca admitir que estoy equivocada, aceptar que fiscalice todos mis movimientos e incluso prometerle que no volveré a acercarme a El circo. Soy consciente de que es una promesa que no pienso cumplir y eso no me ayuda a sentirme precisamente mejor. Nunca me he comportado así con mi familia. Siempre he sido transparente para ellos. Todo está cambiando demasiado deprisa.

Cuando cuelgo, rompo a llorar. Creo que nunca he estado tan triste.

***

Me levanto con un dolor de cabeza enorme y los ojos hinchados. Me doy una ducha larguísima y, ya vestida y con el pelo aún húmedo, me siento en la cama simplemente a pensar. Desde que decidí ir a El circo con Hernán para animar a Keti, muchas cosas han cambiado. Nunca me imaginé compartiendo más de dos minutos con Rico, mucho menos todo lo que vino después, pero tampoco me imaginé siendo tan feliz sólo por estar cerca de alguien, tan completa sólo con un beso.

Me calzo y decido ir a dar una vuelta por Madrid... perderme en sus calles, como una gotita más en un mar inmenso de personas, coches y luces. Las ciudades son como un refugio, un lugar donde sentirte menos solo y, al mismo tiempo, poder escucharte a ti mismo. La Puerta del Sol, la Corredora, la Plaza Mayor y todas las callecitas de alrededor... hasta que, con los cascos puestos y con el sabor de cada barrio en los zapatos, llegas al puente de Joaquín Costa, alzas la cabeza y te topas cara a cara con Madrid. Ésta te pregunta «¿y ahora qué?», y respondes «no tengo ni la más remota idea, pero no pienso rendirme».

Las chicas nunca nos rendimos.

***

Regreso a casa y recojo a Pablo. Tengo que llevarlo a casa de Rico para que Aitana y él terminen el trabajo. Pienso en preguntarle a Dolores si puede encargarse ella, incluso en pedirle el favor a una de las chicas, pero después me doy cuenta de que no tengo por qué. No voy a esconderme. No voy a agachar la cabeza. Ayer tuve la sensación de que Rico se estaba despidiendo de mí; sería genial saber si fue así.

Esa premisa no quita que esté hecha un flan cuando llamo a su puerta, pero logro disimularlo.

—Hola —nos saluda Aitana al abrir.

Algo dentro de mí suspira decepcionado porque no sea Rico. Quizá ha recordado que teníamos que venir y ni siquiera está en casa.

—Hola —respondemos.

—Entrad —nos invita con un movimiento de mano y echando a andar hacia el salón.

La seguimos y, en el interior de la casa, de inmediato me siento cómoda, bien.

—Vamos a arriba —le dice a Pablo, que asiente—. ¡Rico, Dani está aquí! —grita a la cocina, justo antes de perderse escaleras arriba.

La decepción se transforma en más nervios; la comodidad, en mariposas en la boca de mi estómago. Está aquí.

A los pocos segundos, Rico sale de la cocina con el paso lento, casi cadencioso, y se detiene a unos metros de mí. Si no fuera una locura, diría que su cuerpo ha protestado cuando lo ha hecho y, si no fuera otra locura, juraría que él también está inquieto.

Debería decir que Pablo está arriba, que nos marcharemos en cuanto termine y cosas más importantes, como que tenemos que hablar o preguntarle si de verdad se estaba despidiendo cuando me besó ayer, pero todo se diluye en sus viejos Levi’s y en su camiseta de tirantes blanca.

Rico también me barre con sus espectaculares ojos oscuros y otra vez el espacio entre los dos parece llenarse de demasiadas cosas.

—Ven —dice al fin y, sin darme oportunidad a responder, se dirige de vuelta a la cocina.

Dejo escapar un suspiro y sigo sus pasos. Muchas otras ideas se agolpan en mi cabeza, como que lo seguiría donde quisiese llevarme, pero intento no pensar en ellas ahora. No puedo hacerme más ilusiones hasta saber qué piensa él realmente.

La cocina huele a salsa de tomate y está impregnada de un suave calor. Rico está de frente a la isla, cortando verduras sobre la tabla. Cuando me detengo tras él, sus hombros se tensan imperceptiblemente y por un momento el sonido del cuchillo atravesando la zanahoria y calando en la madera pierde el compás.

Tomo aire de nuevo. Lo siento demasiado cerca. Todo es demasiado eléctrico. El deseo pesa más.

Dejo mi pequeño bolso sobre uno de los muebles y, en silencio, cojo un cuchillo, me colocó a

su lado y empiezo a cortar otras verduras. Rico me observa unos segundos que se me hacen eternos, porque sus ojos sobre mi piel me complican mucho más el pensar, incluso el respirar, y vuelve a centrarse en sus manos. El siguiente puñado de minutos los pasamos así, callados, con nuestros cuerpos tirando del otro, dejando que la tensión y la excitación ganen más y más enteros.

—¿Estás bien? —pregunta sin mirarme.

—Sí —respondo de igual forma—. Sólo fueron unas horas de calabozo.

Rico resopla, deja caer el cuchillo sobre la tabla y se gira para tenerme de frente.

—Fue mucho más que eso, malcriada —trata de hacerme entender—. Estás fichada. Tendrás que ir a juicio. ¿No lo entiendes? —añade, y suena incluso exasperado.

—Claro que lo entiendo —replico sin dejar de cortar—, pero Héctor dijo que, si te pillaban, te encerrarían y te quitarían a tus hermanos —mis manos se detienen como si tuviesen voluntad propia y alzo la cabeza, buscando su mirada— y no lo pensé.

Un millar de emociones diferentes atraviesan los ojos de Rico y, como si ya no fuese capaz de luchar un segundo más contra todo lo que siente, me estrecha con fuerza contra su cuerpo y me besa.

No hay contención. No hay control. Sólo deseo.

Sin separarnos un mísero centímetro, entre besos llenos de intensidad y electricidad, me coge en brazos y automáticamente rodeo su cintura con mis piernas. Rico echa a andar y nos lleva a su habitación.

Tan pronto como la puerta encaja en el marco, me estrecha contra ella. Sus besos son largos y profundos, ávidos, toscos, desesperados, y yo le respondo de igual forma porque sólo soy feliz cuando él está cerca. Es así de sincero, de cruel, incluso parece una broma del destino, pero ya no puedo elegir. Estoy enamorada de Rico León.

Deja que mis pies toquen el suelo despacio, sintiendo mi cuerpo resbalar contra el suyo duro y armónico, mientras su boca me devora lentamente y sus manos tatúan su nombre en mi piel.

—Quiero hacerte muchas cosas, malcriada —susurra apretándose contra mí, quedándose muy cerca de mi boca, pero sin regalarme más besos.

Su mano se ancla posesiva a mi cadera y aprieta hasta casi hacerme daño, consiguiendo que gima de placer antes de que sus dedos avancen hasta mi estómago y se deslicen despacio bajo mis vaqueros.

—Quiero que grites mi nombre. —Sus dedos se deslizan en mi sexo—. Quiero correrme dentro de ti. —Se hunde en mi interior y todo mi cuerpo se arquea buscando más y más placer.

Sigue moviéndose con una maestría casi divina.

Gimo.

Me agarro desesperada a su brazo de escándalo.

—Yo... yo también quiero todo eso —alcanzo a murmurar.

—¿Ah, sí? —pregunta torturador, con su arrogancia brillando con fuerza.

Su media sonrisa más sexy es lo último que veo antes de cerrar los ojos absolutamente embriagada de todo lo que me hace sentir.

—Sí.

Y mi única palabra se transforma en un largo gemido cargado de demasiado placer.

Rico clava la mano libre en la puerta, junto a mi cara, se estrecha aún más contra mí, bombea más rápido y mi respiración, hecha un absoluto caos, choca contra sus labios una y otra vez. Más fuerte, aún más certero, mejor.

No aguantaré mucho más.

—Por favor —murmuro sin ningún sentido, entregada por completo.

—Eres perfecta, malcriada —susurra contra mi cuello, mordiendo y besando la misma piel que él solivianta.

Su voz. Su voz es todo lo que necesito y estallo contra su mano es un orgasmo increíble que me sacude por dentro hasta dejarme exhausta, hasta que mis labios sólo pueden susurrar su nombre.

Abro los ojos con la respiración agitada y me topo con los suyos, que me miran como si la expresión «sin domesticar» se hubiese inventado para él. Apoya la mano que me ha hecho ver las estrellas al otro lado de mi cabeza y se separa lo justo para que su postura domine la mía.

Mi cuerpo se enciende otra vez, aunque, con franqueza, creo que nunca ha llegado a estar apagado del todo e involuntariamente me muerdo el labio inferior. Rico es como un dios griego, como un sueño húmedo y caliente, como una droga, y quiero más.

Él también lo sabe y su sonrisa de malnacido presuntuoso es la mejor prueba de ello.

—Podría dejarte así —susurra amenazadoramente suave, pasando la punta de sus dedos entre mis pechos tan despacio que resulta casi doloroso— y tenerte durante horas pensando en mí y en todo lo que voy a hacerte.

Sus palabras hacen que la temperatura suba grado a grado.

—Pero tú también te quedarías con las ganas —logro articular, y ni siquiera sé cómo.

—¿Quién ha dicho que yo he acabado contigo? —replica aún más arrogante que antes—. De rodillas.

Lo miro con la adrenalina y la excitación saturando mi sentido común. El corazón me late desbocado y cada centímetro cuadrado de mi piel arde. Rico enarca las cejas, advirtiéndome sin palabras que no me lo dirá dos veces.

Obedezco y, en el segundo en el que mis rodillas tocan el suelo, algo dentro de mi cuerpo estalla y brilla. La sensualidad se hace mayor, la electricidad crece y todo lo que no seamos Rico y yo hace tiempo que ha dejado de importar.

Alzo la mano y, nerviosa, abro sus vaqueros; los botones pasan duros, rindiendo cada ojal. El deseo arde en sus ojos oscuros como si el placer anticipado fuese lo mejor de todo. He firmado un pacto con el diablo y éste es mi premio, esa mirada.

Libero su erección y la recorro con la mano y los ojos, dejándome llevar poco a poco y

escribiendo despacio una premisa en el fondo de mi cerebro: no se trata de pensar, se trata de sentir. Le beso la punta con nuestras miradas aún unidas y paladeo en mis labios su sabor salado y limpio.

Rico me acaricia la mejilla y hunde su mano en mi pelo. Nunca me había sentido tan unida a alguien, nunca había sentido una conexión tan grande. El sexo es la llave y nuestros corazones, los que se ponen sobre la mesa.

Con el segundo beso, la dejo entrar y me muevo despacio, disfrutando de todo su grosor, de cómo ni mis dos puños la cubren entera.

—Joder —gruñe entre dientes, y sus dedos en mi pelo se hacen más posesivos.

Acelero el ritmo y trato de abarcarla entera; no soy capaz y tengo que tragar con ella dentro. Rico lanza un juramento entre dientes lleno de placer y eso me da la seguridad que necesito.

Deslizo la mano bajo sus testículos sin dejar de moverme, de disfrutar. Le acaricio el punto exacto y Rico da una salvaje palmada contra la pared, cerrando su mano en un puño justo después. Sus caderas empiezan a marcar el ritmo y adapto mi boca a ellas.

Me siento poderosa y especial y viva. Me siento como deberían sentirse todas las mujeres del planeta. Su placer alimenta el mío y ahora mismo los dos me pertenecen.

—Es una puta locura —ruge.

Y tan rápido como se pierde en esas palabras, se separa, me toma de los hombros y me deja en pie. Tira de las solapas y me abre la camisa de un brusco tirón, haciendo que los botones salgan despedidos sin control. El deseo hambriento ha tomado los mandos de esta nave.

Me tira en el colchón y, veloz, se deshace de su camiseta, de mis pantalones, de los suyos y sus bóxers.

Gloriosamente desnudo, clava una rodilla en la cama y desliza sus dedos entre la cintura de mis bragas y mi piel.

—No pienses que voy a gastar un solo segundo en quitártelas —sisea mientras el algodón se hace añicos en sus manos.

—Tomo la píldora —murmuro absolutamente entregada al deseo, a este momento en concreto.

Rico me sonríe sexy al tiempo que avanza sobre mi cuerpo, diciéndome sin palabras «gracias, por la información, pero ya he decidido qué voy a hacer contigo».

Sigue avanzando, dejando que su piel caliente la mía sin llegar a tocarme del todo, torturándome. Mi respiración transformada en suaves gemidos es un absoluto caos. Rico me observa hasta que sus ojos se clavan en los míos, su mirada me domina desde arriba y, de una sola embestida, me lleva al paraíso.

Gimo. Grito sin control. ¡Es demasiado bueno!

Sus caderas encajan entre las mías a la perfección y se mueve más y más rápido, sin dudas, sin arrepentimientos, sin piedad.

Me agarro a sus hombros y salgo al encuentro de todas sus entradas mientras mi cuerpo se

derrite despacio, mientras nos besamos entre jadeos, mientras sus manos recorren mi piel, se encuentran con mi trasero, mis caderas, mis pechos. ¡Dios mío!

Rico. Rico. Rico.

—¡Rico!

Siento.

Estallo.

Vuelo.

Y un orgasmo aún mejor que el primero recorre todo mi cuerpo, liberándome por completo, sanando todas las heridas y dejando cada lágrima en un lugar donde ninguna de ellas importa.

Se mueve más deprisa, me besa con fuerza y se corre en mi interior.

—Nena —susurra contra mis labios.

Y el mundo puede caer en llamas, que no me importaría absolutamente nada.

***

—¿Qué va a pasar ahora? —pregunto cuando nuestras respiraciones se calman.

Rico, aún encima de mí, aún dentro de mí, dibuja el contorno de mi rostro con la punta de sus dedos, con sus ojos fijos en el movimiento.

—¿Tanto miedo tienes? —replica, y no necesita concretar más, porque los dos sabemos demasiado bien a qué se refiere: a que nos hayamos dejado llevar por el deseo y nada más, a que vuelva a decirme que lo nuestro sería un error.

—Sí —susurro, y no quiero, pero ese miedo tiñe mi única palabra.

Todo es demasiado difícil. Lo quiero. ¿Cómo se supone que voy a lidiar con eso si él sigue pensando que, cada vez que me ha tocado, los dos nos hemos equivocado?

—Sigo pensando que somos demasiado diferentes, malcriada.

He tenido suficiente. No pienso quedarme a ver cómo me dice otra vez que va a alejarse de mí. Me revuelvo bajo él tratando de escapar, pero, veloz, Rico agarra mis muñecas y las clava contra el colchón, sosteniéndolas con sus manos.

—Suéltame —le pido forcejando por liberarme, pero Rico me mantiene sujeta sin problemas —. Quiero irme.

—Pero también me he dado cuenta de otra cosa.

—Me da igual —siseo—. No quiero escucharte.

—No puedo alejarme de ti —dice con una convicción absoluta.

Esas cinco palabras me frenan de golpe.

—¿Qué? —murmuro aturdida.

—No quiero seguir luchando por no tocarte, malcriada.

—Rico —lo interrumpo, pero su nombre se diluye en mis labios porque no sé qué otra cosa decir.

—Vamos a hacer lo que queramos hacer —sentencia.

Se acabaron las despedidas y las dudas. Se acabó el pelear por no sentir. Las mariposas volarán libres.

Despacio, se inclina sobre mí y recibo su beso con un «sí» en los labios.

—Y ahora mismo lo único que quiero hacer es volver a hundirme dentro de ti.

—Sí, por favor —susurro.

Y la magia vuelve a empezar.

Mi corazón está en el único lugar donde quiere estar.

***

—Te cojo una camiseta —anuncio saltando de la cama y caminando descalza por su habitación hasta una cómoda de madera oscura— y unos bóxers —añado al recordar que mis bragas cayeron en acto de servicio.

—¿Llevamos algo así como un par de horas juntos y ya vas a tomarte todas esas confianzas? —plantea socarrón desde la cama—. Vamos a tener que hablar un poco más sobre modales, malcriada.

No quiero, pero no puedo evitar sonreír, casi reír. Ha pronunciado «modales» como si fuera la palabra más lasciva del diccionario.

—Normalmente me lo pensaría dos veces antes de robarle la ropa al rey del extrarradio —replico con insolencia, cogiendo una camiseta gris claro y poniéndomela. Me está enorme—, pero un desalmado me ha roto las bragas y la camisa. ¿Qué debería hacer?

—Denunciarlo.

Finjo sopesar su única palabra mientras cojo unos bóxers blancos y, moviendo las caderas más de lo estrictamente necesario, me los pongo.

—Creía que en este territorio tú eras la ley —me burlo.

Rico asiente, sólo una vez, y, antes de que pueda verlo venir, me agarra de la muñeca y me tumba de nuevo sobre el colchón, abalanzándose de inmediato sobre mí.

—Te estás aprovechando, rey de extrarradio.

—Es mi versión del derecho de pernada —responde sin un solo gramo de vergüenza o arrepentimiento—, cualquier malcriada que entre en mis dominios tiene que pasar por esta cama.

Yo entorno la mirada, simulándome lo más hostil que soy capaz.

—Pienso hablar con las otras malcriadas y haremos una revolución.

Rico se humedece el labio inferior para evitar sonreír.

—¿Serás como la Gandhi de las chicas guapas de barrio caro?

Forcejeo y nos obligo a rodar y Rico me da el capricho.

—Más bien seré como la Robin Hood y las malcriadas caminaremos libres por el extrarradio.

Ya no puedo más y sonrío de oreja a oreja, Rico da rienda suelta a su sonrisa, convirtiéndola

en ese gesto tenue que adoro. Alza las manos y acuna mi cara con ellas. Las mías esperan las suyas para acompañarlas en el movimiento, al mismo tiempo que mi sonrisa también se transforma. Dejamos que nuestras miradas tomen el control y digan cosas que llegan más lejos que las palabras y el momento se hace más íntimo, más bonito, más nuestro.

—Nunca imaginé que me importaría tanto verte sonreír.

Su voz me calienta por dentro, me hace feliz.

***

—Esa camiseta no es tuya —dice Pablo con el ceño fruncido mientras ponemos la mesa de la cocina. El menú de esta noche: lasagna de verduras. Ñam, ñam.

Paso la palma de una mano por la prenda gris de Rico, que me he anudado a la espalda para solucionar lo de las tallas de más, y frunzo los labios mientras pienso qué decir.

—Me he manchado la camisa cocinando y Rico me ha prestado ésta.

Pregunta incómoda que contestar a tu hermano pequeño: solucionada.

Rico, camino de la mesa con una pila de platos, sonríe.

—¿Y le has dado las gracias? —pregunta de nuevo Pablo—. Ha sido muy amable, y cuando hacen algo por nosotros debemos ser agradecidos, ¿no?

Abro la boca dispuesta a contestar y después la cierro. ¿Por qué seguimos hablando de esto?

—Sí, claro, debemos ser agradecidos —respondo sintiéndome un pelín violenta, sobre todo si recuerdo por qué llevo puesta su camiseta, y, de paso, sus bóxers.

—Pues tú no me has dado las gracias —interviene Rico con una sonrisa, pavoneándose arrogante.

Debí suponer que lo haría.

—Sí te las he dado. Sí se las he dado —añado mirando a mi hermano.

—Ah, ah —replica dejando los vasos sobre la mesa—, creo que, si me las hubieras dado, lo recordaría.

—Tienes que dárselas —me recuerda Pablo.

Rico sonríe encantado. El muy maldito está disfrutando con esto. Una venganza por todas las veces que la pequeña Mati y Miss Abernathy me han dado pie a ponerlo a él en la misma situación.

Le dedico mi mejor mohín.

—Déjame en paz —protesto en un susurro, desde un lado de la mesa. Sólo Rico está en el otro y sólo él puede oírme.

—Ni lo sueñes —responde.

No me puedo creer que me vaya a tocar darle las gracias. ¡Él me rompió las bragas!

—Gracias —mascullo entre dientes.

—Perdón, pero no te he oído —me tortura.

Yo abro la boca indignada, pero acabo cerrándola. Es un malnacido.

—Gracias —repito alto, claro e impertinente.

—Eso está mejor, malcriada —contesta satisfecho.

Rodea la mesa y camina en mi dirección mientras los niños sacan un par de botellas de agua del frigo.

Rico se inclina sobre mí y otra vez nos deja muy cerca.

—Recuérdalo mañana cuando vuelva a arrancarte las bragas.

Me lleno el pecho de aire y frunzo los labios tratando de resultar intimidante; sobra decir que no lo consigo, sobra decir que acabo sonriendo encantada y que él me devuelve el gesto de lo más sexy y engreído.

—¡Chicos, a cenar! —grita Rico asomándose al salón, y Suso y Mati, además de Pablo y Aitana, que ya estaban aquí, se dirigen a la mesa charlando y riendo.

Definitivamente, creo que podría acostumbrarme a esto.

***

—Qué decepción —dice Rico burlón mientras bajamos las escaleras de su casa hacia mi coche, aparcado frente a ella.

Como la última vez, Pablo camina unos metros por delante de nosotros y, como la última vez también, Rico y yo andamos juntos pero separados y él lleva las manos en los bolsillos delanteros de sus vaqueros.

—Creía que tendrías un coche para cada color de laca de uñas —continúa, fingiéndose compungido—. Éste es el mismo de la última vez.

Yo asiento convencidísima.

—En realidad, éste es el coche de la asistenta —replico encogiéndome de hombros—, el mío me daba miedo traerlo a un barrio tan malo.

Aunque pretende disimular, no es capaz y acaba sonriendo, casi riendo.

—*Touché* —sentencia.

Abro la boca fingiéndome alucinada.

—Y hasta sabes hablar francés, uau.

—Ah, ¿eso es francés? Es lo que dice D’Artacán cada vez que entrena con la espada con los mosqueperros —repone divertido.

Ahora soy yo la que no es capaz de disimular más y rompe a reír.

Rico tira de mí y me estrecha contra él.

—Y hablando de francés... —susurra con malicia.

Sonrío nerviosa al entender que se refiere a parte de lo que ha pasado antes en su habitación y agacho la cabeza para que no vea que me estoy sonrojando.

—Como te estés ruborizando, voy a tener que follarte aquí mismo —me advierte.

Rompo a reír aún más nerviosa y le doy un golpe en el hombro a la vez que hago el ademán de separarme de él. No llego demasiado lejos. Rico me dedica su media sonrisa y me mantiene sujeta contra él.

—Nos vemos mañana —le recuerdo, hechizada por sus ojos oscuros.

Hemos quedado para cenar juntos en su casa y después ir a tomar algo a El circo con Héctor y las chicas.

—Nos vemos mañana.

Me da un beso, en teoría corto, de despedida, pero no nos vale a ninguno de los dos y lo alargamos, nos separamos y volvemos a besarnos. Entre jadeos, sonrío feliz y Rico me besa otra vez, jugando con mis labios, disfrutando de mí.

—Nos vemos mañana —repito con la voz trémula, obligando a mi corazón y a mi cuerpo a separarme de él.

—Nos vemos mañana —repite, pero da un paso conmigo para no romper el contacto y estrella su boca contra la mía. Un gemido se escapa de mis labios, me olvido de eso de alejarme, montarme en el coche y blablablá y me entrego al beso por completo.

Rico se separa y deja su frente contra la mía. Ninguno de los dos es capaz de poner más distancia con el otro y nuestros alientos se entremezclan entrecortados.

—Nos vemos mañana —murmuro por tercera vez.

—Nos vemos mañana —responde, y su autocontrol le permite bajar las manos y dar un paso atrás.

Me muerdo el labio inferior odiándome por tener que irme y, por fin, me monto en el coche, seguida de Pablo.

***

Ya en casa, en mi habitación, mientras mi portátil se carga, me pongo el pijama y me recojo el pelo de cualquier manera, utilizando un lápiz para mantenerlo sujeto.

Estoy yendo hacia mi mesa cuando oigo un ruido, un rumor que no logro identificar. Miro a mi espalda, pero no hay nada. Será cualquier pájaro en el jardín. Doy un paso más, otro. El ruido vuelve, pero esta vez, cuando me giro, el sonido se hace más intenso, la ventana se abre de golpe y una figura entra de un salto.

Es Rico.

Doy un respingo y ahogo un gemido contra la palma de la mano.

—Pero ¿qué haces aquí? Ha estado a punto de darme un infarto —protesto, pero acto seguido sonrío encantada de que se haya colado por mi ventana.

Él me devuelve el gesto y, lleno de esa abrumadora seguridad, echa a andar hacia mí.

—No me ha quedado claro si nos vamos a ver mañana o no —argumenta socarrón, agarrándome de la muñeca y tirando de mí para llevarme contra su cuerpo— y he venido a

resolver las dudas.

Asiento, con toda probabilidad, dos o diez veces de más.

—Ha sido lo más responsable —certifico—. Hay cosas que deben aclararse en persona.

—Sabias palabras.

Rico me coge sin ningún esfuerzo al tiempo que se deshace de mi pantalón y mis bragas, yo desabrocho sus vaqueros y mis piernas rodean su cintura. Me lleva contra la pared. Me besa con fuerza. Me embiste.

El lápiz cae al suelo, deshaciendo mi recogido, y ésa es la bajada de bandera para todo mi placer.

***

Intento que el día siguiente pase lo más rápido posible, pero fracaso estrepitosamente. No me sirve ni fingir que salgo a correr y acabar en la panadería del barrio, ni trabajar, ni quedar con las chicas.

Decido no torturarme más y, a las ocho, me monto en un taxi destino Vallecas, más concretamente a la casa de Rico.

Al verlo sentado en los escalones de la entrada a su casa, con unos vaqueros y una camisa de la misma tela, con el móvil entre las manos, esperándome, no puedo evitar sonreír como una idiota.

Al reparar en el taxi, se levanta y, retocándose los dobleces de la camisa sobre sus antebrazos, camina hasta el vehículo.

Cuando nuestras miradas se encuentran, sonrío.

—¿Qué le debe la señorita? —pregunta inclinándose para ver al conductor a través de la ventanilla bajada del copiloto.

Voy a protestar, pero Rico no me da opción y paga la carrera.

Me abre la puerta y me tiende la mano para ayudarme a bajar. Con el primer paso hacia su casa, entrelaza nuestros dedos.

—Podría haber pagado yo —le recuerdo.

Rico finge no oírme, pero sus labios se curvan hacia arriba.

Entramos en su casa; se oyen ruidos en la planta de arriba, la de abajo parece desierta. Rico me lleva hasta la cocina. Sin mediar palabra, me toma de la cintura y me sienta en la barra, abriéndose paso entre mis piernas, tomando mi cuello entre sus manos y besándome.

—Hola —susurra torturador.

Sin duda, la mejor bienvenida de la historia de la humanidad.

—Hola —murmuro.

—Así que es verdad.

La voz de Hugo atraviesa la estancia como una nube de gas tóxico y nos separa de golpe.

—No me lo puedo creer. No me puedo creer que me estéis haciendo esto, joder —sentencia.

11

Rico

Hugo atraviesa la cocina desde la entrada trasera al tiempo que Dani se baja de la encimera. Tan pronto como sus pies tocan el suelo, doy un paso hacia ella, dejándola a mi espalda. Prefiero no pensar por qué lo hago.

—¿De verdad no había más mujeres en el mundo? —plantea cabreado—. Es mi exnovia, Rico.

—Tú lo has dicho —replico controlado—, tu ex. Hace más de un año que rompisteis.

—¿Y eso qué coño importa? ¿De verdad no podías haberte fijado en una de esas idiotas que se tiran a tus pies en El circo?

Está hablando de más y está diciendo muchas gilipolleces. Sólo estoy teniendo más paciencia porque comprendo que para él no es fácil.

Se lleva la palma de la mano a la frente acelerado y cierra los ojos a la vez que suelta un resoplido.

—Tenemos que hablar —ladra.

Doy por hecho que es conmigo, pero entonces baja su mano y clava sus ojos en Daniela.

—Tenemos que hablar, Dani —repite con más vehemencia.

Ella se encamina hacia él, pero Hugo la coge de la muñeca y tira de ella para hacerla andar más rápido. Sin dudarlo, doy un paso y me colocó entre los dos al tiempo que Dani se zafa de su agarre. No lo pienso y, joder, debería hacerlo porque es mi hermano, pero al otro lado está ella y no voy a permitir que nadie, ni siquiera él, le haga el más mínimo daño.

Lo fulmino con la mirada y Hugo, por un segundo, se asusta, pero ese sentimiento se transforma veloz en sorpresa y resentimiento.

—¿En serio? —suelta cínico y dolido.

—No pasa nada —interviene Daniela, rodeándome para tenerme de frente, siendo ahora ella la que se coloca entre los dos.

Tardo un segundo de más en levantar mis ojos de él y llevarlos hasta ella. Dani me sonríe para intentar transmitirme serenidad, pero sé que es un gesto fingido.

—Esto es alucinante —masculla mi hermano echando a andar. Ella lo sigue.

Se detienen en el extremo del salón opuesto a la entrada de la cocina. Hugo empieza a hablar. Sigue muy inquieto, mueve las manos nervioso y cuchichea. La expresión de Dani cambia del

enfado a la sorpresa y de vuelta al enfado. No logro oír qué es lo que dicen y eso me pone todavía más al límite.

Hugo la señala con el índice con la expresión llena de rabia. Las manos me arden. No pienso permitir que le hable así. La puta conversación se ha acabado.

Doy un paso hacia ellos, pero, en eso momento, Dani lleva su vista hacia mí, pidiéndome sin palabras que no haga lo que estoy pensando hacer. Se vuelve hacia él y pronuncia un «sí» en un susurro.

Hugo no dice nada más y se dirige hacia la salida principal.

—Eres un hermano cojonudo, Rico —sisea justo antes de dar un portazo.

Aprieto los dientes aguantando el dolor de ese golpe. Los dos lo hemos pasado fatal de críos. Siempre he cuidado de él. Odio la idea de hacerle daño, pero no puedo renunciar a Daniela, a ella no.

—¿Qué te ha dicho? —inquiero con la voz endurecida.

Niega con la cabeza.

—Nada importante.

Es obvio que está mintiendo. La conozco demasiado bien como para no saber que ahora mismo está demasiado triste.

—Malcriada...

—¿Te importa si pasamos de la cena y vamos directamente a El circo? —me pide—. Tengo ganas de ver a las chicas.

Sé que es otra mentira, que lo único que quiere es salir de aquí, pero no puedo negar que la entienda.

—Claro.

Ella asiente y se encamina hacia la puerta.

La sigo a cierta distancia. Ahora mismo los dos lo necesitamos.

En el coche estamos en silencio. No hay risas ni preguntas, ni siquiera una canción de fondo. Ambos tenemos mucho en lo que pensar. Tendría que haber imaginado que las cosas acabarían así, que Hugo se enteraría, que vendría a pedirme explicaciones, porque, ¿qué coño?, yo también lo haría si fuese al revés. Tendría que haber hablado con él. Tendría que haber mantenido a la malcriada al margen hasta que todo estuviese arreglado.

Aparco en la explanada y apago el motor.

—Rico —me llama rompiendo el silencio de pronto.

Me giro hacia ella y, por un momento, sólo nos miramos. Está triste. Joder, está demasiado triste.

Vuelve a cabecear antes de seguir y ya sé lo que va a decirme y, maldita sea, esta vez no lo voy a dejar pasar.

—Olvídalo —murmura saliendo.

La imito veloz.

—Malcriada, ¿qué pasa? —le pregunto desde el otro lado del vehículo—. ¿Qué es lo que te ha dicho Hugo?

—¿Tú qué crees que me ha dicho?

Un millón de posibilidades me pasan por la cabeza, pero sé que, en realidad, todas ellas sólo son basura. Le ha recriminado que esté conmigo; que, después de cómo acabó todo entre ellos, estemos juntos cuando yo debería odiarla. Le ha dicho cosas que le han hecho daño, pero, joder, son todas verdad.

Al ver que no contesto, Daniela me dedica una triste sonrisa y se encoge suavemente de hombros.

—¿Podemos entrar ya? —me pide.

Y no puedo hacer otra cosa más que asentir.

Accedemos a la vieja fábrica abandonada del mismo modo que salimos de mi casa, en silencio, sin tocarnos, sintiéndonos demasiado culpables de estar cerca.

Recuerdo cuando tenía dieciséis años y Hugo doce y me di cuenta de que mi padre no iba a regresar a por nosotros a aquella gasolinera. Volví a la acera donde nos había dejado sentados a los tres y cogí en brazos a Aitana, que sólo tenía dos años. Le dije a Hugo que teníamos que movernos, averiguar dónde demonios estábamos, buscar la manera de volver al barrio, llamar al abuelo, pero Hugo no se movió. Dijo que estaba equivocado, que quizá papá sí se hubiese largado, pero que mamá regresaría a buscarnos, que sólo teníamos que darle tiempo. Intenté que me hiciera caso, pero se negó en rotundo. Estuvimos sentados en el bordillo de aquella acera durante más de nueve horas. Cuando un camionero que entró a cenar, al salir nos preguntó si necesitábamos ayuda, miré a Hugo y él simplemente asintió. Nunca volvió a mencionar a mi madre ni a hablarle, ni siquiera cuando enfermó.

Mi abuelo siempre dice que soy más permisivo con Hugo que con los demás, pero jamás he podido olvidar cómo me miró cuando comprendió que nadie vendría a recogernos, que acababa de perder a su madre.

El local está de bote en bote a pesar de que es lunes y relativamente temprano.

—Hola —me saluda Héctor a unos pasos de la barra—. No te esperaba tan pronto.

Asiento, pero en el fondo no le presto atención. Mis ojos están clavados en la malcriada, que va hasta la barra y saluda a una de las *drag queen* que trabajan de camareras.

—Hola, cielo —la saluda Furia al verla llegar—. ¿Estás bien? —añade de inmediato.

Ella se obliga a sonreír.

—Sólo cansada —miente—. Hoy no he parado de hacer cosas.

Furia la mira con suspicacia, pero decide no hacer más preguntas.

—¿Cuándo llegarán Keti y Sandrita?

¿Por qué tengo la sensación de que sólo lo ha preguntado para saber cuándo alguien podrá venir y abrazarla? Me siento como un cabrón miserable por no darle lo que necesita, pero de verdad que ahora no puedo hacerlo, no puedo tocarla sin pensar en Hugo.

—En un par de horas, supongo —responde—. ¿De verdad que estás bien? —insiste la camarera.

La malcriada asiente.

—Voy al baño —pronuncia atropellada.

Doy el primer paso dispuesto a seguirla por puro instinto, pero me freno a mí mismo. No puedo hacerlo. Hoy no.

—Están juntos —dice Héctor.

Tardo un segundo de más en asimilar sus palabras.

—¿Quiénes?

—Tu hermana y ese gilipollas de Adrián Costa.

Resoplo. Ya lo sabía y hablar de ese tema ahora mismo no hace que me sienta mejor.

—Han discutido cuando Aitana ha llegado hace un rato, nada grave —especifica—. Por lo visto al donjuán le molestó que ella se quedara ayer en casa con vosotros en vez de salir.

Que lo jodan.

Voy a decirlo en voz alta, pero la noche de ayer me atraviesa con la misma fuerza que si la estuviera viviendo ahora mismo. Las risas de los chicos mientras cenábamos y después jugábamos a un estúpido juego de mesa. Ella dándome las gracias por mi camiseta. Ella en mi cama. Ella alegrándome la maldita vida sólo con estar allí.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones. La cabeza me va a mil kilómetros por hora. Ni siquiera sé cómo sentir lo que siento.

—¿No vas a ir a amenazarlo? —me pregunta Héctor mitad confuso, mitad sorprendido—. ¿Ni siquiera gruñir un «gilipollas» entre dientes? Tío, ¿estás bien?

—No, no lo estoy.

Mi amigo arruga la frente, preocupado.

—¿Qué ha pasado?

Lo miro dispuesto a soltarlo todo, pero es que me siento demasiado culpable incluso como para permitirme encontrar alivio hablando de ello.

—Nada —respondo al fin.

—Rico...

Pero ni siquiera le dejo seguir la frase. Daniela sale del baño con el paso acelerado, prácticamente corriendo, flechada hacia la puerta principal. Pasa junto a Vicky, Emma y otras chicas del barrio, que la miran y sonríen con malicia. ¿Qué demonios ha pasado ahí dentro?

Salgo pitando tras ella, desoyendo todas las veces que me llama Héctor, pero hay una cantidad casi ridícula de gente. ¡Maldita sea!

—¡Malcriada! —grito saliendo a la explanada.

Al oírme, deja de correr, pero no se gira y al segundo siguiente vuelve a caminar como si algo dentro de ella hubiese decidido que no puede permitirse estar aquí un instante más.

—Daniela —la llamo cuando mis dedos rodean su muñeca y la obligo a girarse.

La corriente que me sacude por volver a tocar su piel me deja casi sin aliento, como el segundo justo antes de que salgas del agua y puedas volver a respirar. Eso es ella para mí, mi condenado oxígeno.

Por la manera en la que me mira, sé que ha sentido exactamente lo mismo.

—¿Qué ha pasado ahí dentro? —le pregunto con la urgencia llenando mi voz.

Dani niega con la cabeza.

—Nada —responde tratando de zafarse y continuar andando.

La retengo, forcejeamos y consigo que se vuelva de nuevo.

—Daniela —la reprendo.

—¿Qué? —estalla con los ojos llenos de lágrimas.

Aguanto el tirón, las ganas de abrazarla, de entrar ahí y pelearme con todo el club.

—Déjate de estupideces y dime qué ha pasado —la advierto—. No vas a moverte de aquí hasta que lo hagas.

No puedo permitirme perder el control.

Ella me mantiene la mirada, pero acaba agachando la cabeza. Sé que ahora mismo me odia por obligarla a hablar, pero tiene que hacerlo.

—Han sido unas chicas —suelta al fin.

—¿Qué chicas?

Pero no necesito que responda. Sé que han sido Vicky y las demás por cómo la han mirado mientras se marchaba.

—No lo sé —contesta encogiéndose de hombros—. Estaba en el baño, esperando mi turno, y una de ellas me ha preguntado si era Daniela. Cuando he respondido que sí, otra se ha acercado y ha empezado a decir que ella sabía quién era yo, que me había visto correr contigo y me ha agradecido que le estuviera calentando el asiento mientras ella decidía si volvía o no a las carreras ciegas contigo. —Emma y sus malditas estupideces. Corrimos juntos un par de veces y me la tiré, y ella, a pesar de lo claro que se lo dejé, se imaginó muchas cosas que nunca van a suceder—. Entonces han empezado a decir que sólo era una fase para ti, igual que lo fui para Hugo; que debería volver a mi barrio y comprender de una vez que sólo soy el juguetito de los León.

Una lágrima cae por su mejilla. Alzo la mano dispuesto a enjugársela, abrazarla, consolarla, pero algo más fuerte que yo me frena y acabo cerrando el puño con rabia junto a mi costado.

—Malcriada... —la llamo, pero ni siquiera sé cómo seguir.

—Quiero que hables con ellas —me pide luchando por no sollozar, moviendo las manos acelerada—. Quiero que volvamos y les digas que están equivocadas, que nosotros, que tú...

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones.

—Malcriada...

—Me debes una —me corta, recordándome el trato que hicimos para que corriera conmigo— y quiero eso, quiero que vuelvas ahí y nos defiendas.

Su voz suena triste, desesperada, y sé que no sólo se trata de las estupideces que hayan podido decir Emma o Vicky, que en el fondo se trata de Hugo, de nosotros.

—Cálmate —trato de tranquilizarla, dando un paso hacia ella, pero Dani lo da de inmediato hacia tras, dejándonos a la misma distancia.

—Por favor, hazlo —me suplica con la cara llena de lágrimas.

Odio verla así. Odio sentirme así. Odio hacerle daño a Hugo. Odio esta puta situación.

—Daniela...

—Por favor...

—Basta —intento frenarla, frenar lo que lo está arrollando todo dentro de mí.

—Rico...

—¡Tienen razón! —la interrumpo casi en un grito.

—¿Qué?

Aprieto la mandíbula luchando contra todo lo que siento por ella, contra todo lo que me golpea ahora mismo.

—Estuviste con Hugo y ahora estás conmigo. ¿Qué quieres que piensen?

—¿Tú lo piensas?

—Ésa no es la cuestión.

—Para mí sí lo es.

La miro a los ojos y al único que odio ahora mismo es a mí.

—Yo sólo sé que, entre todas las chicas del mundo, me he enamorado de la que destrozó a mi hermano y eso nunca me lo voy a poder perdonar.

Ella asiente con la mirada clavada en el suelo, pero, cuando vuelve a alzarla, mi corazón cae fulminado: son los ojos más tristes que he visto jamás y todo es culpa mía.

—Está bien —susurra.

—Malcriada...

Trato de agarrarla, pero vuelve a alejarse otro paso y todo mi cuerpo cae en barrena, como si acabase de entender que he perdido la palabra *felicidad*. Una lágrima vuelve a caer por su mejilla y me doy cuenta de que, por mucho que quiera, nunca voy a poder borrar esa mirada ni de mi memoria ni de mi corazón.

—Adiós, Rico —pronuncia con la voz entrecortada. Gira sobre sus zapatos y echa a andar.

Yo me quedo aquí, de pie, contemplando cómo se aleja incapaz de mover un solo músculo, de salir tras ella, de volver dentro y recuperar mi vida. La estoy perdiendo. Joder, la estoy perdiendo y nunca, nada, había dolido tanto.

***

—Arriba, tesorito. —La voz socarrona de Héctor atraviesa el sueño y me despierta, aunque ¿a quién pretendo engañar?, no creo que haya dormido más de una hora en toda la noche.

Decido ignorarlo y, precisamente como lo hago, mi queridísimo amigo, al que asesinaré en cuanto me levante, empieza a revolverme el pelo, tirarme de él, destaparme y empujarme.

—Lárgate —gruño.

—Eso no va a pasar —sentencia con una sonrisita—. Estaba en la cama con una chica y me estaba prometiendo que me haría muchas cosas cuando Aitana me ha llamado para decirme que llevas dos días gruñendo y pasando de todo. Así que me he levantado, he venido, te he preparado el desayuno y tú vas a levantar el culo de esa cama y vamos a hablar. He renunciado a que me la chuparan, me lo debes —me advierte— o —añade como si cayera en la cuenta de algo— siempre puedo meterme ahí contigo y que me la chupes tú.

Suelto un juramento entre dientes con cara de asco.

—¿No? —pregunta burlón—. Lo imaginaba. A desayunar. Ya.

Sale de mi habitación sin molestarse en cerrar la puerta y yo vuelvo a gruñir, aunque, con franqueza, ni siquiera sé el qué. Aitana tiene razón. Llevo dos días pasando de todo, de un humor insoportable, pero es que... yo... ¡Joder! Ni siquiera soy capaz de poner en palabras cómo me siento. La echo de menos y todo lo que hay en esta maldita casa me la recuerda como si hubiese pasado aquí dos años en lugar de dos días. Tengo el sonido de su risa metido en la cabeza, pero también la manera en la que me miró cuando se despidió de mí, su cara llena de lágrimas, los ojos más tristes del mundo, y la recuerdo en mi cama, entre mis brazos, y creo que voy a volverme loco.

Me levanto cansado y cabreado. Quiero lo que no puedo tener y sólo es culpa mía. Me pongo los vaqueros y la primera camiseta que encuentro. Tendría que haber hecho las cosas de otra manera, pensar cinco minutos, hablar con Hugo, yo qué sé... De pronto pienso cómo lo estará pasando ella, en que estará llorando, triste, odiándome, y tengo que apretar los dientes para controlarme y no liarme a puñetazos contra la pared.

—Me siento superorgulloso —comenta Héctor al verme entrar en la cocina.

Está haciendo tortitas en una sartén y todo huele a mantequilla fundida. Suso y Mati están sentados, desayunando, mientras Aitana les sirve zumo de naranja.

—He conseguido que Suso se duche —mi hermano me mira y sonríe con la boca llena de tortitas— y te comunico que va a sacar un sobresaliente en literatura porque le he hecho una redacción increíble sobre Robert Frost.

Les da la vuelta en la sartén y sonríe satisfecho al comprobar que están doradas por ambos lados.

—Les he preparado una macedonia de fruta a cada uno para el colegio y le he hecho dos trencitas a Mati siguiendo un vídeo de YouTube porque soy un tío de verdad y no me asusta estar en contacto con mi lado femenino. ¡Ayudante! —grita al aire.

Aitana resopla, coge un plato vacío del centro de la mesa y se planta al otro lado de la barra de la cocina, justo frente a Héctor.

—¿Vamos a tener que aguantar a *masterchef* por aquí mucho más tiempo? —me gruñe

Aitana, con la clara intención de que él la oiga.

—Fuiste tú la que me llamó diciéndome que me necesitabas —la fastidia.

—Fuiste tú el que vino de un salto —replica ella impertinente.

—Fuiste tú la que suplicaste —sentencia él, torturándola.

Mi hermana lo fulmina con la mirada y, a continuación, lleva sus ojos color avellana hasta mí.

—Sea lo que sea lo que te pasa —me dice Aitana—, supéralo o acabaré clavándole un tenedor en la mano.

Héctor sonríe satisfecho. Deja la pala sobre la sartén y ambas cosas en el fregadero. Me sirve un café y me lo tiende.

—Y ahora que he demostrado que se me da genial hacer de padre soltero —bromea—, vas a contarme de una maldita vez qué te pasa. —El tono de su voz se vuelve más serio con la segunda frase. Está preocupado.

Resoplo y apoyo las palmas de las manos en la encimera. Él se cruza de brazos, prestándome toda su atención.

—Es por Dani. El lunes, en El circo, Vicky y Emma le dijeron un montón de estupideces cuando se encontraron con ella en los baños; entre otras cosas, que todos sabían que era el juguetito de los hermanos León.

—Menudas zorras —interviene Aitana, que se ha acercado a la barra de la cocina a coger más servilletas y que, como resulta obvio, está siguiendo toda la conversación.

Esta vez no la corrijo. Lo son.

Héctor, incluso Aitana, me miran esperando a que continúe, pero no lo hago. No quiero, joder.

—¿Y? —me presiona él.

Trago saliva. Me siento demasiado culpable.

—Me pidió que la defendiera y no lo hice.

La puerta principal suena y alguien entra. La voz de Hugo al teléfono hablando de trabajo llega hasta la cocina desde el salón y yo me siento como si estuvieran llevando la maldita soga a la casa del ahorcado.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones y cierro los puños con rabia sobre el granito, un detalle que no se le escapa a mi amigo.

—¿No lo hiciste por Hugo? —pregunta.

—Se enteró de que estábamos juntos y vino aquí, discutimos y no sé qué coño le dijo a Daniela, pero la dejó hecha polvo...

—¿Sólo a ella? —me interrumpe Héctor, malhumorado—. ¿Qué coño te dijo a ti? Es su exnovia, Rico. No se la has robado.

—Ya lo sé, joder —lo freno ahora yo a él—, pero tú sabes cómo terminaron las cosas entre los dos. Lo dejó destrozado. Tendría que haber hablado con él, habérselo explicado... —Aprieto los dientes porque, en el fondo, eso no son más que gilipolleces. Sé perfectamente lo que tendría que haber hecho—. Tendría que haberme fijado en otra chica.

Tan pronto como digo esas palabras, me arrepiento. No quiero a ninguna otra chica.

—¿Y qué más da cómo terminaron las cosas entre ellos? El caso es que terminaron hace mucho.

—Es mi hermano —siseo.

—Sí, y sería genial que, en algún momento de tu vida, pusieras por delante lo que sientes tú a lo que siente él.

Cabeceo.

—Tú no lo entiendes —protesto. Es imposible que lo haga. Él no estuvo en esa maldita gasolinera—. Tengo que cuidar de Hugo.

—Sé que lo único que quieres es protegerlo, pero, por mucho que lo hagas, nunca vas a poder volver a aquella gasolinera y nunca vas a conseguir que vuestra madre os recoja —replica dibujando mis propios pensamientos—. Tú lo has superado y ellos también —dice señalando vagamente a Aitana y a los pequeños—; quizá ya va siendo hora de que Hugo haga lo mismo.

Tenso la mandíbula manteniéndole la mirada. Una parte de mí no para de gritarme que tiene razón; la otra, que ni siquiera fue capaz de despedirse de nuestra madre cuando se estaba muriendo. ¿Cómo cojones se supera eso?

—Perdona que me meta —se disculpa por adelantado Aitana, acercándose de nuevo—, pero ¿has probado a preguntarle a Dani lo que pasó realmente con Hugo? Quiero decir, todos conocemos a Hugo y sabemos cómo es —hace una pequeña pausa para remarcar la idea de que no van a darle el premio a la mejor persona del año—, y también sabemos cómo es Dani. ¿De verdad crees que sería capaz de engañarlo y jugar con él de esa manera?

La miro y sus palabras van cayendo una tras otra como un jarro de agua helada sobre mí. La malcriada es la persona más dulce que he conocido, lo es con su hermano, pero también lo fue con Mati cuando apenas la conocía. Me salvó de acabar en prisión. Parece una persona completamente diferente a la que Hugo describió.

Observo a Héctor, que enarca las cejas, diciéndome en silencio que puede que Aitana haya sido más inteligente que nosotros dos juntos.

—¿Los críos están listos? —pregunta Hugo entrando en la cocina—. Tenemos que irnos ya. Tengo muchas cosas que hacer.

Cuando pasa junto a mí, no lo dudo. Lo cojo de las solapas de la chaqueta y lo estampo contra la pared. Todos se sobresaltan, pero nadie dice nada. Héctor y Aitana saben por qué lo hago, y Suso y Mati imaginan que tiene que haber un buen motivo. Al fin y al cabo, se trata de Hugo.

—¿Qué fue lo que pasó entre Daniela y tú?

—¿A qué coño viene esto? —pregunta revolviéndose.

Lo separo apenas unos centímetros de la superficie y vuelvo a estrellarlo.

—Contéstame —rujo.

—Ya sabes lo que pasó —trata de defenderse.

—Pues cuéntamelo otra vez, y más te vale que sea la verdad, Hugo, o te juro por Dios que no

respondo.

Mi hermano barre la cocina con los ojos, nervioso. Abre la boca dispuesto a hablar, pero vuelve a cerrarla; la abre y la cierra de nuevo.

—Yo... —empieza a decir—. Mierda —se queja—. ¿Puedes soltarme de una puta vez?

—Habla —ladro.

—Daniela no me engañó durante meses —confiesa.

—Y, entonces ¿por qué te dejó?

Hugo me mantiene la mirada, pero no dice una sola palabra y yo estoy a punto de perder los putos papeles. Lo aprieto un poco más contra la pared. Héctor da un paso hacia mí, temiéndose lo peor.

—Porque fui yo quien la engañó, mucho tiempo y con muchas chicas. Ella me pilló, yo le juré que sólo había sido esa vez. Era mentira, pero me creyó y seguimos juntos, y continué acostándome con otras mujeres hasta que lo descubrió todo y me dejó. ¿Estás contento ya? —gruñe.

Las manos me arden. Voy a darle la paliza de su vida. Lo suelto luchando por no empezar aquí mismo y me alejo unos pasos hecho una furia, cabreado como lo he estado pocas veces en mis treinta y dos años.

—¿Y qué hay de toda esa mierda de que odiaba tener que venir al barrio, que cortó contigo porque te consideraba poco para ella? —demando sin volver a acercarme a mi hermano; si lo hago, voy a partirme la cara a hostias con él.

—Era yo quien me avergonzaba de traerla aquí. Por Dios, mira este agujero —protesta, y creo que nunca lo había odiado tanto como lo odio ahora—. Ella vive en La Finca, su padre es embajador, ¿de verdad pensabas que quería que viera de dónde he salido? No, gracias.

—¿Y por qué coño tuviste que mentirme?

—No lo hice a propósito. Sólo le mentí a una chica en el El circo para darle pena y echarle un polvo en los lavabos sin tener que molestarme en coquetear o tener que llamarla de nuevo, pero al día siguiente ya lo sabíais todos. Yo me cabreé, no quería que todo Vallecas pensara que era un imbécil, pero de pronto la gente, vosotros, os comportabais mejor conmigo, y las mujeres me querían consolar, así que pensé que no pasaba nada si me aprovechaba un poco. ¿Cómo iba a saber que después tú te enredarías con ella?

Lo miro. Lo miro y no me puedo creer lo que estoy oyendo. Le importó una mierda lo preocupados que estuviésemos por él. Lo único que quería era revolcarse con cualquiera que le diera la oportunidad y que yo le pasara todavía más la mano.

De golpe recuerdo algo que lleva torturándome dos condenados días.

—¿Qué fue lo que le dijiste a Dani cuando nos descubriste?

Ella no sabe que tenía una visión tan distorsionada de lo que había ocurrido con Hugo; todavía la recuerdo en la puerta de casa cuando vino a agradecerme que la llevara al hospital tras el atropello, cómo intentó defenderse cuando dije que lo había destrozado.

Mi hermano se queda callado y yo lo conozco demasiado bien. No quiere tener que decírmelo porque debe de ser una cabronada aún mayor.

—Habla —siseo.

Lo intimido un poco más y se lo merece, joder.

—La presioné para que no te contara la verdad. —No es capaz de mantenerme la mirada porque incluso él sabe que es lo más miserable que ha hecho en su vida—. Le dije que, si te la decía, iba a hacer todo lo posible para que tú no la creyeras y que, si al final lo hacías, tampoco pasaba nada, porque soy tu hermano y siempre me elegirías a mí. Le expliqué que tenía las de perder y que no fuera idiota, que parecía que tú habías pasado página respecto a ese tema y lo mejor que podía hacer era callarse.

Tras unos segundos en silencio, levanta la cabeza y me mira esperando una reacción. De pronto ya no quiero contenerme, va a acabar en un puto hospital. Echo a andar hacia él, pero Héctor parece adivinarme las intenciones y se coloca entre los dos.

—Rico —me llama.

Pero yo sólo puedo mirar a Hugo.

—Rico, escúchame —repite con más vehemencia, y me obligo a prestarle atención—. Es un gilipollas, pero sigue siendo tu hermano. Si le pegas una paliza, después vas a sentirte como un cabrón.

Por eso me pidió que la defendiera. Necesitaba saber que realmente había superado lo de Hugo, que, a pesar de todo, sabía cómo era en realidad, y yo hice justo lo contrario... lo que este maldito gilipollas dijo que haría: lo elegí a él.

Cierro los puños con rabia, quiero comérmelo a hostias. Ella no se merecía que le hiciera esto. Joder, no se merecía lo que le hice yo y así, de repente, me doy cuenta de que a quien quiero partirle la cara en realidad no es a Hugo, es a mí mismo. Fui yo el que no fue capaz de defenderla, el que se sentía demasiado culpable con sus mierdas como para darse cuenta de que es la mejor persona que se ha cruzado en mi vida.

Esquivo a Héctor mientras me saco el teléfono del bolsillo trasero de los vaqueros y me dirijo al salón. Al verme alejarme, Hugo suspira aliviado. No sabe hasta qué punto está equivocado. No va a librarse tan fácilmente.

Busco el número de Daniela en el móvil y pulso el botón de llamada. Me lo llevo a la oreja mientras empiezo a caminar de un lado a otro del salón, acelerado e inquieto, como si fuera un ratón dentro de un laberinto.

—Venga, joder, cógelo —murmuro entre dientes.

Tengo que hablar con ella. Explicarle todo lo que ha pasado.

Un tono, dos, tres, cuatro. Salta el contestador. Vuelvo a intentarlo. Vuelve a saltar.

—Tengo que irme —le comunico a Héctor, cogiendo las llaves del coche y volando hasta la entrada principal—. Encargarte de todo por mí.

No oigo su respuesta, pero sé que es un «sí». Siempre puedo contar con él.

Llego a La Finca en tiempo récord y llamo al timbre sin detenerme hasta que alguien descuelga el portero automático.

—Daniela —interrumpo a quien fuera que pensara contestar.

—No está —responden con un marcado acento colombiano—. Se ha marchado al trabajo.

¡Mierda!

—¿Y podría decirme dónde trabaja?

Segundos de duda al otro lado de la línea que se me hacen eternos.

—Lo siento, pero no puedo darle esa información —responde al fin.

Pienso en insistir, pero sé que será perder el tiempo. Regreso al coche tratando de recordar algo, algún detalle que haya mencionado sobre su trabajo. Sé que su sueño es ser *community manager*, pero también que no es lo que hace ahora.

Sus amigas. Ellas tienen que saberlo. Saco a Lucas de la cama y me da el teléfono de Furia, una de las *drag queen* que trabajan de camareras en El circo.

—¿Diga? —responde adormilada.

—¿Dónde trabaja Daniela? —pregunto sin andarme con rodeos ni con amabilidades. No tengo tiempo.

—¿Qué? —replica confusa—. ¿Quién eres?

—Soy León. Necesito ver a Daniela ahora mismo. No me coge el teléfono. No está en su casa. Dime dónde trabaja.

Otros-putos-segundos-de-silencio.

—¿Y no has pensado que si no te coge el teléfono es porque no quiere hablar contigo?

Tuerzo el gesto.

—¿Y tú no has pensado lo poco que esto es asunto tuyo? —mascullo.

—Ella es mi amiga.

—Por eso te llamo a ti —repongo con sorna, entre dientes.

—Si le haces daño...

—Puedes ahorrártelo, porque no pienso hacerlo.

—Maldito cabronazo —protesta, pero sé que acabo de salirme con la mía—. Trabaja en Matlock Media, en la calle Isabel la Católica.

Tiro el teléfono en el asiento del copiloto, arranco y voy flechado al centro de Madrid.

Aparco en el primer sitio que me da la oportunidad sin preocuparme de si es legal o no, corro hasta el edificio y me desesperó con que el puto ascensor no vaya más rápido.

En cuanto las puertas se abren en la planta doce, salgo como un ciclón. Miro a mi alrededor para ubicarme, avanzo por el vestíbulo y la veo y, joder, sonrío como un idiota porque, después de dos días horribles, vuelvo a tenerla cerca.

Sin embargo, no puedo evitar fruncir el ceño, confuso. Está preparando una bandeja con cafés y dulces. ¿Eso es a lo que se dedica? No es que me parezca mal, es un trabajo tan respetable como cualquier otro, pero no es lo que ella quiere hacer.

Parece triste, es obvio que no ha dormido, que ha estado llorando... y el alma se me cae un poco más a los pies. ¿Por qué he tenido que fastidiarla así?

Daniela alza la cabeza, juraría que sin ningún motivo en especial, sólo porque siente que tiene que hacerlo, y, entonces, me ve.

Por un momento se queda inmóvil, sin poder levantar sus ojos de mí. Yo quiero correr a abrazarla, besarla, sacarla de aquí, llevarla a mi cama y morirnos allí, pero, cuando doy el primer paso en su dirección, ella parece salir de su ensoñación y, asustada, da uno atrás. De una patada vuelvo a la explanada de El circo, con Daniela pidiéndome que la defienda y yo, perdiéndola.

Pero no voy a dejar que todo termine así. Me equivoqué, pero puedo arreglarlo.

Reemprendo la marcha. Daniela da una bocanada de aire, como si necesitase armarse de valor, y se dirige hacia mí.

—Tenemos que hablar —le digo en cuanto la tengo lo suficientemente cerca.

Soy consciente de que podría ser más amable, pero es que tengo mucho que decir.

—Tú y yo ya hablamos en El circo, ¿lo recuerdas? —replica triste—. Los dos dijimos todo lo que teníamos que decir.

—Yo no.

Mis dos únicas palabras la dejan en silencio, como si hubiesen provocado una reacción dentro de ella. Atrapo su mirada; está asustada, dolida, pero todo lo que sentía por mí sigue ahí. Sin embargo, sólo han pasado unos segundos cuando ella rompe el contacto.

—No hay nada que puedas decirme que vaya a cambiar lo que ha pasado, Rico. —Ya no suena molesta, ahora sólo hay dolor.

—Hugo me mintió. Sé que eso no cambia las cosas, pero, malcriada, me sentía demasiado culpable. Creí que iba a volverme loco.

—Sé que te mintió.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —planteo, y ahora soy yo el que suena enfadado—. Diste por hecho que ni siquiera te creería, que lo elegiría a él.

—Precisamente lo que no quería era hacerte elegir, Rico —sentencia, y a todo ese dolor hay que sumarle una cristalina decepción.

—¿Qué estás diciendo? —murmuro completamente perdido.

—Sé lo importante que son tus hermanos para ti y no quería ponerte en una posición en la que tuvieras que escoger entre Hugo y yo. No me importaba —añade con una sonrisa demasiado triste—, porque pensaba que podrías querernos a los dos, pero entonces esas chicas dijeron esas cosas horribles de mí y yo sólo quise sentirme tan protegida como siempre me he sentido a tu lado, pero ya no quedaba nada de eso...

Una lágrima cae por su mejilla, pero la seca rápidamente. Quiero tocarla, quiero abrazarla, como no me permití hacerlo en El circo. Quiero protegerla.

—Dani —susurro, y tengo que obligar a esa única palabra a atravesar la bola de mi garganta.

Déjame protegerte. Déjame que arregle todo lo que estropeé.

—En estos dos días he tenido mucho tiempo para pensar, ¿sabes? —continúa hablando, esforzándose en sonar serena—. Y me he dado cuenta de algo. He llorado más por ti que por cualquier otro chico con el que haya estado, incluso tu hermano.

—He sido un idiota, malcriada. —Cojo su preciosa cara entre mis manos para hacérselo entender, porque tengo la sensación de que se me acaba el tiempo—. Déjame arreglarlo. Por eso estoy aquí.

Ella niega con la cabeza y, despacio, me obliga a apartar mis manos de sus mejillas, de su cuello.

—Ya no quiero llorar más —murmura, y algo entre los dos se rompe—. No me lo merezco.

—Malcriada —la llamo, la reprendo, le suplico, no lo sé.

—Esto se ha acabado, Rico.

Abro la boca dispuesto a decirle que no, que no puede rendirse, pero me doy cuenta de que, en realidad, es lo justo. Ha luchado por nosotros demasiadas veces mientras yo la he odiado, me he sentido culpable, he pensado que no funcionaría. Es su turno.

Con todo, esa misma revelación impacta en la boca de mi estómago con la fuerza de un ciclón. Ella puede rendirse, pero yo pienso pelear por los dos hasta quedarme sin aliento.

—Pónmelo lo difícil que quieras —le digo sintiendo cada palabra, sintiendo lo fuerte, lo valiente que ella me hace ser—, pero no voy a dejar de luchar por ti.

Giro sobre mis pies y salgo de su oficina. Tiene derecho a estar asustada, a estar triste, incluso tiene derecho a odiarme, pero pienso demostrarle que todavía podemos ser felices. Ella es todo lo que importa.

12

Rico

Bajo del coche y miro a mi alrededor. Tengo clarísimo por qué estoy aquí. Se acabaron las dudas y las estupideces. Quiero estar con ella.

Rodeo el vehículo y me apoyo en la carrocería. Saco el teléfono, pulso el botón de llamada y me lo llevo a la oreja con la mirada puesta en su ventana.

Un tono, dos tonos, tres tonos. No me pongo nervioso. Sé que va a contestar, que no está todo perdido.

—Hola —responde con cautela.

—Hola, Daniela —digo con el tono más amable y sobrio que he esgrimido jamás—. Espero que estés bien. Podrías, por favor, salir a la calle.

Ella se queda sin palabras, juraría que casi conmocionada, y yo no puedo evitar sonreír.

—Yo... yo... ¿ahora?

—Te prometo que no te robaré mucho tiempo —miento, pero sueno igual de caballeroso.

—¿Dónde estás? —pregunta nerviosa.

Tan rápido como pronuncia esas palabras, la veo descorrer las cortinas y asomarse. El pelo oscuro suelto, esos enormes ojos marrones. La recorro de arriba abajo y tengo que frenarme a mí mismo para no saltar el muro y correr a buscarla. Está preciosa, joder. Es preciosa.

—En tu puerta —contesto, y una media sonrisa se apodera de mis labios. Es la perfecta sensación de tenerla cerca—, esperándote con tu carroza.

Cuelgo.

La malcriada me mira desde su ventana, sólo un segundo, y vuelve al interior de la habitación.

Mi sonrisa se ensancha. Ahora mismo debe de estar dándole vueltas a todo, pensando si es una buena idea bajar o no, pero no estaba nervioso antes y no lo estoy ahora. Lo nuestro tiene que arreglarse, porque nunca me he sentido con ninguna otra chica como me siento estando con ella.

Más o menos cinco minutos después, oigo el cerrojo de la puerta abrirse y Daniela aparece frente a mí. Involuntariamente, me barre con la mirada y tarda un segundo de más en apartar sus ojos de mí. Una media sonrisa vuelve a asomar a mis labios; por eso he elegido los vaqueros oscuros y la camisa negra, y por eso me la he remangado hasta los antebrazos. Hay que saber jugar las cartas.

—¿Qué quieres, Rico? —pregunta cruzándose de brazos; pretende sonar fría, marcar las

distancias.

Yo me mantengo apoyado en el coche; mientras la tenga así de cerca, si quiere su espacio, puedo dárselo.

—Quiero enseñarte algo.

La malcriada se muerde el labio inferior y baja la cabeza, dudando. Yo tenso la mandíbula, controlándome. Ese gesto siempre me la pone dura de golpe. Creo que, si lo supiera, no lo haría tan a menudo... o quizá sí, porque es la cría más insolente del mundo... y me encanta.

—No sé si es buena idea.

—Me parece arriesgado juzgar algo antes siquiera de saber qué es.

Levanta la cabeza y me mantiene la mirada. Sabe que tengo razón.

—Te dije que lo nuestro se había acabado —me recuerda, y lucha porque no le tiemble la voz al pronunciarlo.

Asiento y, por un momento, también aparto la vista de ella. Fui un idiota y metí la pata y duele; joder, duele muchísimo.

—Lo sé —sentencio.

Lo tengo clarísimo.

Me esfuerzo en borrar esa idea de mi mente. Me incorporo y le abro la puerta del coche. Tengo un plan y tengo que seguir con él.

—Por favor, sube. —Aunque me he esforzado en que mis palabras suenen amables, sigue habiendo un trasfondo de orden. Supongo que, por mucho que lo pretendamos, siempre hay un poco de nosotros mismos en cada cosa que hacemos.

Daniela lo piensa, mira a su alrededor, creo que ahora mismo incluso me odia por ponerla entre la espada y la pared, y finalmente acepta.

—Estás siendo muy amable —comenta cuando ocupo mi asiento tras el volante.

—Bueno —respondo tomándome mi tiempo, acomodándome en el sillón—, alguien se esforzó muchísimo en que tuviera modales y no quiero decepcionarla.

Arranco el Mustang con una media sonrisa en los labios. Aunque intenta disimularlo perdiendo su vista en la ventanilla, una sonrisa se cuela en también en los suyos. El gesto me recorre entero, arrasando mi sistema nervioso, y choca contra mi corazón como un tren de mercancías. Sigue siendo mi chica. Sólo tengo que recuperarla.

Enciendo el reproductor de música y *Cuando nadie ve*, de Morat, comienza a sonar bajito. Me resulta extraño verla tan callada, ni siquiera al principio de nuestra historia conseguí que lo estuviera, pero aguanto el tirón. Tengo que contenerme con todas mis fuerzas para no agarrar su mano y colocarla en el cambio de marchas junto a la mía o perder mis dedos bajo su falda mientras atravesamos la M30. Ese tirón es aún más duro, pero gracias a Dios, también puedo con él.

La malcriada frunce el ceño al darse cuenta de que vamos a mi casa, pero no dice nada. Cuando aparcamos frente a la puerta, toma aire y por fin me mira.

—¿Lo que vas a enseñarme está en tu casa?

Disfruto de que por fin me deje atrapar sus preciosos ojos marrones y simplemente me encojo de hombros.

—No quiero jugar sucio, malcriada —le aseguro, y sueno sincero porque lo estoy siendo. No tengo nada que esconder—. Hoy no.

Sonríe en contra de su voluntad y otra vez tengo ganas de aullar, de besarla con fuerza, de sentarla en mi regazo y enterrarme en ella. Ha cambiado algo dentro de mí y la necesito como nunca he necesitado a nadie.

Ella también nota esta especie de gravedad flotando entre los dos, acercándonos el uno al otro. Es la misma fuerza que nos empujaba cuando yo sólo quería odiarla, esa que me hizo desearla sin ni siquiera saber cómo demonios estaba pasando.

Resopla y acaba cabeceando, y yo me pregunto si siempre va a ser así de fácil y difícil al unísono, si con el tiempo el corazón va a dejar de latirme tan fuerte cada vez que pueda alzar la mano y tocarla.

—¿Vamos? —me pregunta saliendo, tratando de romper el momento.

Decido concederle la huida.

Bajo y los dos caminamos hasta la casa, uno junto al otro. Abro y la dejo entrar primero y, cuando lo hago después, de nuevo todo vuelve a empezar... el corazón desbocado, algo dentro de mí despertando, luchando, brillando. La deseo hasta volverme loco y la quiero en mi casa, en mi cama, todos los putos días.

Daniela se detiene en el centro del salón y mira a su alrededor.

—¿Y ahora? —pregunta nerviosa.

—A la cocina —sentencio manteniéndole la mirada.

Ella asiente y tarda un segundo de más en apartar sus ojos de los míos y echar a andar. La sigo despacio, intimidándola un poco, dejando que su imaginación y su cuerpo jueguen un papel aquí.

—Ya estamos en la cocina —suelta girándose nerviosa hacia mí.

Le dedico mi media sonrisa, torturándola.

—Ya estamos aquí —repito, y dejo que mi voz suene más ronca.

Sus ojos se pierden en los míos y su respiración se acelera suavemente.

Me muerdo el labio inferior mientras mi mente vuela libre y la dibujo con la mejilla sobre la encimera, mi mano recorriendo su espalda y agarrándose a su cadera mientras con una pierna separo las suyas lo suficiente como para poder embestirla con fuerza. Grita mi nombre y yo saboreo el suyo.

—Mira allí —le ordeno señalándole el frigorífico con un golpe de cabeza.

Ella obedece sin pensar, pero, cuando la puerta de la nevera entra en su campo de visión, frunce el ceño, confusa.

—¿Son autorizaciones? —inquiere.

Asiento.

—Mati y Suso tienen que llevarlas mañana porque ahora será Héctor quien se encargue de llevarlos y recogerlos del colegio.

Daniela continúa extrañada, pero su expresión cambia en el instante siguiente, al darse cuenta de lo que significa. Abre la boca dispuesta a decir algo, pero no sabe el qué y vuelve a cerrarla.

—Hugo no lo hará más —hablo por ella—. Sigue siendo mi hermano y lo quiero, pero se comportó como un auténtico cabrón con los dos y necesito poner distancia con él.

—Rico... —me llama con una mueca de disgusto.

—Y él también, créeme —sentencio vehemente—. Siempre que me necesite, va a tenerme a su lado, pero yo te necesito a ti. No se trata de elegir —añado negando suavemente con la cabeza —, se trata de dejar de sentirme culpable por algo que en el fondo no fue mi responsabilidad y, por primera vez en demasiado tiempo, poner por delante lo que siento yo antes de lo que siente él. Y es todo gracias a ti, malcriada.

—¿Seguro que es lo que quieres? —demanda asustada. Ella también ha vuelto de golpe a la explanada de El circo.

—Sí —respondo sin una mísera duda, porque no la tengo.

—Rico, no quiero que después te arrepientas, que...

—No voy a arrepentirme —le dejo claro, tomando su cara entre mis manos y atrapando su mirada.

Otra vez abre la boca dispuesta a pronunciar algo y otra vez vuelve a frenarse a sí misma. Sonrío. No me importa. Tengo más cosas que enseñarle. No pienso rendirme.

—Ven.

La cojo de la mano y comenzamos a caminar. Daniela no se suelta y ese pequeño detalle, simplemente, me hace sentirme invencible.

La llevo a la planta de arriba y nos detengo frente a mi dormitorio.

—Entra.

La malcriada duda, pero en el mismo segundo parece rearmarse sobre sí misma, alza la cabeza y da el primer paso hacia el interior. La conozco. Es valiente, más incluso de lo que ella piensa, y no le gusta dudar, no le gusta apartarse a un rincón y llorar. Ella es mejor que todo eso.

—Abre el armario.

Ella se gira hacia mí, otra vez confusa. Yo esbozo una media sonrisa diciéndole sin palabras que no pienso explicarle nada, que tendrá que comprobarlo por ella misma.

Daniela acepta el reto implícito. Se dirige al mueble y desliza una de las puertas. Sin embargo, en lugar de una respuesta, arruga de nuevo la frente aún más confundida.

—Está vacío —murmura.

—Deberías trabajarte eso de ser observadora —replico socarrón—. Sólo la mitad está vacío.

La malcriada se gira hacia mí con una pregunta en los labios, pero temiendo que no sea la correcta.

—¿Por qué no abres el primer cajón de la cómoda?

Quiere explicaciones, pero la curiosidad la está matando. Va hasta la cajonera y descubre el interior del primer cajón. Lo cierra con una sonrisa en los labios y abre el segundo, el tercero, el cuarto. La mitad de cada uno de ellos está llena con mi ropa y la otra mitad, vacía. Y entre todos responden su pregunta.

—¿Quieres que deje cosas mías aquí? —inquiere girándose hacia mí.

Me encojo de hombros, desdeñoso.

—Todavía te queda el cajón de la mesita.

Daniela trata de disimular una sonrisa, de leer en mí, pero no dejo que lo haga. Despacio, nerviosa y acelerada, va hasta el pequeño mueble y, con manos temblorosas, abre el cajón. Su sonrisa desaparece un instante y vuelve a reaparecer con un jadeo de sorpresa. Ha visto la llave que he dejado en él, lo único que he dejado en él, en realidad.

—No quiero que dejes cosas tuyas aquí —le digo con la misma seguridad que he demostrado en la cocina. No tengo dudas. No las hay—. Quiero que las dejes todas. Quiero que vivas aquí conmigo, malcriada.

—Rico, yo... —musita sin volverse.

Sé que se siente sobrepasada. Sé que la jodí.

—Sé que dije que era incapaz de verte en esta casa —me sincero, se lo debo—, pero, en realidad, sólo fue un estúpido mecanismo de defensa. —Doy un paso hacia ella. Necesito que lo entienda—. Te veo aquí, te quiero aquí, y estos tres malditos días en los que no te he tenido cerca te he imaginado en cada rincón. Me equivoqué...

—Me hiciste daño —replica girándose con los ojos llenos de lágrimas.

El dolor regresa, se hace mayor. Odio verla así.

—Y te juro que no va a volver a pasar —sentencio con un convencimiento aplastante.

—¿Por qué?

—Porque —doy un paso más— a partir de ahora —otro más— se acabaron las dudas y los juegos, malcriada.

Otro.

Y si hace falta, pienso follarte hasta que lo entiendas.

—Demuéstramelo —me desafía.

Toda mi arrogancia se hace sonrisa.

—Ya contaba con ello —afirmo.

Sin darle más explicaciones, nos montamos en el coche y la llevo a El circo.

—¿Esta noche hay carrera? —pregunta mirando el alboroto que hay en la explanada a través de la luna delantera.

—Algo parecido —respondo bajándome.

Rodeo el Mustang y cojo su mano en cuanto sale para que empecemos a caminar. Lucas está sentado en el techo de su Chevrolet. Los coches tienes los faros encendidos, alumbrando el lugar donde se colocaría la chica de la bandera, y todos están fueran, esperando.

—Quédate aquí —le pido dejándola junto a uno de los coches.

—Rico —me llama dando un paso hacia mí.

Es más que obvio que no quiere estar aquí y por eso precisamente, esta noche, tiene que estar.

—Voy a demostrártelo —sentencio con una media sonrisa, guiñándole un ojo.

Ella me mantiene la mirada. El miedo lentamente va desapareciendo y una sonrisa ocupa su lugar. «Eso es, malcriada, déjame cuidar de ti.»

Saludo a Lucas, que automáticamente se baja de un salto de su coche y apaga la música que salía de él. Con el silencio, todos se vuelven curiosos hacia el Chevrolet y observan cómo me subo a su techo. Con el silencio, todos reparan en Dani y empiezan los cuchicheos. Ella me mira, esforzándose por ignorarlos, y la conexión entre los dos se hace aún mayor. Sólo somos ella y yo. Tuve esa sensación la primera vez que la toqué y no se ha marchado jamás.

—Escuchadme bien —pronuncio dejando que todos los años de carreras, de peleas, de demostrar lo que valía vayan saturando cada centímetro de mi piel. El extrarradio es mío porque me lo he ganado a pulso y hay cosas que no pienso permitir—. ¿Veis a esa chica? —digo señalándola—. Se llama Daniela Suárez y no me importa absolutamente nada de qué barrio haya salido, porque ahora su sitio está en éste.

La miran a ella, pero rápidamente llevan su vista de nuevo hacia mí. Daniela no levanta sus ojos de mí y la tristeza que vi en los suyos en este mismo lugar poco a poco va desapareciendo, como si con cada palabra que pronunció pudiera borrarla un poco más. Cuando le dije que jamás pude pensar que la sonrisa de alguien me importase tanto, hablaba en serio. Se ha convertido en mi maldito objetivo en la vida.

—Si alguien en algún momento tiene algún problema con que ella ahora esté aquí, tendrá que pensárselo dos veces antes de ir a decírselo, porque automáticamente me lo estará diciendo a mí y, creedme, no os va a gustar que lleguemos a ese punto. Me da igual quién coño sea y qué coño crea que tiene que decir, es mi chica —sentencio, y la busco a ella y la encuentro y esas tres palabras me hacen más fuerte, mejor— y más os vale no olvidarlo jamás.

La miro, joder, la miro y todo lo que siento por ella me golpea hasta dejarme noqueado. Se me acelera el pulso, el corazón va a escapárseme del pecho.

Me bajo de un salto y echo a andar en su dirección. Daniela sonríe con los ojos llenos de lágrimas y, como si no pudiese soportarlo más, exactamente como me siento yo, rompe a correr hacia mí.

La estrecho entre mis brazos y la beso con fuerza, disfrutándola, sintiéndola, notando que el corazón va a partirme las costillas y, al mismo tiempo, por fin, en paz. Eso es Dani para mí, la fuerza inconmensurable de una tormenta y toda la calma que llega después.

Apoyo mi frente en la suya y me separo apenas un centímetro. Joder, ya la echo de menos.

—Esto es todo lo que soy —susurro con la voz jadeante—, y es todo tuyo.

Daniela sonríe. La sonrisa más bonita que he visto en toda mi vida.

—Tú ya tienes todo lo que soy.

Quiero decir tantas cosas que soy incapaz de pronunciar ninguna y vuelvo a besarla con intensidad. Es todo lo que me importa, todo lo que necesito. Lo único que quiero.

***

Aparco el coche frente a mi casa y vuelvo a besarla. Entre los dos, sin separar nuestros labios un solo centímetro, en el movimiento más fluido y con más ganas de la historia de la humanidad, se coloca a horcajadas en mi regazo.

Pierdo mis manos en su pelo, pero no me valen ahí y bajan y vuelan por cada rincón de su piel, pero eso no me vale tampoco; quiero más, joder, lo quiero todo.

Valoro seriamente la posibilidad de follármela aquí, pero deseo disfrutar de ella, deseo tenerla desnuda en mi cama. No puedo pensar en otra maldita cosa.

Salimos a trompicones y sólo nos separamos para subir las escaleras. Apenas pone un pie en el último peldaño, la empujo contra la fachada y vuelvo a besarla, vuelvo a devorarla, uniendo cada átomo de mi cuerpo al suyo.

—Rico —gime contra mis labios.

Y ya no puedo pensar.

Abro, la beso, entramos, la beso.

El sonido de la tele me hace consciente de que mis hermanos están en casa.

—Hola, chicos —nos saluda, socarrona, Aitana.

—Hola... —pretende decir la malcriada, pero no dejo de besarla el suficiente tiempo y acaba sonriendo contra mis labios.

—Esta noche haced lo que os dé la gana —los informo quitándome la chaqueta.

Daniela hunde los labios en mi cuello y empieza a darme besos, pequeños mordiscos, a gemir contra mi piel... y pierdo la poca cordura que me queda.

La levanto a pulso, la obligo a rodear mi cintura con sus piernas y, besándola, subimos las escaleras.

Aitana, Suso y Mati empiezan a soltar «oooohhh», «uuuuhhh», a vitorearnos y a aplaudir. Son unos cabrones.

Cierro de una patada y nos dejo caer sobre la cama. Toda la ropa me sobra. Mientras ella se quita la camiseta por la cabeza, me deshago de su falda y, oh, sí, le rompo las bragas.

Una sonrisa trémula es todo lo que veo antes de besarla casi desesperado. Sus manos, nerviosas, desabrochan mi camisa. Yo hago lo mismo con mis pantalones. Me lo quito todo. Se lo quito todo.

Me recoloco entre sus piernas y, sin dejar de besarla, la embisto con la misma fuerza con la que he hecho todo lo demás, llegando todo lo lejos que soy capaz.

Ella grita, echa la cabeza hacia atrás y todo su cuerpo se estremece una décima de segundo para, en el siguiente, estrecharse contra mí.

Empiezo a moverme porque lo necesito. Necesito sentirla. Necesito entrar, correr para volver a hacerlo. Necesito embestirla tan profundo que llegue a dolerle. Necesito besarla, morderla, acariciarla. Necesito que se derrita entre mis brazos. Necesito que grite mi nombre.

Y no me he equivocado con cada verbo que he pronunciado. No es deseo, es necesidad pura, dura, cruel. Antes de ella, mi vida estaba vacía, y ahora está llena de luz.

—Por favor —gime.

Esas dos palabras prenden la mecha todavía más. No le importa suplicar, parecer vulnerable, y eso me vuelve todavía más loco, porque nunca duda en entregarse por completo, en ofrecerme todo lo que es y eso... así es cómo deberían ser las relaciones siempre, cómo deberíamos ser siempre todos... cómo es el amor.

La palabra rebota en mi cabeza, en mi estómago, en mis malditas costillas y, de pronto todo sube un escalón, todo sabe mejor. Es electricidad, complicidad; es la mejor sensación del maldito universo. La quiero.

La quiero.

—Te juré que te daría todo lo que quisieras y pienso cumplirlo —susurro contra su boca—, pienso cumplirlo cada jodido día.

La beso de nuevo. Me hundo en ella. Y se corre gimiendo y susurrando mi nombre, pero ni siquiera ahora dejo de besarla, porque la necesidad no se va, el deseo no se va. Sólo crece... hasta inundarlo todo.

Acelero el ritmo. Llego más lejos y la malcriada, mi malcriada, vuelve a alcanzar el clímax por segunda vez, el mejor espectáculo del mundo.

Me aferro con fuerza a sus caderas. Empieza a temblar suavemente.

—Llénam e, por favor —murmura con los ojos cerrados y la piel brillante.

Y juro por Dios que todo lo que soy se derrumba y se reconstruye en torno a ella.

Me corro besándola, acariciándola, hundiendo mis dedos en su piel.

Estoy enamorado de Daniela Suárez.

***

Me dejo caer a su lado en la cama tratando de recuperar la respiración, tiro de ella y la acomodo sobre mi pecho. Daniela suelta un ruidito de lo más sexy y se acomoda sobre mí.

—Cuando muera —empieza a decir con los ojos cerrados y la voz somnolienta—, quiero morir así.

Sonrío como un auténtico gilipollas y saco pecho. ¿Quién no lo haría tras semejante declaración?

—¿Eres consciente de lo que has dicho? —demando socarrón.

—Sí —responde, dándome la espalda y arrastrándose hasta abrazar mi almohada— y puedes reírte de mí todo lo que quieras. No me importa.

Yo vuelvo a sonreír y me giro para abrazarla, sólo que, al hacerlo, mis ojos se pierden en sus piernas, en su culo de ensueño, y suben hasta sus hombros, su cuello, sus labios... y abrazarla deja de ser una opción.

***

No sé cuántas horas han pasado; si me dijeran que días, ni siquiera me sorprendería. Daniela entra en la habitación desde el baño sólo con mi camiseta y, veloz, se coloca a horcajadas sobre mí, que estoy cómodamente tumbado en la cama.

Se muerde el labio inferior y sus ojos marrones se clavan en los míos, estudiándome.

—He estado pensando —dice al fin.

—¿Cuándo? —pregunto burlón—. ¿En el minuto y medio que has estado en el baño?

—Soy muy rápida pensando.

—Eso me alegra, porque no sé si te has dado cuenta de que sólo hay un baño en esta casa.

—Hablando de eso... —deja en el aire con un mohín; está claro que, sea lo que sea, lo que va a decir, la tiene inquieta.

—¿De baños? —bromeo.

La malcriada resopla exasperada.

—No, de esta casa —especifica—. No puedo mudarme contigo, Rico.

Todo mi cuerpo se tensa imperceptiblemente. Quiero que esté aquí, conmigo. Todos los días.

—¿Y puedo saber por qué?

—Por mi hermano. No puedo dejarlo solo.

—Pues tráetelo —respondo como si fuera obvio, y para mí lo es—. La habitación de Suso tiene una litera. Así podré dejar de preocuparme porque vaya a montar una cumbre mafiosa ahí dentro. Se lo pasarán bien.

Suso le enseñará a Pablo a defenderse y Pablo, a que no puede fabricar sus propios cigarrillos porque eso ya lo hace Tabacalera Española.

—¿Y qué le digo a mis padres? ¿Que voy a sacar a Pablo de la casa, donde ha vivido durante toda su vida, para llevarlo al barrio que odian, conmigo y con mi novio corredor de carreras ilegales?

Enarca las cejas para reafirmar su argumento.

—Diles que soy mecánico. Es mi tapadera.

Mi respuesta le hace volver a resoplar frustrada y me da un manotazo en el hombro.

—Tómame en serio —se queja.

No puedo evitar sonreír, casi reír. Eso le enfada todavía más, así que estiro mi cuerpo, cojo su cara entre mis manos y le doy un beso para aplacar sus instintos asesinos.

—Está bien —digo contra sus labios—. Lo entiendo. Nada de mudarse por ahora.

—Pero me encanta la idea de dejar cosas aquí.

—Deja todo lo que quieras —respondo besándola de nuevo.

—Y la llave es mía.

Sonrío.

—No lo sé... al renunciar a mudarte aquí, la llave ha pasado a la siguiente de la lista.

Dani abre la boca indignadísima y me aparta de un empujón.

Claro que es suya, pero me gusta torturarla.

—Muy gracioso —refunfuña—. ¿Y se puede saber quién es la afortunada?

Finjo pensarlo un instante.

—Con toda probabilidad —contesto al fin—, Héctor.

—Eres... —vuelve a protestar con una sonrisa.

Pero cualquier cosa que pensara decir se pierde entre besos.

***

—Debería bajar para controlar un poco a esos tres —gruño contra la piel de su cuello. Le doy un beso húmedo y caliente, pero no puedo resistirme y acabo mordiéndola.

Daniela gime y me doy cuenta de que, cómo siga un segundo más en esta cama, no saldré nunca.

Me incorporo a regañadientes y me pongo los vaqueros y la camiseta prácticamente en el mismo movimiento. La malcriada me imita y comienza a vestirse.

—No vas a marcharte —le dejo claro, y no lo he dicho yo, la voz ha sonado desde el fondo de mis costillas.

—Sólo quiero acompañarte —responde sin mirarme, concentrada en ponerse la camiseta, pero lo hace con una sonrisita de lo más satisfecha e impertinente.

Yo le devuelvo el gesto con malicia y, tomándola por sorpresa, la agarro de la muñeca y tiro de ella hasta que nuestros cuerpos se chocan. Sólo necesita darse cuenta de cómo la miro para que la sonrisa se borre de sus labios y su respiración se acelere suavemente.

—¿Estás disfrutando con esto? —pregunto en un susurro, con la voz endurecida.

—Puede ser.

—Pues voy a tener que enseñarte modales.

Me inclino sobre ella. Mis labios casi tocan los suyos. Ya ni siquiera recuerdo por qué estaba haciendo esto, sólo quiero devorarla despacio, pero, cuando voy a besarla, aprovecha para soltarse y, rápida, llegar hasta la puerta.

—Buena suerte con eso, León —susurra insolente con una sonrisa de oreja a oreja.

Y, sin más, sale de la habitación.

Lanzo un juramento ininteligible entre dientes, pero al final acabo sonriendo. Lo vamos a pasar muy bien.

Bajamos las escaleras entre palabras mal susurradas acerca de todo lo que pienso hacerle

cuando volvamos arriba y risas. Cuando llegamos abajo, la mía se transforma en otra muy diferente al ver a Aitana, Suso y Mati dormidos en el sofá.

—Deberíamos llevarlos arriba —dice Dani, acercándose a ellos.

Se acuclilla frente a Aitana y la mueve con suavidad al tiempo que susurra su nombre. Yo la observo y una cálida sensación va expandiéndose dentro de mí. Daniela encaja. Encaja aquí, en mi vida. Encaja con ellos. Aitana, Suso y Mati son una parte muy importante de mi mundo y ahora sé que también lo será del suyo.

—Es una tarea imposible —le explico caminando hasta ella—. Cuando Aitana se duerme en el sofá, nada consigue despertarla.

En ese momento llaman al timbre. Frunzo el ceño extrañado y miro el reloj en la pared del salón. Es tardísimo. ¿Quién coño es?

Me acercó a la puerta y, al asomarme por la mirilla, pongo los ojos en blanco.

—¿Qué tal ha ido? —pregunta Héctor en cuanto abro.

—Eres consciente de que podría estar durmiendo, ¿verdad?

—¿Durmiendo? —bufa—. No me decepciones.

Aunque no lo invito a pasar, entra.

—Vamos —se queja caminando hacia el salón—. Dame algún adelanto. —Guardo silencio—. ¿Estáis juntos?

No contesto, pero supongo que no lo necesita cuando al fin entra en la sala y se encuentra con Daniela.

—Hola —la saluda con una sonrisa de oreja a oreja.

—Hola —responde ella.

—No empieces —lo advierto pasando por su lado.

Héctor es la persona más curiosa que he conocido nunca y le encanta preguntarlo absolutamente todo, incluido lo que claramente no es asunto suyo.

Él abre la boca indignadísimo.

—Eres un gruñón —se queja.

—No podría estar más de acuerdo —interviene Daniela.

La miro igual de amenazante que lo hice arriba. Ella no sólo no se retracta, sino que alza la barbilla, manteniéndome la mirada, pero a este juego la malcriada no tiene nada que hacer y a los pocos segundos la presión le puede y acaba apartando la vista y echándose a reír, consiguiendo que yo también sonría.

Me inclino sobre Suso y me lo cargo al hombro. Voy a hacer lo mismo con Mati, pero se encarga Dani. Doy un paso hacia Aitana.

—Aitana —la llamo, aunque sé que es un esfuerzo inútil—. Aitana...

Nada, ni siquiera se mueve.

—Héctor —lo llamo dirigiendo mi vista hacia él—, coge a Aitana y llévala a su cama.

Él, que ya miraba cómo duerme, parece salir de una ensoñación.

—¿Qué? —responde aturdido, arrugando la frente—. No.

Sonrío. ¿A qué viene eso?

—Vamos, cógela —lo azuzo.

—Tiene dieciocho años, ya puede beber y votar, ¿no es capaz de despertarse y subir sola? —se queja.

—Y tú, veintinueve, y te tengo todo el día aquí metido como si no tuvieras casa —replico.

Héctor resopla malhumorado.

—Está bien.

Se acerca a Aitana, pasa uno de sus brazos por debajo de sus rodillas y el otro por su espalda y la levanta sin problemas. Ella nota el movimiento y se acurruca contra él.

Cuando subimos nosotros, Daniela ya regresa después de haber dejado a Mati en su cama.

Hago lo propio con Suso y regreso al salón. La malcriada está deambulando por él, fijándose en todos los pequeños detalles.

—Me gusta esta habitación —dice cuando se da cuenta de que la observo.

Sonrío y me dejo caer en el sillón.

—Es un desastre, pero me alegra que te guste.

—Hablo en serio —protesta entre risas.

—Y yo.

Daniela me mira y vuelve a sonreír mientras sigue caminando. Hemos intentado que sea práctico y que cumpla con todo lo que un salón debe cumplir: un sofá, una tele, una estantería, pero ninguno de los muebles hace juego con otro y el más nuevo, con toda probabilidad, tiene la edad de Suso.

Una de las veces que la malcriada pasa a mi lado, curioseando, tiro de su muñeca y la acomodo sobre mí. Logro que vuelva a protestar, pero no me importa lo más mínimo.

—¿La casa es tuya? —indaga, ávida de información.

Niego con la cabeza.

—De Bosco.

Ella frunce el ceño, confusa.

—De mi padre —le aclaro—. Es una vivienda social del ayuntamiento. Las hicieron en los setenta, con la idea de revivir la zona, pero no valió absolutamente para nada.

Daniela escucha con atención cada palabra que digo.

—¿Por qué no lo llamas papá o dices mi padre? —vuelve a preguntar.

Me encojo de hombros. La respuesta no podría ser más sencilla.

—Porque para mí no lo es.

No puedes elegir ni a tus padres ni a tu familia, pero sí que su vida y sus acciones dejen de afectarte, y yo, con respecto a Bosco, elegí eso hace mucho tiempo.

Dani va a volver a preguntar, pero las pisadas de Héctor en las escaleras nos distraen. Había olvidado que estaba arriba.

—Me marcho —anuncia cuando aún no ha llegado al último escalón—. Tengo cosas que hacer.

—¿A las dos de la mañana? —pregunto incrédulo.

—Una gran hora —sentencia dirigiéndose flechado hacia la puerta.

—Vicky te ha escrito, ¿verdad?

—No lo dudes —responde sin frenarse y sin volverse, saliendo y cerrando.

Sonrío. Lo imaginaba.

—¿Quién es Vicky? —inquiere Daniela.

—¿Eres consciente de que, si ahora me preguntas «¿hemos llegado ya?», me habrás hecho todas las preguntas del mundo en una sola noche?

—Eres lo peor —se queja.

Trata de huir, pero no le doy la oportunidad.

***

Me levanto con una sonrisa en los labios y todo mejora cuando veo a la malcriada a mi lado, acurrucada contra mí. Le lleno el cuello de besos y deslizo mi mano por su cadera desnuda. Por Dios, esto es una locura. Ayer perdí la cuenta de cuántas veces me la follé y ya quiero hacerlo otra vez.

Sin embargo, empiezo a oír pisadas, puertas... y me doy cuenta de que el deber me llama. Mis hermanos ya están despiertos.

Salgo de la cama maldiciendo mi suerte, pero con la misma idiota sonrisa en los labios. ¿Qué le vamos a hacer?

—Buenos días —murmura somnolienta, esforzándose sobremanera en abrir los ojos e incorporarse hasta quedarse sentada.

—Buenos días.

Mi voz le hace llevar su mirada hasta mí y se queda embobada, observando cómo doy un par de saltitos para ajustarme los vaqueros y me los abrocho.

Cuando levanto la cabeza, se obliga a salir de su ensoñación y mirar hacia cualquier otro lado y mi sonrisa se ensancha victoriosa.

—¿Puedo darme una ducha? —inquiere en un murmuro.

—Rápida —respondo poniéndome la camiseta.

Ella asiente.

—¿Me prestas algo de ropa?

—Coge la que quieras —clavo la rodilla en el colchón y me inclino sobre ella para darle un beso inocente, uno, lo juro, pero los planes cambian sobre la marcha—, aunque mejor quédate desnuda —ruego contra su boca.

La malcriada gime encantada. Yo tiro de su cintura y la coloco debajo de mí, exactamente

donde debe estar.

—Tienes que hacerles el desayuno a tus hermanos.

—Les doy un billete de diez a cada uno y que se las apañen.

Dani rompe a reír y el sonido reverbera por todo mi cuerpo. Es un sonido increíble.

—Eres un padre horrible.

—Tendrías que compararme con el que teníamos antes —me burlo—. Salgo ganando.

Daniela empieza a forcejear tratando de huir y, como no la dejo, cierra la boca, apretando los labios.

—¿Ésa es tu última respuesta? —inquiero amenazante.

Ella asiente sin pronunciar palabra.

—¿Segura? —insisto.

Vuelve a asentir.

—¿Sí?

Asiente por tercera vez.

—Vale —sentencio encogiéndome de hombros y le paso la lengua por la mejilla, babeándole la mitad de la cara.

—¡No! —protesta entre risas, apartándose, pero ya es demasiado tarde.

Yo la observo con una sonrisa, aún debajo de mí.

Sólo lleva una noche en esta casa y mi vida ya es mejor.

***

—Buenos días, peque —saludo a Mati en mitad del pasillo.

La cojo en brazos y le doy un beso.

—Buenos días. Hola, Dani —responde reparando en ella, unos pasos detrás de mí—. ¿Ahora vas a vivir con nosotros?

La malcriada lo piensa un instante.

—Más o menos —contesta con una sonrisa, entrando en el baño.

Mati me mira a mí, esperando a que le concrete un poco más la información, pero yo le guiño un ojo y voy hasta la habitación de mi hermano.

—¡Suso! —grito dando palmadas en la puerta al ver que está todavía dormido como un tronco.

Gruñe algo parecido a un «estoy despierto» y decido conformarme con eso. Al pasar junto a la habitación de Aitana, la oigo discutir por teléfono. La puerta está entornada, así que, sigiloso, camino hasta colocarme tras ella y agudizo el oído.

—Te estoy diciendo que no —le dice a quien sea que esté al otro lado de la línea—. ¿Por qué no eres capaz de entenderlo?... Pues porque sí. No tiene nada que ver contigo.

Pero, entonces, una manita agarra la mía y tira con fuerza, llevándome hacia las escaleras.

—Espera —me quejo; quiero saber con quién está hablando, pero Mati no me suelta.

—Miss Abernathy dice que es de mala educación escuchar las conversaciones ajenas —me explica obligándome a bajar.

—Miss Abernathy y yo vamos a tener una charla.

Es urgente. Siempre me estropea los planes.

Bajamos a la cocina y casi de inmediato oímos la puerta principal.

—Buenos días, familia.

Es Héctor.

Mientras él cruza el salón, Dani baja las escaleras con el pelo húmedo y descalza, con una de mis camisetas y uno de mis pantalones de pijama. Está preciosa.

—Qué carita de gilipollas —susurra Héctor a mi lado, con una sonrisilla de lo más irritante.

Yo lo miro y su sonrisa se ensancha enseñándome todos los dientes, por lo que no tengo más remedio y acabo sonriendo en contra de mi voluntad.

Me giro hacia el mueble y empiezo a preparar café mientras Dani le sirve un zumo a Mati y deja otros dos listos para Suso y Aitana.

—Buenos días, preciosidad —saluda a Mati, que le devuelve una sonrisa.

—Buenos días, señora León —le dice, burlón, a Dani.

Sin embargo, ella no contesta, ni siquiera parece haberlo oído. Cuando se da cuenta de que los dos la miramos, frunce el ceño, extrañada.

—Ah, pero ¿era a mí? —pronuncia confusa—. Creía que la señora León eras tú.

Rompo a reír encantadísimo, mientras Héctor suelta una carcajada avergonzada y aparta la mirada.

—Ésa es mi chica —dejo claro orgulloso.

—Muy buena, Daniela Suárez —sentencia mi amigo divertido, viniéndose arriba de nuevo—. Veo que eres una digna adversaria.

La malcriada se encoge de hombros, risueña, y los dos seguimos haciendo el desayuno mientras Héctor apoya los codos en la barra de la cocina y observa diciéndome tonterías y esperando su café.

Aitana baja con el móvil en la mano y cara de malas pulgas.

—¿Todo bien? —pregunto.

—Métete en tus cosas, Rico —replica caminando hasta la mesa.

Voy a responder, pero, no sé por qué, guardo silencio... y me doy cuenta de que es porque estaba esperando a que Héctor hiciera algún comentario socarrón y desdeñoso con la intención de pincharla, Aitana cayera, como cae siempre, y le respondiera y así se llevaran los cinco minutos siguientes. ¿Qué está pasando aquí?

—¿Estás bien? —le pregunto a Héctor.

Él tuerce el gesto, incómodo.

—¿Por qué no iba a estarlo?

Lo miro suspicaz. Me está ocultando algo.

—¿Por qué contestas a una pregunta con otra?

—¿Y tú por qué no dejas de hacerlas? —protesta.

De pronto recuerdo cómo se marchó anoche y caigo en la cuenta de algo.

—¿Es por Vicky?

Héctor pierde la mirada en el salón.

—Ya no estoy con Vicky —gruñe.

Acabáramos.

Llaman a la puerta principal.

—Voy yo —anuncia Dani chupándose la mermelada de arándanos del dedo índice.

Ese gesto inocente hace que se me ocurran muchas otras cosas que no lo son y me la pone dura de golpe. Por suerte, logro reconducirme.

—¿Su novio se ha enterado? —Porque es el único motivo que se me ocurre para que hayan dejado de verse. A veces pienso que el peligro y el morbo de tener que mantenerlo en secreto era por lo único que seguían liados.

—No, he sido yo —contesta, y por un segundo se lleva también la atención de Dani, al pasar junto a nosotros camino de la puerta, y de Aitana—. Ya no me caía bien desde lo que Emma y ella le hicieron a la reina del extrarradio consorte.

—Ésa sigues siendo tú —lo corrige la malcriada desde el salón.

—Es rápida —sentencia mi amigo—. Lo pasaréis bien.

Sonrío, dándole la razón sin palabras, y, antes siquiera de que pueda pensarlo con claridad, mi gesto se hace más grande y amenaza con partirme la cara en dos.

—Otra vez esa sonrisa. Qué irritante —me pincha guasón.

Mi ademán se transforma en una media y más dura, pero otra vez el capullo que tengo por mejor amigo consigue hacerme sonreír de verdad.

—Me alegro mucho por ti —afirma sincero.

Lo sé. Jamás podría dudar de él. Héctor es el hermano que elegí.

—Y por ella —añade socarrón para romper este momento tipo *Thelma y Louise* versión hombres, versión Vallecas, versión sin coche—. Aunque tengo mis dudas acerca de cómo se lo va a tomar.

Frunzo el ceño. ¿A qué diablos se refiere?

—Cómo se va a tomar, ¿el qué?

Héctor mira hacia el salón para asegurarse de que Daniela no nos está prestando atención.

—Que seguís casados.

J-o-d-e-r.

Lo había olvidado.

—Llámame raro —plantea burlón—, pero es que creo que no va a tomarse nada bien que hace un año decidieras no entregar los papeles del divorcio y seguir casado con ella sólo para, en un

futuro, cuando quisiera casarse con, palabras textuales, «un pijo gilipollas», poder fastidiarla y hacer que viniera a suplicarte para que firmaras otra vez.

Me paso las manos por el pelo. ¿Cómo demonios voy a explicárselo?

—Rico.

La voz de la malcriada en esa sola palabra me hace girarme hasta ella. Suena preocupada y nerviosa.

—La policía está aquí.

13

Daniela

Tan pronto como pronuncio esas palabras, camina hasta mí, me coge de la mano y me coloca a su espalda, protegiéndome, al tiempo que sale al salón.

—¿Qué quieren? —inquiere sin ninguna amabilidad.

Uno de los policías, el mayor, lo mira con condescendencia. El otro da un paso hacia él.

—Queríamos hablar con usted, señor León —le explica—, pero, dado que la señorita Suárez se encuentra aquí, nos gustaría hacerle unas preguntas a ella.

—No —sentencia con una aplastante seguridad—. A mí pueden preguntarme lo que quieran, pero a ella déjenla en paz.

—Las cosas no funcionan así, señor León —interviene el otro inspector—. Necesitamos hablar con la señorita Suárez y podemos hacerlo aquí y ahora cómodamente o llevárnosla otra vez a comisaría.

El cuerpo de Rico se tensa. Soy capaz de identificar el segundo exacto en el que decide que no le importa partirse la cara con estos policías y acabar detenido. Para evitarlo, aprieto con fuerza su mano.

—Por favor —le pido.

Al oírme, se gira con el ceño fruncido, como si no entendiese lo que estoy haciendo.

—No pasa nada, ¿vale? —intento que comprenda con una suave sonrisa—. Hablaré con ellos.

Creo que acaba de entender que, si él quiere protegerme a mí, yo quiero protegerlo a él.

—¿Estás segura?

Asiento.

—Sí —me reafirmo.

Rico me observa, estudiando mi mirada. Tras unos segundos, se gira despacio con la misma actitud de perdonavidas y taladra al policía mayor con sus ojos oscuros. Yo paso a su lado para dirigirme a ellos.

Justo antes de soltarme de su mano, Rico aprieta la mía, posesivo. Busco su mirada con la mía y le digo sin palabras que no tiene por qué preocuparse, que todo irá bien. No sé si lo convenzo o no, pero me suelta.

—Si les parece, ¿podemos sentarnos aquí? —les propongo señalándoles el sofá.

—No le robaremos mucho tiempo —me explica el agente más joven.

Hago un gesto afirmativo de cabeza y los tres tomamos asiento. A mi espalda oigo cómo

Héctor les pide a los niños que vuelvan a la mesa y terminen de desayunar.

Sin embargo, cuando el policía abre la boca dispuesto a hacer la primera pregunta, levanta sus ojos de mí para mirar hacia la cocina y guarda un segundo de silencio antes de decir:

—Señor León, ¿podría dejarnos solos? Como le he dicho a la señorita Suárez, no serán más que unos minutos.

Me giro a tiempo de ver a Rico con los brazos cruzados y el costado apoyado en el marco de la puerta del salón, en ese gesto tan sexy, tan desdeñosamente arrogante y tan suyo.

—Pues entonces no le importará que me quedé aquí —replica con la voz amenazadoramente suave.

Los policías se miran entre sí y el mayor asiente, indicándole al otro que puede continuar.

—Está bien —murmura para sí—. Señorita Suárez, ¿dónde estuvo el sábado pasado, alrededor de las doce de la noche?

El día de mi supuesta carrera.

—Aquí, en Vallecas, en la carrera.

—¿Era su primera participación en un acontecimiento ilegal de este tipo?

Asiento.

—Sí.

—¿Y qué le llevo a correr?

Siempre he pensado que los policías tienen un don especial para preguntar. Parece que sólo los mueve la inocente curiosidad, como si simplemente quisiesen saber qué es de ti y de tu vida, pero obviamente no son palabras gratuitas, tienen un fin; en este caso, que de alguna manera inculpe a Rico y les dé algo para demostrar que era él quien corría y no yo. Si quiero hacerlo bien, no puedo perder de vista esa premisa.

—Curiosidad, supongo —contesto fingiéndome tan inocente al responder como ellos al preguntar—. Quise probar.

—¿Cómo supo de su existencia? ¿Alguien se lo dijo?

—No, las descubrí sola.

—Vaya, eso me resulta, cuando menos, interesante. Una chica de La Finca que descubre que en un barrio de las afueras se corren carreras ilegales, decide participar en una y, por supuesto, la dejan.

—Soy muy persuasiva —repongo asintiendo— y conducir se me da mejor de lo que parece. Ustedes no lo saben porque todo lo que han visto es el accidente.

Sonrío nerviosa y obtengo una falsa empatía por parte de los agentes. Mientras, de reojo, puedo ver cómo los labios de Rico se curvan ligeramente hacia arriba.

—¿Recuerda el nombre de alguno de los otros corredores?

Niego con la cabeza.

—¿Alguna matrícula, tipo de coche, modelo quizá?

—No, nada.

—¿Quién organizó la competición? Tuvo que hablar con alguien para poder participar.

—Sí, pero no lo recuerdo. Me di un golpe en la cabeza en el accidente y todo se ha quedado un poco borroso.

El policía sonríe, sacando a relucir de nuevo una falsa amabilidad.

—Es comprensible —apunta.

—Gracias por entenderlo.

—Una última pregunta.

—Claro.

Por dentro suspiro. Sólo una más y se habrá acabado. Estoy muy nerviosa.

—¿Por qué cogió el coche del señor León? ¿Por qué no corrió con su propio vehículo?

¿Qué demonios contesto a eso? Pienso. Pienso. Pienso.

—Porque quería ganar —sentencio.

El policía más joven asiente. Ambos cruzan la mirada y se levantan a la vez. Yo los imito y empezamos a caminar hacia la salida.

—Creo que, por ahora, no será necesario hablar con usted, señor León —comenta uno de ellos.

Rico no levanta la vista de ellos, pero no dice nada.

Los acompaño hasta la puerta.

—De dos a cinco años de cárcel —comenta el mayor volviéndose, justo en la frontera que el vestíbulo marca con la sala de estar.

Lo miro confusa.

—¿A qué se refiere? —pregunto.

—Apuesto a que el señor León puede contestarle a esa pregunta —concluye, y los dos se marchan.

Cuando la puerta se cierra, a pesar de estar mirándola, me hace dar un suave respingo. Me giro hacia Rico. Los nervios no se han ido y, gracias a las últimas palabras del inspector, han crecido mucho más.

—Es la pena de prisión por el delito de conducción temeraria —me explica—. Sabe que no conducías tú y quiere asustarte.

Asiento. Me lo imaginaba.

Rico me observa, sólo necesita un segundo, y se dirige flechado hacia la puerta.

—Esto se acabó —ruge—. Voy a hablar con ellos.

—No lo hagas —lo freno.

—No sabes lo que dices —sisea pasando junto a mí.

—Sí que lo sé—insisto—, y no quiero que lo hagas. Estamos involucrados los dos, no puedes tomar solo esta decisión —le recuerdo.

Mis palabras lo detienen cuando está a punto de alcanzar el pequeño vestíbulo.

—No voy a permitir que pases por esto —me advierte con esa misma voz tan suave y tan

amenazadora a la vez, dado un paso hacia mí.

—Ni yo que acabes en la cárcel y pierdas a tus hermanos.

Puede que no tengamos el mismo tono, pero no pienso rendirme y más le vale empezar a comprenderlo.

Rico aprieta la mandíbula, al límite de su paciencia.

—Esto no termina aquí, malcriada. Van a volver. Van a presionarte para que les digas quién conducía realmente. Saben que no has sido tú —trata de hacerme entender, incluso de meterme un poco de miedo. No soy idiota, es la misma técnica del policía, pero no le va a funcionar. Tomé una decisión cuando lo encontré inconsciente en el coche y pienso mantenerla. No voy a dejar que acabe en la cárcel y no pienso consentir bajo ningún concepto que sus hermanos lo pierdan a él, es su padre.

—Pueden hacer lo que quieran, no pienso contar la verdad y tú tampoco.

—Malcriada... —me reprende pasándose las palmas de las manos por los ojos y subiendo hasta su pelo.

Está tratando de no estallar, pero no me importa. Sé por qué hago esto. Además, son mis decisiones, no las suyas, y tiene que respetarlas.

—Es algo que tengo que decidir yo, Rico.

—¡Pues toma la jodida buena decisión!

—¡La estoy tomando, maldito idiota! —grito también—. ¡Te estoy protegiendo!

—¡Y yo te estoy protegiendo a ti!

Lo entiendo, de verdad que sí, pero no voy a dejar que se sacrifique.

—Lo de la cárcel sólo lo ha dicho para asustarme —intento hacerle ver. Él también lo sabe.

—Y lo ha conseguido. —Y eso lo tenemos claro los dos.

Tuerzo el gesto.

—Porque, hostias, asusta —me defiendo. No soy ninguna estúpida—, pero sé que no va a pasarme nada. Para ellos nadie resultó herido, y no tengo antecedentes.

Tenemos que ser prácticos. Estoy fichada, pero eso es lo peor que va a pasarme. Como mucho, tendré que hacer trabajos para la comunidad y no me importa. Es infinitamente menos grave de lo que le ocurriría a él.

Rico también lo sabe, pero ahora mismo sólo puede pensar en que no puede dejar que pase por esto por él.

—No lo voy a permitir —sentencia.

Me intimida, no voy a negarlo, intimidaría a un luchador de *wrestling*, pero, como he dicho antes, son mis decisiones y tiene que respetarlas.

—Pues es una suerte que no dependa de ti —contraataco manteniéndole la mirada.

—Hablaré con ellos.

He cantado victoria demasiado rápido. Sólo tiene que ir a comisaría y decir que conducía él para que mi confesión caiga en saco roto, lo están deseando.

De pronto se me enciende una bombillita.

—Yo también —lo amenazo— y admitiré el delito de encubrimiento. Les contaré que fue idea mía sacarte del coche y fingir que conducía yo.

—No serás capaz.

Tres palabras y eso sí que es una amenaza en toda regla. Pero ¡maldita sea!, ¡tengo razón!

—Ponme a prueba —lo desafío, aguantando el tirón y que esos ojos oscuros ahora mismo parezcan de lava fundida.

—Joder —gruñe alzando las manos—. Es como domesticar un puto tigre —se queja pasándoselas por el pelo y tirándose de él.

Me he salido con la mía.

Sin decir una sola palabra más, me dirijo hacia la cocina. No quiero flaquear delante de él y reconozco que estoy a punto.

Cuando entro, todos fingen estar haciendo algo, pero han disimulado tarde y mal, así que es obvio que nos estaban escuchando.

Me voy directa a la cafetera y me sirvo una taza de café, pero, en realidad, no quiero. Voy a preparar la comida de media mañana para los pequeños, pero ya lo han hecho Héctor o Aitana, no lo sé. Voy hasta el fregadero. Necesito estar entretenida porque, en el fondo, todo esto sí me asusta: la policía, el juicio... pero me da todavía más miedo que la próxima vez no pueda estar allí para ayudar a Rico y acabe en la cárcel.

En mitad de todo eso, cuando la cabeza me funciona más rápido, Rico entra en la cocina, devora la distancia que nos separa y, estrechándome contra su cuerpo, me besa lleno de intensidad.

—Va a salir bien, ¿me oyes? —asegura contra mis labios—. Nunca permitiría que te pasara nada malo.

—Lo sé.

No tengo una mísera duda.

***

Ese viernes sólo es el comienzo de unos días increíbles. Rico y yo estamos juntos todos los días y algunas noches. No dejamos de besarnos, de acariciarnos, y su cama, mi cama, el taller o el baño de mi oficina dan buena cuenta de ello.

Todo es fácil y especial. Me presenta a su abuelo y Rico y sus hermanos vienen a cenar a casa el jueves para estar con Pablo y conocer a Dolores.

***

De acuerdo a cómo lo planeamos, la tarde del viernes siguiente recojo a Pablo y a los chicos

de la escuela y nos vamos todos a casa de Rico.

En el coche, Aitana está de lo más callada, incluso triste, y, cuando abro la puerta de casa y sale disparada hacia su habitación, mis sospechas se confirman.

—¿Se puede? —pregunto golpeando suavemente su puerta entreabierta.

Ella no contesta. Está sentada en la cama, de cara a la ventana. No necesito verla para saber que está llorando.

—A veces está bien hablar de lo que nos preocupa, sea lo que sea —añado.

Sigue en silencio. Pienso seriamente en entrar, sentarme y hacerla hablar, pero también sé que, si bien ése es en ocasiones el único camino que nos queda, otras es mejor dar un poco de espacio, sólo un poco, y esperar.

—Estaré abajo para lo que necesites —le digo, y echo a andar de vuelta a las escaleras.

—No se lo digas a Rico —me pide cuando ya me he alejado unos pasos.

No sé si se refiere a que está llorando o es una manera de indicarme que está dispuesta a contármelo. Decido decantarme por la segunda. Nunca se me ha dado muy bien eso de dar espacio, aunque sea poco.

—¿Qué es lo que ha pasado? —inquiero entrando.

—Es Adrián.

No tengo que hacer memoria para saber quién es. Rico gruñe cada vez que oye su nombre.

—Es tu novio, ¿no?

Aitana niega con la cabeza.

—Ya no.

Me siento en la cama, a su lado. El móvil de Aitana, sobre ella, bocabajo, no deja de vibrar de forma intermitente, como si estuviera recibiendo una veintena de notificaciones una tras otra.

—Lo dejé porque... —se frena a sí misma—, eso no importa. El caso es que él se enfadó muchísimo y al día siguiente, cuando llegué a clase, me enteré de que había dicho en su Facebook e Instagram que fue él quien me dejó a mí, que estaba harto. Esa misma mañana todos lo sabían, en mi instituto y en el barrio, pero te juró que no me importó —continúa con vehemencia, moviendo las manos, sollozando—, es una estupidez, pero después...

Aitana se calla y mi preocupación empieza a crecer.

—Después, ¿qué? —le pregunto tratando de sonar serena. No quiero que se sienta presionada y decida que es mejor mantenerme al margen.

—Le contó a todo el mundo que me había dejado porque ya se había acostado conmigo y había conseguido que hiciese en la cama todo lo que él quería. Se inventó un montón de cosas horribles, como que me pidió que me acostara con su amigo y acepté... Ahora todos le creen.

El móvil sigue sonando y me doy cuenta del grado de globalización absoluta en el que estamos inmersos, gracias a las redes sociales y los teléfonos móviles, y lo que implica en ese contexto la palabra *todos*. «Todos» ahora es «todo tu mundo».

—Mis amigas no me hablan porque no quieren que los otros chicos piensen que son como

supuestamente soy —continúa entre lágrimas—. Todos me miran, Dani. No paro de recibir mensajes de chicos que ni siquiera conozco, pidiéndome que quede con ellos. Me dan asco.

Rompe a llorar desconsolada y la abrazo con fuerza. De pronto siento una rabia brutal. Ese cabrón va a enterarse de lo que es bueno.

—No te preocupes —le digo sin dudar—. Vamos a arreglar esto. ¿Adrián irá esta noche a El circo? —inquiero separándome de ella, pero dejando mis manos sobre las suyas. No está sola en esto.

—No. Hoy juega su equipo y subirá a Madrid.

—¿Mañana?

Asiente.

—Pero no quiero que le digas nada a Rico —añade alarmada.

—La verdad, me sorprende que no se haya enterado ya —replico, y ella me mira con cara de susto—, pero no te preocupes. No le contaré nada. De esto nos vamos a encargar las chicas solas.

Sonrío para infundirle valor y confianza y amor. Ella me devuelve el mismo gesto, aunque triste, como es lógico, pero sé que ha captado el mensaje.

—Y esto —digo cogiendo su móvil, apagándolo y metiéndolo en el cajón de la mesita— se queda aquí un par de horas. —Cierro el cajón con energía—. Tienes que intentar olvidarte de todo esto un rato.

Ella no dice nada y me lo tomo con un «sí». La abrazo de nuevo y, cuando me separo, me dejo caer en la cama, bocarriba y llevo mi mirada al techo. Aitana me imita y durante unos minutos, no sé cuántos, nos quedamos la una junto a la otra.

—¿Cuál es tu canción preferida? —le pregunto—. No, espera —la freno—. ¿Cuál es la canción que te hace sentir bien?

—¿Que me hace sentir bien? —repite confusa.

—Sí, siempre hay una canción que, cuando la escuchas, hace que te animes por la letra, por el ritmo, porque te recuerda un momento divertido de tu vida —le explico—. La mía es *Don’t stop me now*, de Queen.

Me encanta esa canción. Habla de salir al mundo y comérselo.

Aitana lo piensa un momento.

—Creo que, si tuviera que elegir una, sería *Lo malo*, de Aitana y Ana Guerra.

La miro y asiento.

—Gran elección.

Me saco el móvil del bolsillo, busco la canción en mi Spotify y la pincho. La música empieza a sonar y, sin dudarlo, me levanto de un salto y empiezo a cantar y a imitar a las chicas del vídeo (con más tesón que don, todo hay que decirlo). Aitana se incorpora hasta sentarse y me mira como si estuviera loca.

—Las canciones sólo funcionan si las vives —le aclaro.

Tiro de su mano y la obligo a levantarse.

—¡Vamos! —la animo.

Se resiste, pero la canción surte efecto y, sin mucho convencimiento, empieza a bailar y cantar tímidamente. Yo exagero mis movimientos y empiezo a hacer el payaso para que se desinhiba. ¡Tiene que liberarse!

Aitana sonríe y, casi sin darse cuenta, comienza a moverse más, a cantar más alto, a saltar. Sonrío y, durante los tres minutos siguientes, lo damos todos.

Al llegar la parte de la canción en la que Ana Guerra dice aquello de «pa' mala tú, Aitana», no lo dudo y también lo digo. Aitana rompe a reír. Y cuando se acerca el final, la miro y asiento, indicándole que sabe lo que tiene que decir y que tiene que hacerlo.

—*¡Aitana War!* —gritamos a la vez que las cantantes.

—No lo dudes —le dejo claro con la voz jadeante—. Eres una guerrera. Todas las mujeres lo somos.

Aitana me mira y asiente.

Ella también lo sabe.

***

Bajo las escaleras elaborando un plan. Necesitaré a las chicas. Me saco el móvil del bolsillo de nuevo y mando un mensaje a nuestro grupo de whatsapp:

Mañana por la noche todas tenemos que estar en El circo.

Estoy asegurándome de que los pequeños merienden cuando algo empieza a sonar. ¿Qué es? Miro a mi alrededor, tratando de localizar el sonido, pero no doy con él.

—Es el teléfono fijo —me informa Mati, levantándose de un salto del sillón. El paquete de galletas que se estaba comiendo lo deja sobre él, pero el libro de Kipling se lo lleva consigo.

La sigo a la cocina y la veo arrastrar una de las sillas hasta la pared junto a las escaleras y descolgar uno de esos viejos teléfonos de pared de los ochenta.

—¿Diga? —pregunta.

Asiente varias veces, escuchando lo que le dicen al otro lado.

—Espere un momento, por favor —le pide a su interlocutor y, a continuación, me tiende el teléfono—. Están preguntado por Rico.

Camino hasta ella y lo cojo.

—¿Por qué no te vas a acabar de merendar? —le propongo tapando el auricular.

Mati asiente y sale de la cocina. La observo hasta que se marcha, asegurándome de que lo hace. No sé por qué están buscando a Rico, quizá sea otra vez la policía, y no quiero que la cría esté delante.

—Rico León no está —respondo—, pero soy su novia (una de caras con corazones en vez de ojos, por favor), ¿puedo ayudarle?

Sosteniendo el teléfono con una mano, coloco la silla en su sitio con la otra.

—Le llamamos del centro de salud de Bustarviejo, en el barrio de Tetuán. Bosco León está aquí. Lo trajo la policía por intoxicación etílica. Ya hemos solucionado ese problema, pero sería conveniente que lo recogieran y lo llevaran a su casa. No está en condiciones óptimas como para marchase por su cuenta. Obviamente no están obligados, pero...

—Lo recogeré ahora mismo —digo sacando mi móvil por tercera vez del bolsillo trasero de mis vaqueros—, ¿puede darme la dirección?

Tan pronto como me la facilita, la introduzco en el navegador del teléfono.

Cuelgo y salgo flechada de la cocina. Le pido a Aitana que cuide de los pequeños y corro hasta el coche.

El centro de salud está muy lejos, no es ninguno de los del barrio, ni siquiera de los vecindarios cercanos. ¿Cómo ha acabado allí?

Mientras atravieso las puertas del ambulatorio, llamo a Rico por quinta vez, pero sigue con el móvil apagado.

Me acerco al mostrador de recepción y, tras unos cinco minutos de cola, me indican dónde puedo encontrar a Bosco.

—Buenas tardes —digo entrando en el servicio de enfermería—. Me han llamado por teléfono, por Bosco León.

Una de las enfermeras asiente y sale conmigo. Sólo nos separamos de la puerta un par de pasos y me señala a un hombre sentado en una de las sillas de plástico azules, en la zona de espera que los centros de salud tienen junto a cada consulta.

Lo que veo me sorprende, como si, en cierta manera, a pesar de no habérmelo imaginado de ninguna forma en concreto, no fuera lo que esperaba. Bosco es un hombre de cincuenta y muchos, con el pelo ondulado, algo largo y blanco, pero con una cantidad envidiable para muchos chicos de veinte, y barba espesa. Tiene los ojos marrón avellana como los de Aitana y los rasgos muy masculinos como los de Rico, sólo que con las líneas de expresión marcadas como si fueran cicatrices. No pasa desapercibido y, a pesar de la edad, sigue conservando ese tipo de belleza que tuvieron Robert Redford, Paul Newman o Alain Delon con el paso de los años, esa que te indica que en algún momento de su vida fueron muy guapos.

—Bosco —lo llamo dando un paso hacia él.

Repara en mi presencia y me mira confuso. Lógicamente no sabe quién soy.

—Soy Daniela, la novia de Rico. He venido para llevarlo a casa.

Él me observa un poco más.

—¿Rico tiene novia?

Asiento y, sin poder evitarlo, sonrío.

—¿Y sabe que estás aquí? —añade.

—No estaba en casa cuando llamaron y no he podido localizarlo. ¿Vamos? —le propongo, ofreciéndole mi brazo.

Bosco me mira reticente, pero tengo la sensación de que no es por mí, sino por algo que he dicho. Finalmente se levanta, pero ignora mi brazo y comenzamos a andar en silencio.

—¿Cómo se encuentra? —inquiero cuando ya nos hemos alejado un par de kilómetros del centro de salud.

No ha vuelto a decir una palabra.

—No muy bien.

—La enfermera que llamó dijo que lo había llevado allí la policía... —dejo en el aire, esperando a que me dé más detalles.

—Estaba en el bar —se queja en un susurro malhumorado—. Tendrían que haberme dejado allí. Ahora podría seguir bebiendo. Por favor, llévame tú. Está a unas calles de casa de Rico.

Todavía no ha terminado la frase cuando empieza a toser, muy fuerte.

—No creo que sea buena idea que vuelva a beber ya. Le convendría descansar.

Bosco me fulmina con la mirada.

—Y a ti te convendría meterte en tus asuntos. A Rico no le va a gustar que hayas ido a buscarme, ¿sabes?

Otra vez la tos apenas le deja terminar la frase. Aprieto el volante con fuerza, pensando. Sé que Rico no se lleva bien con su padre, pero obviamente necesita dormir y, con toda probabilidad, comer algo. No puedo dejarlo en la puerta de un bar y desentenderme.

—¿Dónde vive?

—En varios sitios —responde escurridizo.

—¿En la calle?

Niega con la cabeza, vehemente.

—Aún no he llegado a ese puente, aunque supongo que podría cruzarlo sin problemas. Cuando necesito dormir, sé dónde hacerlo.

—Vale, pues dígame dónde puedo llevarlo para que descanse y coma algo.

—El bar.

Decisión tomada: a partir de ahora las decisiones las tomo yo.

Me ahorro el resto de preguntas y lo llevo a casa de Rico.

—¿Qué hacemos aquí? —se queja cuando ve dónde aparco—. Te dije que me llevaras al bar.

—Y yo, que necesitaba comer y descansar.

Va a protestar, pero la tos se lo impide. Salgo del coche, lo rodeo y abro su puerta. Bosco desciende y estoy segura de que va a darme la espalda y marcharse, pero de repente uno de los pies le falla y tengo que sostenerlo para que no se caiga.

—¿Ve? —trato de hacerle entender—. Está muy débil.

Como puedo, lo llevo hasta la casa. Pienso en acompañarlo arriba, pero no hay habitaciones libres, así que lo tiendo en el sofá. Recolecto todos los cojines que encuentro y también una colcha fina y suave del altillo de uno de los armarios.

Por suerte, no protesta más, pero tose como si la vida le fuera en ello.

Estoy en la cocina, preparándole algo de comer, cuando oigo pasos atolondrados bajar las escaleras y, a continuación, detenerse en seco. Un par de segundos después, Aitana está al otro lado de la barra de la cocina.

—Papá está en el sofá —pronuncia, y no sé si me lo está preguntando o afirmando.

—Llamaron de un centro de salud en la otra punta de Madrid, diciendo que necesitaba descansar, y es obvio que sí, no para de toser y casi se desmaya cuando ha salido del coche.

Sirvo un cuenco de sopa de verduras y lo coloco en lo más parecido a una bandeja que he encontrado.

—A Rico no va a gustarle —me recuerda.

Tuerzo los labios.

—Lo sé —respondo sacando dos rebanadas de pan tostado y colocándolas en la bandeja. En cuanto las suelto, sacudo los dedos. ¡Queman!—, pero no podía abandonarlo a su suerte.

Cojo la bandeja y salgo al salón seguida de Aitana. Con el primer paso en la sala, veo a Suso y a Pablo al otro lado del sofá, sin terminar de comprender la situación, y a Mati sentada en el tresillo, acariciándole el pelo a Bosco.

—Se ha quedado dormido —dice la pequeña.

—Estaba muy cansado —trato de explicarle.

—¿Se va a morir?

La pregunta de la niña parece generar incluso eco mientras todos clavan su mirada en mí. Yo tardo un segundo de más, pero al fin reacciono, dejo la bandeja sobre la mesita de centro y me acuclillo frente a Mati.

—No se va a morir. Sólo necesita comer algo y dormir —concreto.

La pequeña no me mira muy convencida y pasa lo mismo con Suso, incluso con Pablo, y yo empiezo a pensar que, quizá, he demostrado una seguridad demasiado plena cuando es imposible que pueda tenerla. Bosco no lleva una vida saludable, a las pruebas me remito... quiso ir a un bar menos de seis horas después de que la policía lo recogiera borracho del suelo de uno, y esa tos no tiene buena pinta.

—¿Por qué no seguís jugando arriba? —les propongo.

No parece buena idea que estén aquí.

Miro a Aitana, que enseguida capta mi preocupación, y azuza a los chicos hacia las escaleras.

—Vamos, os dejaré elegir peli y la veremos en mi cuarto —los soborna.

Veo cómo se marchan y resoplo. Estoy haciendo lo correcto. Sólo espero que todo salga bien.

Me paso el resto de la tarde pendiente de Bosco; se despierta a ratos y en esos momentos aprovecho para que coma algo. Me aseguro de que esté cómodo y compruebo su temperatura. Está helado y no debería. Hoy hace muchísimo calor.

Cuando la puerta principal suena, me levanto de un salto de un sillón.

—Hola, preciosa. —La voz de Rico llena el salón en cuestión de segundos. Miro a Bosco, está dormido—. Siento haber tardado tanto, pero mi abuelo se empeñó en terminar de arreglar

una camioneta y no quería dejarlo solo. Mi móvil se ha quedado sin batería; alguien me distrajo anoche y olvidé cargarlo.

No sé qué es lo primero que le hace entrar en un amenazante estado de alerta, el silencio que hay en la casa o mi cara de susto, pero, en cuanto sus ojos se posan en su padre, su expresión y todo su cuerpo soportan una tensión indecible.

Rico da una bocanada de aire llena de rabia, camina hasta mí, me coge de la muñeca y nos lleva hasta la cocina.

—¿Qué hace aquí? —pregunta, y tengo la sensación de que está esperando, casi suplicando, que le diga algo parecido a que lo encontré aquí al volver del colegio o que se coló por la fuerza, cualquier cosa que implique que no lo he traído yo.

—Llamaron de un centro de salud en el otro extremo de la ciudad diciendo que no era buena idea que se quedara solo.

Rico gruñe un «joder» entre dientes al tiempo que se pasa las dos manos por el pelo. Está más que enfadado.

—Te llamé al móvil y no contestaste —añado, pero él ni siquiera me mira—. ¿Qué querías que hiciese?

—¡Nada! —estalla—. ¡Me gustaría que no hubieses hecho nada! No traerlo a esta casa a jugar a los buenos samaritanos.

Sus palabras escuecen.

—No lo he hecho por gusto, ¿sabes? —replico—. Mi idea de una tarde de viernes no es ir por ahí de salvadora de la humanidad.

—Por Dios, malcriada —se queja—. Te encanta ir resolviendo problemas como si esto fuera una puta película de sobremesa.

—Y a ti te encanta hacerte el hombre duro torturado como si estuvieras en una.

—Daniela... —me reprende aún más cabreado.

—¡Es tu padre!

—¡¿Te crees que no lo sé?! —contesta—. ¡¿Piensas que por un jodido momento he podido olvidarme de que ese cabrón de mierda borracho y egoísta es mi padre?! —Está lleno del odio y del dolor de esa clase de heridas que, por mucho que luches, no se cierran nunca—. Mírame. Mira dónde estamos —ruge señalando vagamente a su alrededor. Sus ojos se llenan de rabia, de impotencia, de tristeza, por él, por sus hermanos, por la vida que les ha tocado vivir—. Lo recuerdo cada puto día. —Y su voz se apaga y se hace más dura al mismo tiempo, porque se satura de cada uno de esos sentimientos.

En el mismo instante en el que pronuncia la última frase, como si ya no pudiese estar ni un segundo más con él entre estas cuatro paredes, se marcha por la puerta trasera.

—Rico —lo llamo saliendo tras él.

Se detiene en mitad del jardín, con la vista perdida al frente, pero en ningún lugar, en realidad. Tiene las manos en las caderas y la respiración acelerada. Está tratando de recuperar el control.

—De pequeños, solía jugar con mi hermano Hugo y conmigo a un juego. Nos colocaba el uno frente al otro, separados exactamente diez pasos, nos ponía una lata de cerveza vacía en la cabeza y nos daba tres piedras a cada uno. —No se vuelve para hablar. No se mueve lo más mínimo. Todo lo que siente ahora mismo lo mantiene clavado al suelo, como si en vez de césped pisara cemento—. Quien tirase la lata del otro primero, ganaba. Cuando uno de sus amigos, otro borracho que se pasaba las horas muertas en el bar con él, le preguntó por qué lo hacía, él contestó «porque no ponen nada en la tele». —Una única carcajada llena de rabia y tristeza se escapa de sus labios.

Se gira despacio, pero no se acerca. Ahora mismo necesita marcar una distancia con esta casa, con su padre, conmigo.

—Entiendo que te dé pena, que quieras cuidar de él, pero yo no puedo hacerlo. —Su voz se entrecorta, con los ojos llenos de lágrimas, pero no por ello pierde un ápice de masculinidad—. No puedo dejar que el mismo hijo de puta que nos abandonó se quede en mi casa, que vuelva a vivir con nosotros, y no puedo hacerlo ni por mí ni por ellos. No puedo borrarlo de nuestras vidas, pero tengo que protegerlos. También a ti —sentencia aún con más fuerza—. No pienso dejar que confíes en él y te destroce.

El corazón se me encoge un poco más; a pesar de todo lo que ha pasado, de cómo se siente, lo que más le importa en este mundo es protegernos a sus hermanos y a mí.

—Lo siento —digo con la voz llena de lágrimas.

—Lo sé.

Nos miramos a los ojos y nos decimos muchas más cosas sin usar las palabras, y dos «te quiero» tan grandes como este barrio, como esta ciudad, se diluyen en la punta de nuestra lengua, porque no serían más que un añadido. Rico es mi corazón, no hay más, y yo soy el suyo y el destino ha jugado con nosotros hasta traernos hasta aquí.

—Te dije que no le gustaría verme aquí.

La voz de Bosco a mi espalda me sobresalta. El dolor y el odio dominan el color de los ojos de Rico. Tosiendo, pero recuperado, su padre baja las escaleras que dan al jardín, pasa a mi lado y se detiene a poco más de un metro de su hijo.

—Dame cincuenta euros y me largo —suelta sin más, sin dudar, sin arrepentirse.

Y me siento como una completa idiota. Es lo único que quería desde el principio. Supongo que, de haberlo dejado en el bar como pretendía, me los habría pedido a mí.

Rico sonríe fugaz, dolido, y se saca la cartera del bolsillo trasero de los pantalones. Coge un billete y se lo tiende apretando los dientes, luchando contra todo lo que siente por él, lo bueno, lo malo y lo que lo ha destrozado.

En cuanto agarra el dinero, Rico da un paso hacia él.

—No quiero que vuelvan a llamarme de un hospital por tu culpa a no ser que te estés muriendo —lo advierte.

—Tomo nota, hijo —responde Bosco como si tal cosa—. Adiós, cielo —se despide de mí con

una sonrisa, como si nada acabase de pasar.

Echa a andar, pero, al pasar junto a Rico, se detiene y le susurra algo al oído, no más de una frase. Éste se queda paralizado, con el miedo saturando cada centímetro de su cuerpo.

Bosco se marcha silbando, mirando satisfecho su billete de cincuenta euros.

—Rico —lo llamo caminando hacia él.

Pero él deja escapar todo el aire de sus pulmones a la vez que da un paso hacia atrás. El gesto me deja clavada en el suelo. ¿Qué ocurre? ¿Qué le ha dicho?

—Rico —vuelvo a llamarlo, reactivándome, yendo hacia él.

Pero sale disparado, se monta en su Mustang y desaparece calle arriba.

14

Daniela

No sé qué hacer. Ni siquiera sé qué pensar. Llamo a Rico al móvil, recordando que lo tiene sin batería cuando salta el buzón de voz. Llamo a Héctor, pero tampoco lo coge.

Incluso corro calle arriba en busca de Bosco, pero no lo encuentro y, lo único que sé del bar al que pretendía ir, suponiendo que sea el mismo, es que estaba a unas manzanas de aquí. Sobra decir que no lo encuentro.

Una parte de mí quiere seguir buscando a Rico. Entender lo que ha pasado, pero tengo que volver. Los chicos ni siquiera saben que me he marchado y, aunque Aitana está con ellos, no quiero que bajen y se encuentren solos, sobre todo Pablo. Le gusta estar aquí, pero no es su casa y me preocupa que se asuste o se ponga nervioso.

Les hago la cena. Milagrosamente consigo mantener mis nervios a raya. Me invento una excusa para la falta de Rico y les cuento la verdad (a medias) sobre Bosco. Se encontró mejor, se levantó y se fue; a ninguno de los tres les sorprende.

Me paso la peli mandándole mensajes a Héctor por si estuviese con Rico y hablando con las chicas. No puedo contarles qué ha pasado, pero me las apaño para pedir consejo sin dar muchos detalles.

A la una y media, todos están en sus habitaciones, Pablo compartiendo la de Suso, y yo ya no puedo más. ¿Dónde demonios se ha metido?

Con cuidado de no hacer ruido, abro la puerta principal, salgo al diminuto porche y me siento en los escalones. Estoy demasiado preocupada como para tratar de entretenerme con nada.

Paso más de dos horas así.

Tengo la cabeza apoyada en la baranda de las escaleras cuando veo el coche de Rico detenerse despacio frente a la casa. Me enderezo, pero no me levanto. No sé qué ha pasado, no sé si está enfadado, y prefiero ver cuál es su reacción antes de decidir la mía.

Rico sale del Mustang y, despacio, camina hasta mí. Es curiosa la capacidad que tienen algunos de seguir desprendiendo arrogancia incluso cuando ni siquiera ellos mismos, en ese preciso instante, se sienten así. Podrían venir de haber perdido una batalla en un páramo de Escocia por la corona del reino, sucios y heridos, y aun así caminarían como si el suelo que pisaran les perteneciese. Rico es una de esas personas.

Se detiene frente a mí y guarda silencio. La verdad es que yo tampoco sé qué decir. Tiene la mirada triste y cansada, y es obvio que lleva dándole vueltas a todo desde que se marchó de aquí.

—Ven —dice tendiéndome la mano.

Y otra vez toda esa arrogancia brilla, aunque sea más que obvio que, esta noche, Rico León ha perdido la batalla.

Me levanto precisamente por eso, porque sé que me necesita, y cojo su mano. Rico tira de mí y nos lleva hacia el Mustang.

—Espera —le pido—. No podemos dejar a los niños solos.

—Aitana —responde lacónico, y comprendo que se refiere a que le ha mandado un mensaje para que se encargue de todo.

En el coche suena una suave canción, algo sobre saltar y caer, sobre derribar los muros más altos, sobre creer.

No creo que llevemos un rumbo fijo. Simplemente estamos disfrutando de Madrid y, teniendo en cuenta que es una ciudad maravillosa, no me importa. Además, siempre he pensado que, en las noches de calor, las ciudades son mejores... por el aire cálido, las luces, la sensación de estar dentro de una fotografía, de ver los colores más vivos, más brillantes, de formar parte de algo más grande que tú.

Así llegamos al puente Joaquín Costa, y Madrid cae a nuestros pies.

Rico apaga el motor, pero no sale del vehículo. Está demasiado pensativo, demasiado triste.

—Mi madre no siempre fue así, ¿sabes? —suelta de un tirón. Son las primeras palabras que pronuncia—. Nació en un buen barrio, fue a la universidad. Quería ser profesora de literatura. Estaba estudiando segundo de carrera cuando conoció a Bosco.

Guarda silencio como si maldijese por dentro y el dolor se hace un poco más fuerte en sus ojos oscuros.

—Estaba tan enamorada de él —continúa explicando con rabia— que era casi enfermizo y él se aprovechaba de eso. Jugaba con ella, la utilizaba. No sé si la quería, pero, si te quieren así, es mejor que no lo hagan.

Todos hemos oído historias de amores que complican la vida a la chica, al chico o a los dos, y es muy fácil entender que, además del daño que se hacen a ellos mismos, todos los que están a su alrededor sufren.

—Bosco lleva bebiendo y siendo un jodido alcohólico desde los dieciséis años, y ella aprendió por las malas que, para estar con él, tenía que ser en la barra de un bar. Cuando se quedó embarazada de mí, se dio cuenta de que debía cambiar y lo dejó, pero Bosco no iba a ponérselo tan fácil. La buscó una y otra vez. Le prometió que se casarían, que buscaría un trabajo y haría las cosas bien.

Rico cabecea, apretando la mandíbula.

—Dos semanas después de que yo naciera, la policía lo detuvo, borracho. Básicamente, Bosco le dio a elegir entre estar con él y la vida que él quería llevar o yo, y mi madre lo eligió a él.

El dolor gana la partida y siento que mi corazón se encoge. ¿Cómo pudo hacer algo así? ¿Cómo pudo hacerlo ella? Miro a Rico y de golpe entiendo demasiadas cosas. La manera en la

que se enfrenta al mundo, toda esa arrogancia, esa rabia, las necesita. Y creo que también son su forma de mantenerse en pie. Su historia le ha marcado a fuego, el dolor de una herida que lleva abierta toda su vida lo ha hecho.

—Cada vez que se quedaba embarazada, ella intentaba cambiar, dejar de beber, cuidarnos mejor, pero él siempre conseguía arrastrarla de nuevo al pozo. Después de Mati, no se recuperó. El hígado empezó a fallarle y murió un mes después. —Una suave sonrisa se cuela en sus labios y sé que es porque está pensando en su hermana pequeña—. Siempre he pensado que Mati la habría salvado, que, si la hubiese conocido, le habría dado la fuerza necesaria para alejarse de Bosco.

—Es una niña maravillosa —su sonrisa se hace un poco más grande— y lo es por ti —sentencio, y no tengo la más mínima duda.

Rico cierra los ojos y gime impotente.

—Malcriada... —me reprende.

—¿Por qué no eres capaz de verlo, Rico? —protesto.

Es un hombre increíble, bueno, generoso, valiente. Cuida de sus hermanos día tras día. Está dispuesto a sacrificarse por ellos, a protegerlos contra todo.

—Me dijo que le recordabas a mi madre.

—¿Qué? —Esa única palabra sale en un murmullo aturdido de mis labios y si lo hace precisamente así es porque una parte de mí sabe a lo que se refiere y todas las piezas del puzle de esta noche triste encajan de repente.

—Bosco, antes de irse, lo que me dijo al oído fue que le recordabas a ella... y es verdad, malcriada —concluye con una mezcla de rabia, impotencia y dolor—. Llevo horas y horas dando vueltas, conduciendo por Madrid, y no puedo dejar de pensar que es verdad.

—Rico...

—Eres amable —me interrumpe—, inteligente, dulce, preciosa.

—Rico... —trato de frenarlo de nuevo.

—Te involucras con los demás.

—Escúchame...

—¿Qué pasa si acabas igual? —me corta, esta vez con un miedo sordo inundando sus palabras, sus ojos.

—Tú no eres tu padre —sentencio con una seguridad absoluta. Necesito que lo entienda.

—Pero vivo rodeado de la misma mierda que él.

—No me importa. A mí sólo me importas tú.

Me da igual que vivamos en Vallecas o en La Castellana. Me daría igual si lo hiciéramos en París o al sur de Sudáfrica. Sólo quiero estar con él.

—¿No te das cuenta? —replica triste y resignado a la vez, la clase de sentimiento que tienes cuando demasiados golpes han dolido demasiado, pero sabes que tienes razón al pensar que el último será el peor—. Ése es el problema.

Por un momento lo miro sin saber qué contestar, sintiéndome impotente por no poder hacerle comprender lo que siento por él, pero, entonces, me doy cuenta de algo que, quizá, debí entender desde el principio. Puede que Rico sea mi caballero con brillante armadura, el héroe de mi cuento, pero, en este preciso instante, él necesita que yo sea su heroína, la princesa que mata al dragón y salva al caballero.

—No soy ninguna idiota, Rico —pronuncio con la voz serena, pausada, llena de la seguridad de saber lo que tengo que decir y por qué voy a hacerlo—. Sé que lo nuestro es y va a ser difícil y que tenemos muchas cosas en contra, que somos muy diferentes y que incluso, si nos sentáramos a pensarlo con lógica, a calcular pros y contras de esta relación, ni siquiera seguiríamos con ella, pero nada de eso me importa y sé que a ti tampoco. Tu padre no quería a tu madre. No se trata de que la quisiera mal, sino de que no lo hacía. El amor de verdad te cura, te hace crecer, te libera. No se puede querer mal. Eso es sólo algo de lo que nos hemos convencido para no tener que enfrentarnos a que no nos quieran. Por eso sé que tú y yo no acabaremos igual que ellos. Porque, en esa lista lógica interminable llena de contras, hay un pro, sólo uno, pero es el mejor pro del mundo.

Rico pierde la mirada en la ciudad, con su mano agarrando con fuerza el volante, apretando los dientes. Está peleando para sentir todo lo que quiere sentir, para que todo lo demás deje de importar, de doler.

—Rico —lo llamo, pero está demasiado lejos de aquí.

No lo pienso. No quiero. Y tampoco quiero querer. Tomándolo por sorpresa, me siento a horcajadas en su regazo, rodeo su cuello con mis brazos y lo abrazo con fuerza, hundiendo mi cara en ellos.

Rico no reacciona, sigue peleando, pero no me rindo. El amor tiene que ganar. El amor tiene que ser suficiente.

—Tú me haces feliz —susurro.

Su cuerpo se tensa todavía más y en la décima de segundo siguiente algo dentro de él se rompe o crece y lo inunda todo, no lo sé. Rico alza los brazos y me estrecha con fuerza contra su cuerpo.

Sin separarnos, sin ni siquiera abrir los ojos, sus labios buscan los míos y sellamos un trato que dice que podremos equivocarnos, que podremos perdernos, pero que, al final, pase lo que pase, el otro siempre estará allí.

Sus manos avanzan por mis piernas despacio, levantando la falda de mi vestido a su paso, dibujando sus dedos en mi piel. Las mías se pierden en su pecho y poco a poco, con el miedo de lo desconocido, con la impaciente seguridad de que es lo que queremos, nuestros cuerpos se van acoplando y nuestros corazones, abriéndose.

Desabrocho sus pantalones, sus dedos apartan mis braguitas y entra dentro de mí, sin dejar de besarnos, de sentirnos más y más cerca, de que la música que suena, triste y lenta, vaya trazando

a nuestro alrededor algo más grande, mejor; que cada beso que nos damos nos haga más grandes, mejores.

Sus caderas chocan con las mías, las mías se mueven sobre las suyas. El sexo es la llave para muchas cosas, para acercarte a la otra persona, para conocerla, para desearla, para saber que tu mundo sólo estará completo si estás con ella, para derribar todos los muros, para, como decía la canción, simplemente creer... en ti, en el otro, en la magia.

Rico acelera los movimientos. Los besos se vuelven más desesperados. Los gemidos llenan el vehículo y el vapor empaña las ventanas.

La electricidad toma forma y el placer arrasa mi cuerpo, llevándome al orgasmo más increíble de mi vida, haciendo que él me acompañe un segundo después. Y en el mismo coche donde nos besamos por primera vez, sin usar una sola palabra, nos decimos «te quiero».

La batalla ha terminado. La princesa ha salvado al héroe. El amor ha ganado.

***

A la mañana siguiente lo primero que hago al levantarme es mandarle un whatsapp al grupo de las chicas, recordándoles que esta noche nos veremos en El circo. Ese Adrián Costa se va a enterar.

Aún estoy con el teléfono en la mano, a punto de bajar las escaleras, cuando éste comienza a sonar y la foto de mis padres se ilumina en la pantalla. Instintivamente, lo primero que hago es mirar a mi alrededor, como si, por algún misterio de la telefonía móvil, pudiesen averiguar dónde estoy sólo con hacer sonar el *smartphone*. Después me recuerdo que algunas veces soy idiota. Resoplo y contesto.

—Hola.

—Hola, Dani. —Es mi madre. Mi padre debe de seguir enfadado conmigo—. ¿Qué tal estás?

—Muy bien. ¿Y vosotros?

—Sinceramente, creo que nunca me acostumbraré a este calor —las dos sonreímos—, pero adoro esto.

Sólo he estado allí con ellos una vez, pero estoy segura de que nunca la olvidaré. Kenia es un sitio increíble, lleno de un impactante contraste: el asfalto, los rascacielos y esas hectáreas casi interminables de naturaleza salvaje.

—Te llamaba para recordarte que en tres semanas será la fiesta.

Asiento. Es el aniversario de boda de mis padres y todos los años hacen una fiesta increíble en casa. No es una celebración cualquiera; por el trabajo de mi padre y las amistades que ha ido forjando gracias a él, su aniversario se ha convertido en una cita obligada de la diplomacia y la *jet set* españolas.

—Me gustaría estar allí para organizarlo todo, pero tendré que hacerlo desde aquí. ¿Me echarás una mano?

—Claro —respondo. Es divertido.

—Muchas gracias, tesoro. No sé qué haría sin ti.

Vuelvo a sonreír, pero no me llega a los ojos al recordar que mi padre ni siquiera me dirige la palabra.

—Actualmente papá te respondería que vivir tranquilo.

Mi madre ríe al otro lado. Siempre ha sido muy fan de mi sentido del humor, incluso cuando no me lo propongo.

—No te preocupes, se le pasará... y, sobre todo, no te castigues.

Supongo que debería confiar en ella; al fin y al cabo, lo conoce mejor que nadie.

—Te quiero —le digo.

—Te quiero —contesta.

Y reconozco que, cuando cuelgo, me siento mucho mejor.

—Buenos días —saludo al aire entrando en la cocina.

Todos responden, pero me sorprende no oír una voz en particular. Miro a mi alrededor, incluso me asomo al salón.

—¿Héctor no está? —planteo confusa.

—Inquietante, ¿verdad? —bromea Rico sacando dos rebanas de pan del tostador.

Sonrío.

—Se me hace raro.

Desde que Rico y yo decidimos estar juntos, he visto a Héctor aquí cada mañana.

Mi mirada se cruza con la de Aitana, pero rápidamente aparta la suya. Supongo que está nerviosa por lo de esta noche, pero no tiene nada de qué preocuparse. Lo tengo todo bajo control.

Suso y Pablo cuchichean algo, el segundo se termina el zumo de un trago y salen disparados por la puerta de atrás.

—¿Adónde van? —inquiero.

—Pablo le ha explicado a Suso qué hacer para que su cohete de los Playmobil pueda volar de verdad —me cuenta Rico— y han decidido ponerlo en práctica. O explotan el vecindario o llevan al primer clic a la luna; en cualquier caso, saldremos en el telediario.

Aitana se levanta y sube a su habitación. Rico la sigue con la mirada.

—Está rara —conviene.

—Déjala en paz —la defiendo, tratando de que no se me note nada—. Es temprano y es sábado. Estará cansada.

Le robo su zumo de naranja y una de las tostadas y me siento en una de las sillas de la mesa.

—No me ha dicho «Rico, no te metas en mis cosas» —la imita con voz aguda— ni una sola vez desde hace dos días.

—Querrá estar más... —dejo el vaso suspendido en el aire a unos centímetros de mi boca, ¿cómo demonios termino esa frase?— abierta al diálogo —concluyo, y le doy un sorbo a mi zumo.

Rico bufa, un claro resumen de «no ha estado abierta al diálogo conmigo desde que cumplió los dieciséis».

Coge el plato con el resto de tostadas y dos tazas de café y viene hasta la mesa. Sin embargo, cuando va a sentarse, se incorpora como un resorte, haciéndome dar un respingo.

—Ya lo sé — se lamenta hastiado, dejándose caer en la silla—. Voy a tener que matar a Adrián Costa.

Sonrío. La verdad es que no va tan mal encaminado.

—Dime una cosa —le pregunto socarrona—, ¿a cuántos adolescentes has amenazado de muerte?

—¿Has visto la cara de Aitana? He perdido la cuenta de a cuántos gilipollas he tenido que meter el miedo en el cuerpo.

Es un neandertal, pero también me parece adorable cómo quiere defender a su hermana. Además, siendo sincera, con Adrián Costa no se equivocó.

—Mi madre ha llamado.

—¿Todo bien? —inquiere justo después de beber café.

—Sí —asiento dándole un bocado a mi tostada—, todo bien. Sólo quería recordarme que en tres semanas será la fiesta de su aniversario de boda. Lo celebran en casa, pero es una especie de... —busco las palabras adecuadas—un gran acontecimiento social —concluyo moviendo vagamente la mano—. Tendrás que ponerte esmoquin.

Rico tuerce los labios.

—Una lástima que justo para esa fecha tenga mis diecisiete esmóquines en la tintorería —replica encogiéndose de hombros.

Sonrío confusa y he de reconocer que tardo un segundo de más en comprender el significado oculto de esa frase. Recordad: es sábado y muy temprano.

—¿No vas a venir?

Rico me dedica una sonrisa endulcoradamente condescendiente al tiempo que se levanta y lleva las tazas y los platos a la pila.

—Claro que no voy a ir, malcriada. —Abre el grifo y empieza a fregar—. Es una fiesta de la alta sociedad. No pinto nada allí.

En sus palabras no hay acritud, ni enfado, ni vergüenza. Simple y llanamente no quiere ir.

—Pues yo opino que, teniendo en cuenta que eres mi novio, pintas muchísimo —replico caminando hasta la barra de la cocina.

—Novio —repite con una sonrisita maliciosa—. Dime la verdad —me reta divertido—, ¿cuántas veces dices mentalmente esa palabra mientras me miras?

Yo frunzo los labios tratando de disimular.

—Muchas —respondo alzando la barbilla, simulando que no tengo nada de lo que avergonzarme, aunque tenga, y mucho... pienso en él y en esa palabra unas doscientas veces al

día—, aunque a partir de ahora creo que van a ser muy pocas, teniendo en cuenta que vas a dejarme sola en una fiesta.

—Con la *jet set* madrileña, que no se te olvide —añade burlón—, y con tus padres y en tu casa. Soy un desalmado.

—Pues sí lo eres.

Pretendo sentar cátedra y marcharme enfadadísima, ¡no me puedo creer que no piense acompañarme al aniversario de mis padres!, pero, cuando me estoy dirigiendo a la puerta, Rico se mueve veloz, me coge de la cintura y me sienta sobre la encimera. Se abre paso entre mis piernas y me besa, sin dejarme protestar.

—¡Tienes las manos mojadas! —me quejo entre risas.

—¿De dónde te has sacado eso? —pregunta fingiéndose inocente, el muy maldito, al tiempo que me mete las manos bajo la camiseta. ¡En la espalda! ¡Están heladas!

Rompo a reír de nuevo, Rico también lo hace y mis carcajadas se calman en otro de sus besos.

Ya ni siquiera recuerdo por qué quería marcharme enfadada.

***

Pablo ha invitado a Suso a dormir en casa, así que, aprovechando la piscina, decidimos pasar el día todos allí y hacerle compañía a Dolores.

A las once de la noche, dejamos a los pequeños bajo su cuidado y nos vamos a El circo.

Mi plan está en marcha.

Sin embargo, sólo necesito poner un pie en la explanada para percatarme de que Aitana está muy nerviosa y muy inquieta. Aprovecho que Lucas, el chico que dirige las carreras y que siempre grita subido al techo de un Chevrolet azul, se acerca a hablar con Rico para soltarme de su mano y acercarme a ella. Al notar que quiero liberarme, Rico aprieta sus dedos, posesivo, y me busca con la mirada. Yo tuerzo el gesto, divertida.

—Tenemos que hablar cosas de chicas. Juro solemnemente —bromeo alzando la mano que tengo libre— no escaparme aprovechando que estoy a un metro de ti.

Rico se muerde el labio inferior y frunce el ceño amenazante.

—Ya jurarás otras cosas —susurra inclinándose sobre mí para que sólo yo pueda oírlo— cuando te tenga debajo de mí esta noche.

Su advertencia hace que la sangre empiece a bombearme más deprisa y más caliente, pero milagrosamente aguanto el tirón.

Él, perfectamente sabedor de lo que acaba de provocar en mí, me suelta, teniendo claro también que en los próximos segundos va a ser complicado que me separe de él más de un centímetro. Maldito cabronazo.

Cuando al fin logro llegar a Aitana, todas mis sospechas se confirman. Está muy inquieta, creo que incluso un poco asustada.

—Ey, mírame —le pido buscando su atención. Ella se detiene, suspira y al fin dirige su vista hasta mí—. No tienes por qué estar nerviosa. Va a salir todo bien.

—Mis amigas no me hablan —me recuerda—. Voy a tener que enfrentarme a Adrián sola.

Sonrío y mi sonrisa se ensancha cuando veo el destartalado Ibiza de Sandrita aparcar en mitad de la explanada de cualquier forma, con la música de las Hinds sonando a todo volumen.

—Ése es tu primer error.

Aitana me mira sin entender nada.

—¡Dani! —grita Sandrita sacando el cuerpo por la ventanilla con un cigarrillo en la boca—. ¡Vamos a quemar este chiringuito!

Está chalada, pero la quiero.

Del asiento del copiloto se baja Keti y de la parte de atrás, Furia y Mayúscula, que han pedido el día libre para poder estar aquí sin trabajar.

—Aitana, te presento a las chicas —digo señalándolas cuando ya están lo suficientemente cerca—. Ellas son Sandrita y Keti y, ellas, Furia Furibunda y Mayúscula. Chicas, ella es Aitana, la hermana de Rico.

—Ya nos conocemos —interviene Mayúscula, acercándose para darle dos besos—. Ahí dentro —añade en referencia a El circo— el mundo es muy pequeño.

—Hola —las saluda Aitana con un leve gesto de mano, un poco sobrepasada.

—¿Y por qué querías que quedáramos aquí todas sin falta? —inquiere Sandrita—. Aparte de lo obvio: beber y bailar. ¿Alguien sabe si los tíos, en este garito, están buenos?

—De lo mejor, nena —responde Furia, dándose luego un beso en la punta de los dedos.

Sandrita asiente satisfecha.

—He hecho bien en ponerme las bragas de encaje —sentencia cantarina.

Mayúscula asiente y yo espero paciente a que termine este momento Victoria’s Secret.

—Os he pedido que vengáis porque Aitana tiene un problema y necesita que la ayudemos.

Al oír mis palabras, la hermana de Rico, alarmada, abre la boca dispuesta a hablar.

—¿Es por un chico? —la interrumpe Keti, dando un paso hacia ella.

Aitana frunce el ceño, confusa por su vehemencia.

—Sí —contesta al fin.

—No sabes cuánto lo siento —replica Keti con voz lastimera, dándose el mismo tipo de abrazo que en las novelas de época, cuando una mujer pierde a su marido en el frente.

Y el abrazo se alarga en el tiempo mucho más de lo estrictamente necesario.

—Drama —anuncia Sandrita poniendo el brazo en alto con el símbolo de *Los juegos del hambre*.

—Drama —convenimos Furia, Mayúscula y yo, haciendo el mismo gesto.

Keti se separa, nos mira a todas con una mezcla de pucheros y enfado, resopla y finalmente se besa la mano y la alza imitando al personaje que interpretó Jennifer Lawrence.

—Drama —gruñe a regañadientes—. Nunca me ha gustado esa regla.

Pongo a las chicas al día y Aitana repite como unas diez veces que no quiere que Rico se entere.

—Pero, en realidad, estaría bien que tu hermano se enterase —apunta Sandrita.

—¿Qué? No —replica a la velocidad de la luz, mirando discreta hacia atrás por si Rico, que aún habla con Lucas a unos metros de nosotras, nos está prestando atención. No lo hace.

—Tú no hiciste nada de lo que él dijo —continúa mi amiga—, así que tu hermano no tiene por qué enfadarse contigo y, sí, va a cabrearse mucho con él, cosa que se merece bastante.

Las chicas asienten, pero, en realidad, por mucha razón que lleve Sandrita, y lleva bastante, entiendo a Aitana.

—No sólo se trata de que Rico se enfade o no con ella —argumento—, incluso si hubiese hecho las cosas que Adrián ha dicho que ha hecho. Se trata de solucionarlo por ella misma o, en su defecto, con ayuda de sus recién estrenadas amigas y su increíble cuñada —añado con una sonrisita, señalándome con los dos índices.

Aitana sonríe dándome la razón, en lo de querer solucionarlo por sí misma, aunque también es cierto que soy la caña como cuñada.

—Así que esto va de empoderamiento femenino —comenta Furia satisfecha, frunciendo los labios y asintiendo.

—Lo has pillado, pequeña —añado.

—Pues al lío —sentencia Mayúscula dando una palmada y echando a andar hacia la entrada del local.

La seguimos.

—Vamos a partirle el culo a ese desgraciado —concluye Keti.

Todas la miramos sorprendidas y ella se encoge de hombros.

—Me habéis hecho tantas veces el símbolo de *Los juegos del hambre* que mi sinsajo interior está en llamas.

Sí, señor. Hemos sacado a la Katniss Everdeen que Keti llevaba dentro.

—El mío está en llamas siempre —apunta Sandrita.

—Eso no son llamas —le explica Furia—, es una venérea.

***

El local está a rebosar; ésa no es ninguna novedad, pero, aun así, localizamos sin problemas, por un lado, a las amigas de Aitana, a unos metros de la barra, y, por otro, a Adrián, preparándose para salir a bailar con los chicos del grupo. Hoy hay batalla.

Esperamos a que Rico se marche con Lucas y Héctor a organizar algunas cosas para la carrera de esta noche y nos ponemos en marcha.

Primer objetivo del plan: las amigas.

Aprieto la mano de Aitana para infundirle valor y nos acercamos a sus compañeras.

—Hola, chicas —dice deteniéndose frente a ellas, arropada por todas nosotras.

Las chavalas, todas de la edad de Aitana, la miran. Se oyen unos pocos tímidos saludos de vuelta y algunas apartan la vista, avergonzadas. Está claro que no son malas niñas y no están usando esto para reírse de Aitana o tratarla mal; están tan asustadas como ella.

—Quería que habláramos —continúa—. Yo no he hecho nada de lo que Adrián dice que he hecho. Se ha cabreado y quiere vengarse haciéndome quedar como una basura.

Ninguna responde.

—Vosotras me conocéis —añade desesperada—. Somos amigas desde hace mucho tiempo.

Nada.

—Por favor.

Nada.

—Tenéis claro que podríais haber sido cualquiera de vosotras, ¿no? —intervengo—. Adrián se fijó en Aitana, pero podría haberse fijado en ti o en ti —continúo señalándolas—. Apuesto a que al principio incluso pensabais que ella había tenido suerte porque Adrián es guapo, baila bien y parece un buen tío.

Las chicas se miran entre sí. Saben que tengo razón.

—Y ahora seriáis vosotras las que estaríais hechas polvo porque va contando mentiras, pero, sobre todo, porque os sentís solas. ¿No veis que de eso se aprovechan los tíos como Adrián? Siempre va a haber malnacidos como él, siempre va a parecer que son buenos tíos y siempre os van a intentar aislar para haceros daño. Si no estáis unidas, si no os defendéis las unas a las otras, les estáis poniendo el camino demasiado fácil.

Esa verdad es más grande que este problema, que El circo, que todo Madrid. Las mujeres tenemos que aprender de una maldita vez que debemos estar unidas, que somos más fuertes cuando estamos juntas y que un grito, cuando lo gritan diez voces, llega mucho más lejos.

—Quizá la próxima vez, viendo que ésta ni siquiera ha tenido consecuencias, llegue más lejos —les digo—, tal vez haya un vídeo o fotos. ¿En serio lo vais a dejar? Si sois amigas de verdad o, por lo menos, queréis serlo algún día, vais a tener que dejar de estar asustadas.

Las chicas me miran, pero ninguna contesta. Sin embargo, no me enfado. Sé que el mensaje ha calado y que, aunque se hayan equivocado, quieren a Aitana.

Keti rodea el hombro de Aitana con su brazo y todas nos marchamos de vuelta a la barra, a la porción de local junto a la barandilla con vistas a la pista de baile.

—¿Estás bien? —le pregunto a Aitana.

Ella asiente, aunque es más que obvio que está a punto de romper a llorar.

—¿Quieres seguir con esto? —inquiero—. Si lo prefieres podemos bailar un rato, despejarnos —le propongo.

Lo piensa un instante.

—No, quiero hacerlo ahora —sentencia.

Todas nos miramos y llegamos a la misma conclusión: es más fuerte de lo que ella misma

piensa.

Segundo objetivo del plan: el desgraciado de Adrián Costa.

Aitana, Furia, Keti, Sandrita y yo nos abrimos paso hasta llegar a la pista de baile inferior. Mayúscula está cumpliendo su parte del plan en la cabina del DJ.

No tardamos en estar a un par de metros de Adrián y él no tarda en vernos a nosotras. En cuanto su mirada se cruza con Aitana, la recorre veloz de arriba abajo y, aunque suelta una risita de lo más prepotente, es más que obvio que todavía le gusta, y mucho. Estamos hablando de las dos motivaciones más viejas de la historia: venganza y celos. Shakespeare estaría viviendo un *déjà vu* literario en esta situación.

—¿Qué haces aquí, Aitanita? —pregunta con una mezcla de odio y desdén—. Pensaba que, a partir de ahora, serías una chica con muchos planes.

Se refiere a todos los mensajes de tíos que está recibiendo.

Aitana aprieta los puños con impotencia y yo tengo que controlarme para no ir hasta él y partirle la cara aquí mismo.

—Quiero que acabes con todo esto —dice ella tratando de sonar segura.

—¿Por qué?

—Porque es lo justo, Adrián. Sabes que no hicimos nada de las cosas que has dicho.

—Eso no es un motivo que me interese —responde, y vuelve a sonreír con malicia y soberbia —, así que la respuesta es no.

Por Dios, quiero borrarle esa sonrisa de la cara a patadas.

—A ver, alma cándida —se burla Furia—. ¿Tú sabes quién es su hermano?

—Sí —contesta encogiéndose de hombros—, pero sé que nuestra Aitanita no se atreve a contarle nada porque tiene miedo de cómo pueda reaccionar, ¿verdad que sí?

Alza la mano y le pellizca la mejilla. Automáticamente ella lo aparta y todas damos un paso hacia delante dispuestas a hacerle morder el polvo.

Adrián vuelve a sonreír burlón al tiempo que alza las manos.

—Te has buscado cuatro guardaespaldas ¿o qué? Te estás equivocando —continúa dando un paso hacia ella— pero, a pesar de que no vales nada, estoy dispuesto a darte otra oportunidad.

Lo malo, de Aitana y Ana Guerra, comienza a sonar. Mayúscula ha cumplido su misión.

Aitana está a punto de romper a llorar, pero yo vuelvo a cogerle la mano y a apretar. Quiero que recuerde cómo se sintió cuando cantamos esta canción en su habitación. Es fuerte. Es valiente. Ella también es una princesa y puede matar a cualquier dragón.

—Después de todo lo que las redes sociales dicen sobre ti, ningún tío va a querer acercarse a ti si no es para echar un polvo.

Miro a las chicas para que no intervengan. Tiene que hacerlo ella. Aprieto su mano. Vamos, Aitana. ¡Vamos!

—No pienso volver contigo —pronuncia con la voz clara.

Sonrío. Ésa es mi chica.

—Y no lo haría por nada del mundo, porque aquí el único que no vale nada eres tú —sentencia.

Todas la jaleamos. ¡Sí, señor!

—Te crees muy valiente —replica— porque ellas están aquí, pero ¿qué va a pasar cuando la novia de tu hermano y sus amigas no tengan tiempo para ti? Estás sola, Aitana —sisea hiriente— y siempre vas a estarlo.

Aitana guarda silencio, a punto de flaquear. Sus amigas. No hace falta ser un lince para darse cuenta de que eso es lo que más le ha dolido de toda esta situación y este gilipollas también lo sabe y ahora lo está usando para vapulearla todavía más.

—Ella no está sola —una voz se cuela a nuestra espalda y llega hasta Aitana—. Y nunca más va a estarlo.

Todas nos giramos a tiempo de ver a tres de sus amigas acercarse a nosotras y detenerse junto a Aitana, frente a Adrián. Ella las mira y una sonrisa auténtica y llena de fuerza se cuela en sus labios. Puede que el amor mueva montañas, pero, si la necesitan, la amistad robará un helicóptero y secuestrará a un piloto para llevarte hasta ellas.

—Te has pasado muchísimo —añade otra de ellas—, y ya va siendo hora de que lo arregles.

Las chicas y yo nos miramos y todas sonreímos. ¡El plan está funcionando!

Le doy en el hombro a Sandrita y todas nos apartamos, dejando a Aitana y a sus amigas al frente de esto.

—Ya han dado las doce para los gilipollas —dice una de ellas—, así que vete a casa antes de que tu carroza se esfume.

Sandrita asiente con un gesto de admiración.

—Me gusta esta chica —susurra.

Nos reunimos con Mayúscula junto a la barandilla y desde allí observamos cómo siguen las cosas para asegurarnos de que todo sale como tiene que salir. Sin embargo, cuando miro a mi alrededor, me doy cuenta de que hay algo con lo que no he contado: que Rico terminaría tan pronto de revisar su coche y preparar la carrera.

Se acerca con ese andar tan masculino, charlando con Héctor. A unos pasos de mí, clava sus ojos en los míos y otra vez siento mis terminaciones nerviosas derretirse despacio, ¡cómo puede dársele tan bien mirar!

Una mujer que no conozco se acerca a Héctor y lo detiene. Rico ni siquiera la mira y él y su arrogante seguridad caminan directos hasta mí.

—Ven, malcriada. —Me agarra de la muñeca y me estrecha contra su cuerpo, regalándome un beso increíble.

Santo cielo, creo que voy a desmayarme.

—Al almacén —me ordena con la voz más sensual que he oído en todos los días de mi vida —. Tengo algo que enseñarte.

Otra vez me mira, aunque quedaría mejor decir «me MIRA», y suelto una risilla de los más

estúpida, mezcla de mi libido hiperactiva, todo el deseo del mundo y nervios, muchos nervios, porque está a punto de pillarme con el carrito del helado.

—No... no puedo.

Rico frunce el ceño, sólo un segundo. Sí, yo también me sorprendo de lo que acabo de decir.

—¿Qué pasa, malcriada?

Niego con la cabeza, buscando que parezca un claro «naaaadaaaaa», pero me parece que no se la he colado. Repara en mis amigas, todas pendientes de lo que pasa en la pista de baile un piso más abajo y, sin dudarlo, echa a andar hacia allí. ¡Mierda! Es demasiado listo.

—Rico —trato de acaparar su atención—, he cambiado de opinión. Vámonos a ese sitio pésimamente iluminado que has mencionado antes.

Pero no tengo nada que hacer, su altura le ha permitido ver lo que miran las chicas un par de pasos antes de llegar a la barandilla y su expresión ha cambiado por completo en una décima de segundo.

Mis amigas se dan cuenta de que está ahí y alternan sus caras de sorpresa barra susto entre él y yo.

Rico no necesita saber más. Aprieta los dientes y se dirige a la pista de baile.

—Espera —lo detengo poniéndome frente a él—. No es lo que tú piensas.

—Aitana está ahí abajo, peleándose con ese gilipollas —gruñe.

—Vale, sí, es lo que piensas —rectifico—, pero no es cómo lo piensas.

Rico frunce el ceño y la tensión de su cuerpo se multiplica. Más vale que empiece a explicarme y que lo haga mejor.

—Adrián se ha comportado como un auténtico cabrón con Aitana, pero ella lo está solucionando sola, arropada por sus amigas. Sé que quieres ir a partirle la cara a ese niñato. No te culpo, yo misma quería, pero tienes que calmarte y tienes que dejar que ella arregle esto sola.

Rico recapacita sobre mis palabras un mísero instante.

—No lo creo —sentencia echando a andar de nuevo.

—No. —Lo freno otra vez—. ¿No lo entiendes? Ahora mismo respetan a Aitana porque te tienen miedo a ti. Eso está bien, pero también hace que todo dependa de Rico León. La dejas indefensa si, por el motivo que sea, tú no estás, y si bajas ahí y le partes la carta a ese imbécil, sólo vas a hacer esa idea más grande. Todos, y ella misma, tienen que saber que puede defenderse sola, que tienen que respetarla por lo que es, no por quién sea su hermano.

Rico me mantiene la mirada. Sabe que tengo razón y lo odia porque eso significa no poder arreglar los problemas como realmente quiere hacerlo.

—Joder —ruge pasándose las manos por el pelo, claudicando.

—Es lo mejor. Confía en mí —le pido.

Sus ojos se llenan de un montón de emociones y mucha rabia, pero sé que lo ha entendido.

—Pero ¿qué coño? —sisea Héctor a nuestra espalda, todavía hablando con la chica.

Nos giramos hacia él en el mismo momento en el que Héctor empieza a andar hacia nosotros.

Creo que nunca lo había visto tan enfadado.

—El gilipollas de Adrián Costa ha estado contándole a todo bicho viviente, y publicando en Instagram y Facebook, barbaridades sobre Aitana. Vamos a ir a partirle la cara ya.

Creo que tampoco lo había visto tan al límite nunca, en ningún sentido.

Echa a andar, pero al ver que Rico no lo sigue se gira acelerado.

—¿Qué cojones te pasa? Vamos a ir a darle la paliza de su vida.

—Héctor —trato de tranquilizarlo—, Aitana ya se está encargando de eso y tiene que ser así. Tiene que saber que puede defenderse.

Deja escapar todo el aire de sus pulmones.

—¿Me estás diciendo que no vamos a hacer nada? —le pregunta a Rico aún más cabreado, aún más acelerado.

—Daniela tiene razón —repone, y una parte de él todavía lo hace a regañadientes.

—¡Tenemos que hacer algo, joder! —prácticamente lo interrumpe.

—Y lo estamos haciendo —replica Rico.

—Es lo mejor para ella —repito lo mismo que le he dicho a Rico.

Héctor no dice nada; ahora mismo a duras penas es capaz de controlarse, y va hasta la barandilla con Rico y conmigo. Con el sonido de la música es imposible entender qué se dicen, pero el lenguaje corporal es innegable. Aitana cada vez está más segura, más convencida, y Adrián cada vez más arrinconado, como la rata miserable que es.

Tras un par de minutos, Aitana lo señala con el índice y dice algo, sólo tres palabras. Adrián la fulmina con la mirada o, al menos, lo intenta, pero, cuando aparentemente va a contestar, no es capaz y se marcha gruñendo entre dientes.

Las chicas rompen en risas y aplausos y Aitana, con una sonrisa de oreja a oreja, se abraza con sus amigas.

Mis socias y yo nos miramos y también sonreímos. Ha sido increíble.

Llevo mi vista hasta Rico, esperando una especie de veredicto.

—¿Tú la has ayudado? —me pregunta observando todavía a su hermana.

Asiento.

—Sí, todas lo hemos hecho.

Rico imita mi gesto y, tras unos segundos que se me hacen eternos, por fin, sonríe. Yo dejo escapar todo el aire de mis pulmones, que sin darme cuenta había contenido hasta saber si estaba enfadado o no, y le devuelvo la sonrisa.

Se inclina sobre mí y me da un beso en el pelo.

—Gracias —susurra.

Cierro los ojos disfrutando del contacto.

—Pero ahora voy a arreglar las cosas a mi manera —aclara.

Sin esperar respuesta, se dirige hacia la salida, retocándose los dobleces de su camisa sobre el antebrazo, seguido de Héctor.

—¡Rico! —lo llamo, pero ni siquiera se detiene.

Opto por seguirlos.

Con el primer pie que pongo en la explanada, puedo distinguir perfectamente a Rico y a Héctor, acompañados de Lucas, a unos pasos de Adrián.

No lo dudo y voy con ellos.

—Ey —lo llama Rico deteniéndose, seguro de que sólo necesitará esa única palabra para que su voz dura e intimidante lo haga frenarse en seco, y así es.

Adrián se vuelve con el miedo en el cuerpo.

—Me parece que tú y yo tenemos que hablar.

—Claro... cla-claro, se-señor León —tartamudea—. ¿De qué quiere hablar?

—De lo que has estado haciendo últimamente con mi hermana. —El imbécil de Adrián abre la boca dispuesto a negarlo, pero Rico alza la mano suavemente, frenándolo—. Ahórratelo —le pide, y a pesar de no gritar, de ni siquiera sonar enfadado, su voz resulta tremendamente amenazadora—. Te has equivocado —sentencia—. Aitana y sus amigas te lo han explicado ahí dentro y mis amigos y yo vamos a explicártelo aquí fuera.

Su voz se endurece aún más y los tres dan un paso hacia él.

—Desbloquea el móvil y dámelo —le ordena Héctor.

Lo mira de una manera que le hiela la sangre. No hay un solo gramo de misericordia o empatía en su voz.

Adrián se lo entrega con manos temblorosas y automáticamente Héctor se gira y me lo lanza a mí. ¿Han sabido todo el rato que estaba aquí?

—¿Sabes manejarlo? —me pregunta.

—Sí —respondo observándolo.

—Pues grábalo todo.

Asiento y me coloco más cerca de ellos.

Tercer objetivo del plan (anexo del plan original 1): hacer llorar al desgraciado de Adrián Costa (encargado a una subcontrata).

Adrián ni siquiera ve venir el primer puñetazo, ni el segundo, ni el tercero. Se los merece todos.

—Voy a explicarte cómo funcionan las cosas aquí —dice Rico acuclillándose junto a él, que está tirado en el suelo lleno de magulladuras—: puedes hablar con las chicas, si tienes suerte y ellas así lo quieren, puedes acostarte con ellas, salir con ellas, pero, hagas lo que hagas, tienes que hacerlo con respeto; hasta mirarlas vas a hacerlo con respeto, porque así es cómo tiene que ser. ¿Lo has entendido?

Adrián gime algo parecido a un sí, pero Rico finge no oírlo.

—Creo que no lo ha entendido, Lucas.

Lucas camina hasta él y le da una patada en el estómago, que le hace encogerse en el sitio, mientras Rico se levanta.

—Tú no eres un hombre, eres un payaso —afirma Rico—, y la próxima vez que trates a una mujer sin respeto, me da igual que sea mi hermana o que no la conozca de nada, voy a encargarme de que un bielorruso de doscientos kilos y mucha mala hostia te trate sin respeto a ti.

—Sí, señor León —responde alto, claro y dolorido.

Sonrío satisfecha.

Héctor camina hasta mí y me pide que corte la grabación y le dé el móvil. Al entregárselo, no sé qué es, pero en mitad de esa furia a duras penas controlada, veo algo más en sus ojos verdes. Sé que Rico es como su hermano, que adora a Mati, pero ¿por qué le ha afectado tanto lo de Aitana?

Héctor rehúye mi mirada y, con el móvil en la mano, camina hasta Adrián.

—Ahora, vamos a terminar con todo este asunto como se debe —le dice.

Abre Facebook desde su teléfono y sube el vídeo.

—Éste es el vídeo de la paliza de mi vida —pronuncia mientras escribe el post que lo acompañará—. Me la dieron por ser un auténtico capullo y mentir sobre las chicas en mis redes sociales.

—Creo que deberías añadir que Aitana lo dejó porque la tenía pequeña —apunto.

Rico y Lucas sonríen.

—Me parece una idea cojonuda, señora León —responde Héctor—. Aitana —continúa diciendo mientras escribe— me dejó porque tengo la polla demasiado pequeña para encontrar talla de condones. Soy un pobre desgraciado... Listo. Repetimos en Instagram y *voilà*, olvídate de follar en los próximos cinco años, gilipollas.

Deja caer el móvil en el suelo junto a la cara de Adrián y lo pisa, destrozándolo.

Rico me coge de la mano y nos alejamos dejándolo ahí tirado. Así aprenderá a no jugar con las chicas nunca más.

Volvemos al local y nos tomamos una merecida copa para celebrarlo. Aprovechando el relax general, busco a Héctor con la idea de hablar con él y saber qué es lo que le ocurre en realidad, pero ha desaparecido sin dejar rastro.

—Deberíamos marcharnos —comenta Lucas echándole un vistazo a su reloj de pulsera y otro a Sandrita. Esto promete.

Rico asiente, vuelve a buscar mi mano y nos dirigimos a la explanada. La gente ya comienza a arremolinarse en torno a los coches. Todos están expectantes por una nueva carrera en el extrarradio.

Sin embargo, no puedo evitar estar preocupada. La última carrera lo llevó a un médico sin licencia y a mí, al calabozo. Todavía recuerdo a la policía haciendo preguntas en su salón.

Nos quedamos junto al Mustang mientras Lucas se sube al techo de su Camaro.

—Comienza el espectáculo —canturrea Furia a mi lado.

Me obligo a forzar una sonrisa. Estoy demasiado nerviosa.

—Rico —lo llamo, acercándome un paso más en su dirección.

Él reacciona de inmediato, albergando mi cintura, casi mis caderas, entre sus manos, eso me hace perder el hilo. Maldita sea, no tengo sentido común, sólo una libido vestida de cuero, montada en un toro mecánico.

—¿Estás seguro de que es buena idea que corras esta carrera? —trato de sonar serena, pero no estoy convencida de haberlo conseguido—. La policía...

—Hemos cambiado el recorrido —me interrumpe mirándome directamente a los ojos— y hemos tirado varios rumores falsos sobre carreras en otros lugares del extrarradio; para cuando la pasma descubra que la verdadera es aquí, habrá terminado horas antes.

Alzo la mirada y dejo que la suya me atrape.

—Estoy preocupada.

¿Qué sentido tiene mentir?

Rico no dice nada. Choca mi cuerpo contra el suyo y me besa con fuerza, dejando que sus labios acallen todos mis miedos.

—Va a salir bien —susurra dejando caer su frente en la mía.

—Siento interrumpir. —La voz de Héctor nos distrae a los dos. ¿Dónde demonios se había metido?

Le doy espacio a Rico.

—¿Qué pasa? —pregunta.

—BMW —responde lacónico.

Rico no necesita nada más y lleva su vista hacia la derecha. Yo también lo hago y me topo con un coche que reconozco al instante. Es el mismo que intentó sacarnos de la carrera en la segunda ciega que corrí, con el que competimos hasta el último metro por ver quién salía de la presa, y no necesito preguntar para saber que fue él quien echó a Rico de la última carrera.

—No corras. —Y si antes pretendía sonar serena y tengo mis dudas sobre haberlo hecho bien, ahora sé que no lo he logrado en absoluto.

Sé de sobra que Rico se vengó de quien le hizo chocar la última vez, lo que sólo puede significar que ahora es ese tío quien quiere cobrarse la afrenta.

—No hay ningún problema.

—Sí, sí que lo hay, sino Héctor no habría venido a avisarte.

—Malcriada, escúchame —me ordena, y otra vez sus manos en mi piel es todo lo que necesita para aislarnos del mundo—. No va a pasar nada. Si intenta ir a por mí, lo esquivaré. No voy a volver a chocar y no voy a volver a perder.

Le mantengo la mirada. Todo mi cuerpo me pide que confíe en él, y mi corazón y mi cerebro ceden; suspiran y lo hacen.

—Vuelve sano y salvo, por favor —le pido con una suave sonrisa.

Rico me devuelve la que tanto adoro, me da un dulce beso y se monta en el coche.

—¡Pilotos! —grita Lucas.

El espectáculo va a comenzar.

La carrera empieza y mis nervios se multiplican. Me siento junto a Héctor en el maletero de uno de los coches y seguimos a Rico en el iPad. Los primeros kilómetros todo parece ir bien. Bajarán hasta el final del ensanche aprovechando las anchas avenidas y regresarán por la M30 hasta salir a Entrevías, donde están las calles más estrechas y peligrosas.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro —responde Héctor con la mirada fija en la tablet.

—¿Por qué te ha molestado tanto lo que ese malnacido le ha hecho a Aitana? —Cuando oye su nombre, sus ojos siguen sobre el iPad, pero tengo la sensación de que ya no le está prestando atención a la carrera—. Quiero decir, todos estábamos muy enfadados, pero tú parecías estarlo todavía más.

—No me gusta que ningún gilipollas trate a las mujeres como él lo hizo.

Asiento. Héctor es un buen tío, es lógico que piense así.

—¿Nada más? —lo presiono suavemente—. ¿Nada con que sea la hermana de Rico?

—Créeme, todo esto es porque es la hermana de Rico —sentencia.

Lo miro tratando de leer en su actitud, pero no soy capaz de llegar a ningún puerto.

—Espera un momento —gruñe.

No sé a qué se refiere, así que automáticamente clavo mis ojos en la pantalla. La luz azul del coche de Rico, que hasta hace un mísero instante estaba primero, ahora va en sentido contrario.

—Pero ¿qué demonios está haciendo?

Héctor y yo parecemos tener la misma idea. Nos bajamos de un salto y corremos hasta el coche de Lucas y sus chicos con ordenadores. Una mirada de Héctor basta para que toda la complicidad con su amigo salga a relucir y éste ordene a la chica pasar a las cámaras de vigilancia.

No tardamos en encontrar el coche de Rico, cruzando calle tras calle.

—¿Qué está ocurriendo? —pregunto preocupada y nerviosa y acelerada.

Y yo misma me respondo cuando veo al BMW enfilar la misma calle por la que va Rico. ¡Quiere enfrentarse a él! Desde el segundo exacto en el que Héctor lo avisó, Rico decidió que lo buscaría y le demostraría quién manda aquí. Por eso no le preocupaba que él pudiese echarlo de la carrera.

Usando el freno de mano, Rico gira sobre sí mismo y persigue al coche sin importarle lo más mínimo chocar o no. Está llevando a su Mustang y a sí mismo al límite, en todos los sentidos.

Una parte de mí ni siquiera quiere mirar; la otra está aquí plantada, delante de una pantalla de ordenador, odiando a su novio y rezando todo lo que sabe al mismo tiempo para que vuelva con vida.

Rico alcanza el BMW. Un giro. Un volantazo. Otro. Me llevo la palma de la mano a la boca conteniendo un suspiro. Cambian de calle, otra más, y, a menos de trescientos metros, una curva imposible en la que sólo cabrá uno de los dos. Rico no se aparta. Acelera. Devora la carretera. No. No. ¡No! Y en el último segundo, el BMW frena y Rico pasa a una velocidad de vértigo.

Héctor y Lucas se desahogan con un grito y se abrazan, pero yo apenas puedo moverme. Podría haberse chocado de nuevo, podría haber salido herido, que lo pillara la policía. Podría haber acabado muerto y él ha sido quien ha ido directo al peligro sólo para demostrar que es el gallito de este maldito corral.

La carrera continúa. Rico adelanta al resto de los competidores y entra en primer lugar.

Todos corren hacia él para celebrarlo, pero yo sigo aquí, inmóvil, con el corazón latiéndome desbocado.

Rico desciende del Mustang y de inmediato me busca con la mirada. En cuanto nuestros ojos se encuentran, algo dentro de mí hace clic. Rico sale disparado en mi dirección y yo lo hago en la suya, pero, cuando ya puedo sentir todo el alivio de sus brazos rodeándome, le cruzo la cara con una bofetada y en el mismo segundo rompo a llorar.

Él gira la cara despacio, apretando la mandíbula. Nuestros ojos vuelven a encontrarse y otra vez no hay pensamientos, sólo instinto, deseo y un amor infinito, y nos besamos llenos de pasión.

—Prométeme que no volverás a hacerlo nunca —le pido.

—Te lo prometo —ruge contra mis labios.

Acabo de descubrir cómo me sentiría si lo perdiese y no quiero volver a pasar por eso jamás.

***

Las dos semanas siguientes pasan en un suspiro. Todo son polvos increíbles, risas y yo pidiéndole a Rico que venga a la fiesta de mis padres y él negándose siempre de una manera condenadamente sexy, lo que me hace muy del todo imposible enfadarme con él, o él pidiéndome que me mude a su casa y yo negándome por Pablo.

También me ha tocado ayudar a mi madre a prepararlo todo, aunque lo cierto es que me lo he pasado de cine; me encanta pasar tiempo con ella, aunque de momento tenga que ser por Skype, y organizar eventos es estresante y divertido a la vez. Además, me ha valido para averiguar que Manel Deulofeu también acudirá. ShowRoom Logic, una de las empresas más importantes de marketing de Estados Unidos, y por ende del planeta, lo ha nombrado director general de su sede española. Tengo que hablar con él y convencerlo de que soy la persona que necesita para el departamento de marketing corporativo.

***

—¿Dónde te crees que vas? —dice Rico tirando de mi muñeca y tumbándome de nuevo en la cama, atrapándome bajo su cuerpo de escándalo, hecho para el deseo y el pecado.

—Tengo que irme —respondo sin poder dejar de sonreír—. Ayer no estuve con Pablo en todo el día y, además, necesito ropa.

—No vas a irte —sentencia.

Hunde su boca en mi cuello y me muerde tan suave, tan fuerte, tan jodidamente bien, que estoy a punto de poner los ojos en blanco y fundirme.

—Tengo que irme —replico, porque actualmente mi cerebro sólo es capaz de repetir, no de generar nueva información.

—No —susurra contra mi piel.

Desliza sus labios por mi hombro, mi pecho. Maldita sea, esto se le da demasiado bien.

—Rico —le suplico.

—Odio cuando te vas.

—¿Qué?

Acaba de decir que odia cuando me voy. Por Dios, creo que me voy a morir de amor ahora mismo.

Rico levanta la cabeza y sus ojos oscuros vuelven a dominarme desde arriba.

—No lo digo en plan romántico, malcriada —me advierte adivinando claramente lo que estoy pensando—. Te odio de verdad.

—¿Por qué? —pregunto confusa y, ¿para qué negarlo?, también enfadada.

¿Cómo puede decirme algo así? ¿Cómo puede odiarme?

—Haces que te eche de menos y nunca había tenido que enfrentarme a eso —responde con la voz dura, sin arrepentirse.

Y, a pesar de que sus palabras no son amables, algo dentro de mí cae todavía más enamorado.

—Yo también te odio —confieso con una sonrisa. «Yo también te echo de menos», habría dicho en lenguaje *muggle*.

El corazón de Rico también se ablanda y también sonríe.

—Pues ahorremos el odio visceral los dos —me ofrece— y múdate aquí.

Me pierdo en su preciosa mirada, detestándome por lo que estoy a punto de pronunciar.

—No puedo.

Quiero decir que sí más que nada en el mundo, pero realmente no puedo hacerlo.

Rico se humedece el labio inferior y se aparta de encima de mí, levantándose en el mismo movimiento.

—Te llevaré a casa —me anuncia poniéndose los vaqueros.

Es obvio que está molesto.

—No te enfades —le pido con la voz más dulce de mi repertorio, envuelta en su sábana, arrodillada sobre su cama.

—Es tarde —responde fingiendo no haberme oído, poniéndose la camiseta—. No quiero que cojas un puto Uber.

Resoplo. Puedo comprender que no le guste esta situación, pero no está en mi mano evitarla. ¿Por qué no puede aceptarlo?

—Adoro estar aquí —digo sin asomo de dudas. Necesito que lo entienda—. Quiero estar contigo todos los días, sólo que no puedo dar ese paso.

Rico no contesta. Va hasta su mesita de noche, rescata su reloj y se lo pone y se mete en los bolsillos la cartera y las llaves.

—Pablo se irá a la universidad en septiembre —replica al fin—. Estoy deseando saber qué excusa vas a ponerme entonces.

Lo miro sin poder creer que se haya atrevido a decir eso. Me levanto de un salto, me pongo mi vestido en cuestión de segundos y recojo mis zapatos y mi bolso.

—No quiero que me lleves a casa —le dejo claro con un cristalino enfado saturando mi tono —. Cogeré un puto Uber —sentencio usando sus propias palabras.

Lo último que veo antes de salir de su habitación es cómo se lleva las manos a las caderas y deja escapar todo el aire de sus pulmones.

***

Para cuando llego a casa estoy tan cabreada que lo único que quiero es volver al barrio y tirarle algo a la cabeza. Mis padres se pasan fueran unos nueves meses al año. Pablo sólo tiene doce; además, incluso si fuera más mayor, tampoco podría dejarlo solo. No es capaz de enfrentarse al mundo o, al menos, no todavía. Soy consciente de que Rico me propuso que me lo llevara conmigo, que estaría genial con Suso y sus hermanos, pero eso tampoco puedo hacerlo. Mis padres se volverían locos.

Está siendo demasiado injusto.

Sin embargo, cuando me despierto a la mañana siguiente, y conforme van avanzando las horas, empiezo a pensar que, quizá, la que está siendo injusta, un poco, no mucho, soy yo. Él sólo quiere que estemos juntos. Además, siendo prácticos, tres días después de celebrar su aniversario, mis padres se llevarán a Pablo a Estados Unidos para que conozca el campus donde estudiará ingeniería termodinámica avanzada. Pasará las vacaciones con ellos en Kenia y, cuando regrese, ya será a finales de agosto, por lo que sólo pasará aquí un par de semanas y se marchará directamente a la universidad. ¿Por qué me preocupa tanto entonces?

Aprovecho que en la oficina sólo me tienen llevando cafés de un lado a otro para escaparme un poco antes y comer con Pablo. Lo he llevado a su pizzería favorita en La Latina.

—¿Te han dejado salir a comer? —me pregunta mientras espera que su pizza de queso y bacón se enfríe.

—He terminado todo el trabajo —servir cafés, desatascar el papel de la fotocopiadora y ordenarle el archivador a mi jefe. Hoy, he salvado el planeta—, así que he podido salir un poco antes.

Pablo sonríe y le devuelvo el gesto.

—Es que quería hablar contigo —añado.

—¿De qué?

—Verás: Rico me ha pedido que me vaya a vivir con él y quiere que tú vengas conmigo, pero

papá prefiere que sigas viviendo en nuestra casa, así que he dicho que no.

Mi hermano medita mis palabras.

—Si nos mudáramos a casa de Rico, ¿dónde dormiría?

—Con Suso, compartiríais habitación.

Pablo vuelve a sonreír.

—Sería muy divertido —comenta dándole un bocado a una porción de su pizza.

Mis labios se curvan hacia arriba.

—Lo sé, pero papá cree que es mejor que nos quedemos aquí y puede que tenga razón.

Mi padre no es un esnob clasista y estoy segura de que, si hubiese conocido a Rico en otras circunstancias, le habría caído bien. El problema es que toda la información que tiene del tiempo que he pasado en Vallecas ha sido: su hija acaba en un hospital, su hija acaba en el calabozo. No es tan incomprensible que no quiera oír hablar de ese barrio y mucho menos que, como todo ha estado relacionado de una manera u otro con Rico, no le guste un pelo que ahora esté planteándome mudarme con él y llevar a mi hermano conmigo.

—¿Por eso estás triste? —inquiere Pablo tomándome por sorpresa. No lo hace de una manera perspicaz, sino por algo a medio camino entre la curiosidad científica y él no saber si realmente estoy triste o no y por qué.

Por un momento no sé qué decir. ¿Tan obvio es?

—Sí, por eso y porque he discutido con Rico.

Pablo asiente y vuelve a tomarse unos segundos para pensar.

—Creo que deberías irte con él.

—¿Qué? —Otra vez consigue pillarme fuera de juego.

—En septiembre yo ya no voy a vivir en nuestra casa y, desde que me gradúe hasta ese día, sólo voy a pasar diecisiete noches allí. He hecho los cálculos. Si no te mudas, tú pasarás sola ochenta y tres días. Creo que, si yo estuviera ochenta y tres días solo, me pondría triste. —Se toma otro momento de reflexión—. La conclusión más lógica es que te mudes.

Lo miro llena de ternura.

—A veces lo más lógico y lo que queremos no es lo mismo. ¿De verdad no te importa que me mude? ¿No vas a necesitarme?

Pablo asiente.

—Yo siempre te necesito —concluye sin dudar, y su respuesta va directa a mi corazón. Lo quiero más de lo que puedo expresar con palabras— y creo que voy a hacerlo aunque no vivamos juntos. Por eso deberías mudarte.

—¿Y qué pasa con esos diecisiete días?

—Podemos estar juntos en casa o en casa de Rico. Tal vez podríamos hablar con papá para que me deje compartir cuarto con Suso. Mamá siempre dice que nuestra misión más importante en la vida es preocuparnos porque la gente a la que queremos sea feliz y yo quiero que tú lo seas.

Ya no puedo más: me levanto y lo abrazo con fuerza. Pablo se queda muy tenso, como cada

vez que alguien tiene ese tipo de contacto con él.

—Sólo un segundo —le pido antes de que se ponga a protestar.

—Dani —se queja.

Es el mejor niño del mundo.

***

En el camino de regreso al trabajo, después de dejar a Pablo en casa, continúo dándole vueltas y más vueltas a todo y, para cuando salgo a las seis en punto, ya he tomado una decisión. Me mudaré hoy mismo a casa de Rico. Estas dos semanas las pasaré entre las dos casas. Dormiré con Pablo o él vendrá a casa de Rico. Básicamente lo que hemos hecho hasta ahora, sólo que mi cargador de móvil estará enchufado en Vallecas y no en mi habitación (y ya sabéis lo que dicen: donde está tu cargador y tu cuenta de Netflix, está tu hogar).

Cuando lleguen mis padres, hablaré con ellos y, lo entiendan o no —espero por Dios que lo entiendan—, me instalaré definitivamente con Rico y, siempre que Pablo esté aquí, viva donde viva, habrá un sitio para él.

Pienso en llamarlo y contárselo, pero prefiero darle una sorpresa, así que me voy a casa, lleno la maleta más grande que encuentro y me voy a la suya. Sin embargo, no hay nadie. Podría esperar, ir instalándome, pero me muero por contárselo, así que cojo mi equipaje de vuelta y me dirijo al taller de su abuelo. Soy plenamente consciente de que podría dejar mi maleta aquí, pero quiero ver la cara de Rico cuando se tope con ella; es enorme y pienso torturarlo contándole la mentira de que está llena de peluches, velas aromáticas y cojines rosas que pienso distribuir por toda su habitación. Ja, ja, risa malvada.

Sin embargo, otra vez, me enfrento a un problema básico: no sé dónde está. Callejeo, pregunto en un bar y poco a poco voy acercándome o, al menos, eso creo, porque de pronto me descubro a mí misma en mitad de un cruce sin saber hacia dónde demonios dirigirme.

—Hola —me saludan a mi espalda.

Me giro y la voz adquiere la cara de una chica, una que ya conozco. Es la misma mujer que me dijo en el baño de El circo que sólo era el juguetito de los hermanos León, la que corría con Rico.

—Hola —respondo por ser educada y poco más.

Agarro el asa de mi maleta y decido dirigirme, no sé, a la derecha.

—¿Te has perdido?

No contesto y continúo caminando. No me fio de ella.

—Mira —llama mi atención, acelerando el paso hasta caminar junto a mí—, sé que no empezamos con buen pie, pero, entiéndeme, estaba... —calla un momento, como si no quisiera pronunciar la palabra que va a pronunciar— celosa.

La miro con el ceño fruncido; para ella, admitir eso, debe de haber sido complicado.

—Soy consciente de que dije cosas muy feas y te pido disculpas —añade.

La observo tratando de decidir si creerla o no. Supongo que el aceptar sus disculpas no implica que tengamos que ser amigas y sí me ahorra que me fulminen con la mirada cada vez que estoy en El circo.

—Está todo olvidado —afirmo.

Ella sonríe.

—Genial —conviene.

Llegamos al siguiente cruce y vuelvo a detenerme. No tengo ni la más remota idea de dónde voy.

—¿Te has perdido? —repite amable.

—Sí, me temo que sí. Quiero ir al taller del abuelo de Rico. Pensaba que sería más sencillo.

—No te preocupes —replica—. No estamos muy lejos. Te acompaño.

Las primeras calles las pasamos en silencio. No voy a decir que sea cómodo, pero tampoco me entran ganas de abandonar mi maleta y salir corriendo, así que va bien.

—¿Te mudas? —pregunta señalando mi equipaje.

—Ésa es la idea.

Las dos sonreímos.

—Me parece supervaliente —dice, ahora con ambas manos en el bolsillo de su beisbolera de satén rosa—. Vas a cambiar de barrio y vas a renunciar a muchas comodidades.

—Me gusta estar aquí.

—La verdad es que no está mal. Además, es casi cosa del destino, ¿no?

La miro sin saber a qué se refiere.

—El volver a encontraros —especifica— y que sigáis casados.

¿Qué?

—¿Qué?

La chica sonríe y empiezo a dudar de por qué lo hace.

—Sí, ayer oí a Rico y a Héctor hablando.

—No puede ser —replico con una sonrisa nerviosa—. Debiste oír mal.

«No puede ser», me reitero. Trato de hacer memoria. Recuerdo que nos vimos, que discutimos, que firmamos.

—Resulta que Rico nunca entregó los papeles de vuestro divorcio para poder vengarse de ti cuando en un futuro tú quisieras casarte con otro chico. Quería hacerte suplicar.

¿Vengarse? La palabra rebota en mi mente una y otra vez. No puede ser verdad. Me niego a que lo sea.

La mujer se detiene y, por inercia, yo también lo hago. Estoy... anestesiada, como si todo lo que acabo de escuchar perteneciera a la vida de otra persona y no a la mía.

—Ahí está el taller —me indica señalando un negocio a unos metros—. Adiós, Daniela.

Y no tengo dudas, ha disfrutado con esto.

Camino hasta el taller sintiendo cómo las piernas me pesan una tonelada. Al llegar, dejo la maleta a un lado y busco a Rico con la mirada. No tardo en encontrarlo. Debe de ser el único mecánico del planeta que no usa mono de trabajo.

—Rico —lo llamo.

Al oír mi voz, se detiene en seco, pero no me mira y despacio, controlándose, deja la llave inglesa que tiene en la mano sobre el motor.

Su cuerpo me llama la atención, siempre lo ha hecho, incluso la manera en la que se viste o se peina, como si no le preocupase lo más mínimo resultar o no atractivo y por ese motivo lo fuese todavía más.

Sin embargo, ahora mismo, nada de eso me hechiza.

Él solo necesita mirarme un segundo a los ojos para darse cuenta de que algo va mal.

—Malcriada —ruge con cautela.

—¿Seguimos casados? —suelto de golpe.

Su expresión cambia en una milésima de segundo y yo obtengo mi respuesta. Un cristalino sí.

—Eres una persona horrible —siseo.

Giro sobre mis talones y echo a andar.

—¡Malcriada! —me llama saliendo en mi busca, pero no me detengo—. Malcriada, para de una vez.

Me agarra de la muñeca y me obliga a volverme, pero, tan pronto como lo hace, me zafo. ¡Lo odio!

—¡Querías vengarte! —estallo—. ¡Querías verme suplicar!

Mis palabras parecen atravesarlo por dentro y aparta la mirada un momento, digiriendo el golpe. ¿Le duele? Pues a mí me duele mucho más, porque fue él quien las pronunció.

—¿Cómo te has enterado? —demanda con la voz endurecida.

Suelto una carcajada triste e irónica.

—¿Eso es lo único que te importa?

—Claro que no, joder.

—Me lo ha dicho una de las chicas que se tiran a tus pies, Rico —le escupo enfadada y triste y dolida—. Una de tu barrio, de tu gente... lo que yo he tenido que ganarme a pulso que me dejes ser y ni siquiera sé por qué. Nunca entendí por qué me odiabas tanto.

—Porque creí que habías destrozado a Hugo.

—¡Eso es sólo una mentira! —le recrimino, y nunca lo he tenido tan claro como ahora—. Algo que te sirvió como excusa. Ya me odiabas antes, el día de mi boda... —Mi mente vuela a ese día, a cómo se comportó—. Nunca me quisiste cerca.

—Hace años de eso, malcriada —trata de hacerme entender, luchando porque su voz suene serena, alzando suavemente las manos—. Las cosas han cambiado mucho.

Cabeceo. No es cierto.

De pronto Rico repara en mi maleta.

—¿Esa maleta es tuya? —pregunta señalándola, acelerado—. ¿Ibas a mudarte?

—Sí, así de estúpida soy —respondo con rabia—. He hablado con Pablo, e iba a hacerlo con mis padres en su fiesta porque quería estar contigo.

—Y yo quiero estar contigo —añade con una convicción absoluta.

—Entonces ¿por qué no me contaste que seguíamos casados?

—Para evitarnos todo esto —sentencia sin asomo de dudas, pero es sólo otra mentira. No me lo contó porque no quiso; porque, detrás, hay mucho más, mucho más que lo que creía que había pasado con Hugo.

—Deja de mentir. Te lo suplico —le pido con los ojos llenos de lágrimas, llenos de rabia—. Eso era lo que querías, ¿no?

Trata de acercarse, de agarrarme, de consolarme, pero me zafo de nuevo y doy un paso atrás. Rico resopla como cada vez que no lo he dejado tocarme y aprieta los puños con rabia, también como cada vez.

—Malcriada, no te estoy mintiendo.

No puedo creerlo. Sé que no puedo y tampoco quiero. Además, incluso si fuese verdad, sigue quedando sobre la mesa el pequeño detalle de que, en su momento, estuvo dispuesto a que siguiésemos casados sólo para joderme la vida.

—Me marcho —anuncio.

No quiero seguir aquí. Echo a andar de nuevo.

—¿Qué es lo que quieres oír? —demanda a mi espalda.

No me molesto en contestar ni en detenerme ni en mirarlo. Todo eso se acabó.

—¡Maldita sea, Daniela! ¡¿Qué es lo que quieres oír?! —ruge—. ¿Que ya te deseaba cuando eras la novia de Hugo? —Sus palabras me detienen en seco—. ¿Que no podía pensar en otra cosa que no fuera tocarte? ¿Que por eso te odiaba? Me comporté como un cabrón el día de la boda y lo fui aún más después al no entregar los papeles, pero entre tú y yo todo ha cambiado.

¿Por eso me trataba tan mal? ¿Por eso quería alejarme de él? En realidad, no sé de qué me sorprendo, es lo que ha hecho desde que volvimos a encontrarnos. Decidir si quería estar conmigo, cambiar de opinión y volver, y todo sin importarle cómo asimilara yo todo eso, lo que siento por él.

Lo miro y una lágrima resbala por mi mejilla.

—Tienes razón, Rico. Todo ha cambiado.

Duele demasiado, pero ahora mismo no puedo tenerlo cerca.

—Malcriada —me llama.

Luchando contra todos mis instintos, desoigo su voz, tiro de mi maleta y continúo caminando.

15

Daniela

Me casé un 13 de abril. No lo habíamos planeado. Fue algo improvisado y romántico. «Como en los libros», no paraba de repetir Keti, y yo no paraba de sonreír. Como en los libros. Lo pensaba y se me aceleraba el corazón.

Sandrita habló con un amigo cuyo padre era notario. Furia se recorrió cinco floristerías, comprando margaritas hasta tener suficientes para hacer un ramo. Keti y Mayúscula prepararon un convite exprés en el restaurante de la primera. Hugo fue a su casa a cambiarse y Rico... Rico fue el encargado de recogerme en la mía.

En todo el camino no me dirigió la palabra ni una sola vez, a pesar de todas las ocasiones en las que intenté sacar un tema de conversación, y, cuando le pedí que volviéramos a mi casa —quería coger un colgante muy bonito y sencillo que me había regalado mi abuela; me hacía mucha ilusión llevarlo puesto, pero se me había olvidado—, me dijo que no.

Rico era el hermano de mi novio, del que iba a ser mi marido, y yo no dejaba de pensar que, al menos, debía intentar llevarme bien con él. Nos quedaban muchas cenas de Nochebuena juntos. Él no se molestó en mirarme ni una mísera vez.

En la notaría todo fue un absoluto desastre. Hugo llegó tarde. El padre del amigo de Sandrita dejó a medias una reunión de antiguos alumnos, por lo que apareció oliendo a ginebra y poniéndole ojitos a mi amiga. Como el hombre en cuestión era bastante guapo, mi amiga se los devolvía gustosa. Keti entró llorando, en mitad de una discusión con Blas, y, cuando él le habló con poca amabilidad, Furia amenazó con pegarle.

Para cuando llegó la hora de firmar, todo se había desmadrado. Sandrita y el notario se estaban besando. Furia y Blas se peleaban a gritos. Keti no dejaba de llorar... así que a nadie le extrañó cuando, a la mañana siguiente, nos dimos cuenta de que el notario había confundido los papeles y yo, la novia, había terminado casada con uno de los testigos, Rico, en lugar de con su hermano.

Hugo se lo explicó y aparentemente no hubo mayor problema. No queríamos meter al padre del amigo de Sandrita en un lío, así que pedimos el divorcio y no una nulidad por defecto de forma. No me importaba tener un exmarido por ahí; al fin y al cabo, iba a casarme con Hugo y él sabía toda la historia.

Sin embargo, en cuestión de dos semanas, todo se precipitó y mi vida de libro romántico se desintegró: descubrí que Hugo me engañaba, le creí como una idiota cuando me dijo que sólo

había sido una vez, pero finalmente descubrí la verdad. Para cuando los papeles del divorcio llegaron, ya hacía un mes que habíamos terminado.

Fui a casa de Rico porque me pareció lo lógico: firmar, pasar página, seguir adelante con mi vida. Lo que no me imaginé fue que empezaríamos a discutir, ni lo increíblemente enfadado que estaba. Siempre había supuesto que no le caía demasiado bien, pero aquella fue la primera vez que pensé que me odiaba.

Firmé, salí de allí y nunca más volví a ver a Rico hasta aquella noche en El circo.

Ahora estoy tumbada en mi cama, llorando como una idiota, tratando de comprender cómo fue capaz de hacer algo así. No entregar los papeles, dejar que siguiéramos casados sin decírmelo sólo para verme suplicar cuando quisiera rehacer mi vida. ¿Por qué? ¿Por qué me odiaba? ¿Porque le gustaba? Debería estar encantada con que él ya sintiera algo por mí incluso antes de estar juntos; en cambio, ahora sólo es una prueba de que, cada vez que lo ha necesitado, me ha apartado de su vida sin problemas.

Mi móvil comienza a sonar iluminando toda la habitación y su foto y su nombre aparecen en la pantalla. No voy a cogérselo. Ni siquiera sé qué necesito que haga para arreglarlo, pero en este momento no puedo hablar con él.

La llamada se acaba y todo vuelve a quedarse sumido en la oscuridad hasta que un aviso de mensaje entrante hace vibrar el teléfono apenas un par de segundos.

Me veo con más valor de contestar un whatsapp que una llamada y rescato el *smartphone* de mi mesita.

Malcriada, coge el teléfono.
Joder, lo siento.
No voy a rendirme.

Una lágrima se estrella contra la pantalla de mi móvil.

He activado la alarma del jardín.

Quiero sentirme bien, olvidarlo, perdonarlo, pero no puedo.

***

Los tres días siguientes son más de lo mismo. Estoy triste, cansada, y lo peor de todo es que cada vez lo echo más y más de menos. Me contengo por no coger sus llamadas, por no responder a sus mensajes; incluso me obligo a poner la alarma cada noche.

¿Por qué no pudo entregar los malditos papeles? ¿Por qué tuvo que mentirme?

Pensaba que, que mis padres regresaran y el bullicio de los preparativos de la fiesta, me animarían, pero no ha sido así.

Encima esta noche es su aniversario. Lo último que me apetece ahora mismo es una fiesta de la alta sociedad, pero no me queda otra. Por suerte Keti y Sandrita vendrán.

—Estás increíble —me dice Keti al girarme después de ponerme los pendientes, dos pequeños diamantes, mirándome en el espejo.

Contemplo mi vestido, un Prada muy sencillo, si es que esas dos palabras pueden usarse juntas, de un suave rosa pastel, cogido a la cintura y con un precioso y delicado vuelo dejando una pequeña cola. Lupita Nyong'o llevó la versión azul Nairobi de este vestido a la gala de los Oscar en 2014. En circunstancias normales, no podría dejar de sonreír sólo con mirarlo, pero ahora no estoy de humor.

—Tú también estás muy guapa. —No lo digo por decir. Lleva un vestido maravilloso de Balmain en unos espectaculares tonos dorados.

Keti sonríe.

—¿Vas a dejarte el pelo suelto? —pregunta destapando su *gloss*.

Asiento y su gesto se ensancha.

—Le queda bien a ese vestido. Estás impresionante. —Ha sido tan vehemente y tan poco discreta que no puedo evitar sonreír.

—Deja de intentar animarme.

Ella se encoge de hombros.

—Culpable —confiesa—, pero es que llevas tres días tan triste que, no sé, me da mucha pena verte así.

Niego con la cabeza.

—Estoy bien. Es sólo que... —¿lo echo de menos?, ¿no me acostumbro a estar sin él?, ¿quiero besarlo, tocarlo? Todas verdad y todas muy mala idea— estaré bien —sentencio.

Keti me sonríe con empatía y no sé si pensaba añadir algo, porque la puerta del baño se abre de par en par y aparece Sandrita, vestida con un esmoquin femenino, unos taconazos de infarto y el pelo echado por completo hacia atrás en una versión moderna de los *looks* andróginos de Greta Garbo. Está espectacular.

—¿Qué tal estoy? —pregunta metiéndose las manos en los bolsillos y frunciendo sus labios pintados de rojo *pin-up.*

—Alucinante —afirmo.

—Las tres lo estamos —replica ella—, así que creo que es hora de mezclarnos con la *beautiful people* —añade haciendo uso del apodo de la flor y nata española de los ochenta.

Le damos la razón, terminamos con los últimos detalles y bajamos a la fiesta, que se celebra en el jardín. Como os podéis imaginar, todo está perfecto. Los mejores vestidos, la mejor música, el mejor ambiente. Una banda de jazz ameniza la fiesta en un pequeño escenario y, allá donde mires, hay camareros sirviendo *champagne* rosado helado.

Sandrita nos consigue una copa a cada una y nos acomodamos cerca de la piscina, lo suficientemente apartadas como para que nadie repare en nosotras, pero sin parecer unas antisociales.

Le doy un sorbo a mi copa y miro a mi alrededor tratando de distraerme. Doy un par de pasos,

sin ningún motivo en especial, y la piscina, de pronto, capta mi atención; está llena de lucecitas *leds*, formando una preciosa y brillante alfombra sobre el agua. Sonrío y mi sonrisa y el recuerdo me llevan a El circo, a su techo decorado con las mismas luces, a la primera vez que lo vi allí.

—Dani —me llama Sandrita—, ¿estás bien?

Llevo mi vista hacia ella y me obligó a sonreír, básicamente, lo que he estado haciendo cada vez que cualquiera me ha preguntado lo mismo en estos tres días.

—No me mientas —me pide divertida, torciendo el gesto.

—No te estoy mintiendo —me defiendo—. Es sólo que...

—¿Echas de menos a Rico como una idiota?

—No se trata de eso —replico veloz, y hasta yo sé que no se la he colado.

Sandrita enarca las cejas.

—No hay nada malo en que lo reconozcas —comenta.

—¿Por qué siempre tienes que ir de psicoterapeuta de pacotilla conmigo? —protesto.

—Porque es que es tan obvio... —se regocija en mi autocompasión.

La miro mal, se lo ha ganado a pulso, pero a ella parece no importarle lo más mínimo.

—Sólo admítelo.

—Déjame en paz.

—Admítelo —insiste—, una vez, y te sentirás mejor.

El hecho de que quiera tirarla a la piscina no evita que empiece a pensar que tiene razón, sería como quitarse un enorme peso de encima.

—Está bien —empiezo a decir y siento como si estuviese a punto de tartamudear. Sandrita asiente—. Echo de menos a Rico.

Mi amiga sonríe, pero yo no me siento mejor, me siento igual, puede que incluso peor, pero al mismo tiempo, no sé, mi frase parece ser un interruptor psicodélico sideral. Una suave canción empieza a sonar, las personas se apartan como si formaran parte de una coreografía ensayada, yo alzo mi mirada y lo veo, en mitad de mi jardín, con un maravilloso esmoquin, guapísimo hasta decir basta y aún más atractivo: Rico.

No sé cómo reaccionar y por un segundo me quedo muy quieta, contemplándolo. Ahora mismo nadie podría negar que es un embajador, un miembro de la realeza, un actor de Hollywood. Es más elegante que todos y cada uno de ellos.

Rico observa a su alrededor y simplemente me ve. Sus ojos me recorren de arriba abajo y, sin dudar, como si no hubiera un centenar de personas más aquí, nadie en el mundo, en realidad, camina decidido hasta mí.

—Hola —me saluda.

Su voz ronca me atraviesa y siento que las piernas me tiemblan. Siempre ha sido así, ¿verdad? Siempre he sentido que, cada vez que lo miraba, algo dentro de mí brillaba.

—Has venido... —murmuro confusa y sorprendida.

—¿Podemos hablar? —continúa.

—Sí —sólo al responder me doy cuenta de que no le he devuelto el saludo.

Miro a las chicas y las dos, automáticamente, captan el mensaje y se alejan discretas. Rico da un paso hacia mí, pero, a pesar del esmoquin, de la fiesta, de lo mucho que lo echo de menos, yo lo doy hacia atrás. Tiene mucho de lo que convencerme.

Rico tensa la mandíbula, pero asiente, diciéndome sin palabras que lo entiende, que sabe que me lo debe.

—Me equivoqué —su voz, ni siquiera ahora, pierde ese refulge de arrogancia— y no me refiero a no contártelo. Me equivoqué por no haber llevado los papeles al registro y haber dejado que siguiéramos casados.

—¿Por qué lo hiciste?

—Porque soy un gilipollas —contesta sin paños calientes— y estaba demasiado cabreado.

—Por lo de Hugo.

Rico niega con la cabeza.

—No, malcriada, por ti.

Lo miro sin saber qué responder. ¿A qué se refiere?

—Hugo no es una buena persona. Es mi hermano y lo quiero, pero soy capaz de verlo —se sincera—. Cuando te conoció, me alegré. Eras todo lo que él quería: guapa, rica, de buena familia, y cuando te conocí yo, siendo sinceros —una tenue sonrisa inunda sus labios—, pensé que eras una cabeza hueca preciosa y que le vendrías bien, que lo calmarías y, quizá, le harías ver las cosas con otra perspectiva.

Siempre consideró que era una niña mimada que sólo tenía la habilidad de combinar la laca de uñas con la ropa. En realidad, no puedo culparlo: yo siempre di por hecho que era un bruto, tosco y engreído que no sabía hilar ni dos frases seguidas y cuyo único don estaba en el sexo.

—Lo que te dije en el taller de mi abuelo es cierto... te deseaba y muchas veces estuve a punto de hacer una estupidez, pero Hugo es mi hermano y eso estaba por encima de todo, incluso de mí mismo. —Lo sé. Sé que sería capaz de sacrificar todo lo que tiene por la gente a la que quiere—. El día que os ibais a casar estaba de un humor de perros, porque, aunque me alegraba por él, significaba que no iba a poder tocarte, nunca. Después lo dejasteis, Hugo me contó todas aquellas mentiras y yo me sentí decepcionado.

—¿Decepcionado?

Ésa era la última palabra que esperaba escuchar.

—Eras la última persona que esperaba que hiciera algo así.

—¿Por eso te comportaste tal mal conmigo cuando fui a firmar los papeles?

Rico deja que una sonrisa irónica y fugaz, triste y malhumorada, escape de sus labios.

—Eso fue una puta tortura, malcriada —sentencia—. Una parte de mí te odiaba y la otra no paraba de gritarme que ya podía besarte, pero, ya te lo dije una vez, yo necesito algo más para irme a la cama con una chica y, por mucho que me volvieses loco, no quería saber nada de ti.

El rey del extrarradio es selectivo. Recuerdo a la perfección esa conversación.

—Sé que eso no cambia lo que hice y que no te lo contara —añade con fuerza, dejando claro que sabe que no hizo las cosas bien. Honestamente, eso nunca lo he dudado. Independientemente de todo lo que ha pasado, Rico León es el hombre con más principios que conoceré jamás—, pero, desde que nos hemos vuelto a encontrar, día a día me has demostrado que estaba jodidamente equivocado, que no eres como pensé que eras en ningún sentido y que hice bien en mantener las manos quietas cuando eras la novia de mi hermano, porque, si te hubiera tocado una sola vez, un solo segundo, ya no habría podido sepárame de ti jamás.

Me pierdo en sus ojos oscuros y en sus palabras y mi sentido común me pide que me aparte de él, que reflexione. Me obligo a obedecer y bajo la cabeza tratando de reordenar mis pensamientos. Para ser franca, no tengo ni la más remota idea de qué pensar, pero sí tengo claro que él ha sido sincero conmigo y se merece que yo lo sea con él.

—Si sirve de algo —digo levantando la cabeza de nuevo—, tú tampoco eres como pensé que eras.

La misma tenue sonrisa se cuela en sus labios de nuevo y asiente suavemente.

—¿Un bruto y arrogante al que sólo se le da bien el sexo? —concreta.

—Yo no lo habría descrito mejor.

Su gesto se ensancha y se contagia en mis labios y me doy cuenta de lo bien que sienta sonreír de verdad otra vez, lo bien que sienta hacerlo con él. Por Dios, sólo quiero tirarme en sus brazos y pasarme ahí el resto de mi vida.

—Me hiciste mucho daño —me rebelo contra mi propio corazón.

Rico me mira a los ojos sinceramente, sin miedo, sin dudas, sin corazas.

—Lo sé y quiero arreglarlo —susurra.

Mueve su mano y, despacio, entrelaza nuestros dedos. Yo le dejo hacer, hechizada por él, por su voz, por su olor. Tira de mí y nos lleva a la porción de jardín junto al escenario convertida en una improvisada pista de baile.

Rico se gira hacia mí y, con la misma lentitud, me ciñe contra su cuerpo, saboreando el momento, lo cerca que estamos, pero sin tocarme de ninguna manera que no sea su mano contra la mía. Sus ojos buscan los míos otra vez y éstos se entregan sin dudar.

La canción empieza a sonar y la electricidad se mezcla con las notas musicales en el espacio vacío entre los dos.

Despacio, su mano se desliza por mi cintura hasta llegar a la parte baja de mi espalda y abrirse posesiva, mientras su otra mano agarra con fuerza la mía, dejándolas las dos sobre su pecho.

Nos mueve lentamente, acompasados con la música, y sus manos en mi piel me dan calor, alivio, hacen que pueda volver a respirar.

Me aprieto contra él y Rico responde estrechándome con más fuerza. Apoyo la mejilla en su hombro, hundiendo la nariz en su cuello. La música deja de sonar o suena hasta inundarlo todo, no lo sé, no importa. Sólo quiero estar así, cerca de él, siempre.

Rico ladea la cabeza, me besa el pelo, nos une un poco más.

Alzo la cabeza buscándolo y él me encuentra.

—Te necesito, Dani —susurra contra mi boca, demasiado cerca en todos los sentidos—. Te necesito para que mi vida tenga sentido.

Y ya no puedo más, creo que ni siquiera sé. Rico me besa y me pierdo en él, ofreciéndome entera, disfrutando de que, ahora sí, mi vida sea como en los libros.

Al separarnos, nos damos cuenta de que la canción ha dejado de sonar hace mucho, pero creo que eso tampoco nos importa.

Rico vuelve a regalarme otro beso.

—Llévame a casa —le pido.

Me dedica mi sonrisa preferida, esa tenue, preciosa y sincera, y, sin decir nada más, me toma de la mano y echamos a andar.

—Espera —le pido con una sonrisa—, antes hay alguien con quien quiero hablar.

Rico frunce el ceño confuso.

—Es Manel Deulofeu —sonríe, llevo hablando de él semanas—, un directivo muy importante de la empresa donde pretendo trabajar. Es uno de los invitados —concreto acelerada, olvidando que, obviamente, ya lo sabe.

—Entonces, tendremos que buscarlo —sentencia tirando de mi mano para mezclarnos con el resto de las personas elegantemente trajeadas.

Nos encontramos de nuevo con Keti y Sandrita, saludamos a varios amigos de mis padres que conozco desde pequeña. No sé por qué Rico pensó que no encajaría en una fiesta así. Se mueve como pez en el agua.

—Muchas gracias —me despido del actual cónsul de Bolivia. Él y mi padre trabajaron juntos en la embajada de París.

Cuando nos quedamos solos, miro a mi alrededor algo contrariada. ¿Dónde se ha metido el señor Deulofeu?

—Cariño, no te he visto en toda la noche.

Justo cuando va a llegar hasta mí, una mujer con un carísimo vestido de Chanel, si no me equivoco, intercepta a mi madre. Se dan dos besos, intercambian un par de frases y se despiden.

—¿Dónde te has metido...? —Ella misma se interrumpe al reparar en Rico—. Buenas noches —dice abandonando el tono de madre divertida y poniendo el educado de las fiestas de trabajo de papá.

—Buenas noches —le devuelve el saludo.

—Él es Rico León —los presento—. Rico, ella es Dalia, mi madre. —Tomo aire con una sonrisa. Ahora viene lo importante—. Mamá, Rico es mi novio.

—Encantada de conocerla.

Se dan dos besos de lo más corteses y mi madre sonríe encantada.

—Espera —me pide feliz—, tu padre no puede perderse esto.

Mi madre se escabulle entre los invitados y yo me muerdo el labio inferior para contener una

sonrisa aún mayor. Que él y mi padre se conozcan me pone un poco nerviosa, pero sé que va a salir bien.

Rico se inclina sobre mí y me da un dulce y sexy beso justo bajo la oreja antes de susurrar:

—Estás adorable cuando te pones nerviosa.

Su voz me eriza el vello de la nuca.

—Pues que me hables con esa voz de bajabragas no ayuda —me quejo divertida cuando se separa, en un murmuro para que nadie salvo él pueda oírme.

Rico me dedica su sonrisa más desdeñosa, arrogante y satisfecha, y sé que ya no tengo escapatoria. Me tiene ganada.

—Martín —pronuncia mi madre deteniéndose frente a nosotros—, él es Rico León. Rico, él es Martín Suárez, el padre de Dani.

Se estrechan la mano.

—Un placer conocerlo, señor Suárez.

—Llámame Martín —lo corrige mi padre.

Un camarero nos ofrece *champagne* y todos aceptamos. La música sigue sonando. Sandrita y Keti no paran de levantar los pulgares y sonreír a unos metros de mí, observando toda la escena. Estoy convencida de que va a funcionar.

—Háblanos un poco de ti, Rico —le pide mi padre—. ¿A qué te dedicas?

—Soy mecánico. —Bien contestado. Dejemos lo de corredor de carreras ilegales para cuando tengáis un poco más de confianza—. Mi abuelo tiene un taller. Trabajo con él.

Mi padre asiente.

—Uno de esos negocios de toda la vida, ¿me equivoco?

Rico niega con una sonrisa. Es obvio que está más que orgulloso de su abuelo.

—No, mi abuelo lleva trabajando allí desde hace más de cuarenta años.

—¿Y qué hay de tu familia? —interviene mi madre.

Vaya, un interrogatorio en toda regla.

—Tengo cuatro hermanos; yo me encargo de los tres pequeños.

—Tendrías que conocer a Mati, papá —apunto—. Tienes seis años y le encanta devorar libros, como a ti.

Mi comentario pasa completamente desapercibido.

—¿Tú te encargas de tus hermanos? —indaga mi madre.

—Sí. Mi madre murió.

—Lo lamento muchísimo —dice sincera.

Rico asiente con una sonrisa.

—¿Y tu padre? —plantea el mío, y no suena ni mucho menos tan amable como antes.

—Podría decirse lo mismo —responde Rico, y él tampoco suena ya tan gentil.

Los dos se miran de una manera que no sólo hace que mis nervios vuelvan, sino que crezcan exponencialmente.

—Tu nombre me es increíblemente familiar —continúa mi padre—. Soy muy bueno para esas cosas, nunca olvido un nombre, y sé que el tuyo lo he oído antes.

Rico tensa la mandíbula en ese gesto tan suyo.

—Soy el hermano de Hugo.

Mi padre sólo tarda un segundo en atar cabos. El hospital. El calabozo. Vallecas.

—Acabáramos —gruñe y, sin más, sale despedido hacia el interior de la casa.

Mi madre me dedica una mirada llena de ternura y sale tras él.

—Lo siento —me disculpo con Rico—. Déjame arreglarlo.

No espero su respuesta y corro tras ellos.

La casa está vacía, así que no me cuesta más que un instante encontrar a mis padres junto a la enorme isla de la cocina.

—Papá, ¿por qué...?

—No se te ocurra intentar defenderlo, Daniela —me reprende girándose hacia mí.

—Martín, por favor —trata de intervenir mi madre.

Arrugo el ceño, absolutamente confusa.

—¿Y de qué se supone que tendría que querer defenderlo? —pregunto.

—Él tiene la culpa de todo, de que acabaras en el hospital, en el calabozo.

—Sí —afirmo para su indignada sorpresa—, Rico tiene la culpa de que acabara en el hospital, porque fue él quien me recogió cuando me atropellaron y se dieron a la fuga, y a pesar de no ser nada mío, fue a verme todos los días hasta que me desperté.

—¿Que no es nada tuyo? —replica irónico—. Es tu excuñado, Daniela. El hermano del chico con el que estuviste a punto de casarte.

—Que a ti te encantaba y resultó ser un cabrón.

—Daniela... —me reprende mi madre.

—Hugo, por lo menos, tenía ambición —me recuerda—. Quería prosperar, ser alguien.

—Papá, Rico es un buen hombre.

—¡Y un mecánico de Vallecas!

¿Qué?

Quiero a mi padre, lo quiero con todo mi corazón. Y una de las cosas por las que lo adoro y me siento orgullosa de él es porque siempre ha repetido que el dinero o la posición social no son lo que hacen al hombre, sino lo que tiene dentro, lo que ofrece al mundo. Esa idea acaba de estallar en pedazos.

—¿Se puede saber qué importa eso? —replico triste. Él solo acaba de bajarse del pedestal en el que lo había subido—. Me hace feliz. Eso es lo único que debería contar para ti.

—¿Y qué viene ahora? —me atosiga—. ¿Irte a vivir con él? ¿Dejar el trabajo para cuidar a sus hermanos? ¿Tener críos que no vais a poder mantener?

Me siento triste, llena de rabia, impotente. Quiero gritarle que sí, que ahora viene vivir con él y que, si con eso también me toca cuidar de sus hermanos, no me importa absolutamente nada,

porque son unos niños increíbles y los quiero como querré a los que tenga con Rico, pero las palabras se niegan a atravesar mi garganta.

—Eres una ilusa —sentencia mi padre— y no quiero que vuelvas a ver a Rico León nunca más.

—Dani, vámonos. —Su voz se come el salón y llega hasta mí, envolviéndome, haciéndome más valiente.

Me giro y veo a Rico a unos metros, rebosando toda esa seguridad, ese atractivo, esa arrogancia, gritándole al universo y a mi padre lo que ahora mismo yo no puedo.

Asiento y camino hasta él. Rico aprieta mi mano con fuerza y me dedica una sonrisa para darme seguridad y yo se la devuelvo. Ahora mismo somos Ally caminando hasta Noah desoyendo a su madre. Baby bailando con Johnny desoyendo a su padre. Romeo declarándose a Julieta bajo su balcón una noche estrellada.

—Voy a cuidar de su hija siempre y Daniela va a tener todo lo que quiera, porque pienso remover el maldito cielo si hace falta para ofrecérselo. Puede que sólo sea un mecánico de Vallecas —repite con la arrogancia bañando su voz, demostrándole a todos que nunca, jamás, se va a dejar pisotear—, pero daría todo lo que soy por ella y nada ni nadie va apartarla de mí.

Mi padre lo mira con odio, pero Rico le mantiene la mirada, demostrándole que la valentía tampoco depende del barrio.

Los ojos se me llenan de lágrimas, pero no pienso llorar; no aquí y no delante de mi padre. Pensaba que era especial, que era un hombre de su tiempo capaz de ver lo que valían los demás independientemente de dónde procedieran, independientemente de sus orígenes, pero supongo que eso sólo vale si tu hija se casa con alguien que ambicione tener tanto dinero como tú.

Salimos de casa de mis padres, atravesamos el jardín y la puerta principal. Rico me abre la puerta del coche y espera paciente a que me monte; en cuanto él lo hace y la puerta se cierra, algo dentro de mí explota, un sollozo atraviesa mi pecho y rompo a llorar desconsolada.

—Llévame lejos de aquí, por favor.

Rico arranca el Mustang y nos alejamos de casa de mis padres, de La Finca, de todo lo que me recuerda a ellos.

Kilómetro a kilómetro, voy tranquilizándome, aunque no he vuelto a decir una palabra. Sólo quiero sentir que vuelvo a respirar, que Rico va a protegerme del mundo.

Estamos entrando en el barrio cuando su teléfono empieza a sonar. Mira la pantalla y masculla entre dientes al tiempo que detiene el vehículo.

—Es Aitana. Tengo que cogerlo —se explica—. ¿Qué pasa? —responde.

Su expresión cambia por completo.

—No te preocupes. Estoy yendo para allá.

Cuelga y, haciendo rugir el motor, arranca de nuevo.

—¿Qué ha pasado?

—Bosco está en el hospital —dice con la voz llena de demasiadas cosas—. Se está muriendo.

16

Rico

Atravieso los pasillos del 12 de Octubre acelerado, prácticamente corriendo, buscando la maldita Unidad de Cuidados Intensivos. Llevo a Dani de la mano; aún llevamos el esmoquin y ese precioso vestido y tengo la sensación de que hemos saltado de la sartén para caer en las brasas.

Por fin veo a Aitana, a Mati y a Suso sentados en la sala de espera. Al vernos, mi hermana, la mayor, se levanta, nerviosa.

—Ha llamado a la puerta y se ha desmayado —empieza a contarme Aitana, tan inquieta que está a punto de echarse a llorar—. Pensaba que sólo estaba borracho, como tantas veces, pero ha dejado de respirar.

Rompe a llorar en el preciso instante en el que la alcanzo y la abrazo.

—No sabía qué hacer —se lamenta.

—Has hecho lo que tenías que hacer —respondo abrazándola con fuerza, tratando de consolarla—. Lo has hecho genial, peque.

Daniela se acerca a los pequeños y los dos la abrazan con fuerza, asustados. Nuestras miradas se encuentran. Joder, ¿va a morirse?

Conseguimos tranquilizarlos a los tres y esperamos una eternidad a que la doctora salga. Cuando lo hace, me explica que Bosco tiene los pulmones llenos de líquido y que su estado es irreversible. Sólo un milagro lograría sacarlo de ésta y digamos que no ha hecho muchas cosas buenas como para estar en esa lista.

—Deberíais marcharos a casa —les digo a los niños—. Aitana, lleva...

—Rico, por favor, no queremos irnos —me interrumpe Suso, con los ojos llenos de lágrimas.

Resoplo observándolo y acto seguido aprieto los dientes. Por Dios, es sólo un crío. Tuvo que despedirse, de su madre, y ahora va a pasarle otra vez.

Asiento porque no tengo ni la más remota idea de qué decir y, al tiempo que me deshago el nudo de la pajarita y me desabrocho los primeros botones de la camisa, me dejo caer en una de las sillas de la sala de espera. ¿Cómo demonios voy a consolarlo? No es justo los padres que le han tocado y lo es aún menos que los vea morir cuando sólo tiene once años.

Mati se baja de la silla y camina hasta mí. Sin decir nada, sin llorar, se sienta en mi regazo y apoya su cabecita en mi pecho. Le acarició el pelo y le doy un beso en la coronilla. No ha dicho una palabra desde que llegamos.

No se merece lo que le está pasando. Ninguno de ellos se lo merece.

—¿Cómo estáis? He venido en cuanto me he enterado. —La voz de Héctor me reanima.

Se acerca a mí y pone su mano en mi sien. Nos miramos a los ojos y, sin palabras, nos decimos todo lo demás: es mi hermano. Sé que va a estar a mi lado siempre. Eso no cambiará jamás. Mueve su mano hasta Mati y le acaricia la nariz, forzando una sonrisa sólo para que la pequeña lo imite. Ella lo mira, pero no surte efecto y sigue en silencio, sin sonreír. Saluda a Suso y a Dani en un susurro y, sin quererlo, como si fuera en contra de su voluntad, sus ojos se clavan en Aitana, aunque ella, con la cabeza gacha, no lo mira a él.

Héctor ralentiza el paso y se detiene frente a ella.

—Aitana —la llama casi en un murmuro.

Ella alza la cabeza y deja que él la mire a los ojos, sólo un segundo, y no sé si Héctor tira de ella, si Aitana se levanta, si son los dos, pero se abrazan con fuerza y ella rompe a llorar de nuevo. Héctor la estrecha contra su cuerpo y le acaricia el pelo tratando de consolarla.

Joder, se me parte el alma al verla así.

—Rico León —me llama uno de los enfermeros.

—¿Sí? —respondo levantándome.

—Su padre quiere verlo.

Asiento y voy hasta allí.

Bosco está tumbado en una cama, con los ojos cerrados, rodeado de tubos y de monitores. Hace frío, pero no parece importarle. Todo es demasiado aséptico, demasiado blanco.

Camino hasta él con el paso lento y me detengo a su lado. No sé qué hacer, qué decir. No sé por qué ha pedido verme.

—Rico —murmura.

—Sí, estoy aquí.

—¿Has venido? No voy a negar que me sorprenda —dice, y la última palabra se la come una profunda tos.

—Te desmayaste en la puerta de casa —le recuerdo—. Aitana llamó a una ambulancia.

—Quería verte a ti.

Arrugo la frente, confuso, y guardo silencio esperando a que continúe.

—Creo que no voy a salir de ésta y no quiero morirme solo.

A eso podría contestarle que, si no quería morirse solo, podría haberlo pensado antes, que es lo que se merece porque ha sido un padre de mierda y que, incluso para cumplir su deseo de no morirse solo, no le ha importado hacerlo prácticamente delante de sus hijos pequeños, pero no soy capaz. Es un desgraciado, pero es mi padre y, si tengo que quedarme a su lado sus últimos momentos de vida, lo haré.

Cojo su mano y la aprieto, tratando de transmitirle algo parecido al consuelo.

—Sabía que no me fallarías —pronuncia justo antes de volver a toser.

No se calma y, tras poco más de un minuto, llega una enfermera. Activa uno de los reguladores sobre el cabecero de la cama y le pone una mascarilla a Bosco de la que sale un

humo blanco muy denso.

—Esto lo ayudará a respirar —me explica.

Asiento.

—Gracias.

No ha pasado un minuto cuando deja de toser y, al tercero, se quita la mascarilla.

—Escúchame —me pide.

—Deberías volver a ponértela —le advierto—; lo que quieras decirme puede esperar...

—Voy a ir al infierno —me interrumpe ignorando mis palabras— y no digo que no me lo merezca, sólo que es algo de lo que estoy seguro.

Tuerzo el gesto. Esto es lo último de lo que debería hablar, joder.

—Ponte la maldita mascarilla —farfullo.

—Lo que más me asusta es que voy a estar solo, o casi... estoy convencido de que tu tío Gabriel también está en el infierno, pero no sé si quiero encontrármelo, le debía mucha pasta cuando palmó.

—Bosco, por Dios...

—Tu madre está en el cielo, eso sí lo sé. Todas las cosas malas que hizo fue por mi culpa, incluso morirse y dejaros solos.

«Ya estábamos solos mucho antes de que se muriera», pienso, pero eso tampoco me apetece decirlo.

—Esa chica, tu chica —hace memoria—, Daniela, me recuerda a ella, y los dos sabemos que está enamorada de ti. Sólo espero que te quiera tanto como tu madre me quiso a mí.

La voz de Bosco se apaga al tiempo que los ojos se le cierran y se queda dormido. Me aseguro de que sea así mirando el monitor que marca sus latidos. Le coloco la mascarilla de nuevo y me paso las manos por el pelo sin poder dejar de pensar en cada palabra que ha dicho.

Pretendo quedarme allí, pero la doctora me dice que es imposible. Los familiares no pueden acompañar a los enfermos en la UCI. Me aconseja que me lleve a mis hermanos a casa y vuelva mañana. «Su padre aguantará», sentencia. Mi primer instinto es corregirla y decirle que no es mi padre, como he hecho tantas veces, pero las palabras se diluyen en mi garganta.

Salgo de la sala de cuidados intensivos con los pies pesados, con la cabeza funcionándome a mil kilómetros por horas. Cuando levanto la cabeza en la sala de espera, lo primero que veo es a Daniela, quitándose mi chaqueta y arropando a Mati con ella, que se ha quedado dormida; luego le coloca bien la cabeza a Suso, también dormido, que se ha hecho un ovillo sobre otra de las sillas. Le da un beso a cada uno y se acuclilla frente a Aitana, que no puede dejar de llorar con la cazadora vaquera de Héctor sobre los hombros.

No puedo dejar de observarla con ese precioso vestido y lo que ha dicho su padre en la fiesta se entremezcla con lo que acaba de decir Bosco, con lo que me dijo en el jardín de casa aquella noche, y me siento como un auténtico hijo de puta. Puede que lo haya sido muchas veces en mi vida, pero no quiero serlo con ella.

Le da un abrazo lleno de amor a Aitana y se levanta. Al verme, sus labios se pintan con una débil sonrisa sólo para que los míos hagan lo mismo y camina hacia mí. Las lágrimas me queman detrás de los ojos y no son por Bosco.

Ella no dice nada, sólo me abraza, y de golpe comprendo muchas cosas: lo gilipollas que fui por todo el tiempo que desperdicié odiándola, que va a tener una vida maravillosa, que nunca voy a querer a nadie como la quiero a ella.

—Vámonos a casa —digo—. Volveré mañana por la mañana.

Ella asiente. Cojo en brazos a Mati, Héctor a Suso y Daniela se encarga de Aitana.

Madrid parece aliarse con mi estado de ánimo y comienza a llover.

—¿Puedes quedarte con los críos? —le pido a Héctor en la puerta de mi casa, dejando a Mati en brazos de Aitana—. No... —Ni siquiera soy capaz de poner la maldita frase en pie—. No tardaré mucho.

—Sí, claro.

Antes de que Daniela entre, la cojo de la muñeca y la llevo de nuevo al Mustang. Ella me mira extrañada, pero no dice nada y se monta.

—¿Adónde vamos? —me pregunta cuando reanudamos la marcha, pero soy incapaz de contestar.

Pienso en tantos sitios donde llevarla, donde arrinconar esta idea y no hacer lo que sé que tengo que hacer. Quiero tocarla. Aprieto el volante con fuerza con las dos manos. Quiero tocarla el resto de mi maldita vida, y eso ya no podrá ser.

Al ver que inexorablemente nos acercamos a su barrio, Daniela frunce el ceño, extrañada.

—¿Qué hacemos aquí? Si es por mi ropa, no te preocupes. Puedo apañarme con la tuya o con algo que me preste Aitana.

Sigo sin hablar, como si mi cuerpo hubiese decidido que es mejor ahorrar todas las energías que tengo para lo que he de hacer. Ya ahora sé que nada va a doler más.

—¿Qué está pasando, Rico? —pregunta cuando detengo el vehículo frente a su casa.

Suena asustada y yo me odio todavía más por esto.

—Es lo mejor para ti, malcriada —suelto con la mirada clavada en el volante.

—¿El qué?

—Tu padre tiene razón. Te mereces una vida mejor de la que yo puedo darte.

No tener que cuidar de unos críos que no son tuyos, sin comodidades, pensando que puedo acabar en la cárcel, herido o muerto en la próxima carrera.

—No quiero que renuncies a nada por mí.

Dani se quita el cinturón y se gira hacia mí. Está nerviosa. Tiene miedo.

—No estoy renunciando a nada, Rico.

Yo también lo tengo.

—Llevabas semanas hablando de ese tal Deulofeu. ¿Has conseguido verlo en la fiesta?, ¿lograr trabajar para él?

Daniela me mira negándose a darme la razón, pero sabiendo que la tengo.

—Tendré más oportunidades —se excusa.

—Eso no lo sabes, como no sabes si, en el caos que tengo por vida, ocurrirá algo que te afecte y te haga volver a perderla.

—Eso tú tampoco lo sabes.

—Pero es fácil imaginarlo.

Es jodidamente fácil. Mi madre tenía planes, un futuro por delante, y Bosco se lo arrebató. Acabó muerta, odiando todas las decisiones que había tomado. El barrio donde creces no te marca, ni siquiera tu familia, pero sí puede ponerte las cosas demasiado difíciles. Llevo sintiéndolo desde que tengo uso de razón y no puedo ser tan egoísta de permitir que ella también lo sufra. No puedo ser como Bosco.

—¿Me estás diciendo que se acabó?

Nunca, nada, ha dolido más.

—Sí, malcriada.

Estoy aterrado, joder.

Una lágrima cae por su mejilla, pero se la seca con rabia. Empieza a asentir suavemente.

—Si me alejas otra vez, será para siempre —me advierte con la voz llena de llanto.

Dejo escapar todo el aire de mis pulmones.

—No volveré a buscarte —me obligo a pronunciar.

Algo dentro de mí se rompe. Miro las gotas de lluvia rebotar en el cristal delantero.

Ella me observa en silencio, suplicándome sin palabras. Yo no aparto mis ojos de la luna. Si la miro, no seré capaz.

Daniela sale del vehículo y cierra de un portazo. Trato de mantener el control; aprieto el volante con tanta fuerza que se me emblanquecen los dedos. Siento su cuerpo acurrucándose contra el mío, arqueándose debajo del mío, abrazándome. Siento toda la calidez del mundo en un segundo.

No puedo, joder. No puedo.

—¡Malcriada! —la llamo saliendo del coche.

Ella se vuelve despacio y nos quedamos así, separados, por mi Mustang, por la lluvia, por Madrid.

—Lo siento —pronuncio notando cómo, con cada letra, la herida, la tristeza, la rabia, todo se hace mayor—. Siento que las cosas tengan que ser así, odio que sean así y tener que renunciar a ti, pero necesito saber que estás a salvo. —Que no vas a acabar como mi madre, que no vas a dejar de ser feliz por mí—. Voy a pensar en ti cada día. Voy a echarte de menos cada maldito día.

—Te quiero.

Se acabaron las risas, los besos, los gemidos. Se acabó tocarla y sentirme en casa.

—Yo también te quiero.

Te voy a querer toda la vida, malcriada.

Daniela agacha la cabeza para que no la vea llorar, un solo segundo, y entra deprisa en su casa. Yo me quedo de pie, inmóvil, bajo la lluvia. Ya no me queda nada. Ya no hay ninguna posibilidad de que vuelva a ser feliz.

***

Mi padre murió dos días después. Hugo no fue a verlo, ni tampoco llamó. Héctor me ayudó con los críos y no se separó de mí apenas un minuto.

Han pasado dos meses y no ha habido un solo segundo en el que haya dejado de echar de menos a Daniela.

***

—Nos vemos, Rico —se despide el repartidor.

Muevo la cabeza, apenas un imperceptible gesto, y vuelvo a la furgoneta que estaba arreglando.

Mi abuelo sale del baño colocándose bien el cuello de su camisa de manga corta. Me mira un instante y después suelta un gruñido de desaprobación.

—Vete a casa, Rico.

—No —respondo sin sacar la cabeza del capó—. Tengo cosas que hacer aquí todavía.

Dejo la llave sobre el borde de la carrocería e inspecciono el carburador. El fallo tiene que estar aquí. Sé que está aquí.

—Ese trasto te va a seguir esperando mañana. Lárgate —insiste vehemente.

Opto por no responder; es la misma conversación que llevamos manteniendo cada día del último mes. Cuando todo se acabó con Dani, me pasé un mes desconectado de todo, pero después me dije que estar ocupado me ayudaría más y eso es lo que he hecho desde entonces.

—Lárgate —gruñe.

Voy a coger la llave, pero, antes de que pueda alcanzarla, mi abuelo la atrapa y la tira al fondo del taller. El movimiento y el ruido me hacen mirarlo al fin e incorporarme despacio. ¿A qué ha venido eso?

—Tú y yo vamos a hablar, de verdad.

—No tengo nada de qué hablar.

—¿En serio? —se burla—. Tú crees que soy gilipollas, ¿no? —replica enfadado.

—No, claro que no...

—Que soy un viejo acabado —me interrumpe— que no se entera de lo que ocurre a su alrededor, pero estás muy equivocado.

—Yo no pienso eso —le dejo claro.

—Entonces para de decir que no te pasa nada y afronta los problemas como un hombre.

—Eso es lo que hice —casi grito.

Y dolió, joder. Dolió tanto que casi no pude respirar.

—No, tú estás haciendo lo mismo que hacía tu padre.

Las palabras de mi abuelo me golpean hasta dejarme K. O., los dos lo sabemos.

—Sé que crees que apartando a esa chiquilla de ti estás haciendo lo correcto, lo mejor para ella, pero te estás equivocando. Tu padre le destrozó la vida a tu madre porque nunca la dejó decidir. Elegir beber, no luchar, abandonaros, fueron decisiones que Bosco tomó por los dos y eso es lo que tú estás haciendo con Daniela.

Niego con la cabeza. Ojalá fuera tan fácil. Ojalá tuviera razón.

—Ella puede tener una vida mejor de la que tendría conmigo.

Comodidades, trabajo, no pensar en cómo llegar a fin de mes, sin problemas.

—Eso no lo sabes.

Esa frase me recuerda a ella, a cuando la pronunció en mi coche la última vez que nos vimos y, sin quererlo, una suave sonrisa se cuela en mis labios. Daniela tiene ese efecto en mí, incluso cuando el recuerdo es triste, porque ella es toda mi felicidad.

—Y tú tampoco —sentencio.

Mi abuelo asiente.

—Cierto —repone—, pero... ¿sabes lo que sí sé?, que hay millones de personas aquí, o en peores sitios que éste, que luchan por ser felices y lo consiguen. Tú has dado por hecho que saldrá mal porque a Bosco le salió mal, porque a tu madre le salió mal, y no te has parado a pensar en todo lo extraordinario que ya has conseguido, Rico.

—Abuelo —gruño.

—Sacaste a Hugo adelante. Aitana es una chica maravillosa, que el año que viene irá a la universidad. ¿Te has parado a mirar a Suso y a Mati? Son niños nobles, buenos, con corazón. Son como tú, Rico, y lo son por ti. ¿De verdad crees que Daniela no podría encajar en todo eso?

Daniela lo hace todo mejor, hace que mi vida sea mejor.

Trago saliva tratando de buscar una respuesta a esa pregunta que case con la decisión que tomé, con cómo es ahora mi vida. Es lo único que puedo hacer, incluso si no es más que una horrible mentira, porque es lo único que me queda para no volverme loco. Renuncié a la única mujer a la que he querido en treinta y dos años y necesito saber que era lo mejor para ella.

—Daniela ahora estará en casa de sus padres, haciendo el trabajo que quiere hacer, disfrutando de su vida sin complicaciones.

Miro a mi alrededor, luchando contra todo lo que siento en este instante, y regreso al motor que estaba arreglando.

He perdido la cuenta de las veces que he tenido que contenerme para no ir a buscarla, colarme en su casa, llamarla, oír su voz.

Mi abuelo da un largo suspiro con sus ojos clavados en mí.

—Si de verdad no quieres ser como tu padre, no cometas los mismos errores que él. No decidas por los dos, hijo —sentencia.

Sus palabras se quedan flotando en el aire. Lo último que quiero es parecerme a Bosco.

***

Soy consciente de que debería marcharme a casa, pero soy incapaz y sigo arreglando la furgoneta con el único objetivo de tener la mente ocupada y dejar de pensar. Sin embargo, cuando tres horas después termino, me doy cuenta de que no lo he conseguido. Dejar de pensar es demasiado complicado, siempre.

Recojo mis cosas, apago las luces y salgo.

—León —me llaman cuando estoy echando la llave.

Me giro y veo a un hombre apoyado en la pared del ultramarino, en la acera de enfrente. Su cara me es familiar y mi cerebro enseguida encuentra el motivo: es Isaac Martínez, el corredor que me sacó de la carrera la noche que acabó con la malcriada en el calabozo y al que yo eché después en la que Daniela terminó dándome una bofetada.

Mi cuerpo, automáticamente, se pone en guardia. ¿Qué hace aquí?

Me giro hacia él y avanzo un par de pasos, aunque sin llegar a bajarme de la orilla de mi calle.

—¿Qué quieres?

—Vengo a ofrecerte algo.

Sonríe. Yo no.

—¿Qué coño quieres?

No me gustan las tonterías ni que se presenten en el taller de mi abuelo como si tuviesen plena libertad para hacerlo. Las normas aquí las pongo yo y los problemas de El circo se arreglan en El circo.

—Es un buen negocio. Tiene que ver con las carreras, y es legal.

Frunzo el ceño. ¿De qué demonios está hablando?

—De la NASCAR [1] —responde como si pudiese leerme la mente.

—Habla.

—Hay un tío; una empresa, más bien. Están buscando sangre fresca para la competición. Le hablaron de las carreras ilegales y quiere al mejor. Yo iba a ocupar ese puesto, pero, reconozcámoslo, no lo soy y tampoco creo estar preparado para correr allí, pero tú... —deja en el aire.

—¿Y qué sacas tú de todo esto?

En la calle nadie da nada por nada. Eso lo aprendí hace mucho.

—Quiero estar allí y quiero llevarme mi tajada y, si no soy quien pilotará el coche, seré el que lleve al piloto.

***

Llego a casa con demasiadas cosas en la mente: lo que me ha dicho mi abuelo, lo que me ha ofrecido Martínez y, como siempre, sin poder quitarme a la malcriada un puto segundo de la cabeza.

Me dejo caer en el sofá y me froto los ojos con las palmas de las manos. ¿Qué estará haciendo ahora? Pienso en llamarla, en ir a buscarla; las manos me arden. Sólo quiero verla, joder, aunque sólo sea un segundo, aunque ella ni siquiera me vea a mí.

—Hola —me saluda Mati bajando las escaleras.

—Hola, peque.

Ella no dice nada más. Se sube al tresillo y camina de rodillas hasta mí. Se sienta en mi regazo, abre su libro y empieza a leer.

—¿Qué estás leyendo?

—*Cuentos de Shakespeare* —responde con dificultad—. Héctor me lo ha traído hoy. Son obras de William Shakespeare —repite, otra vez trabándose—, contadas para niños. Son muy divertidas.

Sonrío. Me cuesta mucho trabajo recordarla sin un libro entre las manos.

Así pasamos la siguiente media hora, con Mati leyendo en mi regazo y yo, pensando, pensando demasiado.

—Rico —me llama de pronto.

—¿Sí?

—¿Crees que Bosco está en el cielo?

Suelto un profundo suspiro.

—No lo sé, Mati.

¿Qué sentido tiene contarle que incluso el propio Bosco tenía claro dónde acabaría?

—No quiero que Bosco haya ido al infierno.

Le beso la coronilla. Creo que, a pesar de todo, yo tampoco quiero que lo haga.

Las palabras de Mati rebotan en mi mente y frunzo el ceño, confuso.

—¿Por qué no lo llamas papá? —le pregunto.

—Porque mi papá eres tú —responde sin moverse.

Abro la boca dispuesto a decir algo, pero la verdad es que no tengo ni la más remota idea de qué y sólo puedo darme cuenta de hasta qué punto el sentimiento es mutuo. Mati, Suso, Aitana, haría cualquier cosa por ellos, haría cualquier cosa por Dani.

Doy una bocanada de aire y, por primera vez en dos jodidos meses, todo vuelve a parecer fácil de nuevo.

Sé lo que tengo que hacer.

17

Daniela

Hace seis meses que le dije a Rico que lo quería, en la puerta de mi casa, bajo la lluvia. Hace seis meses desde que entré en mi habitación, recogí todas mis cosas y me vine a vivir con las chicas a su piso de Lavapiés. Y hace seis meses que no he vuelto a ver a Rico.

Sé que tendría que haber aprovechado todo este tiempo para aprender a estar sin él, para ser la Dani de antes, para pasar página, pero es que no quiero pasar página. Me dijo que me quería. ¿Os hacéis una idea de lo difícil que es dejar atrás al chico de tu vida el mismo día que lo oyes decirte «te quiero» por primera vez, el día que lo dices tú?

El mundo está siendo desmesuradamente injusto conmigo, él lo está siendo... y, a pesar de todo, del llanto, los botes de helado y saberme de memoria los diálogos de *Tal como éramos,* no puedo evitar quererlo aún más por ello. Se sacrificó por mí, porque pensaba que me merecía una vida mejor. El problema es que, en el camino, no se sacrificó solo, nos sacrificó a los dos.

Ya no trabajo en el mismo lugar horrible, algo bueno tuvo que tener todo esto. Dos días después de que Rico se despidiera de mí, estaba en el baño de la oficina, llorando, y tuve una especie de revelación, algo tipo videoclip de Mónica Naranjo. Me levanté y me dije a mí misma que se había acabado el llorar y, de paso, los trabajos de mierda donde no se me valoraba. Me metí en el despacho de mi jefe y, cumpliendo la fantasía del setenta y ocho por ciento de los españoles, le dije de todo, me despedí y me marché sin mirar atrás. Esa misma noche, he de reconocer que volví a llorar a moco tendido y puede que me arrepintiera, sólo un poco, de mi brote revolucionario, aunque no tardé mucho en comprender que había sido lo mejor.

Sigo buscando el trabajo de mis sueños, tirando de los pocos ahorros que tenía y de trabajos como *freelances* que me dan para pagar las facturas y poco más. La verdad, si no he muerto de inanición, es porque Keti me deja comer y cenar en su restaurante.

El juicio salió bien. Un amigo de Sandrita, el hijo del notario con tendencia al alcoholismo y las jovencitas, para más señas, aceptó defenderme a cambio de unas cervezas; de tal palo tal astilla, supongo. Me condenaron a cien horas de servicios comunitarios y el señor juez me echó una regañina de media hora.

El día que fui a despedir a Pablo al aeropuerto antes de que se marchara a Estados Unidos, a la universidad, mi padre me pidió perdón, aunque se veía claramente que mi madre lo había obligado. Llevábamos tres meses sin hablarnos y, francamente, no creo que vuelva a hacerlo. Las

personas valen más que su barrio o su trabajo. Él me lo enseñó. Es una pena que, en algún punto del camino, lo haya olvidado.

Pablo es feliz. Le gusta mucho su universidad y ya ha hecho dos amigos. En las dos ocasiones me llamó para contármelo. Estoy muy orgullosa de él.

Y ésa ha sido mi vida hasta esta mañana. Un desastre total.

***

—¿Una cerveza? —pregunta Mayúscula dirigiéndose a la cocina.

La adelanto y corro hasta el baño. Necesito entrar desde hace una tienda y siete calles.

—¡Sí! —grito haciendo los cien metros lisos por nuestra casa.

Cuando salgo, mucho más aliviada, recojo la Mahou helada de la mesita y le doy un trago. Esto también lo necesitaba desde hace aproximadamente tres calles, pero eran dos deseos incompatibles.

Mi amiga enciende la tele y empieza a cambiar de canal sin ton ni son.

—¿Cuándo tendré HBO? —se lamenta—. O Netflix, al menos.

Sonrío. Estoy de acuerdo con ella. Nos merecemos un *upgrade* televisivo.

Sigue haciendo *zapping*, cuando, de repente, lo veo, a él. Mi primera reacción es pensar que estoy sufriendo alucinaciones y que estoy a un paso muy pequeño de ver a Robert Redford apoyado en el quicio de mi ventana con el uniforme de tierra del ejército norteamericano, pero, entonces, Mayúscula se gira boquiabierta hacia mí, con la palma de la mano sobre los labios y me doy cuenta de que no lo estoy flipando por sobreestimulación hipotalámica por exceso de helado de chocolate con nueces de Macadamia. Rico León está en la televisión.

—Sube el volumen —murmuro sin apartar los ojos de la pantalla, dejándome caer en el sofá.

Mayúscula obedece y las dos entramos en trance a la vez. Va vestido de piloto de coches, con uno de esos monos azul marino y una gorra con el símbolo de Adidas a un lado y la marca de neumáticos Goodyear al otro, en un circuito de coches, rodeado de periodistas y guapísimo, guapísimo a rabiar.

—¿Qué se siente siendo el primer español en triunfar en este deporte? —le pregunta en inglés una periodista demasiado rubia, haciéndole ojitos.

—Es increíble. Todo ha pasado muy rápido, pero estoy donde quiero estar.

¿Cuándo ha ocurrido? ¿Cuándo se ha convertido en un piloto de la NASCAR?

—La próxima carrera es dentro de una semana. Si la gana, le arrebatará el liderazgo a Joey Logano, ¿está preparado?

—He entrenado mucho. Tengo un buen coche y unos mecánicos increíbles. Sé que puedo conseguirlo.

—¿Éste siempre ha sido su sueño? —pregunta otro, un chico moreno con una cuidada barba y acento mexicano. Por favor, que siempre le pregunte ése.

—No, la verdad es que no. Hasta hace muy poco ni siquiera pensaba que fuera una posibilidad.

—¿Y se adapta bien a la vida aquí en Estados Unidos?

—Sí —responde con una sonrisa—. Sólo hay algo más que necesito.

Se despide de la nube de periodistas ignorando el resto de preguntas y se marcha dentro de uno de los boxes.

Me dejo caer en el sofá, alucinando; no existe otra palabra para definir cómo me siento. Mayúscula apaga la televisión y, despacio, deja el mando sobre la mesa. Yo sigo mirando la pantalla en negro.

—Era... Rico —murmuro.

Mi amiga asiente.

—Sí, lo era.

Suena la puerta principal y el «hola» al aire de Furia se mezcla con el tintineo de sus llaves al dejarlas en el bol de la entrada.

—Es... es... piloto de la NASCAR.

—Sí, nena, sí.

—Pero ¿qué os pasa? —inquiere acercándose a nosotras.

Un vistazo debe de haberle valido de mucho. Actualmente parecemos dos figuras, de las malas, del museo de cera de Madrid.

—Rico... —digo sin más. ¡Es que no sé cómo diablos seguir!

Furia se queda mirándome, esperando a que continúe.

—Rico, ¿qué? —me apremia—. ¡Nena! —me azuza al ver que no sigo.

—Rico León ahora es piloto de la NASCAR y lo acabamos de ver en la tele rodeado de periodistas y guapísimo como si no hubiera un mañana —suelta Mayúscula de un tirón; ni siquiera ha respirado.

Furia la mira evaluando sus palabras.

—No puede ser —sentencia al fin, pegando el codo a la cintura y llevándose la mano casi a los labios.

—Acabamos de verlo —acierto a hilar la frase—. Vive en Estados Unidos.

Los ojos se me llenan de lágrimas y ni siquiera entiendo por qué. ¡No entiendo nada! ¿Ha decidido cambiar de vida? ¿Dejarlo todo atrás?

Mayúscula da una palmada, tratando de llamar nuestra atención.

—No perdamos la perspectiva —nos exige—. Se ha hecho piloto de la NASCAR, vale. ¿Nos lo esperábamos? No. —Furia niega con la cabeza, afianzando las palabras de su compañera de casa y trabajo—. ¿Eso cambia en algo nuestras vidas? No.

—Hombre... —la interrumpe Furia, y Mayúscula la fulmina con la mirada y me señala muy poco discreta—. Nada —sentencia Furia con vehemencia—. No la cambia nada.

Mayúscula asiente satisfecha.

—A ver —le pide—, ¿qué has hecho hoy?

—Pues me he ido a comer a casa de Omar y después he estado en una tienda muy cuqui que han abierto aquí en el barrio y después he venido a casa.

—Muy bien —replica Mayúscula intentando por todos los medios que todo encaje en su teoría: nada ha cambiado, nada de lo que hemos visto por la tele nos ha afectado.

—¡Ah! —recuerda Furia—, y he recogido el correo. Tienes una carta.

Me la tiende, pero lo cierto es que no le estaba prestando atención. La carta no me importa absolutamente nada. Sin embargo, casi en el mismo momento decido que tengo que salir de esta especie de *shock* o temo quedarme atrapada para siempre en él.

Cojo la carta y, sin ni siquiera molestarme en mirar el remitente, la abro. Un sobre blanco cae de ella y un trozo de papel, doblado por la mitad, la letra manuscrita con rotulador negro, se transparenta desde el otro lado.

—Está escrita a mano —comenta Mayúscula como si estuviéramos delante del Santo Grial. No la culpo. ¿Quién escribe todavía cartas manuscritas?

Cojo el papel, lo desdoblo y sólo hacen falta dos palabras, dos, para que mi mundo de un vuelco.

Hola, malcriada.

Miro a las chicas, a mi alrededor. La boca se me seca de golpe y el corazón empieza a latirme con demasiada fuerza.

Hola, malcriada.

Espero que la carta llegue cuando quiero que llegue y no antes ni después. En estos últimos meses ha habido muchos cambios en mi vida y yo llevo queriendo compartirlos contigo desde... bueno, lo cierto es que siempre quiero compartirlo todo contigo; si no, tengo la sensación de que no está pasando de verdad. ¿No te parece lo más absurdo que has oído nunca?

Hace cuatro meses me ofrecieron ser piloto de pruebas de velocidad para una empresa que quería empezar a competir en la NASCAR, pero, después del primer entrenamiento, me dieron la posibilidad de ser el piloto principal y acepté.

Lo hice por los críos, por Aitana, por mí, pero también por ti. Parece ser que, si quiero luchar por algo, al final del camino tengo que imaginarte a ti o ni siquiera deseo intentarlo. Eso es todavía más absurdo, pero he comprendido que no podría ser más cierto. Te quiero y creo que te he querido un poco más cada día durante estos últimos seis meses.

Las cosas han ido bien; muy rápido, pero paso a paso. Nos hemos mudado a Estados Unidos, a Jersey. Aitana va a la universidad. Los chicos, a la escuela. En esta casa funciona la calefacción y no tengo que columpiarme por la ventana de la cocina para cerrar la caldera. ¿No te parece alucinante?

Te preguntarás por qué te estoy escribiendo ahora y yo... es sólo que necesito contártelo, necesito que lo sepas. Hace cuatro meses mi abuelo me hizo ver que me estaba comportando como un gilipollas; que renunciando a ti, en realidad, lo que estaba haciendo era comportarme como Bosco, decidir por los dos. Después apareció esta oportunidad y me di cuenta de que tenía dos malditas opciones: quedarme en mi casa dejando que todo fuera igual, convenciéndome de que hice lo mejor para ti apartándote de mi vida y echándote de menos cada segundo de cada día, o aceptar que mi pasado, mi familia, mi barrio, no tienen por qué marcar quién soy y aprovechar esta oportunidad, ser mejor para ti y mi familia. En definitiva, elegir ser como mi padre o no.

Y no quiero ser como él.

Quiero que tomes tu propia decisión.

Yo prometo aceptarla, malcriada, sea cual sea.

Rico.

Dejo la carta con dedos tembloroso sobre la mesa y de inmediato abro el otro sobre. Es un billete de avión para el aeropuerto JFK, en Nueva York, para el sábado que viene, exactamente dentro de una semana, justo el día de la carrera.

—Nena, ¿de quién es la carta? —pregunta Mayúscula llena de curiosidad.

—Es de Rico.

Acaricio el papel con la punta de los dedos, repasando su letra, y, mientras mis amigas empiezan a hacerme preguntas, yo sólo puedo pensar en él, en todo lo que me ha dicho. Ya va siendo hora de volver a ser yo y tengo la sensación de que todo pasa por aceptar su desafío, por tomar mi propia decisión.

***

Me paso los seis días y doce horas siguientes pensando y pensando. Hago una lista de pros y contra. Me imagino viviendo en Jersey y aquí, en Madrid, por mi cuenta. Hablo con todos, recopilando opiniones e información. Sólo me falta llamar a la señora que hace el *ranking* de horóscopo en Telecinco y que siempre dice que, si hay algo que te inquieta, te atormenta o te perturba, hables con ella.

El martes de madrugada estoy sentada en mi cama, con la mirada clavada en la ventana, en la ciudad, pensando que le he preguntado a todos, que lo he estudiado todo, pero que lo único que no he hecho ha sido sentarme y hacer lo que, en el fondo, más miedo me da, preguntarle a mi corazón.

Su respuesta asusta todavía más, pero es clara: necesitas vivir esto, necesitas ir allí, necesitas verlo y saber si vas a poder seguir adelante con tu vida o lo necesitas a él para que vuelva a funcionar.

Dos horas después estoy camino del aeropuerto. Nueve más tarde —casi ocho de vuelo— aterrizando en el JFK.

Salgo de la zona de seguridad y, mientras camino, voy mirando todos los letreros, buscando la zona de taxis, cuando distingo una cara demasiado familiar entre la multitud. ¡Es Héctor!

—¡Daniela Suárez! —grita absolutamente a propósito para crear confusión y un poco de jaleo entre los neoyorkinos y turistas.

Corro hasta él y me tiro en sus brazos. Él me devuelve el abrazo y sonrío como una idiota porque me cae bien, porque lo echaba de menos y porque estar con él significa estar un poco más cerca de Rico.

—¿Qué tal el vuelo? —me pregunta.

—Muy agradable —respondo, y mi sonrisa se ensancha.

—¿Has dormido?

Asiento.

—Genial, porque tenemos muchas cosas que hacer.

Salimos al aparcamiento. Hace un frío que pela, más que en Madrid. Me paro y me colocó un gorro de lana con una divertida borla encima, mis manoplas, y me cierro el abrigo. Héctor, tirando de mi maleta, camina con largas zancadas hasta llegar a un SUV negro.

—¿Dónde está Rico? —pregunto mientras mete mi equipaje en el maletero—. ¿Vamos con él ahora?

—¿Tú quieres ir con él ahora? —pregunta perspicaz, sin levantar los ojos de lo que sus manos hacen.

Guardo silencio meditando la respuesta. Una parte de mí quiere gritar que sí, incluso se ha ataviado con unos pompones para hacer la respuesta más efectiva, pero la otra tiene muchas preguntas y quiere respuestas, a poder ser, sin que un hombre guapísimo la distraiga sólo con estar ahí.

—Sí —dudo, espero que le parezca bien—, pero ¿antes podríamos hablar tú y yo?

Héctor sonríe con una mezcla de ternura y diversión y cierra el maletero.

—El muy cabronazo... —murmura entre dientes, dirigiéndose a la puerta del piloto—. Rico me ha pedido que te enseñe un par de sitios antes de llevarte al circuito. Él está allí. Hoy hay carrera.

Asiento y también sonrío. Supongo que es un buen momento para reconocer que me conoce muy bien.

Montamos en el coche y nos incorporamos al tráfico. Nueva York es increíble y la verdad es que no puedo dejar de mirar, admirada, por la ventanilla cada dos minutos. Héctor me pone al día. Me explica que fue el conductor del BMW quien lo puso en contacto con los empresarios interesados en la NASCAR y que, a partir de ahí, todo fue a una velocidad pasmosa.

—Rico podría haber elegido cualquier ciudad para vivir —me explica deteniéndose en un semáforo de la Octava Avenida.

—¿Y por qué eligió Jersey?

Antes de terminar la frase, mi mirada cobra vida propia y me inclino para poder contemplar embobada un enorme rascacielos en toda su magnitud. Supongo que eso contesta a mi propia pregunta, para estar cerca del lugar más increíble de la tierra.

Héctor asiente y, cogiéndome por sorpresa, detiene el vehículo.

—Podría darte muchos motivos —me explica—, pero creo que voy a quedarme con dos.

Lo miró con el ceño fruncido, pero también risueña. ¿Qué está haciendo?

—Baja —me pide con una sonrisa.

Lo observo confusa, dudando, pero también con nervios de los buenos haciéndome cosquillitas en la boca del estómago.

Héctor sonríe.

—Vamos —me apremia divertido.

Tiro de la manija y los dos salimos del SUV a la vez. Héctor me hace un gesto con la mano para que lo siga hacia una pequeña bocacalle.

—¿Adónde vamos? —inquiero.

—No seas curiosa, Suárez —me reprende burlón—. Lo descubrirás en tres, dos, uno...

Con la última palabra, llegamos al otro lado del callejón y Times Square, ¡Times Square!, se levanta ante nuestros pies. Sonrío como una idiota, alucinada, mientras Héctor me deja que me enamore un poco más de Manhattan.

—Nuestro queridísimo amigo en común, actual piloto de la NASCAR —concreta socarrón—, a veces pretende dar la impresión de ser un cabronazo sin sentimientos, pero los dos sabemos que no lo es y escuchar y preocuparse por los demás se le da mejor de lo que piensa; no mucho mejor —añade entre risas—, pero sí lo suficiente como para eso.

Señala al frente y, en mitad de una fachada repleta de carteles de neón, lo veo, ¡el letrero de ShowRoom Logic! ¡La empresa donde trabaja Manel Deulofeu! ¡Una de las mejores empresas de marketing del mundo!

—¡Dios! —grito llevándome mis manos enfundadas en sendas manoplas a los labios.

—Rico sabe que tu sueño es trabajar en una empresa de marketing corporativo y hacerlo realmente, nada de llevar cafés. —Sonrío—. No conocemos a nadie ahí y quizá pruebes suerte y ni siquiera te dejen pasar de recepción, pero en esta ciudad nació el marketing moderno y eres una chica con mucho talento; si no es con ellos, será con otra compañía.

Mi sonrisa se ensancha hasta límites insospechados y giro sobre mis pies observándolo todo, casi dando saltitos.

—¿Quieres ver el motivo número dos?

Asiento feliz. ¡Por supuesto!

—Pues nos toca coger el metro.

Estoy eufórica, pero me obligo a concentrarme y aprovecho el viaje para hacerle más preguntas. Me cuenta que él vino al principio para ayudar a Rico con los críos, a instalarse, pero

que regresó a Madrid.

—Volví hace un mes. Rico me echaba de menos —añade burlón—. También me escribió una carta.

Lo miro boquiabierta, justo antes de echarme reír y acabar golpeándolo en el hombro.

—No me puedo creer que hayas dicho eso —me quejo entre risas—. ¿Y te gusta vivir aquí? —pregunto cuando las carcajadas se calman.

Él me mira y asiente sincero, con un brillo especial en la mirada.

Seis paradas de la línea uno después, nos bajamos en la 116. En cuanto subimos las escaleras de la estación y pisamos la calle, Héctor me tapa los ojos con las dos manos.

—¿Qué haces? —protesto otra vez entre risas, poniendo mis manos sobre las suyas

—Le doy emoción —sentencia, misterioso, mientras seguimos avanzando.

—Lo que vas a conseguir es que nos matemos.

—Ya casi estamos, quejica —me reprende divertido.

Nos detenemos. Oigo el tráfico, el murmuro de las personas caminando a nuestro alrededor. El olor de los árboles es más intenso aquí, como si estuviésemos cerca de una arboleda.

—¿Preparada?

—Sí —respondo expectante.

Héctor aparta las manos. El sol me da en la cara y me molesta, pero mis ojos enseguida se acostumbran a la luz y otra vez me quedo boquiabierta. ¡No puede ser!

—Es la Universidad de Columbia —digo con una sonrisa enorme.

—Rico sabe que Pablo estudia aquí y pensó que querrías estar cerca de él.

—¡Claro que quiero!

Héctor sonríe sincero.

Podré verlo todos los días, comer con él, abrazarlo, aunque no sé si él estaría muy de acuerdo con esto último. Sonrío de nuevo sólo con imaginarlo. Alzo las manos y cierro los puños y acabo dando una palmada. ¡Estoy feliz!

—Pues, si ya ha visto las dos razones por las que el señor León eligió vivir en este rincón de Estados Unidos, debería acompañarme a ver una casa en concreto, en la encantadora ciudad de Upper Montclair, en el estado de Nueva Jersey.

Me ofrece el brazo ceremonioso y lo acepto con la misma sonrisa de oreja a oreja.

Regresamos en metro hasta Times Square y cruzamos al estado vecino en el SUV. El barrio que ha elegido es genial, como esos de teleserie norteamericana, con bonitas casas con un cuidado jardín, muchos árboles y niños yendo en bici a la escuela.

Nos detenemos frente a una vivienda con la fachada color tierra y las molduras blancas. Es preciosa y ya desde fuera se adivina que debe de ser muy acogedora.

Héctor detiene el todoterreno en la entrada del garaje y vamos por un bonito camino de piedra hasta la puerta principal.

—¿Tú vives aquí con ellos?

—No, vivo en el West Side. Me he dado cuenta de que, dentro de mí, habita un neoyorkino. Me he enganchado a una pastelería francesa que se llama Ladureé. Los *macaroons* deberían estar prohibidos —añade torciendo los labios.

Sonrío. A él sí que deberían prohibirle ser tan encantador. Seguro que entre eso y sus ojos verdes, se está llevando a todas las neoyorkinas de calle.

Héctor me deja entrar a mí delante y, con el primer paso que doy en el salón, todas mis sospechas se hacen realidad. La casa es preciosa y acogedora y bonita y dulce y está llena de calidez. Es un hogar con todas las maravillosas cosas que encierra esa palabra.

Sonrío al darme cuenta de que los muebles siguen sin hacer juego y mi gesto se ensancha al imaginarme a Rico, a sus hermanos y a Héctor eligiéndolos, porque, aunque no hacen juego, encajan; como ellos, por eso son una familia.

—Ahí está la cocina —me indica señalándome un ancho pasillo— y a la derecha, el comedor. Los dormitorios están arriba. ¿Me acompañas?

Asiento y los dos tomamos las escaleras. El suave silencio sólo se rompe por los pájaros piando, volando de árbol en árbol.

—Aquí duerme Mati —me explica delante de la primera puerta.

—¿Qué libro se está leyendo ahora?

—*Las aventuras de Huckleberry Finn*, de Mark Twain —responde con orgullo.

Sonrío. Es evidente que él le ha regalado el libro, como siempre. Y es evidente que la adora, como todos.

—Ésta es la de Aitana —comenta pasando de largo la siguiente puerta— y ésta es la de Suso. Ábrela.

No puedo evitar volver a sonreír y empujo la puerta. Enseguida entiendo por qué me lo ha pedido cuando veo una litera.

—Fue imposible quitárselo a Suso de la cabeza —me dice—. No paraba de repetir que, aunque Rico y tú no estuvieseis juntos, Pablo era su amigo y quería que viniese a dormir con él.

Mi sonrisa se ensancha. Cuando le dije a Pablo que quizá él tardaría un poco más en encontrar un amigo de verdad, no pensé que lo haría justo después en casa de Rico.

—Y, por último, pero no menos importante —finge un redoble de tambor mientras nos acercamos a la última puerta—, el dormitorio principal.

Esta vez no me pide que abra la puerta ni espera a que lo haga yo. En respuesta, lo miro con los labios fruncidos.

—Por si te faltaba valor —comenta torciendo el gesto.

¿Veis? Es un sinvergüenza.

Entro y enseguida un cúmulo de sensaciones se despierta dentro de mí. Es absurdo, porque nunca he estado en esta habitación con él, ni siquiera en esta casa, pero es como una de esas comuniones místicas de las pelis del canal de ciencia ficción donde una persona siente a otra al

estar en el mismo espacio que ella estuvo antes, como Keanu Reeves y Sandra Bullock en *La casa del lago*, pero con un final un poco más alegre, por favor.

Todo es sencillo, exactamente como es Rico. Una cama, una cómoda, un armario. No hay cuadros y se respira la palabra *paz*, justo lo contrario a lo que en ocasiones lo rodea.

—Cuando llegamos aquí —empieza a decir Héctor—, Rico tenía muy claro que quería vivir en un barrio tranquilo, con un buen colegio para los niños, que estuviera bien comunicado para que Aitana pudiese ir a la universidad en Manhattan, que tuviesen jardín para que pudieran jugar, pero, por encima de todas esas cosas, quería un lugar donde su familia pudiese ser feliz. Rico quería un hogar para sus hermanos y para ti.

—Lo ha logrado —digo con el orgullo invadiendo mi voz, pero con otras muchas cosas también, con el sentimiento de que esto es algo suyo, que no le pertenece a su pasado, ni a Bosco, ni a los perjuicios de mi padre.

—Me pidió que te dijera que abras el primer cajón de la mesita.

Sonrío, porque sé qué es lo que voy a encontrarme y, cuando obedezco y lo hago, mi sonrisa se transforma en una completamente diferente al ver una brillante llave dorada en el centro de la madera.

—Llévame al circuito —pronuncio girándome.

Héctor sonríe y me cede el paso.

Vamos hasta el coche y conducimos más de cuatro horas hasta el Watkins Glen International, el circuito de NASCAR del estado de Nueva York. A pesar de que voy charlando con Héctor y me pone al día de todo lo que han hecho en estos meses, el camino se me hace eterno. Estoy nerviosa, impaciente. Quiero verlo.

—¿Hemos llegado ya? —pregunto por décimo novena vez.

Héctor sonríe armado de paciencia.

—La próxima vez que me vea envuelto en esta clase de situaciones, recordaré enseñar la llave y dar el discurso después de las cuatro horas de camino, no antes —comenta socarrón.

Yo me quejo, pero no me importa. Sólo quiero llegar.

Héctor por fin toma una desviación y una sonrisa enorme se cuela en mis labios al ver el circuito en mitad de hectáreas y hectáreas de prado verde. ¡Hemos llegado!

Detiene en el vehículo en el aparcamiento anexo al circuito y suelta un divertido suspiro.

—Hemos llegado —sentencia burlón.

Le sonrío enseñándole todos los dientes y él no tiene más remedio que echarse a reír.

—Pillado en su propio juego, señor... —de pronto caigo en la cuenta de que no sé su apellido — ¿cómo te apellidas?

—No tengo apellidos. Soy sólo Héctor, como Cher.

Nos miramos un segundo y, acto seguido, los dos rompemos a reír.

—Cruz —responde cuando nuestras carcajadas se diluyen.

Asiento.

—Cruz —repito.

—Suárez —dice él—. ¿Alguna vez has visto la serie de Dwayne Johnson, la Roca, en la HBO, *Ballers?* —Afirmo con la cabeza. Esa serie es genial—. Pues a partir de ahora ése va a ser nuestro rollo, socia; somos como los dos protas.

O, lo que es lo mismo, amigos, confidentes, casi hermanos, propensos a meternos en líos y a sacarnos de ellos, muchas bromas y muy poco sentido de la intimidad y lo políticamente correcto. Va a ser como estar con Sandrita.

—Acepto.

Los dos nos miramos.

—Me pido a la Roca —pronuncio más rápido que él, que se traba y fracasa.

Héctor maldice divertido y los dos nos echamos a reír de nuevo. Cuando nos calmamos, el circuito vuelve a entrar en mi campo de visión.

—Necesitaba un momento antes de entrar ahí —murmuro.

Estoy demasiado nerviosa. Siento que estoy a punto de dar un paso muy importante. Estoy asustada. No quiero equivocarme.

Héctor sonríe con ternura. Creo que para él era obvio.

—Rico no lo pasó bien, ¿sabes? —Sus palabras hacen que lleve mi vista hacia él, que sigue mirando el circuito—. No lo está pasando bien. No quiero hacerte sentir mal ni nada parecido, pero quería que supieras que, estar alejado de ti, no ha sido fácil para él.

—Para mí tampoco.

Ha dolido, duele, cada día.

—Lo sé.

Volvemos a quedarnos en silencio.

—¿Y para ti fue fácil estar separados? —le pregunto.

—¿De quién? ¿De Rico? —bromea—. Mujer, lo quiero, pero me veo capaz de vivir sin él.

—Me refería a Aitana.

Héctor deja escapar una sonrisa triste y fugaz a la vez, como si hubiese metido los dedos en la herida, y vuelve a perder la vista en la luna delantera del SUV.

—Eso va a ser difícil siempre y lo es aún más cuando la tengo cerca.

—Lo que pasó con Adrián Costa... —dejo en el aire—. Aitana lo dejó por ti, ¿verdad?

Héctor tensa la mandíbula con una mezcla de impotencia y rabia. Estoy segura de que lo siente cada vez que recuerda lo que ocurrió y cada vez que piensa en ella.

—No he tocado a Aitana jamás.

No necesita decírmelo, lo sé. Héctor es como Rico, un hombre de principios, y para él Aitana es algo prohibido. Sólo tiene dieciocho años y es la hermana de su mejor amigo.

—Por eso es difícil, ¿no? —le digo sintiendo que lo sea, pero entendiendo por qué lo es—. Tiene que serlo que dos personas estén enamoradas y no puedan estar juntas.

Es obvio que lo están por cómo se miran, por cómo la defendió del imbécil de Adrián Costa,

por cómo la abrazó en el hospital; incluso lo era antes por esa especie de tensión que se respiraba cada vez que discutían, aunque, con toda probabilidad, ninguno de los dos era consciente de ello entonces.

Héctor me mira y esa impotencia, esa rabia, se hace más patente en sus ojos verdes.

—Vamos —me pide bajando del coche con una sonrisa que no le llega a los ojos—, aún queda lo mejor.

Desde dentro, el circuito es todavía más alucinante. Hay centenares de personas trabajando en los diferentes boxes, paseando por ellos: mecánicos, gente muy rica, chicas muy guapas, pilotos, medios de comunicación. La carrera aún no ha empezado, pero el sonido, el ambiente, es ensordecedor, con el público gritando enfervorecido en las gradas, a pesar del frío.

Héctor me guía hasta el graderío y contengo la respiración al ver el circuito en toda su extensión. ¡Es enorme! Y al contrario que el de Indianápolis, el circuito de la NASCAR por excelencia, éste tiene complicadas curvas y giros.

Los periodistas se acercan flechados a uno de los boxes bajo nuestra grada y, en cuestión de segundos, el revuelo es tremendo. Varios hombres vestidos con el mismo mono sacan un coche, empujándolo. Un Mustang increíble de un brillante color azul. Sonrío porque sé que es el de Rico. Lleva el número veintiséis. ¡Mi edad! Y, junto a las marcas de patrocinadores, en una esquina, en letras blancas, los nombres de Aitana, Suso, Mati y el mío, Daniela. Mi sonrisa se ensancha y los ojos se me llenan de lágrimas: los nombres de las personas por las que está haciendo esto.

En ese preciso instante, Rico sale del mismo box y la prensa se abalanza sobre él, haciéndole todo tipo de preguntas. Mis ojos se pierden en su precioso pelo oscuro, un poco más largo, en sus ojos color chocolate, en sus labios, en cada uno de sus rasgos. Lo recuerdo abriéndome la puerta con la camiseta de tirantes blanca, irrumpiendo en mi habitación y cargándome sobre su hombro, diciéndome que me quería. Yo también lo quiero.

—Te quiero —murmuro para mí, y algo en mi interior explota, llenándolo todo de luz—. ¡Rico! —grito.

Le pido ayuda al señor que tengo delante y trato de llegar a la fila inferior. Necesito verlo, tocarlo, decirle lo que siento.

Vine aquí para escuchar lo que tenía que decirme, para saber qué quería mi corazón, y en lo único en lo que puedo pensar es que éste es nuestro comienzo, que no importan estos seis meses, las veces que nos hayamos equivocado, porque tenemos toda la vida por delante para hacernos felices el uno al otro.

Es lo que quiere mi corazón. Es nuestro principio. Es mi decisión.

—¡Rico! —vuelvo a gritar, pero no me oye.

Las personas me miran como si estuviera chiflada mientras intento explicarles con un inglés bastante oxidado y demasiado nerviosa que no soy ninguna chalada y que necesito llegar hasta él.

—¡Rico! —repito.

—Ven por aquí —me pide Héctor con una sonrisa—. Llegarás antes.

Pero no atiendo a razones. Quiero verlo ya y éste es el camino corto.

Un hombre parece entenderme, eso o piensa que estoy rematadamente loca y quiere perderme de vista cuanto antes, y les grita a los demás que necesito llegar abajo. Un señor de lo más corpulento me coge por la cintura y me coloca en la siguiente línea de asientos. Sigo gritando su nombre y, antes de que me dé cuenta, todos lo están gritando conmigo.

Rico por fin percibe que lo llaman. Lleva su vista hasta la gradería y me ve, ¡me ve! Él tampoco lo duda. Sale disparado, salta la valla de seguridad apoyándose en una mano y se encarama a la reja que separa las gradas de los boxes. La escala sin problemas y todos empiezan a aplaudir, a vitorearlo.

Él sube. Yo bajo. Y en la línea de asientos número siete corremos el uno hacia el otro y nos abrazamos con fuerza. El amor, el deseo, la felicidad, todo estalla entre los dos, crece, se ilumina, brilla.

Rico me besa lleno de eléctrica intensidad y los dos nos fundimos en este momento. Sentir, respirar, ser feliz, todo se entrelaza y sale del mismo motor, de mi corazón por fin completo porque él está cerca.

—Malcriada —susurra la voz jadeante, estrechándome contra su cuerpo con una mano y perdiendo la otra en mi pelo—, lo siento.

Niego con la cabeza y disfruto de él, de su frente apoyada en la mía.

—No tienes nada que sentir. —Todo eso quedo atrás.

—Quédate conmigo.

—No me iría por nada del mundo —respondo con una sonrisa enorme—. Mi hogar está aquí.

Rico me devuelve la sonrisa y volvemos a besarnos porque ninguno de los dos quiere contenerse.

—El mío eres tú —ruge contra mis labios.

Suspiro, siento los latidos desbocados, la respiración echa un caos, nos siento a nosotros, a nuestros corazones perteneciéndose.

—Te quiero.

Ya no hay miedo. Ya no hay dudas.

—Te quiero —repite.

Rico me besa, levantándome del suelo, haciéndonos girar.

—Ve a ganar esa carrera —le pido entre risas, feliz.

Rico se separa y me dedica mi sonrisa preferida.

—No lo dudes —sentencia.

Baja de nuevo hasta los boxes mientras los aficionados no dejan de aplaudir y gritar su nombre.

Se monta en el Mustang y, unos minutos después, todo está listo para la competición. La

gente guarda silencio, expectante, mientras las luces se encienden. Uno, dos, tres... Rico acelera y su coche sale disparado.

—Te quiero —susurro.

Daniela Suárez ha tomado su propia decisión y ha elegido el amor.

Epílogo

Rico

—Esto ya está —digo saliendo al jardín con una paella entre las manos—. ¡Quema! —me quejo con una sonrisa.

Se supone que con estos trapos acolchados no debería chamuscarme los dedos, ¿no?

Suso y Pablo dejan de jugar con Héctor al fútbol, al nuestro —puede que nos hayamos mudado a Nueva Jersey, pero hay cosas que en esta casa son sagradas y el Atlético de Madrid es una de ellas—, y se sientan al merendero.

—Mati —la llamo divertido.

Ella sonríe culpable, cierra el libro, *Oliver Twist*, y lo deja a su lado en el banco de madera.

—¡Tiene una pinta increíble! —grita Mayúscula desde la tablet de la malcriada.

Daniela sonríe orgullosa y yo le devuelvo el gesto. Por Dios, una sonrisa y ya quiero follármela contra la primera pared que vea. Va a volverme completamente loco.

—¿Ha seguido mi receta? —pregunta Keti asomando la cabeza en la imagen del iPad.

Dani asiente.

—Punto por punto. Ha sido muy concienzudo.

—Más le vale —interviene Héctor—. Se me ha prometido una típica comida española y yo he cumplido mi parte.

—¿Qué parte? —pregunta Furia, básicamente porque lo conoce y sabe que es un auténtico sinvergüenza.

—He robado una cuba en una obra y he preparado diez litros de sangría; con mi receta especial —añade satisfecho.

—¿Mucho vino y poca fruta? —inquiero, fingiendo hacer memoria.

Héctor me señala, bebiendo precisamente sangría.

—La fruta está sobrevalorada.

Sonrío. Es un cabronazo, pero no sé qué haría sin él. Es mi hermano, joder.

La comida es una vorágine de chistes malos y anécdotas bochornosas, en la tablet y en directo, pero creo que nunca me había reído tanto.

—Míralos —dice Furia—, parecen la familia del anuncio de la Coca-Cola.

—Sólo nos faltas tú —la pincha Héctor.

—Yo soy mucho hasta para la Coca-Cola —sentencia ella.

Y todos volvemos a romper a reír.

Después de la sobremesa más larga de la historia, recogemos y nos metemos en casa. Me llevo a los niños al salón y, tras diez minutos de ardua discusión sobre qué peli ver, los dejo con *Los Goonies*.

—¿Dónde está Dani? —pregunto entrando en la cocina.

Héctor está fregando los platos.

—Ha subido arriba a despedirse de las chicas —responde Aitana abriendo la nevera y cogiendo una botellita de agua.

Asiento. Pienso subir y pienso hacerle todo con lo que he fantaseado cada vez que la he visto sonreír en la comida.

—Ayuda a Héctor a fregar los cacharros —le pido para poder escabullirme.

Los dos se miran y después me miran a mí como si hubiese dicho algo horrible, pero, sin protestar, Aitana se acerca con el paso lento hasta la pila y se coloca al lado de Héctor. Por lo menos han dejado de discutir. Eso ha sido un gran paso para mi salud mental.

Golpeo suavemente la puerta de la habitación, que está entornada, y la abro mientras la oigo despedirse.

Al verme, sonríe y otra vez todo vuelve a empezar: las ganas de llevarla contra una pared, de hundirme en ella, de hacer que grite mi nombre hasta que una mujer sea presidenta de Estados Unidos de América.

—Hola —me saluda, apagando la tablet y dejándola sobre la mesita.

—Hola —respondo caminando hasta ella, despacio.

Hace un mes que se mudó aquí y sus cosas aún están embaladas, repartidas por toda la estancia, pero no me importa absolutamente nada. Mi chica ha estado muy ocupada. Consiguió hablar con Manel Deulofeu, aprovechando una visita que hizo a la sede de Nueva York. Le costó pasarse seis horas en la recepción de ShowRoom Logic en Times Square, asegurando que no se marcharía de allí hasta que lo viera.

A él le gustó su persistencia y, después de una entrevista de quince minutos, la convirtió en su persona en la oficina de Nueva York, aunque sé que es sólo un paso y Daniela acabará teniendo un puesto de mayor responsabilidad; sólo necesita demostrar lo que vale.

—¿Qué hacías? —pregunto, aunque lo cierto es que ya lo sé.

—Despedirme de las chicas.

Me inclino hacia delante hasta apoyar las dos palmas de las manos en el colchón, frente a ella.

—Pues yo estaba abajo —empiezo a decir grandilocuente— y he tenido que decidir entre ver *Los Goonies*...

—Una elección segura —me interrumpe impertinente, aguantándose una sonrisa.

Enarco las cejas. ¿Quieres jugar a eso de ser insolente? Por mí, perfecto. No sé por qué puta tara genética, eso me pone todavía más.

—... fregar los platos...

La malcriada tuerce los labios.

—Sí, no es tan divertido como parece —me burlo—, o subir aquí contigo.

Contigo, una inocente palabra, pero, en realidad, esconde mucho más: intimidad, deseo. Es excitante y al mismo tiempo como un secreto, porque sólo a la otra persona y a ti os incumbe, sois los únicos que sabéis cuánto puede esconder.

Ella finge meditar mis palabras.

—¿Y has elegido subir?

Me incorporo, sin alejarme de ella, y me tomo un segundo, no porque lo necesite, sino para torturarla. El ambiente ha ido intensificándose y ya puedo saber que ella quiere esto tanto como lo quiero yo.

—Podría decirse que he elegido subir y he elegido hacer un par de cosas más.

—¿Cuáles?

Su voz suena como un murmuro y tengo que controlarme para no abalanzarme sobre ella.

—Acariciarte —pronuncio con la voz ronca.

Alzo la mano y mis dedos rozan su cuello, sólo un instante, provocándola, antes de bajar tocando despacio, uno a uno, los botones de su camisa.

Su respiración se acelera y su pecho se hincha conteniendo un gemido.

Le dedico mi media sonrisa sintiéndome el puto rey del mundo. Ése es el efecto de la malcriada sobre mí, me hace creer que puedo enfrentarme a cualquier cosa si ella es mi premio.

Me separo y un jadeo decepcionado toma sus labios. Daniela alza la cabeza y me mira a través de sus largas pestañas. La polla se me pone aún más dura, pero aguanto el tirón. Con las mujeres siempre había sido así, ponerlas al límite, ver cuánto lo deseaban, pero con ella es como si el coche fuese desbocado y sin frenos, como si, con tan sólo un cruce de miradas, los dos necesitáramos tocarnos tanto como necesitamos respirar.

Alzo la mano de nuevo y la sujeto de la barbilla, un poco brusco, un poco tosco. Sé que no quiere amabilidad y yo tampoco quiero dársela.

Me inclino sobre ella. Sus ojos vuelan de los míos a mis labios. Me acerco un poco más.

—Besarte —susurro contra ellos, pero no lo hago.

—Rico, por favor —suplica, y mi sonrisa se vuelve más arrogante.

—Hacerte suplicar —sentencio.

La beso con fuerza, desmedido; la beso desesperado, pero me importa bastante poco ser todo eso, porque así es cómo me siento. Nunca tengo suficiente de ella, siempre quiero más, como una sed que nunca se agota.

La empujo contra la cama y mi cuerpo cubre el suyo.

Mi corazón nunca va a dejar de latir desbocado cada vez que la tenga cerca.

***

—¿Crees que nos han oído? —pregunta escondiendo la cara en mi pecho, avergonzada.

Sonrío y le acaricio la espalda con la punta de los dedos, disfrutando de su piel desnuda.

—Sí, Rico, más —la imito, y ella se quiere morir del bochorno—. Es probable —contesto divertido.

Dani se incorpora y me fulmina con la mirada y los labios torcidos, pero tiene el pelo revuelto y las mejillas sonrojadas y sencillamente está adorable.

Me muevo veloz y la atrapo bajo mi cuerpo de nuevo.

—Me da igual que hayan podido oírnos —afirmo sin asomo de dudas—. Ha sido increíble.

Cada vez que la embisto, siento que puedo volver a respirar.

Ella no quiere, pero no puede disimularlo más y acaba sonriendo.

—Me gusta estar contigo aquí —susurra con la voz más dulce del mundo, apartándome el flequillo de la frente.

Sonrío. La sonrisa que sólo ella es capaz de conseguir.

—Y a mí gusta estar contigo, aquí, malcriada.

Compré esta casa por ella, por nuestra familia. Quería que fuera un hogar, pero sabía que ese deseo no se haría realidad hasta que Daniela estuviese aquí.

—Tenemos que hablar de algo —le digo.

Tendríamos que haberlo hecho hace mucho, pero me resulta muy complicado quitarle las manos de encima para pensar en cosas decentes.

Ella frunce el ceño, extrañada.

—¿De qué?

—Seguimos casados.

Dani abre la boca al caer en la cuenta de a qué me refiero y yo lo hago imitándola para después asentir. Fuese por error o no, porque después yo me comportara como un gilipollas o no, seguimos estando casados.

—¿Y qué quieres hacer? —inquiere, y puedo notar cómo se pone nerviosa esperando mi respuesta.

—¿Qué quieres hacer tú?

Sé lo que quiero, nunca lo he tenido más claro.

—Yo he preguntado primero.

—Y no te puedes hacer una idea de lo poquísimo que me importa ese detalle —sentencio desdeñoso.

Daniela resopla indignada por semejante respuesta y acaba haciéndome un mohín que me hace sonreír.

Se pierde en mis ojos y aprovecho para recorrer con la mirada cada centímetro de su precioso rostro.

—Tienes que contestar —le recuerdo.

—Quiero seguir casada contigo —dice de pronto, como si no pudiese contener más esas

palabras—. Me da igual cómo empezó todo o por qué continuamos casados. Es nuestra historia —declara mirándome a los ojos, ofreciéndose por completo, como cada vez que tengo la jodida suerte de poder hundirme en ella.

Sonrío y estiro mi cuerpo hasta el primer cajón de la mesita. Saco algo y, sin dejarle ver lo que es en el movimiento, lo coloco sobre su pecho. Cuando levanto la mano, los ojos se le llenan de una cálida sorpresa al ver una cajita azul de Tiffany's.

—¿Es para mí? —pregunta con una sonrisa enorme, siendo la cría feliz que adoro que sea.

—Sí, creo que sí —respondo burlón.

La abro y saco el anillo que compré para ella el mismo día que compré esta casa. No podía pensar en no tenerla a mi lado, la echaba demasiado de menos.

—¿Qué me dices?

—Te digo que sí, Rico León.

Su sonrisa se contagia en mis labios y le pongo el anillo.

No puedo contenerme más y vuelvo a besarla, a sentir toda la electricidad, todo el deseo, todo el amor.

—Te quiero, malcriada.

—Te quiero, rey del extrarradio.

El amor nos hizo reencontrarnos, nos obligó a vernos como realmente somos. El amor movió las montañas y nuestro mundo y nos trajo a Jersey, a nuestro hogar.

El amor, mi amor, Daniela, ha hecho que mi vida por fin esté completa.

Referencias de las canciones

If you wanna, *Copyright*: ℗ This Compilation 2015 Universal Music Spain, S.L. © 2015 Universal Music Spain, S.L., interpretada por Los Vaccines.

Ya no quiero na', Copyright: ℗ © 2018 Universal Music Spain, S.L.U., interpretada por Lola Indigo.

Familiar, Copyright: ℗ A Capitol Records Release; 2018 Hampton Records Limited, under exclusive licence to Universal Music Operations Limited © 2018 Hampton Records Limited, interpretada por de Liam Payne y J. Balvin.

Electricity, Copyright: ℗ 2018 SILK CITY IP, LLC. Under exclusive license to Columbia Records and Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Silk City, Dua Lipa y Diplo & Mark Ronson.

Girls like you, Copyright: ℗ A 222 Records/Interscope Records Release; 2018 Interscope Records © 2018 Interscope Records, interpretada por Maroon 5.

Idgaf, Copyright: ℗ 2017 Dua Lipa Limited under exclusive license to Warner Music UK Limited. Tracks 3, 6, 7, 8, 9 2016 Warner Music UK Limited. Track 4 2015 Warner Music UK Limited. © 2017 Dua Lipa Limited under exclusive license to Warner Music UK Limited, interpretada por Dua Lipa.

Fever, Copyright: ℗ © 2016 School Boy/Interscope Records, interpretada por Carly Rae Jepsen.

Unpredictable, Copyright: ℗ 2018 Sony Music Entertainment UK Limited, interpretada por Olly Murs y Louisa Johnson.

Cuando nadie ve, Copyright: ℗ © 2018 Universal Music Spain, S.L.U., interpretada por Morat.

Don't stop me now, Copyright: ℗ 2012 De La Presente Edición Sony Music Entertainment España, S.L., interpretada por Queen.

Lo malo, Copyright: ℗ © 2018 Universal Music Spain S.L.U./ Gestmusic Endemol, SAU/ Radio Televisión Española, Sociedad Anónima S.M.E., interpretada por Aitana y Ana Guerra.

Biografía

Cristina Prada vive en San Fernando, una pequeña localidad costera de Cádiz. Casada y con un hijo, siempre ha sentido una especial predilección por la novela romántica, género del cual devora todos los libros que caen en sus manos. Otras de sus pasiones son la escritura y la música.

Hasta el momento ha publicado las series: «Todas las canciones de amor que suenan en la radio», «Manhattan Love», «Una caja de discos viejos y unas gafas de sol de 1964», así como las novelas independientes *Las noches en las que el cielo era de color naranja*, *La sexy caza a la chica Hitchcock*, *Una historia de chicos guapos y un montón de zapatos*, *Cada vez que sus besos dibujaban un te quiero* y *Todas las malditas veces que la tuve debajo de mí*.

Encontrarás más información de la autora y sus obras en:
<https://www.facebook.com/groups/1540181252865091/>, Cristina Prada <@everysongwhich>, <@cristinaprada_escritora>.

Notas

1. La NASCAR (National Association for Stock Car Auto Racing) es la competición automovilística más comercial y popular de Estados Unidos y una de las más importantes del mundo. Se corre con turismos preparados, no con vehículos de Fórmula Uno.

Los chicos malos apuestan, las chicas listas ganan
Cristina Prada

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Diseño de la cubierta: Adaptación de la idea original de Tiaré Pearl
© de la ilustración de la cubierta: Ventdusud y Dimitris Leonidas, Shutterstock

© Cristina Prada, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2019

ISBN: 978-84-08-20751-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!